

MAR
MONTILLA

LOS
OJOS
DE

Saïd



© 2017 MAR MONTILLA

© 2017 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.groupeditionworld.com

Autor representado por la AGENCIA ©MJR (mjagliteraria@gmail.com)

Segunda Edición. Marzo de 2019

Isbn Digital: 978-84-17228-16-3

Diseño portada: Amparo Tárrega

Maquetación: Ediciones Coral

Corrección. Verónica Fernández

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



LOS OJOS DE

Saïd

MAR MONTILLA



SINOPSIS

Sara es una periodista española que escribe una columna sobre el mundo árabe y musulmán. La llegada a la redacción de Saïd, un joven marroquí que colaborará con ella como intérprete, revolucionará su vida entera, rompiendo sus esquemas y poniéndolo todo patas arriba. Al principio intenta resistirse, pero resulta demasiado evidente que se gustan. Inician un apasionado romance que ambos consideran pasajero, aunque se sienten tan a gusto juntos que acaban haciéndose inseparables. Al mismo tiempo, Alicia (amiga de Sara) inicia una relación con Nadir, compañero de piso de Saïd. Pero mientras que Alicia y Nadir sólo quieren divertirse, Sara y Saïd enseguida se dan cuenta de que lo suyo sí va en serio. Abrumados por los tópicos y cargados de prejuicios el uno hacia el otro, observan impotentes que el amor se abre camino, a su pesar. Ella empieza a comprender una cultura que creía conocer. Y en él se va difuminando la frívola imagen que tenía de la mujer occidental. A medida que el tiempo avanza, sin embargo, los conflictos interculturales, el rechazo familiar y otros muchos obstáculos parecen abocar la relación a un inevitable fracaso.

***A Zuhair, por sembrar en mí la semilla de la inspiración.
Sin él, Los ojos de Saïd no existiría.***

*(Nota aclaratoria:
Unos duendecillos traviesos, que habitan en mi corazón, han amordazado a mis neuronas
y les
han obligado, a punta de pluma, a escribir esta dedicatoria.
No he podido hacer nada para evitarlo).*

¿Has contemplado alguna vez el océano en una noche sin luna? Asusta. Todo es negro. La línea que separa el mar del cielo se difumina en el horizonte, provocando una sensación terrorífica. Te reconoces diminuta como una hormiga, insignificante como una pulga en medio de esa absoluta inmensidad, en medio de esa demoledora soledad.

¿Te imaginas caerte ahí, en plena oscuridad, siendo consciente de los infinitos misterios que se ocultan en las profundidades de esas aguas?

Así se sintió Sara la primera vez que se zambulló, de forma voluntaria, en su mirada penetrante. Y, por extraño que resulte, no experimentó miedo alguno. Al contrario, jamás se había percibido tan segura y arropada. Lo sé de buena tinta. Me lo contó ella misma usando homólogas palabras e idénticas metáforas.

Sus ojos fueron la clave. Negros, profundos, almendrado, perfilados con el lápiz invisible de Tutankamón. Y digo invisible porque se parecían de verdad a los de Tutankamón. Sí, pero era imposible que se los hubiera maquillado, él nunca haría algo así. Eran como eran por naturaleza. De mirada intensa, directa, que nada temen, que nada ocultan. Muy diferentes a los cientos, miles de ojos –occidentales– que había contemplado, hasta ese momento, a lo largo y ancho de sus treinta y tantos. Y cuando, intencionadamente o no, sus ojos tropezaron con los de Sara, ella no los apartó, como solía hacer. Le sostuvo la mirada firme, desafiante, casi al borde del descaro. Como la mujer segura de sí misma que se suponía que era. Como buscando algún indicio de prepotencia machista en esos increíbles ojos árabes.

Pero no halló en los ojos de Saïd el mínimo atisbo de superioridad, ni por asomo. Irradiaban tal halo de serenidad, que se sintió hipnotizada–a la par que halagada– al descubrir que la seguían a todas partes, y que eso venía sucediendo desde el mismo día en que el joven aterrizara en la sede de Barcelona.

Era la primera vez que contaban con un intérprete marroquí en plantilla,

circunstancia que provocó algo de revuelo en general, y entre las féminas en particular. Hasta hacía nada se las arreglaban con colaboradores eventuales. Pero, a raíz de los sucesos que tuvieron lugar en la estación de Atocha de Madrid, el 11 de marzo del 2004, la presencia en la redacción de alguien con perfecto dominio tanto de la lengua árabe como de la española, se hizo imprescindible.

Cierto recelo flotaba en el aire. Se le trataba con amabilidad y respeto; aunque el prejuicio coexistía, en silencio, junto a los buenos modales. Y si a alguna enamoradiza se le ocurría susurrarle al oído a su compañera, entre suspiros: «¿No te parece atractivo?» la otra se apresuraba a contestar: «¿Estás loca? Es marroquí. ¡Y musulmán! ¿Quieres que te obligue a llevar un velo? Quítatelo de la cabeza.»

Sara no podía quitárselo de la cabeza. Lo intentó. Trató de convencerse de que, lo único que sentía por él, era la inevitable curiosidad que despiertan las personas de procedencia extranjera. Otra cultura, otras costumbres... Un cúmulo de sensaciones contradictorias la golpeaba. Una parte de ella levantaba murallas alrededor, por si acaso. Otra, añoraba con fervor casi urgente volver a estar con alguien, saborear la miel de los besos, la cálida turbación de los abrazos, la traviesa impaciencia del deseo a duras penas contenido. Dos años de celibato voluntario habían sido más que suficientes. Sexo. Mmm... ¡Cómo echaba de menos el sexo!

Un hombre árabe... ¡Uf! Qué complicado. Sin duda, se sentía confusa atraída por las diferencias, se justificaba. Pero cada vez que Saïd aparecía ante ella sufría estragos fisiológicos tales como taquicardia, aumento del flujo sanguíneo y una especie de punzada ardiente en el bajo vientre. Por no mencionar el rubor de las mejillas y el temblor de la voz. Su retorno a la adolescencia, en definitiva. Tuvo que rendirse a los hechos; se sentía atraída por él y resultaba evidente que era recíproco. ¿Bueno y qué? ¿No presumía tanto de su falta de prejuicios raciales y de todo tipo? ¿Qué había de peligroso en tener una aventurilla? Algo pasajero. Un aquí te pillo, aquí te mato y ya está. Podía ser curiosidad, hambre sexual atrasada, simpatía mutua o... química, pura y simple.

Él se mostraba tímido y respetuoso, tal vez en exceso, con el sexo opuesto. En su trato hacia las mujeres de alrededor se le adivinaba la inexperiencia, incluso cierta torpeza. Aunque dominaba el idioma, en ocasiones titubeaba, azorado. Sara se preguntaba qué podía hacer para seducirle. Llevaba tanto tiempo sin intentarlo con nadie que no sabía por dónde empezar. Y ese no sé

qué de prohibido, que envolvía a Saïd, lo hacía aún más interesante. Solo se le ocurría una forma de calmar su inquietud; acercarse a él. Pero la desbordaban los tópicos. ¿Sería machista? ¿La consideraría inferior por ser una mujer? ¿Vería con malos ojos que diera ella el primer paso en un intento de conquistarle?

Averiguó que vivía en Barberà del Vallès y se desplazaba en tren. Una tarde, minutos antes de la hora del cierre, se atrevió, por fin, a formular la pregunta que rondaba por su mente desde hacía días.

—¿Coges el tren?

—Sí —contestó, escueto.

—Podríamos ir juntos hacia la estación, si quieres, me pilla de paso.

—Me parece bien.

Parco en palabras, pensó Sara, no va a ser fácil. Pese a todo, entendió que su propuesta le sorprendió y agradó a partes iguales, a juzgar por la expresión de su rostro. La esperó a la salida esa y todas las tardes siguientes. Una encantadora forma de romper el hielo, lenta y tímida, a la antigua usanza, como una pareja de novios en la sufrida España de los años cuarenta. Sin acercarse demasiado, sin tocarse. Saboreando minuto a minuto la magia de enamorarse.

Empezaron a conocerse con cautela. Ella le interrogaba con la inocencia y espontaneidad de una niña. Él la miraba escandalizado, aunque, en el fondo, le divertía su franqueza, pues lo mismo le preguntaba: «*¿Y por qué las mujeres musulmanas llevan velo?*» que le soltaba: «*Pues el hombre que tenga cuatro mujeres deberá estar muy en forma para cumplir con todas, ¿no?*». Ante semejantes elocuencias, Saïd reaccionaba con una risa nerviosa en algunas ocasiones, ruborizado en otras. Jamás enojado. Demostraba una paciencia infinita. Como periodista, Sara creía disponer de abundante material sobre el mundo árabe y musulmán; aunque pronto descubrió que se trataba de una información confusa y cargada de estereotipos.

Una mañana estuvieron juntos en Barberà terminando un reportaje y, al mediodía, Saïd la invitó a comer en un restaurante árabe que solía frecuentar. Se sintieron tan cómodos el uno con el otro, que el tiempo pasó volando, como en un soplo. ¡Y llegaron tarde a la oficina! El rumor de que había algo entre ellos se extendió como la pólvora desde ese instante y ya no hubo modo alguno de acallararlo.

En la segunda cita fue ella quien le llevó a saborear una deliciosa paella en la Ciudad Condal, en una terracita de la Villa Olímpica, un soleado sábado de

julio. Después de una plácida sobremesa, pasaron horas y horas conversando, mirándose como bobos, riéndose de las cosas más simples, contemplando el sol, paseando junto al mar o sentados en las rocas, muy pegados el uno al otro, sonrojados como criaturas inexpertas.

Sara deseaba estrechar las manos de Saïd entre las suyas y no se atrevía. Esperaba que él lo hiciera, y no lo hacía. Quiso hacer eternas las horas, detener el tiempo... no lo consiguió. Mientras se dirigían hacia el metro, minutos antes de la despedida, sintió que era su última oportunidad. Saïd caminaba con las manos metidas en los bolsillos y no le quedó más remedio que meter la suya en uno de ellos. Él entendió el gesto y le correspondió de inmediato pasando un brazo por encima de sus hombros. Medía unos veinticinco centímetros más que Sara y a ella le invadió una agradable sensación de protección, cálida y tierna. Ya habían cumplido el ritual que les convertía en pareja.

Cuando se separaron, al final de aquella extraordinaria tarde compartida, Saïd depositó un primer y tímido beso en los labios de Sara; tan fugaz y escasamente saboreado que, más tarde, al recordarlo, casi le asaltaba la incertidumbre de si sucedió de verdad o solo tomó cuerpo en sus pensamientos, teñidos de deseo. Sus mejillas sucumbieron a un rubor más propio de adolescente que de mujer sobrada, y su risa nerviosa no hizo más que añadir insensatez a una escena que tiró por tierra la teoría de que, a ciertas edades, el amor se vive con mayor serenidad. Desde ese momento anduvo no semanas, sino meses, con una perpetua sonrisilla bobalicona estampada en su rostro noche y día, día y noche.

Así de dulce fue el inicio de esta bonita historia. ¿Os la sigo contando...?

Sara se observó a sí misma por primera vez en mucho tiempo. Escudriñó la imagen que le devolvía el espejo; apenas la reconoció. No era por el maquillaje, inexistente, pues tan solo una fina capa de crema hidratante cubría sus mejillas; ni por el peinado, dado que su cabello poseía vida propia, y por más que se empeñara en atusarlo para darle un toque diferente, los rebeldes rizos recuperaban su forma y lugar tarde o temprano, otorgándole un aire enmarañado imposible de domar. Tampoco era por el atuendo, seleccionado tras un durísimo casting al que había sometido a su vestuario entero a lo largo de interminables sesiones de pruebas. No, no era su aspecto exterior lo que había cambiado, si bien era cierto que se sentía guapa, radiante, espléndida. Se trataba sin duda de su estado interior.

Una luz especial iluminaba su mirada y su piel. Parecía más joven, más viva, más ella misma que nunca. Era probable que sus niveles de endorfinas se encontraran por encima de lo habitual, transformando su estado de ánimo. La invadía un humor excelente, una alegría infinita y unas tremendas ganas de besar, de sentir y gozar.

Había elegido para la ocasión un vestido ligero de tirantes finos y tacto sedoso, entallado, aunque no ceñido, que resaltaba su figura sin marcar lo que no convenía. Le llegaba justo por debajo de las rodillas, dejando al descubierto las pantorrillas. Blanco, con unas discretas pinceladas encarnadas. Sandalias de tacón fino, blancas también, y un diminuto bolso, de idéntico tono, completaban el cuadro. Se giró hacia la derecha, se giró hacia la izquierda y se sonrió, satisfecha. Un nudo impertinente atenazaba la boca del estómago. ¡Llevaba tanto tiempo sin acudir a una cita romántica! Último toque de brillo rosa en los labios, unas gotas de perfume suave y lista. Miró el reloj con cierta inquietud y salió de casa apresurada, aunque no por ello menos risueña. El taxi que había pedido ya la esperaba en la puerta.

Apoyado sobre el respaldo de un banco, Saïd permanecía de pie, expectante. Calzaba babuchas, vestía pantalón de pinzas color crema, y una resplandeciente camisa blanca. Atuendo que contrastaba con su tez morena y con su pelo negro, ensortijado, haciendo resaltar los ojos de azabache.

Custodiado por ocho magníficos leones se alzaba ante él, majestuoso, el emblemático monumento de Cristóbal Colón señalando América; justo donde

se acababa La Rambla de las Flores y comenzaba el Port Vell. Se entretenía analizando la enorme afluencia del lugar.

Era una zona en la que confluían turistas y lugareños ociosos; observadores curiosos los primeros, esperando a los colegas de fin de semana los segundos. Él prefería Barberà, un pueblo tranquilo en el que se movía como pez en el agua.

La ciudad no le gustaba ni para ir de visita y, mucho menos, para vivir en ella. Se le antojaba como un horrible monstruo dispuesto a engullir humanidad sin piedad. Ese continuo trajín bullicioso le resultaba ajeno. Le provocaba un incómodo desasosiego al que no estaba acostumbrado. Como no usaba reloj y no vivía esclavo del tiempo, no reparó en que habían transcurrido algunos minutos de la hora acordada.

Ahí estaba él, sumido en sus cavilaciones, cuando Sara hizo su aparición estelar. Se apeó del vehículo con torpeza, visiblemente azorada, el rostro en tensión por el evidente agobio que le producía su propia tardanza. Pretendió echar a correr, hazaña que, debido a los tacones y la estrechez del vestido, quedó de inmediato reducida a unos ridículos saltitos impropios de ella. Saïd se sonrió y la observó en la distancia sin mover ni un músculo, sin pestañear, sin la más mínima intención de ir a su encuentro. Dejó que ella recorriera la distancia que los separaba y la contempló de arriba abajo con deleite, conteniendo la respiración, disfrutando de un espectáculo que no se hubiera perdido por nada del mundo. Sara se le acercó con timidez, ruborizada hasta las orejas, y estalló en una risotada absurda.

—Lo siento, me he retrasado —exclamó, jadeando—. ¿Hace mucho que llegaste?

—La espera ha merecido la pena. Estás guapísima —contestó él, clavándole la mirada con tanta intensidad que Sara sintió flaquear las piernas.

—Gracias, tú también estás muy guapo —añadió. Saïd no apartaba sus ojos de los suyos ni por un instante. Era como si quisiera hipnotizarla, doblegarla, desposeerla de su voluntad—. ¿Te apetece un paseo en barco? —propuso, de repente.

—Lo que me apetece es estar contigo, ya sea en tierra, aire o mar.

Se lo tomó como un sí, y se dirigieron a Las Golondrinas. El navío estaba a punto de zarpar para llevar a cabo el último recorrido turístico de la jornada. Empezaba a ponerse el sol, y el cielo adquirió toda una gama de matices que darían paso a una bella noche de verano.

Arropados por una brisa ligera, calor suave y luna llena, se cogieron de las

manos e intercambiaron besos fugaces envueltos en sonrisas, durante el trayecto. Parecían borrachos por el movimiento que provocaba el oleaje, aunque, en realidad, era la cercanía de sus cuerpos tibios lo que les turbaba, haciendo languidecer sus miradas. Una encantadora complicidad se acomodó entre ellos, por sorpresa, con la intención de quedarse.

Ya en tierra firme, encontraron un tranquilo restaurante en el Paseo Marítimo y las horas transcurrieron sin prisa, haciéndose confianzas, sintiéndose como si se conocieran de toda la vida, como si el destino les hubiera unido por alguna razón que aún desconocían, aunque ansiaban averiguar.

Desde la terraza en la que cenaban se vislumbraba una redonda y blanca luna cuyo reflejo se bañaba en el tranquilo vaivén de las olas. Pequeños grupos de personas se dispersaban a lo largo de la playa. Unos jóvenes sentados en círculo bebían cerveza, charlando animadamente, riéndose. Otros correteaban por la orilla, jugando, persiguiéndose entre sí; mientras los más osados se sumergían por completo en unas aguas reposadas, iluminadas por el enorme astro. El pescador solitario vigilaba sus cañas, clavadas en la arena, a la espera de que una dorada despistada picara el anzuelo. Varios rastas conversaban distendidos al tiempo que compartían un cigarrillo de marihuana, dejándose envolver por la desenfadada música reggae.

—Adoro la música de Bob Marley, ¿tú no? —afirmó él, levantando su copa de agua y bebiendo un buen trago.

—No me disgusta, aunque soy más del estilo de U2. ¿Brindamos? — propuso ella, alzando su copa de vino blanco y acercándola a la de Saïd. Los cristales tintinearón, y la llama de la vela que reposaba en el centro de la mesa tembló sin apagarse.

—¿Sabes que tus ojos tienen esta noche un brillo especial, Sara?

—Me siento halagada, vas a hacer que me sonroje.

—Ya estás sonrojada, y es increíble cuánto te favorece. ¿Acaso no sabes que la timidez aumenta la belleza natural de la mujer? Y tú, eres preciosa.

—Si supieras cuánto tiempo hacía que nadie me decía cosas así... — comentó la joven dejando escapar un suspiro, mientras saboreaba su lenguado a la pimienta verde despacio, disfrutando de cada minuto como si fuera el último. Se sentía más ebria por las palabras de su acompañante que por el refrescante vino blanco.

—No es posible. Una chica como tú ha debido de romper más de un corazón... y de dos. ¿Has estado casada?

—Casada, no. Pero le entregué los mejores años de mi vida a alguien que, cuando menos me lo esperaba, me abandonó malherida.

—Se te ha transformado la expresión. Lo siento, no era mi intención incomodarte.

—No me apetece remover el pasado. Te lo contaré otro día, ¿de acuerdo? Hoy no. Otro día.

—No tienes por qué hacerlo, princesa.—Saïd bajó la mirada y simuló concentrarse en su lubina con verduras, lamentando haber sacado ese tema. Unos minutos antes la sonrisa de Sara deslumbraba a cuantos la rodeaban. Ahora, sin embargo, se había reducido a un semblante mustio. Levantó la cabeza, soltó cuchillo y tenedor, y posó sus manos sobre las de ella por un breve instante, mirándola con ternura; dispuesto a lo imposible por hacerla olvidar a ese hombre, fuera quien fuese—. ¿Por qué estudiaste Periodismo? —preguntó, dándole un repentino giro a la conversación.

—Porque lo mío son las letras, me apasiona escribir. Dudé entre Filología Hispánica o Ciencias de la Información, y al final me decanté por esta última. En eso somos opuestos, ¿no?

—No te equivoques. Soy científico, pero adoro la literatura; sobre todo la poesía.

—¿Ah, sí? Interesante—sentenció la joven, volviendo a sonreír—. O sea, que tú en realidad eres biólogo y tu trabajo de traductor es solo un más a más, ¿no?

—Así es. Estoy en el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la Autónoma, y me dedico a la investigación.

—¿Bio qué...? ¿Qué demonios es eso? Suena fatal.

—¡Qué va! Al contrario. La biología molecular es necesaria para profundizar en cualquier fenómeno biológico. Aporta datos útiles para la búsqueda de nuevos antibióticos, por ejemplo. También es fundamental en el campo de la investigación genética. La bioquímica lo que hace es estudiar con detalle la integración y desintegración de los componentes químicos de los seres vivos; como las proteínas, carbohidratos, lípidos y ácidos nucleicos. Vamos, que es el estudio de la mismísima base de la vida.

Sara escuchó a Saïd boquiabierto, como si le estuviera recitando un poema. Nunca imaginó que oír hablar de ácidos nucleicos pudiera resultarle tan sensual.

—La mismísima base de la vida... Qué hermosas suenan esas palabras pronunciadas por tus labios. Es increíble.

Después de la cena anduvieron a la luz de la luna por el paseo marítimo, y se sorprendieron buscando rincones oscuros y solitarios que les permitieran disponer de cierta intimidad. Ella no quería ir a casa de él, y él no quería ir a casa de ella. No, todavía. Deseaban conocerse despacio, sin precipitarse.

—Dime Saïd, ¿qué te llevó a tomar la decisión de venir a España?

—Lo hice con el único objetivo de completar mi formación. Realizar la tesis doctoral en Europa añade prestigio a tu currículum. Vine con la intención de regresar a mi país en un futuro no muy lejano.

—¿Y sigues teniendo esa idea? —interrogó la chica, mirándole fijamente a los ojos. Sabía que su pregunta era arriesgada. Tanto como breve fue la respuesta.

—Sí —respondió. Y era un sí rotundo, que la indujo a bajar la mirada—. Pero hoy estoy contigo. Estamos juntos, disfrutando del aquí y ahora —añadió, atrayéndola hacia su cuerpo, abrazándola con ternura. En algún recoveco interior, ella percibió una leve punzada de tristeza, aunque la apartó de inmediato y se entregó al gozo de sentir el contacto, de vivir el presente absoluto—. El futuro no existe. Solo Dios sabe lo que pasará mañana —afirmó él, tocándole los rizos. Le apartó un mechón, le cogió la cara entre sus manos y la besó. Con suavidad primero, intensamente después. Y, aunque no le gustaban las demostraciones de afecto en público, pues atentaban contra sus creencias, le costaba resistirse.

El deseo, a duras penas contenido, se les desbordó. Los besos se deslizaban, resbalaban solos, inundando la piel del cuello, de los hombros, de las mejillas... La pasión, desbocada, se apoderó de ellos por sorpresa. Las bocas se buscaban desesperadas, las manos tanteaban contenidas, dubitativas. Se abrazaban con fuerza, queriéndose fundir en uno. Saïd podía notar con claridad los pechos de Sara aplastados contra él; mientras su entrepierna iba aumentando en tamaño y dureza al roce con el vientre de ella.

Enamorarse es algo extraño que se escapa a nuestro control y nos convierte en seres frágiles y vulnerables. Solo lo entienden los afortunados que han tenido el privilegio de experimentarlo alguna vez. El resto considera a los primeros unos pobres locos de atar. La alegría infinita de los amantes, la indescriptible euforia, la oxitocina que contamina la sangre transformando a su víctima en un adicto.

La nube del deseo se evaporó en un instante ante la inesperada aparición de una pareja de policías portuarios.

—Cuidado con el bolso, señora —incredó uno de ellos señalando el objeto

que, entre arrumaco y arrumaco, había ido a parar al suelo sin que su dueña se percatara, entregada como estaba a quehaceres más lujuriosos.

—Ah, sí, sí. Gracias —balbuceó avergonzada, mientras se alisaba el vestido y se agachaba para recuperar sus pertenencias, al mismo tiempo que la compostura.

Los agentes se alejaron y ellos se miraron, recobrando el aliento. No entendían qué les había pasado, y no sabían qué decir. Pero una sonrisa de complicidad compartida iluminó sus caras.

—¡Qué sofoco! —exclamó la periodista—. ¡Ni que tuviéramos quince años!

—¡Qué vergüenza! —añadió él—. Nunca me había sucedido nada igual. ¡Me haces perder la cabeza!

Se descalzaron y corrieron como niños en dirección a la orilla, riéndose, cogidos de la mano; caminando por la arena hasta que les sorprendió el aguacero. Una fina pero insistente lluvia de verano bañó sus cuerpos mientras buscaban un techo bajo el que refugiarse. Cuando lo encontraron, se abrazaron en silencio y permanecieron así minutos, tal vez horas a la espera de un amaine que no llegaba; aunque no pareció importarles demasiado.

Ni los policías portuarios, ni la lluvia, ni cualquier otro imprevisto hubiera podido impedir que esa fuese una noche especial, mágica. Una noche maravillosa, imposible de olvidar.

Cuando el pasado duele, inventamos mil maneras de huir de él. Lo aparcamos. Procuramos esconderlo en el fondo del armario del olvido con la esperanza de que nadie lo encuentre. No se borra, ni desaparece. Pero tampoco permanece a la vista. Incluso puede que consigamos recluirlo en una prisión imaginaria y condenarlo a cadena perpetua; aun siendo conscientes de que, a la mínima que bajemos la guardia, alguien podría concederle la libertad condicional. Todavía le asaltaban imágenes de vez en cuando, muy a su pesar. El ácido sabor del desamor inundaba su paladar, y diminutas humedades enturbiaban sus ojos pugnando por brotar, aunque al final se sobreponía y lo superaba.

Sara era fruto de esa emigración que en los años sesenta dejó escuálidos y sombríos gran parte de los pueblos de España; masificando las zonas industrializadas, hambrientas de mano de obra. Creció en un barrio barcelonés en el que un elevado tanto por ciento de la población, entre el que se incluían sus progenitores, tenía sus raíces en el sur de la península. La inmigración masiva procedente de otros países es más reciente. Su barrio, y otros muchos de la Ciudad Condal, eran pedacitos vivos recortados de la humilde Andalucía y adheridos a la orgullosa Cataluña que, acogedora, acunaba a todos en su regazo. Tanto ella como la mayoría de sus compañeros de colegio habían nacido en Barcelona, pero eran hijos de andaluces. Por eso, cuando alguien le preguntaba, siendo niña, si se consideraba catalana o andaluza, ella contestaba con absoluto convencimiento que era *cataluza*.

Toda su familia era natural de un pequeño pueblo blanco de evidentes influencias árabes y notorios rasgos moriscos, que se reflejaban, sobretodo, en la arquitectura; aunque también en los ojos negros y profundos de muchos de sus habitantes. Y tal vez por las sangrientas batallas que tuvieron lugar en la Axarquía Veleña, allá por el siglo XVI; o por los crueles enfrentamientos ocurridos en la Guerra de Las Alpujarras, tras la rebelión de los moriscos en el Reino de Granada, aún perduraba por aquellos lares cierta hostilidad hacia esa raza, fruto de viejas rencillas. El eterno conflicto entre moros y cristianos. Este es el lado oscuro de la herencia que nos ha dejado la memoria histórica, tan necesaria y enriquecedora, por otra parte, observada desde distintos puntos de mira.

Pasó de niña callada a adolescente taciturna y rebelde sin apenas una tregua. La vida familiar la asfixiaba. Era la menor de tres hermanos, y sus padres controlaban cada paso que daba. La gran diferencia de edad entre los mayores y ella la hacía sentirse excluida, diferente, rara. Tanto su hermano Pedro, el primogénito, como su padre, eran encargados de obra en una empresa de construcción. Su hermana Virtudes, siguiendo el ejemplo de la madre, Dolores, se había casado muy joven y parecía feliz dedicada en cuerpo y alma a las labores domésticas y la maternidad, por mucho que a Sara le costara entenderlo.

Siempre tuvo la sensación de no pertenecer a la misma familia. En cuanto cumplió los dieciséis, empezó a compaginar los estudios con un trabajo para lograr cierta independencia económica. En algún entresijo de su mente ya se fraguaba la determinación de escapar del yugo paterno, plan que ganó fuerza el día que su padre insinuó, como quien no quería la cosa, que en cuanto se jubilara se trasladarían todos a Granada.

A Sara le gustaba ir al pueblo, pero de ahí a querer quedarse para siempre distaba un abismo. En aquel bello lugar de casas recién blanqueadas no podías mover un dedo sin que el mundo entero lo supiera. Allí la gente vivía por y para el chismorreó, tanto o más que en un programa del corazón. Desde el atardecer hasta la madrugada, las viejas viudas o solteronas, se sentaban a tomar el fresco en sus puertas y, abanico en mano, se dedicaban a observar cuanto ocurría a su alrededor, para debatirlo después. Vamos, que no dejaban títere con cabeza.

Encontró trabajo de recepcionista en una central de urgencias médicas. Hacía turno nocturno de doce horas con noches libres alternas, es decir, que trabajaba día sí, día no, de ocho de la tarde a ocho de la mañana. Al salir se dirigía al instituto, y más tarde a la Facultad. Ahorraba cuanto ganaba y no le comunicó a nadie su intención de levantar el vuelo a la mínima oportunidad.

Tenía diecisiete años cuando Carlos, un joven médico que acababa de cumplir veintinueve, empezó a trabajar en la misma empresa haciendo visitas a domicilio. Los facultativos no iban mucho por la oficina, se les localizaba mediante buscas, y las recepcionistas se comunicaban con ellos a través de la emisora o por teléfono. Él era diferente. Quiso conocer a la chica que le transmitía los avisos para romper el hielo. Impresionó a Sara con ese gesto, dado que el resto de la plantilla rara vez bajaba de su pedestal para mezclarse con el populacho. Y, cuando le vio por primera vez, con aquella espléndida sonrisa, sus ojos verdes cristalinos y la media melena castaña clara... cayó

rendida a sus pies. Se enamoró perdidamente.

Carlos irradiaba un encanto especial que impresionó a la recepcionista. Le sacaba ventaja en edad, experiencia, trayectoria profesional y, por supuesto, sentimental. A él le atrajo la timidez de la chica y supo ver las cualidades que se ocultaban tras aquella apariencia triste, un tanto huraña.

De repente, la melancólica Sara se transformó en una muchacha alegre, abierta, rebotante de entusiasmo, dispuesta a descubrir el abanico de posibilidades que la vida le ofrecía. El doctor provenía de una familia de Santander bien acomodada. Poseía piso y coche propios, regalos de papá –por supuesto–, además de otras propiedades en su lugar de origen. Era hijo único. Su padre, un importante empresario de reconocido prestigio. Su madre, simplemente «*esposa de*».

Al principio mantuvieron su relación en secreto, entre otras cosas, porque ella era menor de edad. Era virgen la primera vez que durmieron juntos. La trató con suma ternura, de modo que la inevitable punzada de dolor inicial se disolvió al instante. Para Sara, él era como un dios y se sentía arropada entre sus brazos.

Al cumplir los dieciocho, anunció en casa que se largaba a vivir con Carlos. El padre puso el grito en el cielo y la madre, con el rostro hundido entre las manos, corrió llorando a su dormitorio. La joven soportó el chaparrón como mejor pudo, mientras metía cuatro trapos en una maleta destartada y salía dando un portazo. La madre, desesperada, intentó correr tras ella; pero el padre, ciego de ira y orgullo, se lo impidió.

—¡Si sales por esa puerta nunca volverás a poner los pies en esta casa! ¿Me oyes? ¡Nunca! —escupió el patriarca, furioso.

En algún socavón de su mente residía la verdad. Esa verdad incómoda que la asaltaba, a veces, al echar la vista atrás, y que se esforzaba en apartar de un manotazo. Esa certeza hiriente de que sus ansias de libertad precipitaron los acontecimientos, propiciando que a los seis meses de conocer a Carlos ya conviviera con él como pareja, para tremendo disgusto de su madre, que aún creía que las mujeres debían casarse como Dios manda y llegar vírgenes al matrimonio, y enorme decepción de su padre, que no la perdonó jamás.

Tardaron años en recuperar el contacto y lo hicieron con cautela. Una llamada de tarde en tarde, sin aspavientos, sin entusiasmo.

Cuando la llamaba Pedro, le hablaba en un tono paternalista que ella no soportaba. Pero no sabría decir qué era peor; si su hermano, el Juez Mordaz, o la Santa Hermana, con su dulce, pero falso, tono de voz conciliador.

Los primeros años con él fueron como vivir sobre una nube de algodón dulce. Les parecía imposible mayor felicidad. No pagaban alquiler ni hipoteca y, aunque el dinero nunca les sobraba, podían permitirse vivir tranquilos, sin estresarse, trabajando solo lo necesario y dedicando su tiempo libre a otras cosas.

A Carlos le apasionaba la Medicina Tropical y cualquier curso, máster o investigación que hacía se relacionaba con ese tema. Su mutua admiración provocaba que pasaran horas y horas hablando de sus respectivos proyectos, demostrando sus dotes, literarias las de ella, medicinales las de él. Hasta que surgió el gran conflicto; el médico consiguió una beca para el Centro de Investigación y Diagnóstico en Parasitología de la Facultad de Microbiología de San José, Costa Rica. Cuando se lo comentó a su novia, entusiasmado, ella no pudo reprimir su desconcierto.

—¿Has solicitado una beca para un máster en Costa Rica sin consultarme?

—¿Consultarte? ¡Es el sueño de mi vida! No pienso dejar escapar una oportunidad como esta.

—O sea que mi opinión no cuenta.—No daba crédito a lo que oía. En tres años idílicos de convivencia nunca sospechó que Carlos tuviera la intención de irse al Trópico a investigar in situ; pese a que la Medicina Tropical era su especialidad. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Sara, por favor. Solo serán dos años y nuestra relación no se va a romper. Jamás permitiré que eso ocurra.

—¿Dos años? ¿Dices que solo serán dos años? ¿Para ti eso es poco tiempo?

—Puedes venir conmigo si lo deseas.

—¿Quieres que deje a medias mi carrera para seguirte al fin del mundo? ¿Es eso? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

La discusión duró horas, días, semanas, meses. Cuanto más lloraba, gritaba y pataleaba ella, más se reafirmaba Carlos en su decisión. La relación cambió de la noche a la mañana. Ella volvió a ser la Sara triste, huraña y taciturna, y él empezó a alejarse. Hasta que llegó un momento en que ella se sintió tan sola como si ya se hubiera ido.

A medida que se acortaba el plazo hacia el día de su partida, comprendió que, si no cambiaba de actitud, le perdería para siempre. Intentó entender, tolerar, ponerse en su lugar. Se sentía destrozada, e intuía que ya nada volvería a ser igual entre ellos. Y sin embargo le quería desde lo más profundo de su alma. Carlos lo era todo para ella. Sin él se sentía perdida.

Una semana antes de que él emprendiera su viaje, aprovechando que había salido a ultimar varias gestiones, Sara se esmeró en preparar una cena especial; ensalada de piña, nueces y pasas, entrecot a la salsa roquefort y *mousse* de chocolate. Los platos preferidos de Carlos. No pasaba demasiado tiempo en la cocina, pero cuando lo hacía se le daba muy bien. Elaboraba los guisos en su punto, aunque con un toque especial y único, y se esmeraba en la presentación.

Cuando Sara cocinaba, él sabía que estaba de buen humor y podía pedirle lo que quisiera. Aquella noche firmaron una tregua. La mesa, decorada con exquisitez y sin que le faltara detalle, hablaba por sí sola. La amorosa colocación de las servilletas, las flores en el centro, las velas encendidas, esa luz tenue. Todo reflejaba el deseo de ella de pedirle que no se fuera mezclado con la certeza de que se iría. Sacó fuerzas de flaqueza para apoyarle en su decisión y dejarle claro que le esperaría todo el tiempo que hiciera falta. Se amaron con pasión desmedida, desesperados, como amantes furtivos que saben que su amor es efímero y no cree en el futuro.

Carlos se marchó y nunca regresó.

Los primeros días permanecía horas junto al teléfono, esperando en vano una llamada que no llegaba. No comía, no dormía, las ojeras le llegaban al suelo. No dejaba de repetirse a sí misma que no podía ser, que aquello no podía estar pasando. Ningún número al que llamar, ninguna dirección a la que dirigirse. La confianza ciega depositada en él se desmoronó para siempre. Cayó en un profundo pozo del que no hubiera salido sin la ayuda de Alicia.

Intentaron contactar con amigos y familiares de Carlos, pero nadie sabía nada, era como si se lo hubiera tragado la tierra. Sara estaba convencida de que había sufrido un accidente fatal, porque si no, contactaría con ella. Cuatro meses después de su partida recibió la primera, única y última carta de su novio. Se disculpaba por su cobardía, le decía que ella había sido lo mejor que le había pasado en la vida y que jamás la olvidaría. La animaba a seguir su camino sin él. Le deseaba lo mejor y le recordaba que el piso era de sus padres, pero podía tomarse el tiempo necesario hasta encontrar otro lugar para vivir.

La presencia de Carlos había desaparecido de su horizonte sin más. Nunca derramó Sara tantas lágrimas como después de aquella carta. Durante varios meses no pisó la facultad y no hubiera terminado la carrera si no hubiera sido por Alicia, su ángel de la guarda. La cuidó, la alimentó, recompuso sus pedazos y la obligó a salir cuanto antes de entre aquellas paredes y buscar

otras. No se plantearon vivir juntas porque sabían que eran incompatibles y no querían que la convivencia ajara su amistad.

Transcurrió el tiempo. Y, aunque Sara jamás olvidó al que fuera el primer gran amor de su vida, su recuerdo empezó a difuminarse y un día, sin apenas darse cuenta, recuperó la sonrisa y las ganas de vivir.

Por todo eso y mucho más, conocer al marroquí fue como recibir un soplo de aire puro, una bocanada de brisa fresca. De entrada, el no saber hacia dónde iba la relación no solo no la desanimó, sino que aumentó su atractivo. Contenía los ingredientes necesarios para que estar con él resultase tan diferente como emocionante. La impresionaba, con su bagaje cultural, y percibía que él también disfrutaba compartiendo con ella esa información, recopilada a base de solitarias noches consagradas al estudio y a la meditación.

Saïd era uno de esos extraños seres que conservan la pureza de espíritu. Poseía la inteligencia de un genio y la inocencia de un niño. De buen corazón y sentimientos nobles, siempre amable y generoso, en paz consigo mismo y con los demás. Qué mejor oportunidad de volver a confiar en los hombres. Solo había en él una cosa que a Sara no le gustaba; ella se entregaba sin reservas. Él, sin embargo, lo hacía con suma cautela. Despacio, marcando su propio ritmo. «*Ten cuidado con las mujeres españolas*», le advirtió con severidad la mayor de sus hermanas justo antes de que emprendiera el viaje a España. Y hasta entonces había sido bastante fiel al consejo, exceptuando algún *affaire* sin importancia. Esta vez sentía que era distinto, aunque se esforzaba en no sentirlo. Albergaba ciertos prejuicios hacia las españolas, a las que consideraba superficiales y vacías.

La periodista anhelaba indagar en su mundo interior, penetrar donde nunca nadie lo hubiera hecho antes. Pero el biólogo se mostraba misterioso, enigmático. Podía hablar durante horas sin abrirle ni un poquito el alma. Él era un reto para Sara y ella lo era para Saïd, sin duda.

La joven no tardó en experimentar la dulce, a la par que tortuosa, sensación de que el marroquí no era uno más. No obstante, en vista de que él nunca hablaba de sentimientos, ella cogió los suyos, los metió en una cajita, la cerró con llave y la guardó en el fondo de un cajón, dejando pasar el tiempo a la espera de que un día, no muy lejano, el acceso al corazón de su príncipe árabe, como le gustaba llamarle en la intimidad, le estuviera permitido.

Un osado rayo de luz atravesó la cortina y acarició su rostro. Abrió los ojos, como a cámara lenta, regresando con suavidad al mundo de los vivos. Era sábado, nada de prisas. De hecho, Saïd nunca tenía prisa. Era un tipo tranquilo, que se tomaba la vida con calma. Bostezó y se desperezó, estirándose como un felino, y le dio las gracias a Dios por permitirle disfrutar de un nuevo día. Siempre lo hacía, tenía fe. Poseía una pasmosa capacidad de hacer frente a los obstáculos sin perder la serenidad y, desde luego, desconocía el significado de la palabra estrés. Cuando la vida se complicaba lo dejaba todo en manos de Dios sabiendo que, más tarde o más temprano, le echaría un cable. No era hombre de impulsos. Comparaba los problemas con el ajedrez; había que analizar a fondo la jugada antes de mover pieza. A más de uno le sacaba de quicio su parsimonia filosófica, pero él ni se inmutaba.

Después de interminables minutos de pereza meditabunda, logró liberarse del tibio abrazo de las sábanas y dirigirse a la ducha. La silueta que vio reflejada en el espejo, mientras se desnudaba, era la de un hombre tan escuálido que no parecía él. Había perdido muchos kilos desde que estaba en España, lejos de las delicias culinarias de mamá, y aunque había aprendido a cocinar y se desenvolvía más o menos bien entre ollas y sartenes, no había comparación posible. Su porte seguía siendo atlético, eso sí. Pese a la marcada delgadez, todo era músculo y fibra. Solo ganaba peso cuando viajaba a Marruecos. No era de extrañar, dado que allí vivía a cuerpo de rey, gozando de todo tipo de atenciones por parte de su madre y hermanas.

Lucía un sol espléndido, por lo que decidió salir a desayunar, y de camino

compró el periódico. La camarera del Bar-Cafetería «*De La Esquina*», era una encantadora señora de cincuenta y tantos, campechana, regordeta y resuelta, con una perpetua sonrisa estampada en su cara mofletuda, que podía parecer pícara o bonachona, según el día. Siempre llevaba la bayeta húmeda y limpia en una mano, para pasarla con energía por cualquier superficie que lo precisara, como la barra, o las mesas que se iban quedando vacías, y un paño seco colgando del bolsillo del delantal, para repasar los vasos de las estanterías. Trataba a la clientela con esmero y cariño, como si fueran de la familia, y les hablaba en tono maternal, con un marcado acento andaluz. Su marido y ella regentaban el negocio desde hacía tanto tiempo que, a veces, tenía la sensación de que no había vida, más allá de su bar. En ese, su pequeño mundo, se sentía segura, era feliz, no necesitaba más. Hacía mucho que había aprendido que el secreto de la felicidad no consiste en tener más, sino en apreciar el valor de lo que posees, y en encontrarle el lado positivo a la vida.

—Buenos días, María, ¿cómo estás?

—¡Buenos días, guapetón! Qué alegría verte, hijo. Siempre tan guapo, tan bien plantado. Mira, acabo de sacar una bandeja del horno con esas magdalenas que tanto te gustan.

—Cómo me cuidas, María, qué haría yo sin ti. Ponme dos de esas delicias y un café con leche bien calentito.

—¡Eso está hecho en un santiamén!

A María le caía muy bien Saïd, le parecía tan dulce y tan buena persona que se le enternecía el corazón cada vez que lo veía entrar por esa puerta. «*Ojalá hubiera en el mundo más personas como él*», le comentaba a menudo a su marido, «*no me imagino yo a ese muchacho haciéndole daño ni a una mosca, si no hay más que ver esa carita de cachorrillo perdido, angelico, que lo pasó muy mal los primeros meses de su llegada a España. ¡Un cacho de pan, eso es lo que es! Un cacho de pan*».

En la barra, los habituales de siempre se tomaban sus tapas y cervecitas. Saïd penetró hasta el fondo del bar, buscando una mesa apartada y solitaria. Eligió una junto a la magnífica cristalera desde la que se podía contemplar el exterior, así mataba dos pájaros de un tiro: leer tranquilo y tomar el sol.

Aunque hacía buen tiempo y podría haberse quedado afuera, en la terraza, prefería el interior porque había menos ruido. Le gustaba hacer de espectador. A menudo, se quedaba embelesado atisbando el trajín de ir y venir, arriba y abajo, del gentío. Era consciente de que, en la sociedad occidental, nadie

estaba dispuesto a perder ni un minuto de su tiempo en hacer algo en apariencia tan absurdo y sin sentido como sentarse a observar la vida desde otra perspectiva. Muchos paisanos suyos habían acabado contagiados de ese estrés. Él no. Se permitía el lujo de considerarse a sí mismo como una isla desierta en medio de ese enorme océano de humanidad. Si los demás le veían diferente, él no lo vivía como un problema.

La camarera se acercó briosa, bandeja en mano, y a medida que la distancia entre ella y Saïd se acortaba, su semblante se transformaba en ternura.

—Aquí tienes, cariño.

Depositó el humeante café con leche y las jugosas magdalenas sobre la mesa con esmerada delicadeza.

—Muchas gracias, María. ¡Mmm, qué buena pinta!

Ella le guiñó un ojo, le regaló su sonrisa más amable y desapareció como una exhalación.

Mientras saboreaba las magdalenas se quedó absorto, taza en mano, sorbiendo con lentitud, con la mirada perdida más allá de la cristalera. Tanto que no vio a su amigo, que le saludaba con inusitado entusiasmo a escasos metros de distancia.

Si alguien conocía a fondo el despiste de Saïd, ese era Nadir. Su espontánea alegría inicial se desinfló al tomar conciencia de que no lo había visto, pese a tenerlo justo delante de sus propias narices. *Meneó* la cabeza de un lado a otro pensando «*no tiene remedio*», y encaminó sus pasos hacia la cafetería con determinación. No podía esperar más para darle la gran noticia.

Saïd se concentró en los titulares del *Alquds Al Arabi*, uno de los periódicos en lengua árabe que salían a la venta en España. Su rostro se transformó en preocupación ante la situación política de Oriente Medio. Los conflictos nunca acababan; la caída del régimen de Sadan Hussein era un hecho consumado; la guerra de Irak avanzaba sin tregua arrebatando vidas inocentes un día tras otro, un lamentable desastre que no había hecho más que empezar.

El último atentado terrorista ocurrido en Madrid, unos meses atrás, asaltó su mente una vez más. Experimentó una inmensa rabia, vestida de impotencia. La misma que se apoderaba de él cada vez que, al salir de su propia casa, se encontraba un vehículo de los *mossos d'esquadra*, vigilando. Cada vez que un vecino del edificio le lanzaba una injusta mirada acusadora. Cada vez que lo detenían en medio de la calle para pedirle la documentación

y someterlo a un interrogatorio. Cada vez que subía al tren de cercanías con su mochila a la espalda, camino de la playa, y se le clavaban el terror y la desconfianza de los ojos ajenos; como si el mero hecho de ser marroquí lo implicara de forma directa e irreversible en las atrocidades acontecidas y en futuros actos similares.

Unos firmes toques en el hombro evaporaron de forma brusca sus pensamientos, obligándole a volver a la cafetería con un aterrizaje forzoso.

—¡Tú en tu mundo, como siempre! Llevo no sé cuántos minutos ahí fuera gesticulando, intentando llamar tu atención. La gente debe de pensar que he perdido la cabeza.

—¡Hombre, Nadir! Pero qué dices... ¡No te he visto!

—Ya me he dado cuenta, ya.

—Perdóname, aún estoy algo dormido. ¿Fuiste a buscar los resultados? Cuéntame, ¿has aprobado?

—¡Sí! ¡La plaza es mía! —exclamó eufórico el recién llegado.

—¿Lo dices en serio? ¡Enhorabuena! —respondió su colega, estrechándole la mano durante un buen rato—. ¡Me alegro mucho, te lo mereces! Esto hay que celebrarlo. Por cierto, ¿qué quieres tomar?

—Un refresco.

—¡María, una Coca-Cola! —solicitó Saïd—. ¡Oye es estupendo! ¿Debo llamarte Señor Profesor a partir de ahora... o tal vez Gran Maestro?

Nadir y Saïd compartían piso y amistad desde que se conocieron, en la facultad. Aunque ambos cursaron sus estudios de Biología en Marruecos, el primero se licenció en la Universidad de Meknes y el segundo en la de Tetuán. Sus destinos se cruzaron en el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad Autónoma de Barcelona, en el que hacían prácticas y del que ambos aspiraban a formar parte como investigadores, una vez doctorados.

En esa época Nadir llevaba ya tiempo viviendo en Barberà del Vallès, mientras que el otro acababa de aterrizar. A Saïd su amigo se le antojó como llovido del cielo, la mano de Dios acudiendo en su ayuda una vez más, pues nunca se había sentido tan solo y desamparado como en esta tierra extraña. Tenía ciertas nociones de castellano, pero ignoraba por completo que el idioma oficial en el que se impartían las clases en la facultad era el catalán. Tuvo que ponerse las pilas de inmediato y la ayuda de Nadir fue fundamental. Así es que en cuanto supo que este buscaba compañero de piso, Saïd no se lo pensó dos veces.

El tema de los desorbitados alquileres que se pagaban en España también lo desconocía, hasta que se enfrentó cara a cara con la cruda realidad. El paraíso soñado no existía. Su familia le enviaba dinero siempre que podía, pero no tardó en comprender que debía espabilarse y encontrar la forma de compaginar los estudios con algún trabajo eventual, si no quería morir de inanición o arruinar a su madre y hermanas.

Nadir había tenido suerte con la vivienda, pagaba una cantidad muy por debajo de la media establecida, ya que el piso que habitaba era propiedad de un primo que debía varios favores a la familia y le cobraba una cantidad mínima, simbólica. La expectativa de vivir juntos les entusiasmó a ambos, se llevaban muy bien. Desde entonces eran inseparables. Más que amigos, eran como hermanos. La admiración mutua que sentían se palpaba, se intuía, aunque no se manifestase de forma abierta, no estaban acostumbrados a expresar sentimientos en voz alta. Las emociones eran para las mujeres y los pusilánimes.

—¿Y qué tal tú en tu nuevo empleo, Saïd? ¿Te gusta el puesto?

—Bueno, no me disgusta. Me limito a traducir noticias de emisoras de radio, canales de televisión y periódicos árabes. Una redactora que forma parte del equipo con el que colaboro utiliza ese material, entre otros, para su columna. También la acompaño en reportajes sobre inmigrantes marroquíes, para hacerle de intérprete y mediar entre ella y los protagonistas de las historias que escribe.

—¿Y es guapa, la redactora? —preguntó Nadir, propinándole un codazo a su amigo.

—Nadir... que te conozco.

—Española, supongo.

—Sí.

—Ten cuidado. Las españolas son muy posesivas. Si te cogen ya no te sueltan. ¡Estás perdido! —afirmó, con la sabia seguridad de un experto, de un conquistador acostumbrado a librar batallas sin desprenderse jamás de la armadura.

—Sara solo es una compañera de trabajo, nada más.

—¿Estás seguro? —insistió Nadir.

—Sí.—Saïd era reservado en esos temas y no quería darle más explicaciones.

—Bueno, bueno, está bien. Te creo. ¿Qué? ¿Echamos luego una partidita de ajedrez, en el Club? —desafió el rifeño.

—Hoy no, tengo otros planes—respondió su interlocutor, y un brillo fugaz se dibujó en su mirada.

—¿Has quedado con ella!—inquirió el otro con ojos desorbitados. Su amigo no respondió—. No me lo puedo creer, esto es peor de lo que imaginaba. ¡Espero que sepas lo que haces!

Saïd sonrió, en silencio.

Nadir se incorporó y se despidió. Se alejó, con paso firme, meneando la cabeza de un lado a otro, con desaprobación. Conocía a su colega, seguro que había quedado con ella. Eso significaba que le gustaba de verdad, porque no era el típico ligón, desde luego.

Saïd se sorprendió pensando en ella. Recordó su mirada, su sonrisa, su cara... su graciosa cara. Le adjudicaba rasgos de origen árabe, tal vez por la forma de sus ojos o por la melena castaña oscura, rizada. Se inquietó al comprender que, realmente, tenía ganas de volver a verla. Muchas ganas.

Diez o quince minutos más tarde sonó el timbre, y la redactora se apresuró a abrir la puerta, casi con desesperación.

—¡Has vuelto! —exclamó, colgándose de su cuello.

—Pues claro —respondió él, sorprendido—. Solo he ido a comprar algo para desayunar—agregó, vaciando el contenido de la bolsa del supermercado: pan de diferentes tipos, bollería recién hecha, mermelada de fresa y de melocotón, mantequilla, miel y azúcar.

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Todo esto engorda muchísimo!

—Tú no necesitas ninguna dieta, son manías tuyas. Un buen desayuno es la base del día.—Sara no respondió, se limitó a depositar sobre la mesa el café recién hecho, la leche caliente, tazas, platos y cucharillas, abrumada por tanto elogio y mimo—. Siéntate y deja que te cuide—añadió él, untando una rebanada de pan rústico con mantequilla y mermelada, que luego le ofreció—. Aquí tienes, saboréala, disfrútala... así, sin prisa. Por cierto, hoy prepararé yo la cena.

—¿También guisas? No tengo palabras. Eres el sueño de cualquier mujer. ¿Y qué vas a preparar?

—Ya lo verás... ¡te vas a chupar los dedos! Eso sí, primero iremos de compras.

No fue la que le dio el ser, la que le enseñó a cocinar. De hecho, aprendió solo, observando cómo lo hacía ella. En su casa, en Marruecos, consumían siempre productos frescos. La madre de Saïd iba cada mañana al mercado para abastecerse solo de lo que consumirían ese día. Nada de conservantes, colorantes y aditivos artificiales. Al marroquí le costaba entender la forma de hacer la compra de la mayoría de las mujeres occidentales que, como Sara, lo adquirirían todo envasado y/o precocinado. Las prisas y el estrés no daban

margen para demasiados planteamientos al respecto.

A media tarde se dirigieron al mercado de la Boquería, situado en pleno centro de Las Ramblas.

—Lo que más me gusta de este lugar, es esa mágica combinación de colores y aromas que te sale al encuentro. Los dueños de cada puesto saben cómo colocar los productos de manera que estimulen el sentido de la vista y el del olfato. ¿Te has fijado? —comentó Saïd, con visible entusiasmo.

—Es que parece que tenga vida propia. Es como penetrar en una pequeña ciudad dentro de otra ciudad. ¿Sabías que se construyó en el año 1840 sobre las ruinas de un antiguo convento? —informó la periodista—. Si buscas una fruta exótica, un artículo Gourmet con denominación de origen o cualquier otro ingrediente rebuscado, seguro que lo localizas en alguno de sus trescientos puestos.

Las paradas de fruta destacaban por la riqueza de su colorido; las de pescado por la frescura del género y la de sus dependientas. En cuanto echabas un vistazo a su mercancía te asaltaban: «¿Qué te pongo, guapa? Mira qué merluza más fresca tengo hoy. ¡Todo lo tengo fresquito, cariño, recién traído!» Sara no se atrevía a reconocer que nunca lo había visitado, pese a vivir tan cerca. Hasta ese momento, la idea de ir al mercado le hacía arrugar la nariz en un gesto despectivo. Saïd, en cambio, había ido decenas de veces, se lo conocía palmo a palmo. Le resultaba placentero perderse entre sus gentes y observar, aunque no tuviera que comprar más que un simple ramillete de hierbabuena y otro de cilantro. Le gustaba ir al mercado por el gozo de asistir, sin más.

Cogida de su brazo, ella se mostraba reacia, al principio, pero disimulaba como podía. Consideraba más rápido y práctico pasar por el supermercado. Su rostro se crispaba ante tanto bullicio incomprensible. Él se percató de su agobio, aunque hizo ver que no se daba cuenta. Se detuvo para enseñarle una lubina idéntica a la que pescó aquel día. Le explicaba anécdotas. La acompañaba por aquí, la guiaba por allá. La prisa mata. A Sara le desagradaba ese olor que lo anegaba todo. Contemplaba con horror a la pescadera que lo mismo decapitaba un atún que destripaba una caballa. Temía que le salpicaran, que se quedara prendida de su ropa esa mezcla de efluvios. Se aferraba al brazo de su chico con fuerza. Además, no distinguía un boquerón de una sardina, ni una dorada de un salmón. Adquiría el pescado congelado, cortado en lomos o rodajas, y colocado en bandejas. Sin embargo,

a medida que pasaba el tiempo y observaba cómo compraba Saïd, «estas zanahorias no, aquellas por favor, que tienen mejor aspecto», «esos tomates maduros, sí, gracias, muy amable» se dio cuenta de que lo hacía cumpliendo con una especie de ritual, no solo de compra y venta, sino de acto social.

Cada cosa en su lugar, las frutas en un puesto; las verduras en otro; las especias y frutos secos en otro. Por fin se relajó y se dejó llevar. Cuando salieron de la Boquería él percibió que la expresión de la chica se había transformado. El rictus fruncido de la boca había desaparecido, dando paso a una preciosa sonrisa. Se sentía como una chiquilla que acabara de averiguar que aquello que creía aburrido podía ser divertido. Saïd transmitía paz. Su forma de hablar, pausada, conseguía que le escuchara cual discípulo a su maestro. A su lado, hasta el evento más simple se convertía en sublime. Estaba enamorada sin remedio, y se reía con esa inconfundible risa desbocada que provoca el amor.

Luego se perdieron por callejuelas del casco antiguo, en busca de una carnicería islámica. Él prefería esos establecimientos, no solo porque no vendían cerdo, sino para tener la absoluta garantía de que los animales habían sido sacrificados de acuerdo con las normas del islam, es decir, mirando a La Meca, pronunciando las palabras «*en el nombre de Allah*» y de un tajo certero y único, sin sufrimiento innecesario. Después de matarlos se desangraban por completo, antes de su consumo, por eso la carne era tan sabrosa y tierna.

Compró un kilo de ternera troceada, cilantro, comino, té verde y hierbabuena. En las carnicerías islámicas se puede adquirir una gran variedad de productos procedentes de diversos países musulmanes, dependiendo del origen del dueño de la tienda, que suele ser marroquí o pakistaní.

Lejos de lo que Sara hubiese podido imaginar, Saïd se desenvolvía en la cocina como pez en el agua. Troceó las cebollas, los tomates, las zanahorias y los calabacines con habilidad de chef, las añadió al recipiente y dejó que se cociera todo a fuego lento. El aroma de la carne mezclada con las verduras, el cilantro y el comino abría el apetito.

—El truco está en hacer las cosas con cariño y sin estrés, gozando de lo que uno hace, sea lo que sea. Si se hace de mala gana, es imposible que salga bien.—Esa era la teoría del marroquí.

Un toque final de almendras y ciruelas pasas, y el tajín ya estaba listo. Para ella, la humeante cazuela de barro despedía un penetrante y delicioso olor a especias morunas, que la transportaba a lugares exóticos y desconocidos.

Para él, era el familiar sabor de la nostalgia del hogar.

Echada en el lecho de costado, Sara percibía el calor de Saïd, que la rodeaba con sus brazos, pegado a su espalda.

—Estoy impresionada. Eres bueno en la cama y en la cocina, ¿qué más puede desear una mujer? Es como estar en el Paraíso.

—Tú lo has dicho.

—¿Crees en el Paraíso?

—Por supuesto, ¿tú no? —Ella no supo qué responder—. Después del juicio final los buenos irán al cielo y los malos arderán por toda la eternidad en el fuego del infierno. ¿Acaso los cristianos no creéis lo mismo? —inquirió él. Sara se quedó pensativa. Se consideraba más laica que cristiana, y nunca se había planteado nada semejante, aunque temía herir los sentimientos de su amigo.

—¿Lo dices en serio? —Se aventuró a cuestionar.

—Pues claro.

—Supongamos, de forma hipotética, que tú y yo seguimos juntos el resto de nuestras vidas y, después de la muerte, nos merecemos el Paraíso. ¿Tú irás al cielo de los musulmanes y yo al de los cristianos?

—No hay un cielo para los musulmanes y otro para los cristianos. Hay siete cielos y un infierno, iguales para todos. Cuando muramos permaneceremos dormidos durante años, tal vez siglos, hasta que se acabe el mundo. Luego se nos juzgará por nuestros actos.

—Entonces, ¿estaré contigo en el Paraíso?

—Sí, pero tendrás que compartirme con cuarenta más.

Sara se dio la vuelta de golpe, para mirarlo a la cara.

—¿Qué? Sí, mira, ¿y qué más? Si tú vas a tener cuarenta mujeres, entonces yo tendré cuarenta hombres. ¿No?

—¡De eso nada! Tú serás solo mía.

—¡Qué machista!

—No es mi decisión, lo dicen las escrituras —expuso él, y no pudo evitar dejar escapar una sonrisa. Le divertía la infantil reacción de la chica, que estaba sufriendo un ataque de celos en toda regla.

—Y dime, ¿esas pobres criaturas serán también mujeres que han muerto y han ido al cielo y eso es lo que les ha tocado? —planteó la redactora, con evidente exaltación.

—Claro que no, tonta... —aclaró él, con tono indulgente—. Ellas viven en el Paraíso, son sirvientas. Según el Corán, si soy un buen musulmán dispondré de mi propio harén de cuarenta encantadoras concubinas, como cualquier otro buen musulmán.

La redactora se quedó callada y se tumbó de nuevo. ¿Qué más podía añadir? La lógica no le alcanzaba para continuar con semejante conversación, así es que se dejó vencer por la modorra.

En cuanto se abandonó en brazos de Morfeo, cientos de imágenes oníricas inundaron su subconsciente. Soñó que se hallaba en el Paraíso. Lo imaginó hermoso. Un lugar fantástico cuyo suelo estaba formado por esponjosas nubes y cuyo techo consistía en un arco iris flotante. Todo era paz, armonía y... él. Ahí estaba él. El hombre. Su hombre. Ataviado como un sultán, se recostaba sobre una gran cama redonda cubierta por sábanas de raso de colores vivos que iban del naranja al rosa fucsia y del violeta al burdeos, al más puro estilo Bollywood. Cuarenta bellas y exuberantes féminas le acompañaban. Unas poseían profundos ojos de azabache, otras pupilas tan verdes como la esmeralda o tan azules como el mar; las había rubias, morenas, castañas y pelirrojas. Muy femeninas, unas con largas melenas rizadas; otras, lisas u onduladas. Él parecía pletórico, al borde del éxtasis. Sara contemplaba el espectáculo con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Tenía que hacer algo, así es que, ni corta ni perezosa, se dirigió a una de ellas y, con una descomunal fuerza sacada no sabía de dónde, la agarró por la cabellera, la arrastró hasta el borde del Paraíso y la arrojó al vacío; después hizo lo propio con otra; luego con otra...y con otra más. Hasta eliminar a todas y cada una de sus rivales quedándose, al fin, a solas con su galán. Solo entonces asintió, satisfecha. Palmeó las manos y se sacudió con energía, orgullosa de su propia hazaña.

—¿Te encuentras bien, cariño? Pareces inquieta, no paras de moverte— dijo Saïd, medio incorporándose.

—¿Mmm? Sí, sí, estoy bien, perdona si te he despertado —afirmó ella, regresando con desgana a la realidad—. Habrá sido una pesadilla... ¡Uy, sí! Era una pesadilla horrible.

—Tranquila, ya pasó todo. Estoy aquí para protegerte. Buenas noches, princesa.—Saïd besó la mejilla de la chica y se dejó caer a su lado.

—Buenas noches, príncipe—respondió Sara—. Mi bello príncipe árabe. Mío... y solo mío—añadió, murmurando para sus adentros.

La bailarina se contoneaba, sensual, ante un público extasiado que no podía apartar los ojos del escenario. La música la envolvía, la hechizaba... ejerciendo sobre ella un poderoso influjo que la transformaba en diosa. Las caderas adquirían vida propia, mientras los ritmos árabes inundaban la estancia. Su largo cabello giraba al compás, al mismo tiempo que la sedosa falda transparente, dejando al descubierto las hermosas piernas y los hábiles pies descalzos, adornados con tobilleras. El tintineo de sus pulseras se mezclaba con el sonido, acompañando al movimiento serpenteante de sus muñecas. Todo en conjunto resultaba un espectáculo bellísimo y cautivador.

Su nombre artístico era Bella Shahrazad, pero en realidad se llamaba Eva. Era española, aunque algunas gotas de sangre árabe corrían por sus venas desde tiempo atrás, y siendo aún muy pequeña ya se sintió atraída por el baile. Embelesaba a cuantos la rodeaban, con su gracia y soltura de chiquilla desenvuelta. Toda su vida había poseído un innegable carisma, una irresistible atracción. Deseada por muchos hombres y envidiada por no pocas mujeres, vivía ajena a lo que provocaba a su alrededor, al menos aparentemente. Ser bailarina era lo único que siempre deseó y su existencia íntegra giraba en torno al baile. Se había especializado en diferentes estilos de danza oriental y, a base de lucha y concienzudo esfuerzo, había logrado hacerse un hueco importante en una profesión tan cargada de insanas rivalidades, como cualquier otra vinculada a lo artístico.

El origen de la mezcla de sus genes españoles con los árabes procedía de la rama paterna de su árbol genealógico. Su abuelo Miguel, militar español destinado a la base de Sidi Ifni, entabló estrecha amistad con Hafid, un marroquí cuya familia emigró a Yemen. Durante uno de sus frecuentes viajes, acompañó a su amigo a aquel país, y allí cayó rendido a los pies de la belleza de su prima Sheima, una muchacha bastantes años más joven que él, que también se prendó del apuesto abuelo de Eva. Hafid intentó advertirle de lo complicado del asunto, haciéndole saber que por aquellos lares no se andaban por las ramas y que el padre de la chica podía, incluso, tomarse la justicia por su mano, si se enteraba. Pero Miguel estaba dispuesto a cualquier cosa para robar el corazón de Sheima y hacerla suya para siempre. En vista de la cabezonería de su colega, y a sabiendas de que el padre jamás consentiría el

matrimonio de su hija con un infiel, Hafid reunió a sus parientes más cercanos y entre todos planificaron el rapto de la chica, que estaba encantada, y se sentía protagonista de un romántico cuento de mil y una noches. Así se hizo. Destino: El Líbano.

Acabó casándose con ella, no sin antes convertirse al islam, de manera que dejó de ser Miguel para pasar a llamarse Ahmed. Tan considerado gesto, lejos de provocar la admiración de la joven, la decepcionó. Porque precisamente, lo que más le atrajo de aquel valiente soldado cristiano, fue su gallardía inicial, su atrevimiento. Cruzar la frontera de lo prohibido, saltándose las normas establecidas, la hacía bullir de excitación, sentirse viva.

Al final, su marido español resultó ser el más fiel y devoto de los musulmanes de su familia, imponiéndoles a su mujer y a sus hijos cada una de sus leyes, con severidad. Se quedaron para siempre a vivir en El Líbano, trajeron al mundo cinco retoños y, con el paso de los años, uno de ellos decidió buscar sus orígenes ibéricos y echar raíces en España.

Casado con una extremeña, dejó atrás las costumbres musulmanas transmitidas por su progenitor. Aun así, no pudo evitar que Eva, la menor de sus hijas, se sintiera atraída por el islam y la cultura árabe, canalizando todo su interés a través de la danza del vientre. La llevaba dentro, vibraba en su interior. Se sentía muy unida a esa abuela a la que solo veía una vez al año, cuando la visitaban en verano. Esa abuela, rebelde y moderna, que disfrutaba desafiando sus leyes y fumando a escondidas, adoraba a aquella nieta talentosa que daba rienda suelta a todo lo que ella no pudo.

La profesión de Eva no gozaba de buena reputación entre los musulmanes. A las bailarinas se las consideraba mujerzuelas de mala vida. Además de la fuerte personalidad, había heredado de su abuela paterna algunos rasgos físicos que delataban lo exótico de su procedencia; la larga melena, oscura y lisa; los ojos almendrados, negros como una noche sin luna; y, por supuesto, la manía de llevarle la contraria a su padre en todo, circunstancia que provocó no pocos disgustos desde que entrara en la adolescencia hasta que se marchó de casa, a los dieciocho, para irse a vivir con un egipcio.

Había paseado su arte y su danza por medio mundo: Marruecos, Túnez, Egipto, Yemen, Turquía, Arabia Saudí, La India, Pakistán... Y había seducido a hombres de tantas nacionalidades distintas como países había visitado. Era un alma libre. Cuando se enamoraba, le era fiel a su corazón; aun así, nadie podía cortar sus alas. Si un hombre intentaba coartar su libertad de una forma u otra, lo abandonaba sin más. Vivía el amor en otra dimensión,

no concebía la idea de unirse a alguien de por vida y formar una familia tradicional.

Volátil y vulnerable, accesible en apariencia, pero siempre distante. Así era Eva. Ahora mantenía una relación, más o menos estable, con un pakistaní que había perdido la cabeza por ella. Tanto era así que le había pedido que se convirtiera en su esposa. En la segunda, claro. La primera vivía en Pakistán, con su hijita.

Nadir y Saïd permanecían boquiabiertos contemplando el espectáculo. Cuando la melodía era suave, Bella Shahrazad giraba y giraba, jugando con un velo a modo de veronica. Cuando la pieza adquiría fuerza, sus caderas se estremecían con energía y el shimi interminable hipnotizaba a los presentes, en especial al público masculino. La riqueza de sus movimientos abarcaba desde los más sensuales y sinuosos, hasta los más enérgicos y rítmicos. Espontaneidad y desinhibición combinadas en perfecta armonía, ejerciendo una especie de embrujo sobre el espectador.

Sara miró de reojo a Saïd y a su amigo, le susurró algo a Alicia al oído y ambas trataron de disimular sendas risotadas cómplices. Sonaba una música poderosa, contundente...y a ratos melódicos, ondulantes. Se sintieron transportadas a exóticos países árabes.

—¿Qué te parece Nadir? —preguntó la periodista.

—Está de «*toma pan y moja*». ¿De dónde lo has sacado, chiquilla?

—Comparte piso con Saïd.

—Ah...

—¿Y mi chico qué te parece?

—Es majó, pero me gusta mucho más Nadir.

—Afortunadamente. Pues él no para de lanzarte miraditas de reojo, guapa.

—¿A mí! ¡Anda ya! Si están embobados los dos con la bailarina, hija, ¿no los ves?

—Ssschiss... Baja la voz que nos van a echar.

Bella Shahrazad finalizó el espectáculo con un número de Bollywood. Un grupo de bailarinas y bailarines la acompañó, llenando de alegría y colorido el escenario. Al finalizar, el público aplaudió enfebrecido, con un entusiasmo conmovedor. La diva se sintió pletórica, ese era el instante más anhelado del día, cuando su espíritu tenaz se sentía alimentado, cuando el empeño brutal que vertía hora tras hora en los ensayos se veía recompensado. Entonces comprendía que había merecido la pena todo su esfuerzo. Sara, Alicia, Saïd, Nadir y el resto de los asistentes permanecieron en pie, aclamando a la artista,

durante un buen rato, fundidos en una ininterrumpida ovación capaz de erizar el vello a cualquiera. A continuación, iniciaron la lenta tarea de dirigirse a la salida del teatro.

—¿Qué! ¿Cómo se os ha quedado el cuerpo? —inquirió Sara, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Ha sido increíble, maravilloso, no tengo palabras—respondió Saïd con admiración—. Tiene mucho talento esa chica.

—Talento y belleza —añadió su colega—. ¿Y es amiga vuestra?

—Bueno, es amiga de nuestra profesora de danza del vientre, que un día nos la presentó—contestó Alicia clavándole las pupilas de un modo fulminante.

—¿Vosotras también bailáis *Belly dance*? —preguntó Nadir, acercándose a ella. Sara y Saïd se cogieron de la mano, apartándose con discreción.

—Fuimos a clases durante un tiempo —aclaró la podóloga—. Lo pasábamos muy bien, esa es la verdad, porque es un baile que transmite sensualidad y bienestar. Además, es muy bello.

—¿Sabes su nombre en árabe? —interrogó Nadir, con prepotencia.

—Por supuesto—respondió la chica, con pedantería—. La danza oriental clásica, que es la base, se denomina Raqs Sharqi y es la más elegante. En sus orígenes, se vinculaba a rituales de fertilidad en los que solo participaban mujeres, quedando excluidos los hombres. A lo largo de la historia fue tomando cierta carga erótica, aunque este matiz depende más de los ojos del que mira que del propio baile en sí.

—¿O sea que yo no puedo aprender Raqs Sharqi? —bromeó Nadir, con mucha ironía.

—¡Claro que sí! En realidad, fue un hombre, Mahmoud Reda, el que la llevó a los escenarios —afirmó ella.

—Lo siento, Nadir, pero no te imagino enseñando el ombligo —exclamó entonces Saïd.

Ante la inesperada ocurrencia, los cuatro estallaron en carcajadas.

—¿Vamos a tomar algo o qué, chicos? —propuso la redactora.

—¡Excelente idea!—aprobó su amiga.

—La noche es joven —sentenció Nadir, observando a Alicia de soslayo. Ella le devolvió la mirada y reparó en sus preciosas pupilas verdes, y en sus deseables labios carnosos. Él se dio cuenta, le guiñó un ojo y sonrió. Tenía la boca grande y lucía una bonita sonrisa, amplia y seductora.

Por enésima vez, Nadir revisó el proyecto en el que había colaborado en los últimos años y cierto amago de duda ensombreció su pensamiento. ¿Estaría haciendo lo correcto? Resolvió de inmediato el conflicto apelando a la cuestión práctica: necesitaba dinero. Le encantaría dedicarse de lleno a la investigación si no le importara seguir siendo un muerto de hambre. Pero sí le importaba. Como profesor de Biología Celular ganaría un sueldo digno que le permitiría ahorrar y regresar a su país en un futuro no tan lejano, para echar raíces en El Rif, la tierra que le vio nacer. Era allí, en su Alhucemas natal, donde tenía pensado casarse. No tenía novia aún, pero sabía lo que quería: una chica joven, guapa, tradicional y musulmana, dispuesta a darle un buen puñado de hijos sanos, a los que educaría en las sólidas normas del islam, tal y como hizo con él su padre.

Meses atrás habían salido a concurso más de cien plazas para cubrir distintos puestos en diversas especialidades, y él decidió presentarse a la convocatoria. Nadir se enfadaba a veces consigo mismo y con el mundo ante los obstáculos del día a día. Era nervioso, inquieto. Lo que quería, lo deseaba ya. No estaba dispuesto a envejecer esperando, necesitaba dinero. Impaciente pero tenaz, aprobó las oposiciones.

En el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular se sentía como pez en el agua. Hizo *click* en la opción de apagar, apartó los ojos de la pantalla y al girar la silla, aún sentado, tropezó con una mirada fija clavada en él. Era la de Ana, colega con la que había mantenido una... íntima amistad.

—¿Llevas mucho rato ahí? No te he oído entrar—comentó, devolviéndole la mirada con descaro, recorriendo sin disimulo la anatomía de la chica. Era rubia, esbelta y suspicaz. Vestía un pantalón vaquero y un top, que dejaban al descubierto el *piercing* del ombligo, llevaba varias carpetas y dossiers apoyados contra el pecho, y su postura resultaba un tanto amenazante. El azul de sus ojos hacía juego con el de las monturas de sus gafas, y la sonrisa que se esforzó en esbozar acabó convirtiéndose en un rictus amargo.

—El suficiente para saber que tienes dudas.

—Muy observadora. Sin embargo, así es la vida. Debemos aprovechar las oportunidades que se presentan.—Nadir se incorporó y se plantó ante ella, en

actitud desafiante.

—Te echaré de menos.

—No estaré muy lejos, seguiré en la facultad—aclaró, alzando la mano para acariciar una de las mejillas de Ana, con el dorso. Ella cerró los párpados unos segundos, abandonándose al fugaz contacto, y volvió a hincar sus pupilas en él, al reabrirlos.

—No será lo mismo. Tú ya me entiendes.

—Tienes una mente privilegiada y eres hermosa —le susurró con ternura protectora, besando su frente—. Sigue tu camino, Ana, olvídate de mí.

Nadir era consciente de la poderosa atracción que ejercía sobre las mujeres. Apiló los apuntes y portafolios que había esparcidos por la mesa, los introdujo en su cartera y se dispuso a salir, dedicándole un guiño a su compañera, a modo de despedida.

—Nos vemos, encanto.

—Hasta otro día, Nadir.

Buscó las llaves en su bolsillo y se dirigió al aparcamiento. Adoraba su coche, por muy pasado de moda que estuviera. Era un Volkswagen Golf metalizado, de segunda mano, que su hermano le había conseguido por un precio irrisorio hacía un par de años. Pero más divertida aún fue la forma de obtener el carné de conducir marroquí. Pasó unos quince días asistiendo a la autoescuela, se presentó al examen teórico, durante el cual le chivaron todas las respuestas, y aprobó, por supuesto. Luego hizo un par de prácticas, y listo. Por cien euros más se lo hubiera podido sacar en una semana, pero no quiso abusar del sistema. Después lo homologó en España y se enfrentó a lo más difícil: acostumbrarse a aplicar aquí unas normas que, si se le ocurriera cumplir en su país, se reirían de él, tachándole de europeo cursi, como mínimo. Se jactaba de ser buen conductor y no le faltaban motivos. En la jungla circulatoria marroquí se curtía hasta el más torpe piloto.

Antes de poner en marcha el motor, se planteó si iría directamente a casa, o llamaría a algún amigo para tomar algo. Mientras se decidía, abrió la guantera para buscar un disco compacto y salió disparada una tarjeta de visita que aterrizó justo en su mano:

Alicia García Montero, PODÓLOGA.

Visitas concertadas.

Horario de atención al público:

9 a 13h

16 a 20h

Una dirección y un número de teléfono.

«Mmm... Alicia. Simpática, guapa y no parece complicada». Se dijo, sonriéndose a sí mismo. Encendió el contacto y puso rumbo a Barcelona, sin dudarlo. Eran más de las siete, pero si no había retenciones, llegaría a tiempo, de sobras.

—Bueno, señora Paquita, ya está. ¿Se encuentra mejor?

—Ay, hija mía, qué manos tienes. ¡Estos callos me van a matar!

La podóloga ayudó a la última cliente de la tarde a ponerse en pie. Era una mujer menuda y arrugada, que rondaba los noventa años y que se aferraba con fuerza al brazo de la chica. Cuando logró mantener el equilibrio, sacó el monedero del bolso y le pagó, con un suspiro de alivio, satisfecha del trato recibido. Alicia guardó el dinero y acompañó a su paciente hasta la salida.

—No sea testaruda, mujer, lo mejor es que se opere.

—Nunca he pasado por un quirófano, y a mi edad, tú dirás, una no está ya para muchos trotes. Aguantaré lo que haya que aguantar hasta que Dios me lleve —expresó, con determinación resignada.

—Usted tiene la última palabra. Ganará en calidad de vida y eso no tiene precio.

—Gracias, maja. Bueno, hasta otro ratito.

—Adiós, Paquita, cuídese.—La dejó ir, inquieta, le recordaba a su madre. También era mayor y muy tozuda. Sabía con certeza que no se operaría.

Colocó el cartel de «Cerrado» y echó el pestillo. A esas horas, el hambre, el sueño y la fatiga destacaban, por excelencia, entre la amalgama de sensaciones psicofísicas que se apoderaban de ella y contra las que se negaba a seguir luchando. La impaciencia por recoger rápido y marchar a casa la dominaba. Mientras se despojaba de la bata blanca, sonó el teléfono de la consulta, una vez más. Suspiró, exánime, emitió un bufido de fastidio y descolgó el auricular, forzando la voz para disimular su agobio.

—Centro de podología, ¿dígame?

—Necesito un suave masaje en los pies —murmuró una voz masculina, al otro lado del hilo.

—Oiga, se equivoca. Soy podóloga, no masajista —sentenció con rotundidad, colgando de golpe—. ¡Lo que me faltaba!

Y al cabo de cinco minutos sonó el timbre.

—¡Está cerrado! —gritó desde el lavabo.

Sonó de nuevo. Una vez, dos... tres veces más. Malhumorada, condujo sus pasos hacia la entrada del centro para comprobar quién era. De un tiempo a esa parte las jornadas se le hacían interminables. No veía el momento de desparramarse en el sofá, delante del televisor, sin pensar en nada más. ¿Quién podía ser? ¿Acaso no ponía bien claro en el rótulo el horario de atención al público? La gente no tenía consideración. Al abrir la puerta, la palidez de su rostro pasó del estupor a la vergüenza, y de la vergüenza al deleite, en apenas unas décimas de segundo. Una blanca hilera de dientes perfectos le sonreía.

—Hola, preciosa. Te he llamado y me has colgado.

—¿Eras...? ¿Eras tú? Cómo iba a imaginarlo.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió llamarte —expuso Nadir con un descaro increíble. Tenía el brazo derecho apoyado en el quicio, a la altura de su cabeza, haciendo ademán de entrar. Derrochando seguridad en sí mismo.

—No cuela. Vives en Barberà y trabajas en Bellaterra —confirmó la chica. Sus raudos pensamientos se debatían entre «¡*Oh dios mío, es rematadamente guapo!*» y «*Pero, ¿cómo se presenta aquí de repente? ¡Y yo con estos pelos!*»—. Apenas nos conocemos. ¿Acaso te he dado pie para que te tomes estas confianzas conmigo? —añadió, arrepintiéndose al instante de haber sido tan borde.

—Tienes razón —corroboró el biólogo, a la defensiva, abandonando su intención de entrar—. Será mejor que me vaya.

—¡No, espera! Lo siento. El cansancio me hace decir tonterías. Estaba a punto de irme. Pasa, por favor, bajaré la persiana.—Alicia notó una irresistible atracción por el joven, pero a la vez se sentía invadida en su territorio. Además, no podía dejar de pensar en que él... era marroquí. ¡Con la bronca que le echó a su amiga!

Nadir dudó, y al final se decidió a entrar. El local era pequeño, aunque acogedor. Las paredes blancas y el ambiente aséptico le daban ese aire inconfundible de centro sanitario.

—Perdona, a veces puedo resultar bastante impulsivo. Me causaste buena impresión y tenía ganas de volver a verte, eso es todo.

—Yo también. Hubiera preferido una cita concertada, eso sí. Para poder arreglarme un poco y esas cosas, ya sabes.

—No te hace falta, estás preciosa.—La miró de arriba abajo y ella percibió una intensa punzada de deseo.

—Gracias, eres muy halagüeño. ¿Tienes algún plan o siempre improvisas sobre la marcha?

—Invitarte a tomar algo, conocerte y... lo que surja.

Ella escuchó en silencio, desviando la mirada. Recogió sus cosas, ordenó la consulta y meditó la propuesta.

—Vivo cerca de aquí, ¿te apetece que vayamos a casa? Preparamos unas pizzas y... lo que surja —propuso al fin.

—Me parece una gran idea.—una sonrisa iluminó el rostro del rifeño—. Me gustan las mujeres directas, con las ideas claras.

Animado por la proposición, Nadir acortó la distancia que les separaba, puso las manos en su cintura y la besó. Se retiró unos segundos para tantear la reacción y ella alzó los brazos, rodeando su cuello. Un latigazo de electricidad recorrió sus cuerpos. Se miraron, y de nuevo unieron sus bocas. Alicia cedió al vano intento de contener la sinrazón que inundaba su cerebro y nublaba su mente. Se abandonó a la excitación. Y, a medida que se relajaba, cayó en la cuenta de que llevaba varios meses sin darle una alegría al cuerpo.

Estaba a punto de terminar su columna y empezaba a impacientarse. Había consultado tres veces el reloj en el último cuarto de hora. ¿Le habría pasado algo a Saïd? Sabía que su horario era flexible y que pasaba mucho tiempo en

la facultad, aun así, le inquietaba que no hubiera hecho acto de presencia en la redacción, a esas alturas de la jornada. Era impropio de él. La idea de llamarle se le pasó fugazmente por la cabeza, pero enseguida la descartó. No quería que él creyera que controlaba cada paso que daba, pero lo cierto era que la ponía muy nerviosa no saber dónde estaba. Sin embargo, parecía un buen chico, digno de confianza. «*Seguro que hay un motivo justificado para su retraso*», se dijo. Y trató de concentrarse, de nuevo, en su artículo.

Sara era muy trabajadora. Tal vez algo insegura, pero se mataba por cumplir con sus funciones periodísticas, haciéndolo lo mejor que podía y sabía. Por eso estaba donde estaba. Ejercía su profesión en un diario de gran tirada, uno de los más importantes del país. Era consciente de su suerte, e intentaba superarse a sí misma, día tras día. Escribía una columna sobre el mundo árabe y musulmán, y muchos de sus artículos iban a parar a «*Internacional*» aunque, en realidad, ella formaba parte del equipo de redactores de «*Sociedad*». No le caía demasiado bien Ramírez, su jefe de sección, tenía la constante y desagradable sensación de que iba a por ella, y ella doblaba su empeño por ganarse su confianza. Era un señor de cierta edad, de carácter huraño, exigente y severo, que jamás felicitaba a nadie por su labor, por muy eficiente que fuera.

Lo que más le gustaba a Sara era perderse por el barrio del Raval en busca de historias reales. Sentía curiosidad, sobre todo, por las mujeres musulmanas. Quería saber qué sentían, qué pensaban, y si de verdad vivían tan oprimidas o eso era lo que queríamos ver los occidentales. Adoraba su profesión. Echaba de menos una vida más tranquila, eso sí. Trabajaban a contra reloj. Desde la mañana a la noche se respiraba un ritmo frenético en la redacción. Además, era muy perfeccionista, y eso sacaba de quicio a sus compañeros, más hábiles y rápidos, aunque menos pulidos. Ella jamás entregaba un artículo sin haberlo revisado una infinidad de veces, y algunos la apodaban «*la tortuga*», entre risas. Le molestaban las críticas, pero procuraba que no le afectasen. En su mundo, la envidia y la competencia desleal estaban a la orden del día.

Se consideraba una buena redactora, disponía de sus propias fuentes y contrastaba siempre la información antes de sacarla a la luz, no como otros que recurrían una y otra vez a noticias de Agencia. A estos últimos, a velocidad no había quien les ganara, desde luego. A pesar de su amor por el Periodismo, la auténtica pasión de Sara era la literatura. Lo que de verdad deseaba, y siempre posponía, era escribir una novela. Una buena novela que

se convirtiera en *Best Seller* y la lanzase a la fama. ¡Ese era su sueño! Y en su fuero interno sabía que algún día lo conseguiría. Era constante, y muy tenaz.

Terminó su escrito, lo imprimió... y ahí estaba Saïd. Con la expresión relajada y el rostro sereno, carente de cualquier vestigio de catástrofe alguna. Sonrisas y miradas cómplices era lo único que, de momento, se atrevían a intercambiar, como pareja, en el contexto laboral. Se comportaban como dos compañeros más. Ambos sospechaban que todos estaban al corriente de su aventura, sin embargo, preferían obviarlo, haciendo caso omiso de las insistentes indirectas y comentarios. La redactora ahogó un reproche en su garganta y lo sustituyó por una frase de preocupación.

—Ya empezaba a creer que no vendrías. ¿Qué te ha pasado?

—Lo siento, perdí el tren. Además, vengo de hablar con Ramírez.

—¿Te ha echado bronca o qué? —inquirió ella.

—No, al contrario. He solicitado un permiso y me lo ha concedido.

—¿En serio? ¡Qué suerte! —agregó la chica, con cierto sarcasmo—. ¿Y cuántos días has pedido?

—Quince. Se acerca el ramadán y quiero visitar a mi familia.

—¿Te vas a Marruecos? —Sara no logró evitar un matiz de inesperada decepción, en su voz.

—Sí. Este fin de semana. Luego hablamos, ¿de acuerdo?

Un silencio incómodo anegó la sala. Era casi la hora del cierre y Sara resolvió entregar su columna, mientras Saïd se afanaba en terminar traducciones que tenía pendientes. Ramírez le había pedido que se mantuviera en contacto con su compañera vía email y a él le había parecido un buen trato.

Se quedaron los últimos en la redacción. Cuando salieron ya había oscurecido y ella le propuso pasar la noche juntos.

—Hoy no, Sara. Aún tengo que hacer varias coladas, si quiero tener algo que meter en la maleta.

—¿Tienes toda la ropa sucia?

—Sí. Me temo que como amo de casa soy un desastre.

—Tomemos un café, al menos —sugirió la redactora, cuyo disgusto resultaba cada vez más evidente.

—Eso sí. Y no te pongas triste, por favor. No lo soporto.

Como en tantas otras ocasiones, la joven sintió que un ángel y un demonio dominaban su voluntad, a partes iguales. Si se hallaba tranquila y feliz solo escuchaba a su ángel. Ahora bien, si había tenido un día de perros porque su

jefe la había sermoneado, o estaba malhumorada por cualquier otro motivo, o en pleno ataque de síndrome premenstrual, la cosa cambiaba. Ángel y demonio hablaban a la vez, atropelladamente, y apenas se les entendía. Discutían, ella entraba en conflicto, le subía la adrenalina y la vocecilla del ángel se iba difuminando más y más hasta convertirse en un hilillo casi imperceptible, mientras que el demonio se imponía a grito pelado.

Cuando entraron en la cafetería, oía con claridad esas voces:

(Demonio:) —¿Vas a permitir que se vaya de viaje sin ti, dejándote plantada?

(Ángel:) —Compórtate. Hace apenas un par de meses que le conoces. ¿Qué derecho tienes tú a impedir que se vaya?

(Demonio:) —¿Y si en Marruecos tiene mujer e hijos? ¿Eh? ¿Cómo sabes que no te está engañando?

(Ángel:) —Mírale qué carita tiene. Es bueno. Y dulce. Puedes confiar en él. Se va, pero volverá. Déjale ir tranquilo.

Ocuparon la primera mesa que encontraron libre y pidieron dos cafés con leche. La periodista permaneció cabizbaja y callada, intentando no volverse loca con sus propias voces internas. Acostumbraba a quedarse muda cuando las emociones que la embargaban eran tan confusas que no había forma de exteriorizarlas. Él la observó y, por primera vez en la vida, experimentó un sentimiento hasta entonces desconocido. Su corazón estaba dividido. Por una parte, percibía la apremiante urgencia de correr junto a los suyos; por otra, deseaba estar con ella día y noche, abrazarla con fuerza hasta convertirse dos en uno y no separarse jamás. Era la única mujer que le había hecho sentir lo que sentía. Sin embargo, no quería que ella lo supiera, de momento. La vulnerabilidad era una de las pocas cosas a las que temía en la vida. Y la única forma de protegerse que se le ocurría era refugiarse bajo esa máscara de aparente frialdad y ausencia de emociones que llevaba puesta.

—Aunque sé que no tengo ningún derecho a hacerlo, desearía pedirte que no te fueras —dijo Sara, con desánimo.

—Lo entiendo. Pero compréndeme tú también —respondió el biólogo, sujetando la barbilla de la chica, para obligarla a levantar la cabeza—. Ponte en mi lugar. Llevo más de un año sin ver a mi familia y sin respirar el aire de mi país. Lo necesito. Me siento muy a gusto contigo; sin embargo, debo ir. Quiero pasar al menos los primeros días del ramadán con mi familia. ¿Sabes qué es el ramadán?

—Más o menos. Ayuno y abstinencia, ¿no? En el cristianismo también se

hace algo parecido durante la cuaresma, en teoría, aunque casi nadie lo cumple en la práctica.

—Sí. Ayuno y abstinencia desde el primer rayo de luz del día hasta el último. Tras la puesta de sol todo lo prohibido vuelve a estar permitido.

—¿Y cuánto dura? —La curiosidad venció a la desazón por unos instantes.

—Unos treinta días. Una luna completa, desde que nace y crece hasta que mengua y muere.

—¿Qué significado tiene? ¿Qué objetivo?—La redactora pensaba ya en un posible artículo.

—Para los musulmanes, hacer el ramadán es muy importante. Es un tiempo de meditación. Te sientes más en contacto con Dios, pero a la vez tomas plena conciencia de tu condición humana y tu insignificancia. Aprendes a concederle un gran valor a un simple vaso de agua, por ejemplo. En el día a día disfrutamos de los placeres de la vida sin detenernos a pensar en lo afortunados que somos. Saciamos nuestras necesidades fisiológicas sin reparar en la suerte que tenemos de poder hacerlo. El ramadán sirve para purificar el cuerpo y desarrollar nuestra parte más espiritual. ¡Te animo a que lo pruebes! Te hará sentir muy bien.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! No voy a convertirme al islam, si es lo que insinúas.—Ella cruzó los brazos y se puso a la defensiva.

—¡Tranquila! —añadió él, sorprendido por la reacción—. No te estoy imponiendo nada, solo era un comentario.

Saïd atrapó las manos de Sara entre las suyas en un gesto que se podría interpretar como un «*Cálmate, no pasa nada. Estoy contigo, estás conmigo. Me voy pero volveré, te lo garantizo*». La chica notó que todos los músculos de su cuerpo se aflojaban, al sentir su contacto. Se desmontó. Era una lucha absurda, perdida de antemano.

Salieron de la cafetería, caminaron en silencio, y al pasar por una portería solitaria, el biólogo tiró de ella hacia el interior de la misma, en un inesperado arrebato.

—Voy a echarte mucho de menos, Sara—murmuró, abrazándola con fuerza, empujándola despacio contra la pared.

—Yo también a ti, *habibi*^[1]—Ella se aferró a su cuerpo con ímpetu, como un hierro a un imán.

—Te escribiré cada día, te lo prometo. No sé qué me has hecho, pero te siento muy adentro. A veces creo que me has embrujado o algo así —titubeó, buscando los labios de Sara con los suyos, en medio de la oscuridad. Sus

bocas se quedaron pegadas y sus lenguas se enredaron, buceando en un inagotable océano de besos, mientras el mundo entero se desvanecía a su alrededor.

Corrían los últimos días de septiembre y decenas de hojas deambulan sin rumbo por las calles, desorientadas añorando aquellas ramas en las que vivían seguras en un pasado no tan lejano, preguntándose cuál sería su nuevo destino, empujadas por una brisa insistente, que olía a otoño.

A Sara le gustaba la soledad. Le parecía un buen plan pasar el fin de semana encerrada en casa, perdida entre las páginas de un buen libro. O sumergirse durante horas infinitas en esos misteriosos cuadernos en los que garabateaba nadie sabía qué, para luego ocultarlos en el fondo de un cajón cual Gollum de *El Señor de los Anillos*. O desempolvar su vieja colección de vinilos de los 80, entre los que se podían encontrar reliquias de U2, The Cure, Simple Minds... y hacerlos sonar uno tras otro en el antiguo tocadiscos de la cadena musical, que aún funcionaba y que usaba de vez en cuando, pese a que hacía mucho que tenía aparato de disco compacto.

A menudo sentía que vivía fuera de su época. Casi nunca encendía el televisor, y cuando lo hacía se agobiaba tanto con el incesante bombardeo de estímulos audiovisuales, que lo apagaba de nuevo. Adoraba la tranquilidad. Solo ponía música para animarse mientras realizaba las aburridas y rutinarias tareas domésticas. Cuando se sentaba a escribir o a leer, prefería el silencio absoluto. Eso, en una ciudad como Barcelona, resultaba bastante utópico. Detestaba la tecnología, aunque entendía y aceptaba que ya no se podía vivir sin ella. De vez en cuando fantaseaba con que se hallaba en una época en la que se usaba pluma y tintero, y los libros eran grandes pergaminos escritos a mano.

Eran esas rarezas suyas las que a Saïd tanto le gustaban. Él no las consideraba tales, sino peculiaridades propias, que la hacían diferente a sus ojos. Desde que se conocieron, esos fines de semana solitarios habían dado paso a otros rebosantes de amor. Ahora las cosas eran distintas. El espíritu de las caricias y confianzas prodigadas bajo las sábanas, vagaba a sus anchas por la estancia, anegándola de una fragancia nueva. No había resultado difícil acostumbrarse a su olor, a su voz, a su presencia apacible y callada que, sin embargo, lo llenaba todo. Se le caía la casa encima, sin él. Menos mal que era sábado y había quedado con su amiga.

Alicia inhaló el humo del cigarrillo, saboreándolo despacio, sintiendo cómo sus pulmones se inundaban de ese veneno, lento pero seguro, que es la nicotina. Se sintió culpable una vez más por no tener la fuerza de voluntad

suficiente para dejarlo, y por enésima vez se prometió a sí misma que ese sería el último paquete.

—¡Te pillé! ¿No ibas a dejar de fumar? —Sara besó sus mejillas y le lanzó una mirada de reprobación, mientras tomaba asiento frente a ella.

—¡Hola guapísima! Sí... me cuesta renunciar a esta porquería, lo admito. Pero estoy en ello. Este será el último paquete, te lo juro.—Se comprometió, aplastando la colilla contra el cenicero. Acto seguido, le hizo un gesto al camarero—. ¡Dos cervezas, aquí! —pidió, y se dirigió de nuevo a su amiga—. Tengo noticias.

—Sí, yo también —respondió la periodista, con cierta tristeza. Y a Alicia se le transformó el semblante.

—¿Estás bien, cielo? ¿Qué ha pasado?

—No, no es nada. Cuéntame lo tuyo.

—No, tú primero—la incitó—. Tienes mala cara, chiquilla. ¿Has discutido con Saïd?

—Está en Marruecos.

—Pero volverá, ¿no?

—Eso espero.

—¡Sara, por favor, crece de una vez! Tú misma me dijiste que era el hombre más extraordinario que habías conocido. ¡Dale un voto de confianza, mujer!

—Es que le echo tanto de menos...

—¿A que te doy un par de bofetadas? ¡Me has asustado! Creía que pasaba algo grave —gritó Alicia, mientras el camarero dejaba sobre la mesa un par de cervezas y un platito con frutos secos.

—¿Podrías ser más empática conmigo, si no te importa? —la mentóla redactora.

—Podría, pero no lo haré—contestó la otra, irritada—. Soy tu amiga, no tu terapeuta. Reconócelo, te comportas como una niña mimada y egoísta.

—¡Jolín! ¡Deja de regañarme! ¿Y si no vuelve?

—¡Ya estamos! Tendrás que aprender a confiar en él, Sara—afirmó Alicia, con una convicción aplastante.

—Mi parte racional sabe que tienes razón. Es la emocional la que me la juega. No me hagas caso, estoy bien.

—Ay niña, menos mal que te acepto tal y como eres —añadió la otra, pasándole la palma de la mano por una de las mejillas, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. Venga, ánimo, que te vas a reír cuando te

explique lo mío.

—¡Soy toda oídos!

—¿Recuerdas que te comenté que Nadir no estaba nada mal?

—¡Y tanto que me acuerdo! No le quitabas ojo.

—Pues ha ocurrido.

—¿Que ha ocurrido qué?

—Que nos hemos enrollado—anunció, en un tono triunfal.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has contado!—acusó la periodista.

—¡Te lo estoy intentando contar ahora! —respondió su amiga, impacientándose—. Fue el viernes pasado. Estaba a punto de cerrar el chiringuito y se presentó ahí, así sin más. En un primer momento me quedé muy parada. No sabía qué hacer, ni qué decir. Pero enseguida comprendí lo que buscaba, y me lo llevé a casa.

—¿Lo metiste en tu casa?

—En mi casa y en mi cama.

—¡No te creo!—Sara abrió unos ojos como platos.

—Sí, señora. Eso hice —sentenció Alicia, con evidente orgullo.

—¡Mírala! La que me advertía sobre los musulmanes.

—A ver, guapa...¡No es lo mismo echar un polvo que comprometerse con alguien!

—Ya veo. Cuéntamelo todo, anda, pero con pelos y señales —suplicó Sara.

—En cuanto me besó supe que había química entre nosotros, y me dije:«*Esto va a ser la leche*». Y no me equivoqué.

No escatimó en detalles. Tenía confianza de sobra con su interlocutora, y un entusiasmo inesperado se apoderó de ella mientras recordaba aquella noche sublime. Le contó que solo por la forma en que el joven le sujetó la cara entre sus manos, depositó sus labios sobre los suyos y deslizó la lengua dentro de su boca, adivinó la placentera velada que se avecinaba. La había besado allí mismo, en la consulta, y solo fue un brevísimo prelude de lo que le esperaba después. Al llegar al piso, ella le pidió que se pusiera cómodo, quería que se sintiera como en casa. Calentó el horno, extrajo unas pizzas del congelador y se fue a la ducha. Le pidió que cogiera de la nevera lo que le apeteciera beber, con absoluta libertad, como si le conociera de toda la vida.

Durante la cena se dijeron una infinidad de cosas y percibió que no era solo química lo que tanto le atraía de él. Le pareció uno de los chicos más interesantes con los que había estado. Surgió la complicidad. El cansancio

desapareció; el estrés se esfumó; la barrera cultural se borró. Eran un hombre y una mujer que se sentían a gusto, el uno con el otro, sin más. Con un par de cigarrillos y sendas cervezas en las manos, se deshicieron en risas, desparramados en el sofá. Después, ya en la cama, la desnudó lentamente, despojándola de las prendas una por una, besando y halagando cada nuevo fragmento de piel que descubría. La hizo sentir como una diosa. Hicieron el amor unas tres, cuatro... o cinco veces, no estaba segura, perdió la cuenta. Pasaron la noche juntos.

La redactora la escuchaba absorta, boquiabierta, con las pupilas dilatadas.

—¡Me tienes alucinada! —balbuceó.

—Lo que más me gusta de él es que odia las ataduras y prefiere no comprometerse. Como yo. ¿No es genial?

—Pues yo diría que tus ojos tienen un brillo especial.

—No me extraña. Tenía mucha hambre atrasada, ¿sabes? Y aquí donde me ves, una también tiene sus necesidades.

—¿Es buen amante?

—El mejor que he tenido. Desnudo es perfecto. Y tiene una... ¡uf! Ya me entiendes.

—Te diré un secreto; Saïd también está bien dotado. Y después de hacerlo se recupera con una rapidez pasmosa.

—¡Y Nadir!

—¿En serio! Qué afortunadas somos, chica.

Ambas estallaron en carcajadas, casi al unísono.

—¿Y cuándo volverás a verle? —Quiso saber, la periodista.

—¡Esta noche! Estoy que me subo por las paredes —afirmó Alicia, estremeciéndose de placer, solo de pensarlo. Su cuerpo entero rezumaba sensualidad. Su rostro desprendía una luminosidad diferente. Hasta sus eternas ojeras se habían reducido a la mínima expresión.

—Vaya con Nadir... ¡Ha hecho milagros contigo!—añadió Sara, guiñándole un ojo.

—¡No sabes cuánto!

Y explotaron de nuevo en risotadas que contagiaron, de inmediato, a los ocupantes de las mesas contiguas.

Nafissa no necesitaba consultar ningún reloj. Se asomaba a la ventana, se fijaba en la posición del sol, y ese gesto tan sencillo le bastaba para saber que era la hora de ir al mercado. Terminó de barrer la sala, ahuecó y enfiló uno a uno los cojines de la larga hilera y se quitó el delantal. Era una mujer de cincuenta y muchos años entrada en carnes, pizpireta, de baja estatura. Su rostro evidenciaba las marcas que había dejado el paso del tiempo, aunque sus rasgos permitían adivinar lo muy hermosa que debió de ser antes de que la crianza de diez hijos le robara la frescura de la juventud, y la larga enfermedad de su marido la terminase de marchitar. Había enviudado hacía un par de décadas, y a pesar de los avatares de la vida, conservaba buenas dosis de la mujer enérgica, alegre y positiva que siempre fue. Vivía cerca del mar, en Alhucemas, bella ciudad situada entre la cordillera de El Rif y las aguas del Mediterráneo, que en verano se llenaba de turistas procedentes del norte de Europa y en invierno permanecía medio dormida, bajo el ritmo suave de una actividad moderada.

Nafissa llevaba puesto una especie de pijama blanco, de mangas y pantalón largos, con encaje en los bordes extremos. Antes de salir a la calle se cubrió desde el cuello hasta los tobillos con una chilaba. El cabello liso, antaño negro y ahora plateado, lo llevaba recogido con pinzas y cubierto por un pañuelo fino, atado en la nuca. Sobre este, se colocó el velo, que le caía sobre los hombros, y que ató por debajo de su barbilla, enmarcando el rostro. Ni un solo pelo quedaba al descubierto. Se calzó sus babuchas, cogió el carro de la compra y salió de la casa a paso ligero, con el monedero en la mano. Pasaría también por el locutorio, para llamar a su hijo.

Nadir se sentía perezoso. No se atrevía a salir de la cama. Los primeros días de ramadán eran los más duros, después, tanto el cuerpo como la mente se acostumbraban al nuevo ritmo. Le asaltaban imágenes de la noche que pasó con Alicia, pero él las ahuyentaba de un manotazo. Nada de actos impuros, ni siquiera de pensamiento, hasta la puesta de sol. Se esforzó en verla como a una amiga y nada más. Una chica simpática y divertida con la

que, por cierto, tenía una cita en un par de horas. El timbre del móvil cortó de cuajo sus cavilaciones y le obligó a abandonar el catre de un brinco. No recordaba dónde lo había dejado, y perdió un buen rato buscando entre su ropa y otros enseres personales. Por fin lo localizó, en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando visualizó la pantallita y comprobó que la llamada era de Marruecos, un indescriptible alborozo atravesó su pecho.

—¿Sí? Madre, ¿eres tú?

—¡Hijo mío! ¿Por qué no me llamas? Me gusta oír tu voz, sentir que estás bien.

—¡Qué alegría! Pensaba llamarte esta semana, pero ya sabes, siempre ando liado.—Al pronunciar esas palabras volvió a pensar en Alicia y se dio un toque en la frente, con la mano derecha, como recriminándose a sí mismo —.¡Lo siento, mamá! No volverá a pasar, te lo prometo.

La mujer se emocionaba siempre que hablaba con uno de sus retoños. Tenía diez, de edades comprendidas entre los veinticinco años y los cuarenta. Se había casado muy joven, siendo casi una niña, y había consagrado su vida entera al cuidado de los hijos, el marido y el hogar. Todas sus hijas estaban casadas y vivían cerca, en Marruecos. Sin embargo, los varones, aún solteros, se encontraban esparcidos entre Francia y España, completando sus estudios, lejos de la protección materna. Para ella siempre serían sus niños, por muy hombres hechos y derechos que fueran. Año tras año esperaba con ansiedad la llegada del verano para mecerlos, a todos juntos, en su amoroso regazo. Nadir estaba en una edad intermedia, ni de los mayores ni de los benjamines y ella sentía por él una especial debilidad. Nadir dominaba el árabe, pero no era su lengua. Eran bereberes, y entre ellos hablaban en amazigh.

Por mucho que Nafissa se esforzara en disimular las lágrimas, Nadir sabía que mojaban sus mejillas en silencio, como inevitables perlas diminutas que nacían y morían a lo largo de la conversación. Le parecía estar viéndola. Su silueta menuda, aferrada al auricular del teléfono como si en ello le fuera la vida, como si temiera que alguien pudiese arrebatárselo en un descuido.

—Ojalá pudieras pasar aquí el ramadán, hijo mío, con lo que te gusta la *harira*. Sabe Dios qué estarás comiendo por ahí en ese país extraño. Supongo que te estarás comportando como un buen musulmán, ¿no es así?

—Claro, madre. Siempre.

—Me preocupa que mis hijos se dejen arrastrar por las costumbres de esos infieles. Rezo a Dios todos los días para que os conceda fuerza de voluntad y entereza de espíritu.

—No te preocupes, me porto bien. ¿Y mis hermanas? ¿Te visitan? ¿Están pendientes de ti?

—¡Todos los días! Especialmente ahora, durante el ramadán. Vienen cada tarde a la hora de romper el ayuno.

—Me gustaría estar ahí, con vosotras.

—Por cierto, hijo, ¿te acuerdas de Hassana, aquella prima de tu padre, que vivía en Imzurem?

—Tengo un vago recuerdo, muy lejano. Venía a casa a tomar el té cuando yo era pequeño, ¿no?

—Sí, la que traía esos dulces que a ti te gustaban tanto. Entrabas en la sala a escondidas, porque si te veía, te pellizcaba los mofletes.— Nafissa dejó escapar una repentina risotada, al recordar aquello.

—¡Sí! Me fastidiaba...

—Pues la pobre se quedó sin nada, tras el terremoto. Su vivienda se derrumbó entera, y ahora vive aquí, en casa de su hermana Leila, ¿sabes? Leila es una santa, no conozco a una mujer más buena. Y claro, Hassana se ha traído a su hija, que se quedó viuda tras la catástrofe, y a su nieta. ¡Un montón de bocas que alimentar, y solo con la pensión del marido!

Nadir no entendía nada, pero estaba acostumbrado a que su madre se entregara a ese tipo de charla sin más objetivo que pasar el rato. Y como llevaba tanto tiempo sin hablar con ella, dejó que se desahogara a sus anchas.

—¿Por qué me cuentas esto, mamá? —preguntó después, con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Por la nieta, Yasmina. ¡Esa chica sí que es un trozo de pan! Y está en edad casadera.

—Ni siquiera ejerzo aún de profesor.

—¿Y a qué estás esperando, Nadir? ¡El tiempo pasa!

—A que empiece el curso, mamá.

—Ah, bueno.

—Necesito cierta estabilidad laboral y económica, antes de pensar en boda. ¿Qué edad tiene?

—A punto de cumplir dieciocho, no ha tenido ningún pretendiente todavía. Sabe cocinar y se encarga de todas las tareas del hogar. Su madre se siente orgullosa, y no me extraña.

—¡Es casi una niña!

—¡Mejor! Así debe ser, hijo. Yo tenía quince años cuando me casé con tu padre, y él tenía treinta y cinco.

—Son otros tiempos, mamá. Seguro que Yasmina es un encanto, pero no quiero una chica tan joven.

—Estoy harta de tener a mis hijos esparcidos por el mundo—sollozó Nafissa, justo antes de que se le quebrara la voz.

—No llores, te lo ruego. Intentaré ir a verte lo antes que me sea posible —la consoló el chico, aunque también tenía un nudo en la garganta. Su madre lo era todo para él, el centro de su universo. No podía soportar que sufriera por su culpa.

—Me estoy haciendo vieja, Nadir, me estoy haciendo vieja.—A él le dolieron esas palabras y no supo qué decir—. Bueno, hijo, tengo que colgar. Hay cola y, además, no quiero arruinarme.

—Prometo llamarte yo la próxima vez. Saluda a mis hermanas. Cuídate, madre. ¡Y no llores, por favor, que se me parte el alma!

Al colgar el auricular, Nafissa sacó un pañuelo del bolsillo para enjugar sus lágrimas. Tenía diez hijos, sí, pero su Nadir era su Nadir.

La melancolía invadió al biólogo. Se dejó caer sobre el lecho una vez más y su mente se fue lejos, muy lejos... a una preciosa playa del Mediterráneo llamada Playa Quemada. ¡Cuántos recuerdos! Cuántas travesuras de niño recorriendo descalzo la orilla, cuántas aventuras de adolescente incauto. Sintió una gran ternura al pensar en su madre, y luego, sonrió al recordar su propuesta de matrimonio. ¿Cómo se le había podido ocurrir? «¡Ay mamá, mamá!» Meneó la cabeza de un lado a otro con condescendencia. «*No se rendirá hasta encontrar a la ideal, seguro. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja no hay quien la pare. Ya lo decía mi padre, Dios le tenga misericordia.*»

Cuando el avión aterrizó en Marrakech, Saïd experimentó un incontenible hormigueo en la boca del estómago, no tanto por el vértigo del descenso, sino por la euforia indescriptible de saberse en casa de nuevo. Su diminuta maleta apenas pesaba, solía viajar ligero de equipaje; un par de mudas y algunos presentes componían todo el bagaje, embutido sin orden ni concierto cinco minutos antes de emprender la escapada a su destino preferido. Aún le separaban de su Essaouira natal varias horas de autobús. No obstante, percibir que sus pies pisaban suelo marroquí le llenaba el alma de un gozoso júbilo difícil de describir y todavía más de contener. Caminó por el aeropuerto con la seguridad de quien ha efectuado el mismo recorrido en repetidas ocasiones.

Cierta dosis de caos estaba garantizada durante el proceso de ascenso al coche de línea, no le cabía la menor duda. Sucedió siempre así, fuera cual fuese la época del año elegida para visitar a su familia. Estas peculiaridades tan propias de su tierra, tan genuinas e inconfundibles, lejos de molestarle conseguían dibujar una sonrisa en el rostro del biólogo, que pensaba *«esto es Marruecos, así es mi país»*. La batahola que se generó en el interior del autocar a lo largo del trayecto anegaba el aire de risa infantil, voz chillona de mujer, llanto de recién nacido y una interminable retahíla de historias que algún sabio anciano le contaba a cualquiera que le quisiera escuchar, no importaba quién, no se amedrantaba si su interlocutor se trataba de un desconocido al que hablaba por primera vez. Satisfecho, Saïd intentó conciliar el sueño, tarea improbable debido al bullicio, aunque no imposible, dado el cansancio típico de los primeros días de ramadán.

Mientras se entregaba a un accidentado duermevela, la imagen de Sara se retrató en su mente de forma clara y casi dolorosa. Sintió un pellizco en el corazón, eso sí que representaba para él algo desconocido, un terreno pantanoso que nunca se había aventurado a atravesar. Era la primera vez que viajaba a su país dejando atrás a alguien que le importaba. Sintió alivio al comprender que nadie podría hurgar en su interior, si no lo permitía, y con lo bien que guardaba los secretos, cualquier temor a ser descubierto era infundado.

Cuando divisó la costa en el horizonte supo que estaba cerca. El Océano Atlántico, inmenso en su infinito esplendor, se extendía ante sus pupilas para acogerlo con los brazos abiertos mientras la emoción, incontenible, se desbordaba por cada uno de los poros de su piel, por más que se esforzara en disimular. ¡Cuánto echaba de menos su encantadora ciudad natal, blanca y azul! Pasear por sus calles, hablar su lengua, conversar con sus gentes, saborear el delicioso couscous que preparaba su madre los viernes cuando regresaban de la mezquita, pasar el día pescando en aquel inmenso Mar Atlántico y contemplar sin prisa el ocaso. Saïd mantenía un eterno romance con ese mar que consideraba una parte de sí mismo. Sus ligeros pies descalzos habían dejado kilómetros de huellas esparcidas por la fina arena de aquellas amplias playas. Y sus ágiles brazos se habían adentrado en sus bravías aguas más allá de lo prudente, en incontables ocasiones, desde que fuera un niño.

Recordó lo conmovida que se había sentido Sara aquella tarde. Estaban sentados al borde del espigón, en el puerto olímpico, él la envolvía con sus brazos desde atrás, y entre susurros, le dijo:

—Fíjate en el sol, aquí en Barcelona nace en el mar y se esconde en la tierra, pero en Essaouira sucede al revés, nace en la tierra y se esconde en el mar, al atardecer. Allí las puestas de sol son bellísimas, dignas de ser admiradas.

Seguro que a ella no le pasó inadvertido el brillo de lágrimas contenidas que se reflejaba en sus ojos, ni la añoranza que teñía su voz. Pero no hizo ningún comentario al respecto, algo que él agradeció. Una mujer inteligente sabe cómo no herir el frágil orgullo masculino. Los hombres no lloran.

Nadie conocía su inminente llegada. Adoraba sorprender a su madre. Por nada del mundo se hubiera perdido esa expresión, mezcla de euforia y desconcierto, que se dibujaba en su cara, cuando Saïd atravesaba el umbral de la puerta. Desde que falleciera su marido, hacía unos diez años, se sentía sola. Aunque sus hijas menores vivían con ella, Ibtisam sentía que la casa estaba incompleta, sin la presencia de un hombre. Saïd era el único varón, por lo que, en ausencia del padre, se le consideraba el cabeza de familia. Por eso su emigración la había sumido en la desolación; casi se diría que le había costado más superar su marcha que la pérdida de su compañero. A su esposo le falló el corazón cuando tenía unos cincuenta y cinco años, joven desde el punto de vista occidental, y no tanto desde el punto de vista marroquí, para quienes la esperanza de vida es inferior a la europea.

Essaouira le recibió con la acostumbrada placidez que la caracterizaba. La prisa mata, ese era su lema y el de todos los marroquíes. Su filosofía. No era de extrañar que esa preciosa ciudad se hubiera ganado apodos como «*La perla del Atlántico*» o «*La bella durmiente*»; pues se asemejaba a un lugar anclado en otra época, que había logrado mantener su autenticidad a lo largo del tiempo.

Jimmy Hendrix la descubrió en los años sesenta, y otros hippies de su generación le siguieron, trasladándose a ese remanso de paz cuyos habitantes sabían tomarse la vida en calma y encontraban siempre un momento para conversar con el vecino o con alguien que iba de paso. Vivían habituados a la mezcla de culturas y religiones. Por eso numerosos artistas del mundo entero habían caído rendidos a los pies de Essaouira, seducidos por la combinación blanca y azul de sus calles, y el aroma del Atlántico. El colorido de los zocos y el pintoresco puerto contrastaban con las encaladas casas de la medina, similares a las andaluzas, y con la apacible vastedad de sus playas.

Ibtisam trajinaba entre fogones. Faltaban escasos minutos para la puesta de sol y ya lo tenía casi todo dispuesto. Todas sus hijas estaban en casa: Zohra, Karima, Aisha, Samira y Guizlane. Casadas las tres primeras, solteras las demás. Cuatro o cinco chiquillos correteaban alborotados, desobedeciendo a las atolondradas mamás, que intentaban poner orden, a la vez que llenaban la mesa de dulces y dátiles. Mientras tanto, la anfitriona terminaba de preparar la *harira*, típica sopa marroquí, que aporta gran energía y se toma para romper el ayuno. Elaborada a base de cebolla, apio, tomate concentrado, cilantro, garbanzos, lentejas, fideos, aceite, sal y pimienta, se espesa con harina y se toma muy caliente. Es algo así como la pócima mágica que devuelve la vida, después de las largas horas de ayuno.

La cocina y el salón se unían en un amplio y único espacio. Los niños y las madres estaban tan abstraídos los unos en sus juegos y tan obcecadas las otras en sus reprimendas, que no se percataron de la sigilosa aparición que acababa de tener lugar. No hubiera podido llegar en mejor momento, se dijo para sus adentros, y la dicha que le invadió era total y absoluta. Solo Samira y Guizlane, unidas como siamesas, repararon al unísono en su callada presencia, y lograron reprimir a tiempo sendas exclamaciones, ante el rápido gesto de él, que las invitó a guardar silencio, posando el dedo índice sobre sus labios. Saïd dejó la maleta en el suelo y encaminó sus pasos hacia su madre. Ibtisam, que estaba de espaldas, removiendo la cazuela, sintió que unos brazos de hombre rodeaban su cintura y la fundían en un abrazo. El corazón

le dio un vuelco, se giró de golpe, lanzó un chillido y se aferró a él con fuerza, echándose a llorar.

—¡Saïd, hijo! ¡Dios es grande! Dios es grande y te ha traído hasta mí porque se lo he pedido. ¡Hijo mío! —Las lágrimas brotaban a borbotones, bañando sus mejillas. Samira y Guizlane corrieron y se abrazaron a ellos también, gritando, saltando, mientras las demás hermanas y sobrinos acudían en tropel para ver qué sucedía.

—¡Es Saïd! ¡Ha venido Saïd! —exclamó Zohra, gesticulando en el aire.

—¡Menuda sorpresa! —profirió Karima, tapándose la boca con las manos. Y Aisha se quedó paralizada, muda de emoción. Todas le rodearon. ¡Su querido hermano mayor iba a celebrar con ellas el ramadán! Esa era una gran noticia. Le besaron, le abrazaron, le achucharon... y él se sintió como un rey. ¡Era el rey de la casa!

Después fueron llegando sus cuñados, que le saludaron con profundo afecto, agradablemente sorprendidos.

—¡Ahora sí está completa mi casa! —expresó la matriarca, secándose las lágrimas. Y él sintió que un inmenso gozo llenaba su corazón.

Afuera, el sol ya se había escondido del todo y las calles estaban desiertas. La ciudad entera se disponía a tomar *harira*. Adentro, el olor a jovialidad que se respiraba era tan intenso que casi eclipsaba el inconfundible aroma de la humeante sopa que reposaba sobre la mesa.

La inconfundible voz del muecín, procedente de la mezquita, recordó a todos que era la hora de rezar.

Domingo, doce del mediodía. Con la tostada en la mano, Alicia hojeaba un periódico del día anterior a cámara lenta, hasta que se dio cuenta de que miraba sin ver, sin prestar la más mínima atención a los titulares. Lo cerró, terminó el último bocado, y se aferró con ambas manos al tazón de café con leche, humeante aún, como a ella le gustaba. «*A ver si la cafeína me devuelve a la vida*», pensó. Y así debió de ser, porque a medida que ingería el mágico elixir del despertar, las imágenes afloraron a su mente con nitidez, proyectándose una tras otra, como diapositivas. La película bien podría titularse: *Noche de lujuria y desenfreno*, protagonizada por Alicia y Nadir. Su rostro se iluminó, al pensarlo. «*Tú eres una mujer cerebral, no lo olvides*», se recriminó. No obstante, se estiró y bostezó, satisfecha, sonriente. Luego se incorporó, dejando taza y plato, aparentemente olvidados, sobre la mesa de la cocina, y se dirigió al cuarto de baño.

Nadir se había ido antes del amanecer y solo entonces abandonó sus brazos para entregarse a los de Morfeo. Algo parecido a la resaca se adueñaba de ella. Y no por el alcohol consumido, que no fue excesivo, sino más bien por los libidinosos juegos compartidos con su amigo... ¿o debería decir amante?

Se pasó media tarde del sábado en la cocina y se esmeró como nunca en la elaboración de una cena especial. No le gustaba guisar, sin embargo, había decidido hacer una excepción por esa vez. Preparó salmón a la miel y lo cierto era que, teniendo en cuenta su escasa experiencia, no le había quedado del todo mal. Se le había pegado un pelín, nada irreparable, y a las patatas de la guarnición le faltaban unos segundos para estar en su punto. Aun así, se sintió satisfecha de sí misma.

Su amigo llegó a las nueve en punto y la pilló con lo puesto. Él, en cambio, estaba guapísimo. Tejanos, camisa blanca y una americana color crudo. Notó que emanaba un suave aroma a fragancia masculina, de esas que dejan un agradable rastro en los espacios pequeños, de manera que, cuando entras en un ascensor y la percibes, sabes que acaba de salir un hombre al que intuyes joven y atractivo.

Al perfumarse, se saltaba una importante prohibición del ramadán. Y si probaba el contenido de la botella que llevaba en las manos, serían dos las normas incumplidas. Nadir echó un vistazo al horno y se llevó una grata sorpresa. Observó que también había derrochado especial premura al poner la mesa, con flores y velas incluidas. Cómo son las mujeres, pensó, siempre se pierden en los detalles. Ella se disculpó por la pinta, se quitó el delantal y fue a darse una rápida ducha para eliminar cualquier resto de olor a cocina, cosa que odiaba.

Si algo diferenciaba a Alicia de otras féminas, era su habilidad a la hora de acicalarse. Acostumbraba a vestir informal, pero nunca faltaban en su fondo de armario un par de trapitos elegantes, por si acaso. Cuando él la vio hacer acto de presencia en el salón se quedó sin respiración. Tragó saliva y fue incapaz de articular palabra, boquiabierto como estaba. Ella lucía un precioso vestido con escote palabra de honor, negro, de raso, entallado, aunque no ceñido, tan chic como seductor. Lo remataban unos altos zapatos negros de tacón de aguja. El cabello, suelto y ondulado, le caía con cuidado sobre los hombros. Sin maquillaje, ni joyas. Sencilla y, sin embargo, bellísima. Por la expresión de Nadir, presintió que el atuendo no le duraría puesto demasiado tiempo, de hecho, ya la había desnudado con la mirada. También adivinó que el salmón se enfriaría.

—No tengo palabras para describir lo que ven mis ojos—declaró al fin, una vez recuperado de la momentánea pérdida de consciencia—. Estás realmente preciosa. ¿Por qué no vestes así más a menudo?

Alicia se echó a reír.

—¿Para atender a los clientes en la consulta, por ejemplo?

—Uf... Mejor que no.

La rodeó con sus brazos. Depositó cientos de pequeños besos en el cuello, en el escote, en los lóbulos de las orejas, en las mejillas, en la nariz... Mordisqueó sus labios primero, para besarlos con ímpetu después. La mutua excitación se transformó en urgencia, y se precipitaron hasta el sofá. Alicia se dejó caer de espaldas, en actitud receptiva, invitándolo a echarse sobre ella. No hizo falta que se despojara del bonito vestido, él lo arremangó lo suficiente y la liberó de su prenda más íntima, al tiempo que se bajaba el pantalón con inusitada habilidad.

Abrió el grifo del agua caliente al máximo, y dejó que la bañera se fuera

llenando, mientras se recogía el pelo. El espejo, levemente empañado por el vaho, le devolvió la imagen de una Alicia resplandeciente, segura de sí misma, distinta. Las ojeras habían desaparecido, y el habitual cansancio que reflejaba su semblante, también.

Recalentó el salmón y no perdió el tiempo en averiguar dónde habían ido a parar sus braguitas. Cenaron relajados, a la luz de las velas. Intercambiaron gestos cómplices y conversaron distendidos, esquivando emociones inoportunas, o inadecuados sentimientos. La fantástica capacidad de comportarse como apasionados amantes en la cama, no les impidió hacerlo como estupendos amigos en la mesa. A Nadir le fascinaron las increíbles dotes de seducción de la chica. Y a ella le sorprendió la destreza con la que su compañero la seguía en todos sus juegos. Las miradas libidinosas, la insinuante manera de pasarse la lengua por los labios, para humedecerlos. La descarada forma de presionar, con el pie desnudo, la entrepierna de su consorte, ejerciendo una leve y placentera fricción. Rellenaron y vaciaron las copas de vino hasta sorber la última gota de su contenido. Brindaron, rieron y... después del postre helado, Alicia decidió caldear el ambiente con un numerito de su invención.

—Tú acomódate en el sofá, como un maharajá, y espérame. No te impacientes y, sobre todo, no vengas a la habitación —le susurró, empujándolo con suavidad, intercalando palabras y besos. Nadir la observó con ojillos de carnero degollado, de nuevo incapaz de construir alguna frase coherente. Estaba a su merced. La embriaguez del deseo era insoportable. Ella lo sabía, y se sintió poderosa mientras se alejaba despacio, contoneándose, percibiendo las pupilas del joven clavadas en su trasero.

Vació medio bote de gel con una mano y con la otra agitó el agua, enérgicamente. Se desprendió del albornoz con lentitud, sumergió un pie, luego el otro... y después el cuerpo entero. La tibieza de la espuma acarició su blanca epidermis, y el líquido caliente la reconfortó, de tal manera, que experimentó algo así como una regresión al útero materno. Tomar un baño le parecía una de las actividades más placenteras del mundo. Aunque no la que más, claro. Con los párpados cerrados, siguió recreando en su interior las eróticas escenas de la noche anterior, saboreándolas una y otra vez, hasta inmortalizarlas en los generosos archivos de su memoria.

La luz se hizo tenue sin que Nadir supiese cómo, y empezó a sonar una música árabe de ritmos melódicos y ondulantes. Alicia, convertida en bailarina, apareció en el salón con estudiado sigilo, y demostró sus dotes para la danza del vientre, ante el regocijo de su único espectador. Con el ombligo al aire, un sujetador de flecos y lentejuelas, y una sedosa falda rosa fucsia, transparente, marcando las caderas con un pañuelo repleto de pequeñas y tintineantes monedas. Sensual, armoniosa. Sus contundentes y rápidos golpes de cadera lograron hipnotizar a un Nadir embobado que no lograba apartar sus pupilas de ella. Jamás hubiera podido imaginar semejantes cualidades ocultas de la chica. Giraba ante sus ojos, jugaba con un velo, cubriendo y descubriendo su rostro. Descalza, seductora, insinuante. Para finalizar el espectáculo se deshizo lentamente del velo, el pañuelo, el sujetador y la falda. No llevaba nada más. Cogió a Nadir de la mano con irrefutable determinación y le arrastró hasta el dormitorio. Él se dejó llevar, jadeando como el cachorro que anticipa un jugoso premio.

No podía ni quería abrir los ojos, abrazada como se sentía, por el agua y la espuma. La sonrisa de su cara no se borraba, era como si la hubieran perfilado con uno de esos rotuladores indelebles. Sujetó la esponja y la deslizó, suave y delicada, por el cuello, los brazos, los senos, las piernas...

Después de tanto lamer, besar, tocar e inspeccionar al detalle cada centímetro de piel de sus respectivos cuerpos, a Alicia no le sorprendió que Nadir, extenuado, se abandonase a un plácido sueño. Ella se quedó despierta.

—Si me duermo, no esperes a que acabe la noche para despertarme —le había pedido él, tratando en vano de mantener los párpados abiertos.

—¿Me abandonarás antes de que salga el sol, como si fueses un vampiro?

—Así es, encanto. Ha sido maravilloso, pero debo regresar a mi guarida antes de que el primer rayo de luz anuncie el nuevo día.

Ella pudo contemplar, sin prisa ni pudor, el cuerpo desnudo del hombre dormido. Bien proporcionado, moreno, fuerte, esbelto. Le inspiraba pasión, aunque también ternura. Se acercó un poco más, para inhalar ese olor masculino, mezclado con el suyo propio y con la intensa amalgama de aromas que flotaban en la habitación. Perfume de mujer, semen, fragancia de hombre, sudor... El inconfundible y penetrante rastro que queda después del sexo. Un buen rato después, tal vez porque percibió la intensidad de la

mirada acariciante de Alicia, o quizás porque intuyó que el desvanecimiento de la noche era inminente, Nadir abrió los ojos y sonrió, mirándola. Se medio incorporó para besarla y ella le recibió, una vez más, sobre su cuerpo, abierta como hembra en celo. La penetró despacio, la besó en las mejillas, en la comisura de los labios... y ella le envolvió con sus piernas y sus brazos, creando una placentera prisión alrededor de su cuerpo.

Había perdido la noción del tiempo. Abrió los ojos y observó las arrugadas yemas de sus dedos, que le indicaban que ya era hora de finalizar su baño. Tiró de la cadenita que sujetaba el tapón y se quedó unos segundos acurrucada, abrazada a sí misma, percibiendo el sonido del líquido que se alejaba por el desagüe. Se enderezó al fin, saliendo de la bañera, y se cubrió, abandonándose al tacto aterciopelado del albornoz, al tiempo que emitía un profundo suspiro.

Pasarel ramadán en Marruecos, era un privilegio para Saïd. Essaouira se movía a medio gas, respirando apaciblemente, rodeada de un halo de calma y serenidad más acentuado, incluso, que de costumbre. Todo se ralentizaba. La mayoría de las empresas restringía o adaptaba su jornada laboral. Las escuelas permanecían abiertas y las entidades bancarias mantenían su horario de atención al público, pero la producción disminuía. Era como si hubiese huelga general y se ofrecieran servicios mínimos.

Por las mañanas paseaba, y de vez en cuando acudía a la mezquita, no solo para rezar, también para escuchar las charlas que se ofrecían tras la oración. Sin forzar la maquinaria, dependiendo de la vitalidad disponible, dosificando la energía de forma racional e inteligente. Le gustaba perderse por las calles de la medina, observar a la gente, curiosear en los zocos o acercarse a algún puesto a comprar higos secos y dátiles. En el mercado siempre se producía alguna reyerta. La abstinencia de tabaco y hachís hacía que los comerciantes se mostraran más irascibles de lo habitual, y que cualquier comentario o gesto pudiera malinterpretarse, provocando un auténtico caos.

Por regla general, en esos días se le despejaba la mente, se agudizaban sus sentidos y a menudo se le ocurrían las mejores ideas o teorías, en las horas de ayuno. Pero si las fuerzas flaqueaban, no salía, se quedaba recostado. El televisor ofrecía una programación especial, emitiendo documentales y seriales, uno detrás de otro, de forma ininterrumpida.

Mientras los hombres deambulaban de aquí para allá, matando el tiempo, a la espera del ansiado atardecer, entre las mujeres se producía un gran despliegue de actividad. Ellas eran las auténticas artífices, las que hacían posible el goce de la familia al completo, tras las horas de ayuno. Las marroquíes son complacientes, en su mayoría, atentas siempre a los deseos del varón, procurando su bienestar. Las madres enseñan a las hijas a cocinar y a ocuparse de las tareas domésticas como algo natural de la vida. Las recetas tradicionales pasan de generación en generación, mejorando con cada nueva aportación. Se enorgullecen de ser las dueñas y señoras de sus casas, ahí mandan ellas, haciendo y deshaciendo a su antojo. No obstante, también fuera del hogar pueden ser de armas tomar. Las marroquíes son luchadoras y

han conquistado, por mérito propio, derechos que las mujeres de otros países musulmanes no se atreven ni a soñar.

Como la mayoría de féminas, durante el ramadán, Ibtisam hacía la compra por la tarde. El bullicio que se desencadenaba en el mercado un par de horas antes de la puesta de sol era frenético, y contrastaba con el silencio sepulcral y la inactividad que se cernía sobre las calles, después del ocaso. En casa, las chicas pasaban el día amasando harina, preparando gran variedad de dulces típicos, como la *chebakia*, los *briwats* o los cuernos de gacela. También una especie de pan laminado, que es el *rghaïf*, elaborado con una masa entre dulce y salada, algo aceitosa, que untan con miel o mermelada por encima; lo mismo que el *bahgrir*, una especie de crep pequeño, lleno de agujeros. Y no nos olvidemos de *sfouf*, una mezcla horneada y molida de harina, aceite, azúcar y frutos secos, con calorías suficientes para revivir a un muerto. La madre se encargaba de trocear las verduras, pelar las patatas, desgranar los guisantes, lavar la carne o limpiar el pescado. Preparaba una buena olla de *harira*, primero, y después la cena, que podía ser *tajín* de ternera o pastela de pollo, por ejemplo. Deliciosos y succulentos platos destinados a devolver la energía perdida.

Cuando estaba a punto de esconderse el último rayo de sol, regresaba Saïd. Una deliciosa combinación de aromas culinarios se expandía por toda la casa. Se le hacía la boca agua. La impaciencia le devoraba por dentro, aunque por fuera nadie lo diría. A la hora señalada se sentaban todos juntos alrededor de una mesa repleta a rebosar de sabrosos manjares caseros, pronunciaban la oración, rompían el ayuno con dátiles y unos sorbos de agua. A continuación, se tomaban la *harira*, bien calentita y especiada, acompañada por el pan. El silencio se adueñaba de la estancia mientras se afanaban en llevarse a la boca las primeras cucharadas, después de las largas horas de espera. Poco a poco, a medida que el contenido de los tazones disminuía, se elevaba el vigor, regresaba el color a las mejillas y se recuperaban las ganas de hablar, de reír y de explicar anécdotas. Era entonces cuando empezaba ese interrogatorio que Saïd tanto temía.

—¿Tienes por ahí alguna novia? —comentó Ghizlane. Samira le propinó un codazo, ahogando la risa.

—¿Puedo tomar más *harira*, madre? —exclamó él, esquivando el lanzamiento.

—Claro, hijo, ya sabes que siempre preparo como para un ejército. Anda, dame tu taza —solicitó Ibtisam, levantándose con decisión. Era alta, y muy

delgada. Las arrugas que surcaban su rostro la hacían parecer más vieja de lo que era, y acostumbraba a mostrar un gesto huraño.

—No me has contestado, Saïd. ¿Tienes novia o no tienes novia? —insistió la benjamina.

—¡Niña! ¿Qué modales son esos? Deja en paz a tu hermano —profirió la madre, mientras le devolvía el tazón lleno—. Ya sabes que se ha ido a España a estudiar y a labrarse un futuro mejor, ¡eso es todo!

—¿Son tan liberales como se comenta, las españolas?

El biólogo empezó a notar que un calor sofocante le iba subiendo por el cuello y se instalaba en sus mejillas. ¿Cómo era posible que su hermana pequeña le hiciera semejantes preguntas? ¿Es que se habían perdido el respeto y las buenas costumbres, también en su país? Samira susurró algo al oído de Guizlane, mirando de soslayo a un Saïd cada vez más incómodo.

—En España hay de todo, como en todas partes. Tengo amigas, pero ninguna novia. Solo amigas.

—Ahora colaboras como traductor en la redacción de un periódico, ¿no? ¿Y qué tal? ¿Cómo te va?

—Es un buen empleo. Ayudo a una redactora que escribe artículos sobre el mundo árabe.

—¿Cómo se llama?

—Sara.

—¿Te cae bien?—Se atrevió a articular Samira, tímidamente.

—La verdad es que sí. Es una chica estupenda.

De forma automática, Ibtisam levantó la mirada y escudriñó a conciencia el rostro del joven.

—Ten mucho cuidado —aseveró, con gesto grave. Las chicas enmudecieron—. No vayas a caer en las redes de una de esas infieles.

—Cómo lo pintas, mamá...

—Sé perfectamente lo que digo, hijo mío—insistió—. ¡No serías ni el primero ni el último al que le ocurre algo así!

—Sara solo es una amiga—afirmó Saïd, a la defensiva.

—Me alegro por ella. Porque tú eres musulmán, y debes casarte con una musulmana.

—Eso no está escrito en el Corán y lo sabes, madre —añadió él—. Una mujer musulmana está obligada a casarse con un musulmán; pero un hombre no.

—Te lo advierto, Saïd, si te presentas alguna vez en esta casa con una

cristiana, dejarás de ser mi hijo. ¡No lo olvides nunca!

Una tensión insoportable crispó el ambiente. Todos guardaron silencio. La voz de la matriarca tenía un gran peso, y cuando hablaba en ese tono, nadie en su sano juicio osaría contradecirla.

Tras el desayuno se impuso el reposo. Una especie de letargo se apoderó de los comensales durante un buen rato, circunstancia que aprovecharon para recostarse y entregarse a una breve siesta. Más tarde, Saïd se acercaría al locutorio más cercano para llamar a Sara, no sin antes asegurarse de que su secreto estaba a salvo. Pasaría un rato en el café, conversando con otros hombres, y puede que jugase una partidita de ajedrez. A la hora de la cena volvería a reunirse con la familia al completo en torno a la mesa y surgirían nuevos interrogatorios. La cháchara se prolongaría de forma indefinida y, probablemente, se acostarían tarde, lo que no impediría que antes del primer rayo de luz del día venidero, a las cuatro y media o cinco de la madrugada, ya estuviesen de nuevo en pie, para la última comida que precedería al ayuno, tras la oración matutina.

Hola *habibi*,

¿Cómo estás? ¿Qué tal tu familia? ¿Y cómo llevas el tema del ayuno y la abstinencia? Imagino que para ti no supone un gran esfuerzo después de tantos años haciendo el ramadán. ¡Yo no duraría ni dos días! Más tarde o más temprano acabaría desmayada en la oficina o en plena calle, fijo. Mi carne es débil. Sin embargo, admiro tu fuerza de voluntad y la firmeza a la hora de defender y aplicar tus creencias. Te echo mucho de menos, no puedes hacerte una idea de cuánto. Me gustaría que me llamaras más a menudo, aunque entiendo que te encuentras en una situación difícil de cara a tu familia. Sigue enviándome emails, enciendo el ordenador cada día con la impaciencia de una niña de quince años. Por cierto, ayer leí algo que despertó mi interés y quiero compartirlo contigo. Podría contártelo a tu regreso, pero no quiero esperar.

Iba en el metro, camino del trabajo como un día cualquiera, cuando cayó en mis manos un ejemplar del diario gratuito «*Entre comillas*» y el titular de la columna llamó mi atención. A continuación, te lo transcribo fielmente:

«LA COLUMNA

Elisabeth G. Iborra

Periodista

LAS DIFERENCIAS CULTURALES

Les voy a contar una historia hermosa y triste a la vez. Es la historia de un amor que nació sin futuro. Es la historia de un amor que podría ser el de múltiples parejas de culturas y religiones distintas y formas de vivir antagonistas. Es una historia de opuestos y contrapuestos a los que podemos vernos expuestos, cada día más, en nuestra sociedad, por fortuna, multirracial. Él, esa maravilla de la naturaleza que me vuelve loca y cuya mirada rasgada hace brillar mis ojos, es musulmán. Y yo soy atea, convencida. Él quiere casarse con una mujer musulmana, lo que implicaría, por lo menos, que yo debería convertirme. Yo no me quiero casar, ni mucho menos profesar hipócritamente ninguna fe. Él desea tener ocho hijos, yo no deseo ni uno.

Además, lógicamente, prevé educarlos en su religión, el islam. Yo, como mínimo, les enseñaría todas las religiones existentes, así como el

agnosticismo y el ateísmo, para que pudieran elegir libremente sus creencias. Él admira mi profesión; ahora bien, si fuera 'su' mujer, pondría no pocos reparos en que la ejerciera con la libertad que requiere, en cuanto a inauguraciones, comidas fuera de casa, viajes, entrevistas y relaciones laborales con otros hombres. Y yo no renunciaría al periodismo, jamás, porque sería como aniquilar mi identidad y apagar todos mis sueños. Él me instaría a llevar el pañuelo y, por descontado, me prohibiría quedar con mis amigos. Yo lo de llevar algo en la cabeza no me lo planteo más que como adorno; pero, sobre todo, no estoy dispuesta a dejar de enriquecer mi vida con un montón de íntimos que me llenan en multitud de aspectos y me aportan la seguridad de que, si una relación sale mal, no tendré que seguir soportándola por miedo a quedarme sola.

Él necesita sentir que es el hombre, el cabeza de familia sobre el que recae toda la responsabilidad de las decisiones y el mantenimiento de todos sus miembros, incluida la práctica del islam. Yo soy independiente desde hace años, económica y emocionalmente; llevo responsabilizándome de mí misma una década, durante la cual no he permitido que tomen ni una sola decisión por mí. Eso él no lo lleva demasiado bien porque considera que 'la mujer, como su propio nombre indica, es inferior'.

Yo no diría que soy una feminista radical, creo que basta con defender la igualdad de todos los seres humanos. Él posee un sinfín de valores encomiables, mas se comporta siguiendo determinadas normas, porque su religión le amenaza con el infierno si las desobedece. Para mí, lo importante es actuar según unos principios que tú has deducido justos para ti y para los demás tras plantearte todas las reglas impuestas, sin dejarte influir o dominar por la presión social o por el miedo inducido. Él se mueve por prohibiciones, yo por reacción contra ellas.

La lista de desavenencias se hace larga y casi dolorosa. Sin embargo, con esta comparación no pretendo que nadie me dé la razón y le critique a él, pues todo depende del punto de vista desde el que se mire; una persona educada según el Corán pensará que yo soy una indecente, mientras alguien con una 'filosofía' parecida a la mía me animará a no ceder. Yo no sé si alguno de los dos se acerca más al camino correcto que el otro. Ni me importa. Lo único que sé es que, a pesar de todas estas diferencias y dificultades, le quiero. Si bien, como también me estimo mucho a mí misma, alcanzo a razonar que tirar por la borda los principios básicos individuales por otra persona supone demasiado riesgo, teniendo en cuenta que el amor no necesariamente dura

para siempre. Pero ¿qué nos hace más felices, lo racional o lo emocional?»

Como te podrás imaginar, después del interés y la curiosidad que despertó en mí el titular, me sentí identificada y a la vez contrariada, a medida que avanzaba en la lectura de la columna. Tú no eres en absoluto como el hombre que Elisabeth describe. Una vez más se pone de relieve la equivocada imagen que la gran mayoría de la gente tiene acerca del islam y de los musulmanes. Y no me extraña, *habibi*, tú y yo sabemos que sí que hay individuos como el que ella define. Total, que me subió la adrenalina y tuve el impulso de contestarle lo siguiente:

«SE PUEDEN SALVAR LAS DIFERENCIAS, DESDE EL RESPETO Y LA TOLERANCIA

Querida Elisabeth,

Siempre que llega a mis manos un ejemplar de *'Entre comillas'* leo tu columna, que me gusta porque está escrita desde el corazón y desde las entrañas, del mismo modo que hago yo las cosas. Y si en esta ocasión me ha impactado especialmente no es otro el motivo sino lo muy identificada que me he sentido. No sé si la historia que cuentas es inventada o no, pero es preciosa en cualquier caso, y tan real como la vida misma, en estos tiempos que corren en que las mezclas culturales son cada vez más frecuentes, por fortuna.

Yo también soy una mujer de nuestros días. Colega tuya de profesión, independiente, liberal y autosuficiente. Me mantengo a mí misma, estoy a la vuelta de muchas cosas y aunque no me considero atea –me gusta creer que hay algo, aunque no tengo muy claro qué– tampoco me atrae la idea de sentirme atada a unas creencias determinadas.

Creo en la libertad de expresión y de pensamiento y estoy en contra de cualquier manifestación de violencia o sometimiento por parte de un ser humano a otro semejante, hombre o mujer. Y mira por donde, yo también me he ido a enamorar de un musulmán. Reconozco que tanto él como yo tuvimos ciertos prejuicios –fruto del miedo a lo desconocido– al inicio de nuestra relación. Pero el amor es así, no tiene territorio, surge en el momento y lugar más inesperados. Poco a poco fuimos alimentando cada uno la curiosidad del otro, contestando a los interrogantes, derribando el supuesto muro que nos separaba, ganando la batalla en la que lo racional se enfrentaba a lo

emocional. Dejándonos arrastrar por los sentidos, bajando la guardia. Y te aseguro que nunca me había sentido tan llena.

Él me aporta unos valores que, en la desgastada sociedad occidental, ya no se tienen en cuenta; él me ha abierto los ojos a una riqueza espiritual que jamás imaginé. Y ahora no estoy hablando de religión, sino de entender la vida de otra forma, menos materialista, menos a contra reloj. Se le tiene mucho miedo y respeto al islam, pero mi chico árabe me ha hecho comprender que dentro mismo de una religión hay distintos matices y que no todo el mundo la vive del mismo modo. Es evidente que el hombre que obliga a su mujer a permanecer en casa encerrada, por ejemplo, no interpreta bien la religión islámica. No me considera en absoluto inferior, todo lo contrario. Le brillan los ojos cuando me mira y me escucha con admiración y sorpresa, pues dice que jamás antes había conocido mujer alguna que expresara tan libremente lo que piensa, sin recato ni temor.

Soy consciente de que el futuro se nos presenta incierto, inseguro... ¿Pero por qué imposible? Me aferro a la esperanza de que seamos capaces de hallar un punto de encuentro en el que ambos cedamos en algunos aspectos sin tener que renunciar a ninguno de nuestros principios básicos. Le quiero mucho. Jamás conocí a un hombre como él. Cuando sus negras pupilas se me clavan como dardos me derrito. Él me ofrece su punto de vista del mundo y yo le otorgo el mío, intercambiamos mucha riqueza cultural, aprendiendo constantemente, el uno del otro.

Tal vez pienses que soy una ilusa idealista, pero voy a luchar por el futuro de esta relación con uñas y dientes. Y creo que desde el respeto y la tolerancia –por ambas partes– es posible. No estoy dispuesta a perder algo tan valioso, como lo que tengo ahora, sin luchar.

Sara Ruiz Ortega. Periodista.

¿Qué te ha parecido mi respuesta? Bueno, guapísimo, escíbeme, ya estoy impaciente por recibir tu próximo correo. Ojalá el tiempo pase deprisa para acurrucarme de nuevo entre tus brazos.

Mil y un besos para mi bello príncipe árabe,
Sara

Mi querida princesa,

Tu respuesta me parece muy acertada. Te expresas de una forma

maravillosa. Tienes que escribir un libro sobre este tema, lo haces muy bien. A través de tus palabras, la gente comprenderá mejor el islam y dejará de ver a los musulmanes como si fueran bichos raros.

Yo también te echo de menos. Aquí la vida es tranquila, aunque mis hermanas me acaparan casi todo el tiempo, interrogándome, quieren saber si tengo alguna novia y mi madre pone cara de circunstancias... Cuando me dejan, salgo solo a pasear y vago por las calles. Hacer el ramadán no es como tú lo describes. No es un castigo, sino una bendición, te hace sentir muy bien, deberías probarlo. Es sano para el cuerpo y para el espíritu. Bueno, guapa, me despido por hoy, casi es la hora de cenar. Cuídate mucho. Te mando mil y un besos.

Saïd

La camarera canturreaba distraída, mientras deslizaba la bayeta por la barra. Sus pómulos, siempre sonrosados, reflejaban el aspecto de una persona feliz, rebotante de salud y energía.

—¡Buenas tardes, María! —exclamó Nadir, entrando en el Bar-Cafetería «*De la esquina* » con la familiaridad de los clientes habituales—. ¡Estás guapísima, como de costumbre!

Ella se sobresaltó, pero al ver la cara del joven, suspiró aliviada, esbozando de nuevo su sonrisa facilona.

—Qué zalamero eres... No cambiarás nunca. ¡No me extraña que las chicas caigan rendidas a tus pies! —comentó, saliendo de detrás de la barra y zampándole dos sonoros besos, en sendas mejillas—. ¿Qué me cuentas, resalado? Hace días que no te veo por aquí.

—¡Ay María! Me quieren casar. ¡Me están buscando novia!

—¡Van listos! A ti no te pescan ni con un anzuelo—afirmó, situándose tras el mostrador—. Bueno, cariño, ¿qué te pongo? —preguntó, con los brazos en jarra.

—¿No tendrás *harira*, verdad?

—¿El qué?—preguntó ella, con extrañeza.

—Es broma, mujer. La *harira* es la sopa con la que se rompe el ayuno.

—¡Ay! No me digas que estás haciendo el ramadán. ¡Ángelico! Debes de estar desmayado. ¿Te preparo un bocadillo de queso?

—Mejor algo dulce. Con un buen café con leche y un par de esas estupendas magdalenas caseras me harías el hombre más feliz del mundo.

—¡Eso está hecho!—añadió la andaluza, guiñándole un ojo.

Estaba anocheciendo, y la imagen de Alicia se paseó fugaz por su mente, pese a que el hambre apenas le permitía discurrir. Cogió un periódico de la mesa contigua y lo hojeó, para distraerse. Pero no dio resultado. No eran pocas las mujeres que habían pasado por su cama. Ella, sin embargo, no era como las demás, tenía algo diferente. Extrajo el móvil de su bolsillo, buscó su nombre en la agenda, y justo cuando iba a presionar el botón de llamada, apareció la camarera, con la bandeja en la mano. La discreción no era, precisamente, el punto fuerte de María.

—¡Ya ibas a llamar a una de tus amiguitas! ¿A que sí?—farfulló—. Casado, tú... ¡No te imagino! —Le sirvió el desayuno y se alejó, girando la cabeza a un lado y a otro, a modo de negación.

Nadir guardó el aparato y se dispuso a dar buena cuenta del piscolabis. Su estómago rugía con desespero, ya hacía rato que se había ido el sol. Dos de la peña de ajedrez le saludaron.

—¡Hombre, Nadir! ¿Qué tal? —preguntó uno de ellos.

—¡Bien! Aquí, matando el gusanillo.

—¿Y Saïd? ¿Sabes algo de él? —interrogó el otro.

—Aún está de vacaciones, no sé mucho más. Supongo que no tardará en regresar.

—Pásate luego por el club si te animas a echar una partidita.—Le invitaron.

—¡Ahí estaré, si Dios quiere! —respondió el biólogo. Se despidieron con apretones de manos y palmadas en la espalda.

Quería volver a verla, sin embargo, temía que ella se confundiera. Nada le fastidiaba tanto como los lloriqueos de una mujer. ¡Eran tan enamoradizas! Resultaba difícil aguantarlas cuando empezaban a suplicar que te quedaras a su lado; cuando aseguraban que no soportarían vivir sin ti y que si las dejabas se morirían. Alicia parecía diferente. Fría, pero sensual. Seductora, a la par que práctica. Recordó su cuerpo desnudo... ¡Guau! Un cosquilleo delicioso recorrió su bajo vientre y... ¡Qué demonios! El ajedrez podía esperar. Engulló el último bocado con avidez, pagó la cuenta y se dirigió al coche.

En esa ocasión, la podóloga no se sobresaltó, ni se irritó, al oír el timbre. Aunque llevaba la bata puesta, ya no esperaba a ningún cliente.

—Hola—susurró melosa, al abrir la puerta, y su voz bien podría haber sido la de una *gata sobre el tejado de zinc* recalentada por el sol.

—Iba a llamarte, pero la tentación de presentarme por sorpresa me sedujo una vez más —comentó él, clavando sus pupilas verdes esmeralda en el escote de la chica—. ¿Me dejas entrar... o estás cerrada?

—Para ti estoy abierta veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, cielo —murmuró Alicia, permitiendo que Nadir penetrara en el local, mientras presionaba el mando, para bajar la persiana. Acto seguido se giró y se alejó, sin permitir que la rozara. Le gustaba hacerse la interesante, sentirse deseada. Simuló ordenar aquí, organizar allá, moviéndose sinuosamente, consciente de que la mirada de él la seguía a todas

partes.

—Estás muy sexy —observó el biólogo.

Ella continuó dándole la espalda, sin responder, mientras se desprendía de la bata y la colgaba en una percha. Entonces él se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos, sin previo aviso. Un intenso escalofrío recorrió su columna vertebral cuando Nadir le desabrochó el tejano e introdujo la mano derecha, muy despacio, por la zona delantera, y la izquierda por debajo del sujetador. Alicia inclinó la cabeza hacia atrás emitiendo un hondo gemido, que provocó en él una erección inmediata. Durante unos minutos, ella se abandonó a ese magreo con pasividad, gimiendo, sintiendo que la mutua excitación iba en aumento. Luego se dio la vuelta, le cogió la cara entre sus manos y le besó con ansia, pegada a su cuerpo, empujándole hasta el sillón reclinable en el que atendía a los clientes. Nadir no acostumbraba a permitir que fuesen ellas las que llevasen el timón, pero decidió hacer una excepción. La podóloga se desnudó del todo, le desabrochó el pantalón y se ensartó sobre su miembro duro, antes de que él tuviera tiempo de hacer o decir nada. El biólogo paseó las yemas de sus dedos por las nalgas de la joven, sus pechos no muy grandes, aunque bien proporcionados, su cintura, su vientre... Hasta que una explosión de placer puso sus ojos en blanco y le hizo perder el mundo de vista. Ella estalló una vez... y otra más.

Más tarde, ya en casa, después de varias sesiones de jugueteo amoroso, Alicia reposaba sobre él, temblando aún.

—Quédate conmigo esta noche, Nadir —murmuró.

—Es mejor que me vaya, preciosa. Mañana me espera un día duro e imagino que a ti también —respondió él, con un beso en la frente.

—Ha sido increíble, ¿no crees? —agregó, cerrando los párpados.

—No ha estado mal.—Él le acarició el cabello, consultando, con disimulo, su reloj de pulsera.

La tarde había dado paso a la noche, y la noche a la madrugada. Las horas avanzaban, sin tregua, hacia una nueva jornada laboral.

Amaneces a mi lado, pero no puedo tocarte.
 Me miras, suplicante.
 Te miro, comprensiva.
 No comparto, pero tolero.
 No entiendo, pero respeto.
 Admiro tu entereza y tu fe.
 Te levantas, te duchas
 y te vas a trabajar, con el estómago vacío,
 sin que de tus labios salga
 ni una sola queja.
 Preparo café, y desayuno sola.
 Dedicaré mi día libre a esos asuntos pendientes
 que siempre quedan, aunque estaré impaciente,
 a qué negarlo, por tu retorno.
 Regresas con la puesta de sol.
 Exánime, y sin embargo sereno.
 Es la hora.
 Tu cuerpo recupera el color y el calor
 mientras tomas la sabrosa *harira* que te he preparado
 –cuya receta conseguí a través de la amiga de una amiga mía–.
 Te brillan los ojos de felicidad.
 Te pones cariñoso, tierno, dulce como la miel...
 Me haces el amor, con renovada pasión.
 Y la luna, cómplice, contempla cómo la noche
 se va transformando
 en una orgía para los sentidos,
 que durará hasta antes
 de que despunte el sol.

Sentada en el sofá, con el portátil sobre el regazo, intentó en vano concentrarse en lo que escribía. Su príncipe había regresado. Llegó el día anterior a Barberà del Vallès y le pidió veinticuatro horas para recuperarse del trayecto. Ella hubiera preferido correr a su encuentro en cuanto lo supo.

No obstante, decidió reprimir su entusiasmo de colegiala, una vez más. Adaptarse a él, respetar su ritmo. Le sucedía a menudo. Sería capaz de cruzar el mar, nadando en su azul infinito; acercarse hasta el fin del mundo, tocarlo con la punta de los dedos y volver; subir a la Luna, tomar una muestra del terreno y regresar... Si él se lo pidiera, o si fuese un requisito indispensable para disfrutar de un efímero segundo a su lado. Sabía que los sentimientos de Saïd eran sinceros, sin embargo, echaba de menos que se lo demostrara más, que le dijera que la quería, que se desviviera como lo hacía ella. Tal vez, él actuara de ese modo debido a su visión práctica de la vida. Pero Sara necesitaba experimentar el vértigo, el nudo en la boca del estómago, las mariposas revoloteando... Eso era, para ella, el amor.

Le esperaba con impaciencia, nerviosa, mirando el reloj cada cinco minutos. Decidió apagar el ordenador y dirigirse a la cocina. Una amiga le había conseguido la receta de la *harira* y pensaba darle una sorpresa a su *habibi*. No sería como la de su madre, desde luego, pero ella le pondría todo su cariño. Habían quedado a la hora de romper el ayuno.

Un rizo rebelde cayó sobre su frente mientras troceaba las verduras. Introdujo los ingredientes, añadió el agua y colocó la cacerola sobre el fogón. Encaminó de nuevo sus pasos hacia el salón, se recostó en el sofá y se abandonó al pensamiento. Amaba a Saïd, pero se le planteaban numerosas dudas. Todo eso del ramadán le resultaba extraño. Si pasaban la noche juntos, al día siguiente no podrían abrazarse, ni besarse, después de salir el sol. Sería raro y nada espontáneo. ¿Qué pasaría en el futuro, si seguían juntos? Surgirían no pocos conflictos, de diversa índole. ¿Cómo resolverían sus diferencias? ¿Y si tenían hijos? Él querría educarlos en su religión, ¿estaba ella dispuesta? Cuando llegara el momento ¿establecerían pactos ecuanímenes y hallarían soluciones válidas para ambos? ¿O él trataría de imponer su criterio y sus creencias como si fuesen una verdad absoluta? El tema la incomodó de tal manera, que optó por arrinconarlo en una de sus estanterías mentales, con el propósito de retomarlo en alguna otra ocasión; más adelante.

Encendió el televisor, pero tras el *zapping*, ningún canal la convenció. No sabía ni para qué se molestaba. Nunca encontraba nada sugestivo al otro lado de la pantalla. Algo que la apartara, de forma momentánea, de su agobiante monólogo interno. Absurdecas y más absurdecas. Una gran pérdida de tiempo. Como periodista, no estaría de más que mostrara cierto interés, al menos, por los informativos. Sin embargo, prefería leer el periódico. «*La caja tonta, qué acertado apelativo, ¿a qué lumbrera se le ocurrió? Debió de ser*

un genio, sin duda».

Un intenso aroma, procedente de la cocina, estimuló su sentido del olfato. Corrió a comprobar el resultado de su obra, metió la cuchara en la olla y extrajo una pequeña muestra de su primer guiso marroquí. Un desconocido, pero delicioso sabor inundó su paladar, y se enorgulleció de sí misma. «*Mmm, qué bueno... Saïd se va a chupar los dedos*», pensó. «*Próxima receta: couscous*».

La mesa pequeña estaba dispuesta con todo lo que Sara creía que a su amor le gustaría: frutos secos, dátiles, pan, galletas, mantequilla y miel. Tras una rápida ducha, puso especial esmero en su acicalamiento personal. Eligió un vestido estilo hippy, de tonos ocres y violetas. Escote cruzado y mangas amplias, entallado bajo el pecho y desahogado a partir de la cintura, largo hasta casi los tobillos y caída sedosa. Sujetó algunos mechones de su cabello con diminutas pinzas y logró un gracioso recogido, informal aunque atractivo, con varios bucles cayéndole a ambos lados de la cara.

Su continuo ir y venir, de un extremo a otro de la sala, cual felino enjaulado, no contribuía a tranquilizarla. Y no es que él se retrasase, sino que ella había convertido el día entero en una especie de ritual de espera del hombre. Era como si se hubiera detenido el tiempo. Las horas se eternizaban, lentas; en una conspiración contra su impaciencia desmesurada. Al fin, sonó el timbre. El sol se había escondido, hacía ya unos minutos, ¡perfecto! Porque necesitaba sus besos con urgencia. Salió corriendo hacia la puerta, atolondrada como una niña. Mientras abría, parecía que el corazón se le quería salir del pecho. Ahí estaba Saïd, al otro lado del umbral, con su resplandeciente y arrebatadora sonrisa. Entró de prisa, cerró a sus espaldas, y la abrazó con tal fogosidad que ella enmudeció, como sucedía siempre que la emoción la desbordaba.

—Debes de estar muerto de hambre. Ven, siéntate—alcanzó a balbucear la joven, tras varios segundos de visceral fusión.

—¡Espera!—suplicó él, reteniéndola a su lado. Sujetó su cara con las manos y la examinó sin pestañear—.Te he echado tanto de menos...—afirmó. Ella percibió con claridad el vahído... ese pellizco en la tripa. Y tuvo la sensación de que, si él continuaba clavándole sus pupilas de ese modo, iba a desmayarse de un momento a otro. La besó con dulzura infinita. La miró—.Estás guapísima —añadió, volviéndola a besar, volviéndola a mirar—.Estás realmente preciosa.

Lo cogió de la mano, como si fuese un chiquillo, y lo arrastró hasta la

mesa. Al ver la variedad de exquisitos comestibles que, con tan esmerado cariño, había depositado Sara sobre el mantel, él dejó escapar una exclamación de sorpresa. Se sentó, emocionado, y sintió que la melancolía de su tierra, le devoraba por dentro.

Dejar atrás a los suyos no era un plato de buen gusto, por muy acostumbrado que estuviera. Aun así, se sintió invadido por una felicidad desconocida. Extraña dicotomía de su corazón. Incluso le pareció percibir un intenso olor a *harira*, fruto de su imaginación, sin duda. La periodista se marchó a la cocina y regresó con un buen tazón, humeante, lleno hasta los bordes. El aroma que desprendía era inconfundible.

—¿Has preparado *harira*! Pero, ¿tú cómo has sabido...? —sentenció. El brillo de sus ojos se intensificó al probarla—. Esto es increíble. ¡Es como la de mi madre! Ni a mis hermanas les sale tan buena.

Saboreó la sopa cucharada a cucharada, bajo la atenta mirada de su orgullosa novia. Sara decidió probarla y picar algo, para acompañarle.

Después de hacer el amor con esa mezcla de pasión y ternura que les caracterizaba, Sara y Saïd permanecieron abrazados, echados en la cama, durante horas. Ella le contó del trabajo, de su jefe, de los artículos que había escrito y un sinfín de anécdotas. Divertidas unas, irritantes otras. Él le explicó las travesuras de sus sobrinos, los interrogatorios de sus hermanas, las advertencias de su madre. Omitió los detalles más escabrosos. Se reían a carcajadas por cualquier cosa. Luego se quedaban callados, se miraban en silencio, como estudiándose el uno al otro, fascinados. Sus manos recorrieron la piel, sedientas, surcando nuevos caminos, buscando senderos inexplorados. Sus cuerpos se atraieron una vez más para fundirse. Y otra... y luego otra más.

Afuera, en la calle, la vida seguía su curso habitual y la ciudad no detenía ni por un segundo su ritmo frenético. El continuo flujo del gentío; el claxon de un conductor impaciente; las sirenas de la policía; la alarma de un coche aparcado que se disparaba de repente; ambulancias; bomberos...Decibelios y más decibelios. Sara ni se percataba, tan acostumbrada como estaba. Saïd, en cambio, lo percibía multiplicado por diez. No se quejaba, pero dejaba escapar algún que otro suspiro de melancolía. No soportaba ese ruido.

Qué lejos quedaba la inmutable Essaouira. Su ritmo pacífico de vida, su paz, la serenidad de sus playas. La belleza del silencio, roto solo por la voz del muecín. La incomparable y genuina esencia de su tierra.

La Plaza Cataluña es siempre un hervidero de gente, a cualquier hora, en cualquier época del año. Un lugar de paso en el que se entrelazan diferentes líneas de metro, autobuses y trenes, que miles de personas se ven forzadas a atravesar, para completar sus trayectos en direcciones muy diversas. También es una zona de obligada visita para el turista, que jamás podría presumir de conocer Barcelona sin haber pisado este enclave, que representa el corazón de la gran urbe. En el ajetreado deambular del gentío, uno puede darse el gusto de hacer una pausa y sentarse en la terraza del concurrido Café Zúrich, a observar lo que pasa. En un día soleado no hay nada mejor. Las anécdotas se suceden una tras otra, desde el payaso callejero, que persigue a los transeúntes sin que se percaten, para diversión del espectador ajeno, hasta el grupo peruano que deleita a todos con su música inca. Las citas en la esquina del Corte Inglés son un tópico casi tan clásico como los top mantas que se extienden por doquier y se desmontan y vuelven a montar tras cada redada policial. Si uno tiene que hacerse con un regalo de última hora, ¿qué mejor zona para comprar libros, discos o ropa? Cuando un sábado o domingo no se tiene ningún plan determinado, lo mejor es quedar en Plaza Cataluña y a partir de ahí decidir. La amalgama de posibilidades es infinita.

A Sara le gustaba pasear por el centro. De vez en cuando se perdía sola por las calles y merodeaba sin rumbo. Mezclarse entre tanto desconocido le provocaba una extraña sensación de anonimato, que la hacía sentirse libre. Miraba los escaparates, aunque en raras ocasiones se decidía a adquirir algo de ropa o zapatos. Le divertía contemplar las prendas y complementos pensando con qué combinaría esto o aquello, sin embargo, no solía caer en el consumismo fácil. Tampoco le interesaba demasiado la moda, y lo de ir a la última no estaba, desde luego, entre sus prioridades. Desechaba sus atuendos a medida que se desgastaban, y se compraba otros nuevos de acuerdo con el estilo que la caracterizaba, y no a unos cánones establecidos.

Desde que conocía a Saïd, su interés por cualquier tema vinculado a las diferencias culturales había aumentado de forma considerable. Leía cuanto llegaba a sus manos, ya fuese libro, artículo o reseña periodística. Anotaba lo que le parecía relevante en alguno de sus misteriosos cuadernos, e iba recopilando un valioso material con el que aún no sabía bien qué haría. Lo

que sí sabía era que, hasta ese momento, ningún tema había despertado en ella tanta curiosidad y pasión como ese. Y con la intención de adquirir algún ejemplar interesante al respecto, penetró en el interior de una conocida librería.

Le gustaba más fisgonear entre volúmenes que entre trapos, y no es que se las diera de intelectual; sin embargo, la lectura era el alimento de su alma, así lo experimentaba, en su más profundo fuero interno. Tomó en sus manos varios cuya temática principal era la interculturalidad en pareja, o algo similar, como *El grito silenciado*, de Ana Tortajada; *Pasión India*, de Javier Moro; *Princesa de África*, de Sonia Sampayo; *Un burka por amor*, de Reyes Monforte... Iba tan cargada y tan distraída, que no vio a la chica que tenía delante de sus narices, chocó con ella y todos los tomos fueron a parar al suelo. Ambas se disculparon, y se agacharon a la vez para recogerlos. Una empleada se les acercó, por si necesitaban ayuda, pero ellas la rechazaron amablemente.

—Este me gustó mucho, te lo recomiendo —dijo la joven, que lucía un largo cabello liso, abundante y negro, refiriéndose al de Javier Moro. Solo entonces levantó Sara la cabeza y reparó en ella, sorprendida. Era Bella Shahrazad, la bailarina. Es decir: Eva.

—Hola, Eva. No te había reconocido sin las lentejuelas.

La otra se echó a reír, y tenía una de esas risas que se contagian con facilidad. Desbordaba simpatía y frescura. Era muy espontánea.

—¿Nos conocemos?

—Nos presentó Belén, ¿no lo recuerdas? Mi amiga Alicia y yo fuimos alumnas tuyas durante un tiempo y nos hablaba muy bien de ti. Vamos a tus actuaciones siempre que podemos.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Sara, ¿no? —exclamó. La redactora asintió con la cabeza y se besaron en las mejillas—. Parece que te interesan otras culturas, lo digo por los libros elegidos.

—Así es, has dado en el clavo —respondió Sara, eligiendo un par y dejando el resto en la estantería, un tanto intimidada por la repentina invasión de su espacio. Aunque, por alguna razón, se sentía muy cómoda en compañía de la diva.

—¡Bienvenida al club! Oye, ¿tienes tiempo para un café?

—Claro que sí, siempre hay tiempo para un café, ese es mi lema.

Un misterioso halo de complicidad las envolvió mientras caminaban hacia la caja. Para Eva eralo habitual. Su temperamento abierto la había convertido

en la mujer accesible y entrañable que era, provocadora de grandes afectos. Después de pagar sus respectivas compras, se encaminaron a la cafetería de en frente, conversando, como viejas amigas. Ante un espumoso café con leche y un delicioso chocolate a la taza, las confidencias surgían con mayor facilidad.

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista. Escribo artículos relacionados con el mundo árabe y musulmán.

—Ahora lo entiendo. ¿Sabes? Yo tengo origen árabe—profirió la bailarina, con evidente orgullo. Le encantaba ser el centro de atención—. Mi abuela paterna es libanesa, y la quiero un montón. Siempre hemos tenido una relación muy especial, pese a la distancia. Mi abuelo, que es español, se convirtió al islam para casarse con ella.

—¿Eres musulmana?

—En algunos aspectos.

—¿Qué quieres decir? O lo eres o no lo eres.

—No como cerdo, pero bebo alcohol; no hago el ramadán, pero creo en la existencia de un solo Dios. El islam me atrae y me persigue a la vez. Por ejemplo, todos los hombres con los que he salido eran musulmanes. ¿Te lo puedes creer?

—Lo tuyo es obsesión.

—¡Y que lo digas! —Se echaron a reír, con ganas. Eva lo contaba de forma amena, dándole un toque de humor que cautivaba a Sara.

—¿Tienes pareja, ahora? —inquirió la periodista, con esa curiosidad tan suya.

—Algo así. Estoy con un pakistaní. Llevamos un par de años, saliendo. Él en su casa y yo en la mía, eso sí. No me gustan las ataduras.

—También musulmán, ¿no? Lo digo porque en Pakistán la religión mayoritaria es el islam.

—En efecto, así es. ¿Y sabes qué? ¡Me ha pedido en matrimonio! Solohay un pequeño inconveniente... ¡Él ya está casado! Yo sería su segunda esposa.

—¿Está dispuesto a romper con la otra para casarse contigo?

—¡No! El islam permite tener cuatro mujeres. ¿Te imaginas? Yo no quiero ser su segunda esposa, pero tampoco que se separe de la primera. ¿Sabes lo que significaría eso para ella? Tiene una hija, y Yasir, mi novio, es la única fuente de ingresos con la que cuenta para su manutención. Divorciarse significaría repudiarla, y en Pakistán, que tu marido te repudie es lo peor que

te puede pasar. ¿De qué viviría? Como mujer, no puedo permitir que eso le pase a otra mujer por mi culpa. Prefiero seguir siendo su amante. Lo pasamos bien juntos, ¿para qué complicarnos? Ella está allí y nosotros aquí. No se trata de un caso de infidelidad, porque entre ellos no hay amor. Les obligaron a casarse, por intereses familiares. Está coladito por mí... ¡Es un encanto! En el fondo me da un poco de pena, porque yo no siento lo mismo. Le tengo cariño, y me encuentro muy a gusto con él, pero nada más.

—Guau, eres una caja de sorpresas. Voy a escribir un libro sobre las diferencias culturales. ¿Me darás permiso para incluir alguna de tus historias?

—¿Vas a escribir un libro? ¡Qué emocionante! Claro que puedes ponerlo. Por mí, encantada. Si quieres te cuento más cosas.

—¿Lo harías?

—Con mucho gusto, querida. Nos damos los teléfonos y el día que quieras quedamos y te cuento mil y una aventuras. ¡Tráete grabadora!

—Eso sería perfecto. Te tomo la palabra, ¿eh?

—Vaya, vaya, con nuestra Sara. O sea que, además de periodista, eres escritora—exclamó Eva, dejándose llevar por el entusiasmo.

—Bueno, solo es una idea. Apenas tengo cuatro apuntes y...

—¡Por algo se empieza! Seguro que todas las grandes obras comenzaron con cuatro apuntes. ¡Tienes que creer en ti misma! Eso es fundamental para cualquier proyecto que emprendas. ¿Cómo se te ocurrió la idea? ¿A qué viene tanto interés por otros mundos? Y no me vengas con que es por lo de tus artículos. Tiene que haber algo más.

—Bueno, yo...

—Venga, mujer, no seas tímida. Cuéntame.

—Estoy saliendo con un chico marroquí. Es el intérprete de la redacción en la que trabajo—explicó la redactora, ruborizándose hasta las orejas.

—¡Qué bonito! ¿Y cómo se llama el afortunado? —La bailarina esbozó una amplia sonrisa, que invitaba a la confesión.

—Saïd. Y es el hombre más dulce que he conocido en la vida.

—Qué enamorada estás, pillina. ¡Es estupendo!

—El caso es que eso de que sea musulmán me plantea dudas. Una cosa es escribir sobre las diferencias culturales y otra muy distinta experimentarlo en tu propia piel.

—No te entiendo. ¿Acaso es machista? ¿Te ha faltado al respeto?—interrogó Eva, contrariada.

—Nada de eso, al contrario, me trata con una delicadeza exquisita. Nunca

me había sentido tan respetada.

—Entonces no hay nada que temer. Islam es paz. Y si alguien dice lo contrario, una de dos: o no ha leído el Corán, o no lo ha entendido. Yo he leído la Biblia, la Tora y el Corán. He hecho mis comparaciones y he llegado a la conclusión de que el islam es lo mejor. No es solo una religión, es una forma de vida. Infórmate, Sara. El miedo a lo desconocido es humano, pero se puede remediar.

—Antes de conocer a Saïd no me planteaba cuestiones como la existencia de Dios, por ejemplo. Y ahora sí. Tú crees en Dios, ¿no?

—Sin asomo de duda—afirmó la bailarina—. Mira, Sara, este mundo en el que vivimos está lleno de contradicciones. Entre mis antepasados, medio árbol genealógico pertenece al cristianismo y el otro medio al islam. Mi abuelo, siendo español, es el musulmán más devoto de toda la familia. Mi padre, que es hijo suyo, es tan ateo como mis hermanos. Y yo, sin embargo, soy creyente. A mí me da igual lo que los demás hagan o digan. Me rijo por mi propio criterio. Tengo la certeza absoluta de que es imposible que todo lo que nos rodea sea casual, fruto de la evolución. ¿Te parece que tanta perfección puede ser el resultado del azar? ¿Los seres humanos, los animales, los ríos, los océanos, el universo entero...? En mi opinión, la existencia de Dios es algo obvio.

—Saïd piensa igual. Y desde luego vive en paz, consigo mismo y con los demás.

—No te compliques, querida. Investiga, lee, escribe tu libro. Las respuestas vendrán por sí solas. Ama al hombre que tienes a tu lado, sin más. Eso sí, nunca dejes de ser tú misma, ni por él ni por nadie. No hagas nada en contra de tu voluntad, nada de lo que no estés convencida. Relájate y... ¡disfruta!

Sara se sintió invadida por una inesperada oleada de bienestar. Le encantaba descubrir diferentes puntos de vista. Eva le caía muy bien. Cuando se despidieron, tras intercambiar los números de teléfono, se sintió pletórica. Como si le hubiesen inyectado adrenalina. Hay personas que poseen el don de transmitir energía positiva. Saben pulsar el interruptor adecuado, en el instante preciso. Escribir ese libro era su meta a corto plazo, su proyecto. Y pensaba lanzarse a ello de cabeza, sin más preámbulos ni excusas.

Cuando la cálida manta del amor nos cubre, el calendario avanza deprisa y, por mucho que nos empeñemos en retenerlo con nuestras propias manos, se escapa entre los dedos. Es lo que tiene la felicidad. Los meses parecen semanas, las semanas días y los días horas. Había transcurrido un año desde que los caminos de la Sara y Saïd se cruzaran. Y seguían juntos. Para celebrarlo, ella había escogido un romántico y tranquilo restaurante especializado en comida marroquí. Decoración recargada, al estilo árabe, luz tenue, música suave. Era su primer aniversario y consideraba importante festejarlo. Él, sin embargo, jamás reparaba en ese tipo de detalles.

Una inoportuna sensación de tristeza ensombreció el alma de la chica, mientras les acomodaban en la mesa y les traían la carta para elegir el menú. Él observó qué se les ofrecía e hizo comentarios sobre esta especialidad o aquella; se mostró animado, contento, le gustaba el lugar. Ella no le escuchaba, esa noche no las tenía todas consigo. Andaba perdida en un universo de divagaciones, haciendo balance de lo que había sido su relación hasta entonces. Preguntándose, por primera vez, si merecía la pena seguir, y si de verdad era eso lo que quería.

Durante un largo período de tiempo, cada vez que Sara le preguntaba a Saïd si le veía futuro a su relación, él se limitaba a murmurar que no estaba preparado para responder a esa pregunta. Ella vivía angustiada ante la incertidumbre, aprendió a esperar en silencio, pero no a acallar sus inquietudes. Percibía el amor en las miradas del joven, en sus gestos, en la expresión de su rostro en cada nuevo reencuentro, en la caricia de su abrazo cálido, en su forma apasionada de amarle y, por encima de todo, en que después de aprender a respetar su ritmo, observó cómo él, de forma progresiva, se hacía más presente en su día a día. Más llamadas, menos ausencias, más veladas de apariciones inesperadas para compartir la cama.

Se moría de ganas de decirle que deseaba despertar a su lado cada mañana, y que su abrazo fuese lo último en sentir cada noche. Asimiló la misión de ser paciente, mientras percibía que el corazón del hombre estaba con ella, por más que de sus labios no hubiese brotado jamás un «*te quiero*», quién sabe si por temor a parecer menos hombre o por el simple miedo al compromiso. Él

nunca hablaba de sentimientos, y jamás demostraba afecto, en público. Cuando se lo presentaba a alguna amiga y más tarde esta le comentaba la frialdad de su novio, Sara lamentaba el malentendido. Ella sabía que ese no era el verdadero Saïd, pero...¿Cómo hacérselo entender a los demás? Tuvo que dejar de darle importancia al qué dirán. En la intimidad él se transformaba. La llenaba de besos, desde el extremo del dedo gordo del pie hasta la punta final del último pelo de su cabeza. La amaba con una parsimonia dulce. Con la ternura infinita del amante generoso. Y a la vez con un fervor inagotable que la volvía loca.

No solo eran excelentes compañeros de cama. A su lado se sentía escuchada y comprendida como nunca. Conversaban durante horas. Al biólogo le encantaba escoger algún volumen de la vasta colección de libros de la periodista, para hojearlo y comentarlo juntos. Le hablaba de la historia de su país, de política, de religión, de los torneos de ajedrez en los que había participado ¡y ganado! De su infancia en Essaouira, de su abnegada madre, de cómo le afectó la pérdida de su padre, al que amaba y admiraba profundamente, y cuyo recuerdo guardaba con celo en su corazón. Le hablaba de sus hermanas, y ella ya se sabía de memoria los nombres, profesiones, el número de hijos... De vez en cuando le soltaba lo de «*algún día me llevarás a conocer a tu familia, ¿no?*».Entonces él callaba. Y desaparecía la magia. Su silencio se le clavaba a Sara en el corazón, como un puñal. Tardaba horas en sacudirse de encima ese hondo pesar que la ensombrecía, después lo olvidaba. Y ella también hablaba de sus hermanos, de la mala relación que tuvo siempre con su familia, de Carlos, de cómo fue la vida con él, de la ruptura, y de cómo la salvó su amiga Alicia.

El sexo era uno de los temas de conversación preferidos de Sara. Quería que Saïd relatara sus experiencias anteriores; a qué edad lo hizo por primera vez, cómo eran las chicas marroquíes en ese terreno, con cuántas había estado... Sentía tanta curiosidad como morbo al respecto. Le costaba horrores sonsacarle algo. Su novio se cerraba en banda en tales cuestiones, y su anhelo por conocer los detalles del pasado sexual de la chica era, desde luego, nulo. Consideraba mejor respetar cada uno la intimidad del otro y no sacar viejos trapos sucios. Las horas pasaban volando cuando estaban juntos. Sin apenas darse cuenta, el marroquí fue llevando a casa de la española cada vez más objetos, cepillo de dientes, ropa, calzado, libros... Llegó un momento en que pasaba más tiempo con ella que en el piso compartido con Nadir. Resultaba tan evidente, que Sara no se atrevía ni a mencionarlo, no fuera a conseguir el

efecto contrario del perseguido. Ya se había percatado de que, con Saïd, el secreto consistía en no presionar. Si se sentía coaccionado, en algún sentido, hacía lo contrario de lo que se esperaba de él.

El islam salía con frecuencia en sus conversaciones. Cuando le hablaba del profeta Mahoma, de Dios y del Corán, le prestaba atención en silencio, sin entrar en debate. Sabía lo importante que era para él, y mostraba un profundo respeto. El miedo inicial hacia todo lo relacionado con ese tema, fue desapareciendo. El marroquí nunca intentó convencerla de nada, ya ella le fascinaba escucharle, porque se expresaba de una forma maravillosa. Inspiraba pasión, fe absoluta. Convicción irrefutable de que las cosas son exactamente así y no de otra forma.

Se enfrentaron a algún que otro conflicto. Como aquella mañana que iban paseando, cogidos de la mano, y él la soltó de manera repentina y brusca al encontrarse de cara con una familia musulmana tradicional; o la tarde en que, mientras esperaban el autobús, él rechazó un beso en los labios, porque a su lado había un grupito de chicas ataviadas con pañuelos, que cubrían sus cabellos. Eso provocó un enfado monumental en Sara, tanto que pasó las siguientes cuarenta y ocho horas sin cogerle el teléfono. Luego estaba su manía de adoctrinarla acerca de los peligros de ingerir carne de cerdo, día sí, día también. O lo que sucedió aquel sábado, cuando se dirigían a comprar a la carnicería islámica y la joven lucía una camiseta de tirantes. Cuando faltaba poco para llegar, Saïd, sutilmente, intentó sugerirle que era mejor que le esperara fuera, para luego añadir con menos delicadeza: «¿Por qué no te has puesto una chaquetita o algo?» «¿Con el calor que hace?» Contestó ella, a lo que él agregó: «El dueño de esta carnicería es muy religioso y puedes ofenderle con tu forma de vestir, que no es correcta» «¿Adónde vamos? ¿A la carnicería o a la mezquita?» Preguntó a su vez Sara, que dio media vuelta y se fue sola a casa, muy ofendida. Esta vez tardó varios días en contestar a sus llamadas. Se le plantearon cientos de dudas. Él no paró hasta conseguir que le escuchara. Le pidió perdón e intentó hacerle comprender su punto de vista. Le dijo que no pretendía decirle cómo debía o no vestir, sino que entendiera que, en determinados lugares, había que respetar algunas leyes. Lo mismo sucedería si fuesen juntos a Marruecos, ella debería adaptarse a ciertas normas que, en su momento, ya le comentaría. Esta explicación le dejó un sabor agrisado, pero decidió no entrar en mayor controversia. Parecía evidente que, si seguían adelante, la relación no siempre sería un camino de rosas. Aun así, le amaba. Adoraba a ese hombre con locura desmedida. Y

estaba dispuesta a afrontar gustosa el reto.

Seguía absorta, con la mirada perdida en algún punto indefinido de la pared. Saïd la observó, desconcertado, intentando adivinar qué pasaba.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —se decidió al fin a preguntar—. Estás muy seria. La idea de salir a cenar ha sido tuya, ¿qué pasa?

—¿Tú me quieres? —inquirió ella.

—Claro que sí. ¿A qué viene eso?

—¿Y por qué nunca me lo dices?

—No lo sé. Por vergüenza, supongo, o por falta de costumbre.

Ella se quedó callada de nuevo, pensativa.

—¿No estarás jugando conmigo hasta que aparezca la joven musulmana con la que te has de casar? —espetó la periodista, un tanto ofuscada—. Llevamos un año juntos y jamás me has dicho lo que sientes. Te pasas la vida en mi casa, pero no dejas el piso de Nadir. ¿Hacia dónde vamos? Exactamente, ¿en qué punto está nuestra relación? —añadió, con la voz a punto de quebrarse. Por fin se había atrevido a hablar claro.

Contrariado y boquiabierto, Saïd encajó el golpe con maestría. Y se atrevió, incluso, a esbozar una sonrisa.

—Lo siento, princesa. Soy un desastre. Me cuesta expresar los sentimientos en voz alta —expuso, atrapando las manos de la chica entre las suyas, acercando su rostro para susurrarle—. Te quiero desde el primer momento. Estás en mi mente día y noche, noche y día. Eres la mujer de mi vida. Y si alguna vez me caso, será contigo. ¿Lo entiendes? Te quiero, Sara.

La franqueza de Saïd logró que ella bajase la guardia.

—¿Entonces?

—Sí, tienes razón. Lo lógico es que vivamos juntos, dadas las circunstancias. Yo también deseo despertar a tu lado cada mañana, ¿sabes?

—¡Dios mío! ¡Pensaba que nunca ibas a decirlo! —Le abrazó, en un impulso incontrolable, y él se dejó hacer, mirando de reojo a los posibles testigos.

—Hablaré con Nadir y le ayudaré a buscar un nuevo compañero de piso.

Una camarera de gesto amable y cálida sonrisa se acercó a la mesa, libreta y bolígrafo en mano.

—¿Se han decidido ya los señores?

—¡Eso parece! —declaró una eufórica Sara, cuyo rostro se había transformado por completo—. De primero tomaremos couscous; de segundo tajín de ternera; y de postre té a la hierbabuena con dulces, por supuesto —

ordenó, bajo la atenta mirada su novio.

El piso de Sara era pequeño, aunque con una gran personalidad. Lo decoró a su manera, a trazos, a retales. Durante mucho tiempo, tras abandonar la morada cohabitada con Carlos, se limitó a considerarlo un refugio en el que ocultar sus lágrimas. Las paredes languidecían, tan grises como su alma. Sus pertenencias, acumuladas en cajas desparramadas de cualquier manera, dormitaban a la espera de que la joven le otorgase a cada una un lugar propio donde ubicarse, en la lúgubre estancia. Transcurrieron meses hasta que, al fin, una mañana de sábado empezó a reorganizar su vida, su mente, su casa. Pintó las paredes de cada habitación de un color distinto. Colgó cortinas de macramé, cuadros abstractos, alfombras de mimbre y jarrones de cerámica, dándole un toque exótico, alegre, informal. Colocó estanterías repletas de sus numerosos libros y añadió un sillón aquí, un armario allá. Lo convirtió en su nido, su guarida, su hogar. Un hogar que compartiría ahora con Saïd. Constaba de solo dos habitaciones, una que hacía las veces de dormitorio y otra que usaba como despacho. Un minúsculo cuarto de baño y el salón, con cocina americana. Pero lo mejor de todo, sin duda, era la bonita terraza de la que disponía. El inmueble en sí no era gran cosa, pero el soleado terrado logró que Sara decidiera quedárselo. En cuanto lo vio se imaginó leyendo y tomando el sol, apenas empezara el buen tiempo. De eso hacía ya unos cuantos años.

Apoyadas contra la baranda, de espaldas, sendas copas de cava en la mano, Alicia y Sara conversaban, distendidas, mirando de reojo a Nadir y Saïd, situados al otro extremo de la azotea.

—Me encanta oírlos hablar en árabe, ¿a ti no? —murmuró la periodista.

—Pues no. ¿Y si nos están criticando? Pueden ponernos verdes sin que nos enteremos de nada, y encima les sonreímos.

—Saïd nunca me criticaría. Es un sol.

—Chica, en el fondo me das envidia —expuso Alicia, bajando la mirada, como si se avergonzara de mostrarse vulnerable. Simuló rascar una manchita casi imperceptible que acababa de descubrir sobre su vestido rojo, a la altura del pecho—. Pero no quiero enamorarme.

—¿Qué tiene de malo enamorarse? —inquirió Sara. Le brillaban los ojos,

y el blanco de su atuendo hacía resaltar el suave bronceado de su piel—. A mí me parece lo más bonito y natural que puede pasarte en la vida.

—Nadir no es como Saïd. No funcionaría. Lo pasamos bien juntos, pero porque nunca mencionamos ciertos temas. El islam, por ejemplo, es tabú para nosotros. Imagino que ambos intuimos que no estaremos de acuerdo en nada. Ya sabes que soy atea convencida. Para mí esta vida es la única que tenemos, y más allá de la muerte solo hay vacío. No entiendo cómo es posible que personas inteligentes y con estudios universitarios puedan albergar semejantes creencias del cielo, el infierno y no sé qué más. ¡Es absurdo!

—¿Y quién eres tú para juzgar a los demás? Cada cual es libre de escoger su camino.

—El amor te ciega—sentenció Alicia—. Llevas una venda en los ojos. No olvides que estás con un musulmán, guapa, y eso, tarde o temprano, te pasará factura—añadió. A la anfitriona le dolieron esas palabras con las que no estaba de acuerdo en absoluto, pero optó por guardar silencio. No quería que una discusión tonta le amargase la noche.

Al otro lado de la terraza conversaban los chicos, sentados. Hablaban en árabe, y a ratos en español. Incluso mezclaban los dos idiomas. De vez en cuando, a Nadir se le escapaba alguna frase en amazigh, dialecto que su colega no entendía. La complicidad de los jóvenes saltaba a la vista. Para Saïd era como charlar con el hermano que nunca tuvo.

—Estás cometiendo una locura, amigo. ¡Te has dejado atrapar! Y mira que te lo advertí desde el principio —exclamó Nadir, propinando unas palmaditas de condolencia en el hombro del otro.

—No estoy haciendo nada contra mi voluntad. Me encuentro muy a gusto con Sara, ¿qué más hace falta? Nos sentimos muy bien, el uno con el otro.

—¿Pero a que no fue tuya la idea de vivir juntos? —insistió el amigo, al tiempo que inhalaba una profunda calada de su cigarrillo y abría otra cerveza—. ¿Eh?

—No fue iniciativa mía, es cierto. Pero tenía tantas ganas como ella— aclaró el otro, bebiendo un sorbo de su Coca-Cola y echándose a la boca dos o tres aceitunas.

—Pues el día que yo decida sentar la cabeza, si es que lo hago, será con una musulmana, lo tengo claro.

—¿Y Alicia?

—Es una amiga y nada más.

—¿Ella lo sabe? —interrogó Saïd, lanzando una mirada de soslayo a las

féminas.

—Sí. Eso es lo que me gusta de ella, que no es como las demás. Todas mis anteriores amigas tarde o temprano hablaban de compromiso, y yo salía por piernas. Alicia es diferente. Es consciente de que tenemos una relación abierta. Quedamos cuando nos apetece, y después cada uno a su casa. Es una mujer increíble. Práctica, racional, sabe lo que quiere. Científica, en definitiva. Las de letras son más románticonas —declaró, seguro de sí mismo—. Bueno, qué, ¿nos acercamos a ver de qué hablan?

—Buena idea.

Las dos mujeres interrumpieron con disimulo su conversación, al verlos acercarse. Sara se deshizo en sonrisas y Alicia recuperó su mirada picarona, esa que tanto seducía a los hombres.

—¡Os habéis callado de golpe! ¿Nos estabais criticando? —alegó Nadir, rodeando por la cintura a su chica y besándola en los labios.

—Sí... Despellejar a los hombres es nuestro deporte favorito —murmuró ella, atrapada.

—¿Me llevas a tu casa, guapa? —susurró él.

—Mmm... Depende. ¿Qué me vas a hacer? —cuchicheó ella.

—Todo lo que tú quieras, preciosa... ¡Bueno, tortolitos!—exclamó en voz alta—. La compañía es muy grata, pero será mejor que os dejemos solos.

Las dos parejas intercambian besos y apretones de manos, a modo de despedida.

Una vez solos los anfitriones, Sara se dispuso a recoger vasos vacíos y platos con restos de comida, esparcidos por la terraza, para llevarlos a la cocina. Saïd la siguió y la imitó. Las tareas de casa no eran su fuerte, pero lo último que deseaba era que su novia le acusara de sexista.

—¿Te he dicho lo bien que te queda ese vestido? —comentó él, de repente. Ella trató de aparentar indiferencia, pero se le escapó un gesto de coquetería—. El blanco te sienta de maravilla —añadió. La chica siguió trajinando, de aquí para allá, hasta que él la sujetó por la muñeca y la atrajo hacia sí. Se miraron fijamente. Las pupilas de la joven despedían un brillo especial—. Pareces feliz.

—Lo soy —afirmó ella, rotunda—. Significa mucho para mí que hayamos dado este paso, *habibi*. Solo me preocupa una cosa.

—¿Qué? —inquirió él, intrigado.

—¿Podrás soportar estar conmigo día y noche bajo el mismo techo? —soltó, con expresión socarrona.

—¡Uf! Creo que acabaré volviéndome loco —sentenció el marroquí, aunque enseguida rectificó—. Loco de amor, claro.

Se abrazaron bajo el oscuro manto de la noche estival. Estaba empezando a refrescar y la media luna había descendido tanto, que parecía a punto de colarse detrás del edificio. Apenas se distinguían las estrellas.

21

El mercado no tenía secretos para Nafissa. Conocía cada recoveco como la palma de su mano. Lo recorría a diario, convirtiendo ese paseo cotidiano en algo más que hacer la compra. Era un lugar de encuentros, de charla, de cotilleo. A menudo tropezaba con las vecinas o primas que pasarían después por su casa a tomar el té. Sabía en qué puesto encontrar la carne más tierna, la fruta más barata y sabrosa, la verdura más fresca, al mejor precio. De paso, se enteraba de cuándo se casaba la hija de Fulana o el hijo de Mengano y, lo más importante: si había alguna muchacha casadera adecuada para su retoño.

Tenía pensado preparar tajín de ternera con alcachofas para comer, y boquerones fritos para cenar. Apenas lograba abrirse camino entre tanta algarabía. Era verano y se notaba. No solo en cuanto al turismo extranjero, sino también por los numerosos lugareños que estudiaban en Europa durante el resto del año y regresaban a Alhucemas apenas finalizaba el curso escolar. Se sentía cómoda en medio del gentío, rodeada de bullicio. Bajo su apariencia tradicional se escondía una mujer activa, llena de inquietudes, abierta a la aventura que suponía el propio día a día.

Su espíritu curioso le permitía detectar, de manera instantánea, cualquier novedad. Por eso, no tardó en reparar en la presencia de una joven a la que no había visto nunca por ahí. Iba acompañada de una señora a la que sí conocía, era su vecina, la que vivía justo en frente de su casa. La madre de Nadirse fijó en la dulzura de la chica, la refinada armonía de sus gestos. Sonreía con mesura, se sujetaba del brazo de su acompañante y observaba su alrededor con una mezcla de sabiduría y discreción admirables. Bajaba la mirada cada vez que un hombre se cruzaba en su camino. Poseía una atracción especial, no pasaba desapercibida, sin embargo, había algo en ella que exhalaba inocencia, y no de la fingida.

Nafissa estaba curtida en esas lindes y era lo suficientemente astuta como para notar la diferencia. La belleza de su rostro, enmarcado por un bonito

pañuelo, de colores vivos, era extraordinaria. Maquillada con moderación, en tonos ocres; los labios, granates, eran tan gruesos y carnosos que no parecían reales; grandes ojos negros, bordeados de largas y espesas pestañas, perfilados con *khol* y unos suaves toques de sombra marrón, en los párpados; tez pálida y sedosa. Nafissa calculó su edad: más de veinte y menos de veinticinco. El corazón le latía con fuerza, tenía un presentimiento intenso, y cuando eso le ocurría no solía equivocarse. ¡Era ella! No tenía ninguna duda. ¡Era la que había estado buscando! La vio reír, y se reafirmó más aún en su hipótesis cuando la joven dejó al descubierto una hermosa hilera de dientes blanquísimos. ¡Era perfecta! No vestía como las lugareñas, pero su atuendo era adecuado: pantalón blanco por encima de los tobillos, sandalias planas que permitían contemplar sus delicados pies, camisola de mangas de tres cuartos, de diversos tonos pasteles, a juego con el velo. Ni un solo milímetro de escote o cuello quedaba al descubierto; ni un solo cabello. No podía más, tenía que hacerse la encontradiza.

—¡Buenos días, Hanan! Te veo muy bien acompañada, hoy.

—¡Buenos días, Nafissa! ¿Cómo estás? ¿Qué tal la familia? Te presento, esta es Najwa, mi sobrina, ha venido de Nador y pasará unos días conmigo— comentó la vecina. La chica se sonrojó y saludó como era la costumbre: un beso en la primera mejilla y varios en la segunda.

—Es muy guapa...—afirmó la madre del biólogo mirando a la joven, cuyo rubor se intensificó—. Y tímida, como ya no quedan. Las muchachas de hoy en día son unas descaradas.

—¡Y que lo digas!—respondió Hanan—. Se están perdiendo los valores de antaño, los que nos transmitieron nuestras madres y abuelas. Najwa, bonita, ve a recoger el pan, en el puesto de la esquina, ya está pagado.—La sobrina obedeció, complaciente, y Hanan, que había visto venir de lejos las intenciones de su vecina, entró gustosa en el juego—. Tan guapa y soltera, ¡imagínate! Veintitrés años, pura como el azahar, ¡y bien espabilada que es para llevar la casa, no te creas! Pero...

—¿Cómo puede ser? No lo entiendo.

—Ay hija, porque mi Najwa tiene personalidad, ahí donde la ves, y ha rechazado a todos los pretendientes que le han salido hasta ahora. ¡Ninguno está a su altura! ¿Te lo puedes creer? La madre se desespera.

—Mi Nadir le gustará. Dalo por hecho. Y él caerá rendido a sus pies en cuanto la vea, conozco a mi hijo, siente debilidad por las mujeres hermosas. ¿Por qué no venís luego a casa a tomar el té? Nadir tiene treinta y tres años,

es ideal para tu sobrina. Y no imagino una nuera mejor para mí.

—¿Tú crees? ¡Menuda alegría se llevaría mi hermana! Cuenta con nosotras esta tarde. Mírala, ahí viene.

—Aquí tienes el pan, tía.

—Gracias, querida. ¿Sabes que Nafissa nos ha invitado a tomar el té?

—Es usted muy amable —susurró la moza, asintiendo con la cabeza.

—Bueno, me voy, que tengo que preparar el *tajín*. Encantada de conocerte, Najwa. Lo dicho, Hanan, ¡os espero!

—¡Gracias! ¡No faltaremos!

El intenso aroma a hierbabuena anegaba la totalidad de la estancia cuando Hanan y sobrina hicieron su aparición en la sala. Nafissa les pidió que se sentaran alrededor de la mesa, sobre la que reposaba un buen surtido de dulces, y les sirvió el té, con sobrada maestría, orgullosa de poder poner en práctica sus habilidades sociales. Saltaba a la vista que era un gesto repetido infinidad de veces.

A pesar de su timidez, la joven experimentó una inmediata complicidad con ella. La distendida charla hizo pasar rápido el tiempo, y la anfitriona consiguió que sus invitadas se sintieran como en casa, envueltas en un halo de comodidad. Una cosa llevó a la otra y no tardaron en ponerse a repasar, hoja por hoja, el grueso álbum familiar. Cada vez que aparecía Nadir en una de las fotografías, su madre emitía información sobre él, como quien no quería la cosa. Najwa escuchaba con atención.

—Tu chico tiene muy buen aspecto, joven y vigoroso—comentó Hanan, saboreando un delicioso cuerno de gacela casero, mientras contempla las instantáneas.

—Tengo diez hijos y, ahora que ninguno de ellos puede oírme, os puedo decir que no hay otro como mi Nadir—expuso la orgullosa madre—. Es el mejor. Todos tienen sus virtudes y defectos, como cualquiera, pero él es mi ojito derecho, ¡qué le voy a hacer! Creo que la mujer que se case con Nadir será muy afortunada, sinceramente. Es inteligente, honrado, trabajador, creyente, tradicional... ¡y encima guapo! ¿Qué más se puede pedir? —agregó, clavando su mirada en una Najwa absorta que enrojeció hasta las orejas. Su silencio satisfacía a Nafissa, que valoraba el recogimiento femenino por encima de todas las cosas, además de permitirle continuar con sus artimañas. Hanan, convertida en cómplice, la miraba de soslayo, asintiendo una y otra vez. Al cabo de un buen rato, ambas compinches se

dirigieron a la cocina, cuchicheando, y dejaron sola a la acalorada muchacha.

—¡Nafissa, estamos de suerte! A mi Najwa le ha gustado tu Nadir, estoy segura. La conozco. Está inquieta y no se cansa de mirar las fotos, una y otra vez. ¡Dios mío, es un milagro! Ahora falta saber la opinión de tu hijo. Si él no la quiere, no hay nada que hacer.

—Eso corre de mi cuenta, no te preocupes. Nadir me visitará en breve. Pensaré en algún plan infalible para hacer las presentaciones. Se gustarán, ya lo verás. ¡Qué nerviosa estoy! Mira por dónde, Hanan, vamos a emparentarnos, ¡quién nos lo iba a decir!

Al final de la tarde, el profesor de Biología Celular no era el único que consultaba su reloj de pulsera cada cinco minutos. La última clase, antes de las vacaciones, estaba resultando tan pesada como imaginaba. Los mismos discípulos que solían escucharle con admiración, le miraban ahora con tedio, con cara de «¿cuándo se va a callar de una puñetera vez?»

—Bueno, chicos, no quiero alargar más esta lenta agonía. ¡Qué disfrutéis del verano a tope! Nos vemos en octubre.

El aula se transformó en jolgorio. Al pasar junto a él, algunas alumnas le guiñaban un ojo, y Nadir meneaba la cabeza de un lado a otro, entre halagado y sorprendido. Recogió sus apuntes, libros y documentos y notó que algo vibraba en el bolsillo de sus tejanos. «Vaya», pensó, «¿quién será a estas horas... ¿Alicia?». Extrajo su teléfono móvil y observó la pantalla luminosa. Llamada internacional. Lo soltó todo y se sentó enseguida.

—¡Hola, mamá! ¿Todo bien? Perdona mi despiste, siempre acabas llamándome tú.

—Es normal, hijo, tienes trabajo, lo entiendo perfectamente. Pero no llamo para amonestarte, sino para darte una gran noticia.

—¿Qué pasa? ¿Voy a volver a ser tío?

—¡Mejor que eso!

—¿Te ha tocado la lotería?

—¡Calla, calla, no digas tonterías! Sabes muy bien que los juegos de azar están prohibidos.

—Me tienes en ascuas...

—La he encontrado, Nadir. Es ella. ¡Es perfecta!

—No te entiendo...

—Hoy he conocido a la que será tu esposa.

A última hora de la tarde, Sara dio por finalizado un reportaje sobre la interculturalidad en pareja en el que había estado trabajando, y que debía entregar al día siguiente. Aún le costaba creer que el carcamal de Ramírez no le hubiera puesto ninguna pega. Acostumbraba a rechazar todas sus iniciativas. ¿Sería que su novio, sin darse cuenta, había abierto una puerta? No era un secreto para nadie que al viejo le caía bien. Sea cual fuere el motivo, se sintió satisfecha. Y como no le tocaba preparar la cena, aún dedicaría un rato más a escribir.

Echado en el sofá, con el mando a distancia en la mano, Saïd observó de reojo a su novia. La percibía feliz. Por primera vez, se estaba atreviendo a poner en práctica el eterno sueño postergado de ser escritora.

—¿Has terminado el artículo, guapa?

—Sí, cariño. Me ha quedado muy bien. Te va a gustar, ya lo verás.

—¿Me lo dejas leer?

—Ahora no, más tarde. Además, tienes que preparar la cena.

—¿En serio? ¿Me toca a mí?—El biólogo se incorporó, apagó el televisor y se acercó a la chica—. ¿Vas a seguir? —añadió, besándola en el cuello, y Sara se removió en la silla. Le gustaba trabajar en silencio y, a ser posible, sin interrupciones.

—Sí.—Fue su escueta respuesta.

—Está bien, no te molesto más.

Cientos de ideas bullían en su cabeza. Sus neuronas estaban en plena forma, más activas que nunca. Buscaba información en la red, para documentarse, aunque no descartaba entrevistarse con gente que pudiera aportarle datos interesantes. Abría carpetas nuevas en las que archivaba material, y en esta ocasión tampoco prescindió de sus misteriosos cuadernos. Eran vitales, en ellos apuntaba ideas y las conservaba por si, en algún momento, pudieran resultarle útiles.

Entre apunte y apunte, había algo que rondaba por su mente más a menudo de lo habitual; hacía tiempo que no sabía nada de los suyos. ¿Cómo estarían? Tal vez deberían darse una nueva oportunidad. Al fin y al cabo, era su familia y familia solo hay una, no te dan a escoger, te toca la que te toca y punto. ¿No sería esa una buena ocasión para tratar de hacer las paces? Ese pensamiento

iba tomando cuerpo y forma, cada vez con mayor intensidad. Estaba ahí, en un rincón de su psique, agazapado a la espera de que optara por exteriorizarlo.

El inconfundible y delicioso olor, característico, de los guisos de Saïd empezó a penetrar en sus orificios nasales. De vez en cuando levantaba la vista para deleitarse, contemplándole. Ahí estaba, ataviado con su delantal. Qué diría su madre si lo viera... Un hombre cocinando, mientras su mujer permanecía sentada aporreando el teclado de un chisme portátil. Como mínimo, se llevaría las manos a la cabeza. No la conocía, pero era como si la conociese, su novio se la había descrito lo suficiente como para hacerse una idea nítida de la señora Bakali. Esto la condujo a deliberar que él también debería hablar con su gente y anunciar el compromiso. Hasta ahora había sido comprensiva porque, al fin y al cabo, ella tampoco había dicho nada, pero consideraba que había llegado el momento. ¿Cómo se lo tomarían? ¿Aprobaría Ibtisam que su hijo estuviera con una cristiana? ¿Y su madre? ¿Aceptaría que su niña estuviese con un musulmán o eso no haría más que empeorar la relación, ya de por sí suficientemente dañada?

—¿Pongo la mesa en la terraza? Hace una noche estupenda para cenar fuera.

—Cariño, ya sabes que entre semana no me gusta —refunfuñó la redactora.

—No entiendo por qué no. ¿Qué más da que sea jueves o sábado? Cada día es único y especial. Anda, venga, deja ya de trabajar, que te vas a chupar los dedos con este menú.

—Vale, tú ganas, cenamos en la terraza. ¡Estoy deseando probar tu menú!
—profirió ella, imitando el acento francés que se le escapaba a Saïd con algunas palabras. Sara grabó el texto en un *pendrive* y apagó el ordenador.

La cena consistía en *zaalouk*, que era puré de berenjenas al vapor; y *kefta*, es decir albóndigas elaboradas con carne de ternera picada, sal, pimienta y comino, acompañadas por una sabrosa salsa de tomate casera.

—Mmm... ¡Huele de maravilla! Y tiene un aspecto delicioso.

—¿Te cuido bien, princesa?

—¡Demasiado! Voy a engordar.

—Veo que por fin has descubierto que lo tuyo es escribir, ¿no?

—Lo he sabido siempre, *habibi*. Pero, al parecer, antes pesaba más el miedo, y ahora pesa más el deseo de hacer realidad un sueño.

—Estoy seguro de que vas a lograrlo. Tienes mi apoyo total y absoluto en

este y en cualquier otro proyecto que emprendas—afirmó él.

—Gracias, cariño—respondió ella—. Por cierto, cambiando de tema – titubeó—. Creo que ya es hora de que tu familia y la mía sepan lo nuestro.

—Sí, tienes razón. Deberían saberlo, aunque... Creo que a mi madre no le va a gustar.

—Sé que no va a ser fácil, pero tenemos que intentarlo. Tanto tú como yo. ¿No te parece?

—Está bien. Tantearé el terreno la próxima vez que llame a Marruecos. ¿Y tú, qué? Hace mucho que no te comunicas con los tuyos, ¿no?

—Sí, la verdad, me da vergüenza reconocerlo. Tengo que llamar. Lo haré esta misma semana. O... tal vez la próxima.

—¿Qué tal la cena?

—¡Ni en el mejor restaurante! Esto con un buen vino...

—¡¿Pero qué dices?! ¿Qué puede tener de bueno el alcohol?—Saïd puso cara de asco, y le sirvió agua.

—Lo que tú digas, *habibi*. —Ella le guiñó un ojo, sonriendo—. ¿Brindamos?

—Está bien —cedió él. Ambos cogieron sus vasos y los hicieron sonar en el silencio de la noche.

La luna no hizo acto de presencia esta vez. Quizás se hubiera escondido tras las nubes, en un arranque de timidez. Disfrutaron de la velada, bromearon, se rieron, intercambiaron miradas seductoras, hacía calor y apenas se movía el aire, aunque sí los pensamientos. El temor repentino de que un posible conflicto enturbiase la plácida vida de la pareja, asaltó los pensamientos de Sara.

Saïd sabía con certeza la tormenta que se avecinaba.

La grandeza infinita del Mar Mediterráneo se abría paso ante sus impacientes ojos cuando divisó, muy a lo lejos, el primer pedacito de tierra africana. El corazón le dio un vuelco. Nadir era consciente de que podría ser el vaivén del barco el que le provocara esa increíble sensación de vértigo que se adueñaba de su estómago, aunque se inclinaba más a pensar que era la combinación del vahído con la emoción de sentirse tan cerca de los suyos. Era un viaje largo y pesado. Interminables horas al volante de su Volkswagen Golf plateado, de segunda mano, bordeando la Península Ibérica de arriba abajo, seguidas del obligado trayecto en Ferri para saltar de un continente a otro y alcanzar su destino: Alhucemas. Y, a continuación, un rato más de coche hasta llegar a casa.

Dependiendo de qué línea de Ferri utilizase y en qué época del año viajara, el caos para acceder al interior del barco podía ser de mayor o menor envergadura, pero estaba garantizado. Especialmente si la estación elegida era el verano, como en este caso. El pasaje y el pasaporte había que llevarlo a mano en todo momento y mostrarlo a la *Gendarmerie* cuantas veces lo solicitase. También resultaba de gran utilidad dominar el idioma francés, que era el oficial en estos casos. Nadir estaba acostumbrado a toda esta parafernalia, aun así se impacientaba siempre. Era lo que le sacaba de quicio de su país, el mal funcionamiento de la burocracia, el innecesario exhibicionismo del poder, marcando posiciones. Más de una vez se había pasado una buena parte del itinerario completo, desde Málaga hasta El Rif, de pie en la larga cola de espera para que un gendarme le estampara el susodicho sello en el pasaporte, previa comprobación telemática de sus datos personales y del motivo de su viaje. A Nadir le costaba mantener la calma en esas situaciones y, aunque adoraba su país y a su gente, no podía evitar hacer comparaciones y darse cuenta de qué forma tan distinta funcionaban las cosas en Europa.

Cuando el barco atracó en el puerto de Alhucemas, los pasajeros de a pie se dirigieron a la salida cargados con sus maletas y otras pertenencias; mientras que el resto descendió a la bodega del barco para introducirse, cada cual, en su correspondiente vehículo, a la espera de que la gigantesca plataforma metálica permitiese el acceso al exterior. Nadir tenía los nervios

de punta. La fila de coches era interminable y sabía, a ciencia cierta, que el lento desfile podía alargarse durante horas. Conectó la radio y pulsó de forma compulsiva el sintonizador, hasta tropezar con su emisora preferida. Sonaba *Aisha*, de Khaled. Se la sabía de memoria y no dudó en tararearla en voz alta, desafinando sin pudor y sin percatarse de que dos chicas del automóvil contiguo se estaban partiendo de risa a su costa, desconocía el sentido del ridículo. Solo una palabra podría definir lo que sintió cuando se desembozó el embotellamiento: libertad.

Pensó en su madre y en sus hermanas, ¡debían de estar impacientes! Aun así, y a pesar del cansancio, se dirigió hacia la playa. Añoraba contemplar ese mar que lo vio nacer, en el que tantas aventuras de niño y de adolescente había protagonizado. Playa Quemada, así la llamaban. Aparcó lo más cerca posible y se apeó del Golf. Necesitaba un momento de paz y soledad frente a la grandeza de ese Mediterráneo bravío, que casi se daba la mano con su vecino Atlántico ahí mismo. Se sentó en la arena, dobló las rodillas y se abrazó, como solía hacer de pequeño cuando su madre le regañaba, o cuando discutía con alguno de sus hermanos. Corría hasta la playa y tras lanzar con violencia unas cuantas piedras al mar, para disolver la rabia, se sentaba a meditar. Le daba unas cuantas vueltas al asunto y, al cabo de escasos minutos, comprendía que no era para tanto. Ante la majestuosidad del océano nada parecía tan importante, todo resultaba insignificante. La tristeza se evaporaba; se disipaba el desdén y la furia se desvanecía, sin más.

Recordó su último encuentro con Alicia, antes de emprender el viaje. ¡Lo pasaron bien! Permanecieron horas abrazados en la cama, charlando y riendo como viejos amantes, sin falsas ceremonias, sin tapujos. Sintiendo que se conocían de toda la vida. A él no le pasó desapercibido el brillo diferente en los ojos de la chica, aunque creyó que se trataba de la lógica turbación por saber que se iba. Ella no le armó ninguna escenita. Se alegró por él, lo entendió y le pidió que le trajera algún *souvenir*. Tal vez debido a su positiva reacción, Nadir se sentía peor. ¿Pero para qué iba a hablarle de sus planes de boda si aún no conocía a la candidata y ni siquiera sabía si le iba a gustar? Cerró los ojos y se dejó inundar por el penetrante aroma del mar. Respiró hondo. Inhaló y exhaló el aire, una y otra vez. Cuando reabrió sus párpados vislumbró un crepúsculo tan hermoso como ya no recordaba. Era hora de ir a casa. Le esperaban.

Dos de sus sobrinos varones fueron los encargados de dar la voz de alarma en cuanto atisbaron, a lo lejos, el inconfundible *Volkswagen Golf*. Corrieron

como locos, dándose empujones y puntapiés, el uno para quitarle el protagonismo al otro y alcanzar, de ese modo, el disputado puesto de centro de atención durante unos segundos.

—¡Ya llega! ¡Ya llega el tío Nadir!—gritaron al unísono en amazigh.

En la casa de los Amrani se desplegó un gran revuelo. De los que venían de fuera, era el primero en llegar. En breve lo harían los hermanos que vivían en Francia. En verano se reunían todos en la gran casa y Nafissa se sentía la mujer más afortunada del mundo. Cuando descendió del vehículo, pletórico, con una sonrisa de oreja a oreja y una inconfundible expresión de felicidad, se armó tal zapatista a su alrededor, que hasta los vecinos se asomaron a saludarle. Su madre le abrazó con fuerza, llorando a mares, mientras los cuñados sacaban el equipaje del maletero y las hermanas esperaban su turno. Los sobrinos correteaban a su alrededor gritando y alborotando, exultantes.

Nada más entrar a la casa percibió el familiar aroma del hogar. Era un olor a especias, a hierbabuena y a té recién hecho. Inconfundible y entrañable. Una petición unánime y egocéntrica se repetía en cada una de las bocas de las personitas diminutas que le perseguían:

—¿Qué me has traído, tío Nadir!

Y acto seguido otra menos individualista, compartida con los demás:

—¡Cuéntanos cosas del viaje! —exclamaban los pequeños, corriendo tras él escaleras arriba, exaltados.

—Dejadle en paz, debe de estar muy cansado —infirió una de las hermanas.

A escasos metros de distancia, la vecina de en frente no se perdía detalle, desde la ventana. Aparentando naturalidad, le comentó a su sobrina que el hijo de los Amrani acababa de llegar. Hanan miró de soslayo a la muchacha, que no tardó en asomarse, movida por la curiosidad. El alboroto en casa de los vecinos era demasiado evidente para pasar desapercibido.

—¿Quieres que tienda la colada, tía? —Se ofreció la joven.

—¡Por supuesto! Nada de mujeres ociosas en esta casa.

Desde la terraza de Hanan, la morada de los Amrani ofrecía una generosa panorámica que Najwa aprovechó, con disimulo. Tal vez, si no hubiera pasado aquella tarde tomando el té con Nafissay viendo su álbum de fotos, nada de esto resultaría de su interés. Sin embargo, las instantáneas en las que aparecía el atractivo hijo de la vecina despertaron su atención. Le pareció muy guapo y con una sonrisa irresistible. El ventanal abierto de par en par de la casa de en frente ofrecía la escena de un Nadir tan exhausto como eufórico,

sentado en la sala, tomando el té, rodeado de un numeroso grupo de niños y adultos que le agasajaban.

—Pues había una señora vieja —empezó a narrar.

—Pero ¿cómo de vieja? —interrumpió un chiquillo de unos siete años.

—Muy, muy vieja... de unos cien años—exageró el biólogo—, que no paraba de fumar—añadió. Los chiquillos estallaron en carcajadas.

—¡Una mujer fumando! Eso está muy mal, ¿verdad tío Nadir? —inquirió otro chaval, de unos once.

—¡Claro! ¡Fatal! Fumar no es bueno, ni para los hombres ni para las mujeres. Acarreaba tres maletas, ¡tres! Pero como tenía que aguantar el cigarrillo se le caían una y otra vez, las recogía, se las cambiaba de mano, fumando sin parar... y otra vez las maletas rodando por el suelo.—Dramatizaba, provocando más y más risotadas—.Al final, se acercó a un señor que pasaba por allí y le ordenó: «¡Ayúdame a llevar el equipaje, hombre! ¿No ves que no puedo sola con todo?» y el caballero le contestó: «¿Tengo yo que llevarte las maletas para que tú puedas fumar? ¡Qué cara más dura! ¡Apaga el pitillo, mujer!» Y se fue enojado, mientras la anciana le miraba como diciendo «qué poca consideración tienen hoy día los jóvenes...» ¡Y siguió fumando! —Nadir disfrutaba explicando anécdotas a sus sobrinos, exagerando unas, inventando otras.

Las horas transcurrían y el día dio paso a la noche. Una noche especial para la madre que había recuperado a su hijo; extraña para la mujer que había perdido a su amante; inquietante para la muchacha que experimentaba un pellizco en la boca del estómago por primera vez en la vida.

Mientras el destino, imperturbable, trazaba su curso.

Sara llevaba semanas inventando excusas para posponer la llamada. Deseaba preguntarle a Saïd si había hablado con su familia, pero si lo hacía, él también la interrogaría al respecto y quedaría en evidencia. Una mezcla de vergüenza, inquietud y miedo la paralizaba por completo cada vez que, a solas en casa, descolgaba el auricular y al segundo siguiente lo volvía a colgar.

Los recuerdos dolorosos se agolpaban en su cabeza, sin orden ni concierto. «*¡Si sales por esa puerta nunca volverás a poner los pies en esta casa! ¿Me oyes!*» gritó Manolo, o mejor dicho el orgullo, disfrazado de padre. Y ella lo cumplió. Vamos si lo cumplió...«*Para orgulloso él, orgullosa yo*», se dijo, «*¿qué se habrá creído ese patriarca machista de mentalidad obsoleta? Soy libre... ¡Libre! Hago lo que me da la gana y cuando me viene de gusto*». No había sido la primera discusión, desde luego. Aunque sí la última, de momento.

Su padre era el típico andaluz de mentalidad cerrada, sin el más mínimo ánimo de abrirse a la evidencia de que el mundo se mueve y evoluciona. Dolores, su mujer, vivía sometida a él. Sara odiaba que le fuera detrás como un perrito. Pero para ella era lo normal. Él trabajaba como una bestia, de sol a sol; ella cuidaba de la casa y de hacerle la vida más grata al hombre a su regreso al hogar. Cuando la benjamina intentaba hacerle comprender a su madre que no tenía por qué ser la esclava de su marido, Dolores respondía, con naturalidad:«*Ya sé que tu padre es un poco moro, pero también un trozo de pan, hija mía, me gustaría que vieras en él lo que veo yo. Se mata a trabajar por nosotros, para que no nos falte de nada. Espero que algún día te des cuenta y digas cuánta razón tenías, mamá*». Pedro, el mayor, era una calcomanía del progenitor. Virtudes, la segunda, una réplica de la madre. Sara se preguntaba a menudo de dónde demonios había salido ella. Estas y otras cavilaciones se amontonaban en su mente cada vez que se sentaba delante del aparato con la intención de llamar. Sabía, a través de su prima Isabel, que no habían cambiado sus señas en los últimos años. La periodista sí. Sin embargo, nunca se lo comunicó a su familia. Por consiguiente, el reencuentro dependía de ella.

No debía aplazarlo más. Había llegado la hora. Sí, ese era el día.

Mientras marcaba los nueve dígitos, notaba cómo se le aceleraba el corazón. Le temblaban las piernas.

—¿Sí? ¿Dígame? —expresó una voz nítida, inconfundible, con ese marcado deje granadino que tanto la caracterizaba. Era su madre. Un cúmulo de emociones se agolpaba en la garganta de la joven. Se le hizo un nudo. Enmudeció—. ¿Quién es? ¡Dígame!—insistió, ante el mutismo de su interlocutora, que deseaba hablar, pero no conseguía articular palabra.

—Mam... mamá.—Logró al fin farfullar, con apenas un hilillo de voz quebrada, casi imperceptible—. Soy yo, Sara.

—¡Virgen santa! ¡Virgen santísima! ¿Eres tú de verdad? ¿Mi Sara, mi niña, mi pequeña? —inquirió la mujer, emocionada. Ambas irrumpieron en llanto. Durante un buen rato no intercambiaron más que sollozos y suspiros lastimeros. La chica sentía la carga de la culpa tan pesada, sobre sus espaldas, que no sabía cómo interrumpir el lamento materno. Varios minutos después, se impuso la serenidad.

—Lo siento mucho, mamá. Cuando rompí con Carlos se hundió el mundo bajo mis pies. Al cambiar de piso quise dejar atrás toda mi vida anterior. Sabía que si te llamaba tendría que escuchar una infinidad de «*ya-te-lo-dijes*», y era lo que menos necesitaba en ese momento. Luego el tiempo pasó y... ya lo ves, un día por otro, la casa sin barrer.

—¡Pero hija! Estábamos tan preocupados... Esto no se le hace a una madre. ¡Ni a un padre!

—A papá le da igual lo que me pase. Me lo dejó muy claro.

—¿Cómo le va a dar lo mismo? Tu padre te quiere con locura. ¡El maldito orgullo que has heredado de él te ciega!—sentenció la andaluza, con energía. Sara se sintió incómoda. Apenas llevaba unos minutos hablando con su madre y ya era incapaz de llevar las riendas de la conversación.

—¿Cómo está papá?

—Tiene los típicos achaques de su edad, pero está bien. ¿Por qué no vuelves con nosotros? ¡Olvida lo que dijo tu padre! Estaba fuera de sí, en momentos como ese nadie piensa lo que dice—propuso Dolores, en su habitual tono imperativo. No sabía expresarse de otra manera, y eso sacaba de quicio a la redactora.

—¿Qué se me ha perdido a mí en ese pueblo chismoso? Puede que os haga una visita, eso sí. Mi vida está aquí, en Barcelona. Aquí tengo mi trabajo, mi piso, mi...

—¿Te has comprado un piso, al fin? —interrumpió la granadina.

—No, mamá, es de alquiler. Además, tengo...

—¿De alquiler? —la volvió a cortar—. ¿Vives en un piso de alquiler? ¿Es que no tienes ambición?

—Las cosas no son tan fáciles como tú crees.—Se defendió Sara, empezando a perder la paciencia y la autoestima—. Las hipotecas están por las nubes y mi sueldo no da para tanto.

—¿Trabajando en un periódico tan importante y permites que te exploten? ¿Es que no tienes ni una pizca de dignidad, hija mía de mis entrañas? —Nuevo ataque. La chica se mordía la lengua para no soltar lo que de verdad pensaba: «¿Y eso lo dice una mujer casi analfabeta que a lo único que aspira en la vida es a servir al padre de sus hijos?». Pero se contuvo, como hacía en el pasado.

Hay silencios que duelen, que hieren. Que sangran y se enquistan, dejando cicatrices eternas en el alma. Lo nunca dicho en voz alta se transforma en rencor callado y no hay nada peor. Una bomba de relojería dispuesta a hacer explosión el día menos pensado. Por enésima vez, Sara experimentó la amarga sensación de que jamás llegaría a un entendimiento con su madre. Una tristeza profunda y lejana, vieja compañera de viaje, se instaló en la boca de su estómago. Sacó fuerzas de flaqueza de donde pudo para seguir escuchando, no se iba a dar por vencida a la primera. Debía contarle lo de Saïd, aún no sabía cómo, pero tenía que hacerlo. Y no perdía la esperanza de hallar el modo, a medida que la charla avanzase.

—Sí, mamá, sigo en el mismo trabajo. ¿Cómo está Virtudes? ¿Y los niños?

—¡Están guapísimos! Tienes que venir a verlos. José Miguel a punto de terminar la carrera de abogado, ¡y Anita Loli ya se ha echado novio!

—¿Y Pedro? ¿Sigue soltero?

—Sigue soltero, hija mía. ¡No hay quien lo pesque! Tiene de mujeres que le van detrás... y nada, no hay manera. ¡Dice que todavía es joven! Como se descuide va a ser padre a la edad de ser abuelo.

—Ahora no es como antes, mamá, no es imprescindible casarse, mucha gente decide quedarse soltera por voluntad propia.

—¡Sí, ya lo sé! ¡Porque no hay vergüenza! Hoy en día cualquier hombre tiene al alcance de su mano lo que antes solo se podía después del matrimonio. ¿Para qué van a casarse? Tu hermano quiere encontrar una mujer como Dios manda y de esas ya no hay. Ahí se va a quedar, para vestir santos. ¿Y tú qué? ¿Tienes novio? ¿Estás casada?

Sara tragó saliva y tardó unos instantes en responder. Un mutismo incómodo se interpuso entre ambas.

—Bueno, en fin... hay novedades. Ese es uno de los motivos por los que he llamado. Verás, yo...

—¿Te has casado, mi niña? —La volvió a interrumpir—. ¡Ay! ¡No me digas que te has casado sin decirnos nada!

—Estoy conviviendo con alguien, sí.

—¿Conviviendo? ¡Vaya por Dios! ¡Qué moderna! ¿No serás su querida? —acusó la andaluza. Sara cerró los ojos, apretó los labios, respiró hondo y decidió armarse de paciencia antes de continuar.

—No, mamá. No soy su querida. Vivimos juntos como marido y mujer, aunque no hayamos firmado ningún papel.

—¿Y a qué se dedica?

—A la investigación, es biólogo.

—¡Biólogo! ¡Qué bien suena! ¡Ay, qué alegría, hija! ¿Y cuándo os casáis? Porque supongo que tendréis pensado casaros y tener hijos, antes de que se te pase el arroz. ¿No?

—¡No soy tan vieja, mamá! De momento estamos a gusto así. No tenemos prisa.

—Pero más tarde o más temprano os tendréis que casar, ¿no? Lo traes aquí, nos lo presentas, y luego, ¡hala a pasar por el altar como Dios manda!

Sara se quedó callada un instante, para tomar aliento. Se sentía peor que cuando tenía que pedirle algo a Ramírez, su jefe, y estela sometía a un interrogatorio riguroso antes de responderle.

—Pues no podrá ser, al menos no por la iglesia. En todo caso por el Juzgado.

—¡Pero qué tontería es esa! ¡Una boda por el Juzgado no es boda ni es nada! ¿No será ateo?

—No es ateo, mamá. Al contrario, es muy creyente.

—¿Entonces qué problema hay? ¿Te has vuelto atea tú, chiquilla?

—Es musulmán.

Ya estaba dicho. Un silencio sepulcral se abrió paso entre ellas, durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Si esto es una broma no tiene ni puñetera gracia, niña.

—No es una broma, mamá. Mi novio se llama Saïd y es marroquí.

—¿Estás con un moro!

—¡Marroquí!

—Pero ¿cómo te atreves a llamarme, después de tantos años sin saber de ti, para decirme que estás con un moro? ¿Esta es tu venganza? ¿Esta es tu forma de castigarme? ¡No voy a permitir que le hagas más daño a esta familia, desgraciada!

—¡Yo no soy una desgraciada! ¡Y no te permito que le faltes al respeto! No le conoces.

—¿Respeto? ¿A un moro? Ni siquiera voy a contarle a tu padre que has llamado. Padece del corazón, ¿sabes? No puedo darle otro disgusto.

—¿Cómo puedes hablar así? Me haces sentir vergüenza ajena, mamá.

Dolores no escuchaba. Era de ideas fijas, inamovibles. Sollozaba y despotricaba en un irracional discurso ininterrumpido.

—¡Estás ciega! Sigues siendo la misma caprichosa de siempre. ¡Un moro es lo peor! ¡Peor que un gitano!

—¡No puedes juzgar a alguien sin conocerle!—gritó la joven, y su coraje inicial fue derivando en un murmullo—. Saïd es un trozo de pan. ¡Y me quiere! Me quiere de verdad. No como Carlos.

—Al menos Carlos era español. ¡Pero un moro! Será que no hay hombres en España. Eres tonta, hija, ¡tonta de remate! Una niña tonta y cabezota.

—No te permito que...

—Lo único que quiere es aprovecharse de ti, ¿cómo puedes estar tan ciega? Se casará contigo para conseguir los papeles, luego empezará a traerse a sus parientes, a meterlos en tu casa y...

Sara ya no podía más. Guardó silencio. ¿Para qué seguir hablando? Estaba claro que sus palabras caían en un pozo sin fondo. Al otro lado del hilo telefónico continuaba la retahíla. Pero ella no escuchaba. Parecía más que evidente que jamás habría un acercamiento. ¿Por qué se empeñaba en esperar imposibles? Su expresión ya ni siquiera reflejaba decepción, tan solo indiferencia. Colgó el auricular, cogió su agenda y tachó “llamar a mis padres”.

Acurrucada entre los brazos de su novio, Sara presentía el insomnio. Después de hacer el amor, como cada noche, él se había dejado vencer por un irresistible sopor. Ella, sin embargo, seguía despierta.

—Lo siento, princesa, me he quedado dormido –susurró bajito.

—Es normal, *habibi*, estamos cansados. No imaginas la envidia que me das. Ojalá yo tuviera esa facilidad para coger el sueño –la profunda respiración de Saïd no hizo más que reafirmar su sospecha de que estaba hablando sola.

No podía dejar de darle vueltas a la conversación telefónica mantenida con su madre días atrás. El vínculo con su familia se había roto de un modo irreversible. Y después de tantos años siendo independiente no entendía por qué le afectaba tanto. Le dolía. Al parecer, hay heridas que nunca cicatrizan del todo. Había imaginado, incluso, que viajaría con Saïd a Granada, para presentarle a los suyos, ¡qué ilusa!

Y no era eso lo único que la inquietaba. En breve, su chico la llevaría a Marruecos, a conocer a su familia. Algo que deseaba y temía, a partes iguales. Un nefasto presentimiento se había instalado en su alma. Tenía muy claro que amaba a Saïd y que nada le impediría seguir a su lado, dijera lo que dijese el mundo entero. ¿Pero y él? Provenía de una cultura en la que el respeto a los padres y a las tradiciones era mucho más importante que en la sociedad occidental, en la que se han perdido valores que antaño también se consideraban fundamentales.

Siempre que se avecinaban cambios en su vida se sentía intranquila y sufría ataques de insomnio. No solo ante los infortunios. Cualquier suceso inesperado, bueno o malo, podía quitarle el sueño. Suspiró, resignada, y se escabulló de entre los brazos y piernas de su novio con sumo cuidado, para no despertarle. Buscó a tientas, en la oscuridad, sus braguitas y su camisola, procurando no hacer ruido. Se vistió, se incorporó y se dirigió a la cocina.

Mientras esperaba que hirviera el agua, para prepararse una infusión, salió a la terraza. Percibió la quietud de la madrugada y se sintió acariciada por su manto claroscuro. Había luna llena. ¿Qué habría sido de Carlos? Se preguntó,

de repente. ¿Habría regresado a España tras finalizar su máster o se habría afincado definitivamente en Costa Rica? ¿Y por qué se acordaba de él? ¿Por la cantidad de veladas insomnes que le provocó en un pasado no tan lejano? Tal vez. El silbido de la tetera interrumpió, por fortuna, sus cavilaciones.

La agradable temperatura invitó a la periodista a salir, infusión en mano. Se acercó a la barandilla y contempló el exterior, divagando aún. ¿La aceptaría la madre de su novio? ¿Cómo serían las cosas allí? El corazón le latía más deprisa cada vez que lo pensaba. Había buscado información de Essaouira en internet y parecía una ciudad preciosa. Miles de preguntas sin respuesta se le amontonaban. Se sentía como si hubiera llegado a lo más alto de un precipicio y tuviera que elegir entre volver a bajar o lanzarse al vacío. Su mente se enredaba en un laberinto de interrogantes del que no sabía cómo salir. Cada nuevo pensamiento pisoteaba al anterior, y así una y otra vez, hasta el infinito. Hasta que una súbita oleada de calor humano envolvió su cuerpo, desde atrás, y la hizo regresar a la dimensión terrestre.

—¿Qué haces aquí? —musitó Saïd con infinita dulzura, abrazándola.

—¿Te he despertado, *habibi*? Lo siento, he procurado no hacer ruido —se justificó Sara.

—Y no lo has hecho. Es tu ausencia lo que me ha desvelado. Me gusta sentirte cerca —afirmó, estrechándola con fuerza—. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

—No es nada, a veces se me escapa el sueño. Empiezo a darle vueltas a la cabeza y miles de ideas, buenas o malas, atraviesan mi cerebro enlazadas, una tras otra, una tras otra... Es una tortura, créeme. De hecho, es muy raro que yo alguna vez duerma profundamente.

—Eso es porque algo te preocupa. Cuéntamelo —invitó Saïd apretándola con suavidad contra él. La cálida sensación que le transmitía, la invitaba a hablar.

—Es el viaje. Tengo miedo de que tu familia no me acepte. O mejor dicho, de las consecuencias.

—¿De las consecuencias? ¿Qué quieres decir?

—Temo que, si tu madre te pide que me abandones, la obedezcas sin más.

Saïd soltó a su novia y la obligó a girarse sobre sí misma, para observar su cara.

—¿Es así como me ves? ¿Como un monigote que hace lo que le piden, sin replicar? —preguntó, muy serio, mirándola fijamente a los ojos—. Te recuerdo que no soy un niño.

—Perdona, no quería ofenderte —alegó ella, intentando recuperar su abrazo. Él mantuvo la distancia.

—No va a ser fácil, Sara, no puedo mentirte. Mi madre es muy religiosa y tradicional. Sin embargo, conozco a fondo las leyes del islam y sé que no estamos incumpliendo ninguna. Si tú fueras hombre y yo mujer lo tendríamos más complicado. Una musulmana está obligada a casarse con un hombre musulmán. En cambio, un musulmán puede casarse con una mujer judía o cristiana, ninguna ley lo prohíbe.

—¿Qué harás si tu madre no me acepta?

—Te aceptará en cuanto te conozca y se dé cuenta de lo buena que eres, estoy seguro.

—¿Y si no es así? ¿Es imprescindible obtener su aprobación?

—Imprescindible no, pero importante sí. Es importante para mí, Sara. Anda, ven, relájate. No intentes controlarlo todo, es imposible —Saïd la envolvió de nuevo entre sus brazos, con tanta ternura como firmeza—. Deja tus cosas en manos de Dios y confía en él. Si lo haces te sentirás en paz y dormirás de un tirón. Hazme caso.

—Está bien, lo intentaré —asintió ella, mucho más calmada. Las palabras de su novio siempre la tranquilizaban.

—Venga, vamos a la cama —susurró él—. Te explicaré un cuento de mil y una noches y entrarás en un delicioso sueño dulce, muy dulce y profundo, que te transportará lejos, muy lejos —insistió, cogiéndola de la mano, como si fuese una niña. Al pasar por la cocina, Sara depositó la taza vacía en el fregadero. Y se dejó arrastrar hasta el dormitorio esbozando una sonrisa.

Alicia bajó la persiana del centro, encendió un cigarrillo y le propinó una intensa calada. No se acordaba de dónde había aparcado el coche. «*Qué desastre*», pensó, «*siempre me pasa lo mismo... ¡concéntrate!*» Agudizó la vista, buscando a su alrededor, y le pareció distinguir a lo lejos el automóvil de Nadir, haciéndole luces para que supiera dónde la esperaba. Sin embargo, no fue más que una ilusión óptica. Su amigo estaba a cientos de kilómetros de distancia, y acusaba su ausencia más de lo que se atrevía a reconocer. ¡Ya lo recordaba! Se dirigió hacia allí con cierta desgana. No le apetecía ni ir a casa, ni quedar con nadie. Prefería estar sola, y pensar. Una desazón indefinida sacudía su espíritu, y se empeñaba en buscarle una explicación lógica a la sinrazón y al desasosiego que se habían instalado en su alma.

Antes de subir a su Seat Ibiza color cobre metalizado, aplastó el pitillo en el cenicero de una papelería cercana y se prometió a sí misma, por enésima vez, que ese sería el último paquete. Se sentó, recolocó el espejo retrovisor y se echó un vistazo. Ahí estaban de nuevo las puñeteras ojeras, reapareciendo en escena, ganándose a pulso el protagonismo perdido.

Pensaba en Nadir más de lo prudente, no lo podía evitar. Él no sabía nada, por supuesto, y de sus labios jamás había salido un reproche, una exigencia, algo parecido al chantaje emocional... Alicia no era de esas. El orgullo y la razón podían con el corazón. No obstante, y por mucho que negara la evidencia, estaba claro que Nadir le gustaba cada vez más. La lista de varones que habían pasado por su cama no era breve. Y la de hombres que incluso llegaron a compartir con ella un pedazo de existencia, tampoco. Ninguno derribó la barrera. Todos desaparecieron sin dejar huella. Le desagradaba sentirse vulnerable. No sabía qué demonios hacer con esa congoja que oprimía su pecho, como si le faltara el aire.

Manejaba el vehículo con la soltura que la caracterizaba, pese a la inquietud interior, que no se reflejaba en el exterior. Dio un rodeo intencionado para alargar el trayecto. Conducir la relajaba. Se dejó llevar sin plantearse demasiado el rumbo y sin apenas darse cuenta se metió en la autovía de Castelldefels. Aparcó en el Paseo Marítimo y caminó hacia la playa. El sol se debilitaba en el horizonte y soplaba una suave brisa, muy agradable. Se descalzó, para sentir la cálida caricia de la arena. Sabía lo

beneficioso de andar por la orilla con los pies desnudos, se lo recomendaba siempre a sus pacientes, y lo practicaba a menudo, por puro placer. Una idea descabellada cruzó su mente: ¿y si a Nadir le estaba sucediendo lo mismo que a ella y no se atrevía a confesarlo? Deambuló por la zona a la que no llegaban las olas y percibió el calor que, a lo largo del día, se había ido instalando en el suelo arenoso. Quedaban bastantes personas aún, disfrutando de los últimos rayos de un astro rey a punto de esconderse.

La playa de Castelldefels es amplia, espaciosa y de arena muy fina. Cuando te adentras en su agua serena puedes alejarte metros y metros mar adentro, sin que te cubra, por lo que es ideal para las familias con niños pequeños. Los críos juegan en la orilla y los padres se despreocupan, porque el peligro es más reducido que en otras zonas de la costa barcelonesa. Una tenue luz solar acarició la nariz de Alicia, obligándola a entrecerrar los ojos. Era una sensación muy placentera. Se fue acercando a la zona húmeda de forma progresiva. Permitió que alguna que otra ola rozara su piel apenas, primero. Luego se fue dejando tocar más, hasta que el agua abrazó sus tobillos y desembocó en las pantorrillas. Se arremangó el pantalón, para no acabar hecha una sopa. Se fijó en las familias, en las parejas, en los niños... De repente, experimentaba una extraña ternura al observarles. La vida era bella y nada mejor que un paseo junto al mar para reconciliarse con el mundo. Una cría de apenas dos años, de cabello rubio y enmarañado, caminaba hacia ella, mostrando un cubo con restos de arena. La podóloga le regaló una amplia sonrisa y se puso en cuclillas para acariciar los dorados rizos de la niña. La chiquilla mostró sus dientes de leche en una maliciosa sonrisa, le atizó con la pala en la rodilla y salió corriendo.

—¡Lidia! ¡Vuelve aquí! ¡Deja en paz a la señora! —vociferó, con voz chillona, la madre de la criatura. ¿Había dicho señora? Alicia no sabía qué le había dolido más, si el palazo de la niña o la acusación de la madre, porque eso era una acusación en toda regla, un ataque gratuito a su integridad física y mental. «*¡Si no tengo ni treinta y cinco!*» Se dijo, encaminando sus pasos de vuelta al vehículo. «*¿O acaso debería decir que ya casi tengo treinta y cinco? Si es que estás sola, Alicia, mírate. Has consagrado tus mejores años al estudio y al trabajo... ¡Y ya te llaman señora!*»

Se sentó al volante, suspiró irritada, y cuando se disponía a arrancar el motor para iniciar la operación retorno, sonó su móvil. Era Sara. Respiró hondo y respondió.

—¡Hola guapísima! ¿Qué es de tu vida? Hace tiempo que no sé de ti.

Desde que te has casado no hay quien te vea el pelo.

—Sí, tienes razón. A ver si quedamos la semana que viene, antes de irme a Marruecos. Entre el trabajo y la escritura, apenas me queda tiempo para nada. ¿Y tú cómo estás?

—Pues mira, me has pillado sumergida en una especie de no sé qué y un qué sé yo que... yo qué sé. ¿Me explico?

—Como un libro cerrado. Pero creo entender lo que te pasa: echas de menos a Nadir. Oye ¿dónde estás?

—En Castelldefels playa.

—¿Te has tomado el día libre? ¿Tú...?

—¡Qué va! Acabo de salir del curro y el coche me ha traído hasta aquí. Necesitaba despejarme, no sé, tomar el aire. En fin, todo iba genial y estaba empezando a relajarme cuando una mocosa que apenas levanta un palmo del suelo me ha arreado con una pala de esas de hacer castillos de arena. ¡Y encima su madre me ha llamado S-E-Ñ-O-R-A!—soltó, histérica. Al otro lado del teléfono, Sara visualizaba la escena y no pudo reprimir las carcajadas.

—¡Bueno, no te lo tomes así, mujer! No eres una señora, pero tampoco una niña, desde luego. ¿Qué? ¿Sabes algo?

—¿De Nadir? Nada de nada, chica. Es un alma libre. Y no logro quitármelo de la cabeza.

—Me parece que te has enamorado, Alicia.

—Esto se me ha ido de las manos.

—Lo que demuestra que, en el fondo, eres humana.

—Sí, eso parece.

—Tienes que aclarar las cosas en cuanto vuelva. Si él no siente lo mismo que tú, cuanto antes lo dejéis, mejor.

—La última noche fue una de las mejores que hemos pasado juntos. Había tenido un día de lo más estresante, en la consulta, estaba agotada. Nadir me dio un estupendo masaje en la espalda. Después nos quedamos abrazados, hablando y hablando, durante horas. No hubo sexo, solo besos, risas... y un montón de achuchones.

—No saques conclusiones precipitadas, espera a su regreso. ¿Cuándo te va bien que quedemos para cenar y tener una de nuestras charlas?

—Esta semana no. Necesito estar sola.

—Lo entiendo. No te preocupes, ya concretaremos, ¿vale? Si quieres algo pídelo, ya sabes que no me gusta irte detrás.

—¡Tranquila! Esta tontería se me pasa en dos días.

—Venga, un beso.

—Otro para ti, guapa. ¡Nos vemos! Saluda a Saïd de mi parte.

—Lo haré. Cuídate.

Eso haría: hablar con Nadir. No soportaba las medias tintas. Las cosas eran blancas o negras. O todo... o nada.

27

Sentada junto a su novio, Sara contemplaba cómo el suelo se iba alejando de sus ojos cada vez más, a medida que el avión despegaba y alzaba el vuelo. Saïd le había cedido el asiento junto a la ventanilla, como cuando viajaban en autobús, durante un trayecto urbano. Lo prefería desde pequeña. Se quedaba extasiada observando cuanto sucedía en el exterior, como un privilegiado espectador anónimo que hurgaba en las vidas ajenas. Saïd sujetaba la mano de la chica con fuerza, y ella se giró hacia él para responder al gesto con una mirada cómplice, haciendo uso de ese lenguaje no verbal que habían inventado. En público se mostraban tímidos y apenas hablaban, para evitar la intromisión de terceros en sus conversaciones privadas. Se entendían a su manera, creando sus propios códigos, como todas las parejas. A solas, su conducta sufría un cambio radical. No había nada como la intimidad del hogar.

—¿Estás nerviosa, princesa? —profirió él, fijando sus penetrantes pupilas negras en los ojos castaños de la chica. Ella percibió, al instante, que el habitual halo de serenidad que envolvía al joven había desaparecido, de forma misteriosa.

—Lo estoy, *habibi*. Parece que tú también. Y eso no me tranquiliza en absoluto.

—Siento decepcionarte, pero soy humano, ¡y volar me aterriza! Nunca lograré acostumbrarme a la desagradable sensación de no tener los pies sobre la tierra.

—¿Lo dices en serio? ¿Es por eso por lo que estás tan pálido? ¿No es por lo que nos espera ahí abajo, más allá del estrecho? —El rostro entero de la chica era un interrogante.

—Eso también me preocupa. Aun así, tengo fe. Ya verás como todo va a salir bien, con la ayuda de Dios.

El paisaje que veían era apenas una diminuta maqueta a punto de desaparecer bajo la nube de algodón que sobrevolaban. Habían dormido poco y se sentía cansada. Arropada por las reconfortantes palabras de Saïd, como un bebé cuya amorosa madre envuelve en una suave y aterciopelada manta para protegerle del frío, Sara cerró los párpados. Enseguida penetró en un dulce duermevela, mientras notaba cómo los músculos de su cuerpo se iban aflojando, uno por uno.

Abandonada a ese sopor, acudían a su mente imágenes de situaciones recientes, como las escenas íntimas que habían protagonizado unas horas antes en su dormitorio, por ejemplo. Y eso era algo que le sucedía con frecuencia, por cierto, en cualquier situación cotidiana. En la redacción, escribiendo o haciendo la compra en el súper. Se le erizaba el vello al recordar el último asalto sexual. Se quedaba embelesada por el recuerdo. El buen sexo crea adicción. Cuanto más se practica, más se desea; y cuanto más se desea, más se practica. Al recuperar la vigilia descubrió, sorprendida, la humedad de su ropa interior, y no le extrañaba. Sexualmente, Saïd y ella habían trazado juntos un camino que disfrutaban explorando, de modo que cada noche de amor superaba a la anterior, y avivaba una pasión que no solo no tendía a desaparecer, sino que se intensificaba con el paso del tiempo. La redactora se sonreía al recordar la cantidad de artículos que había leído sobre el tema. Todos coincidían en que la pasión desaparece unos meses después del enamoramiento, con lo cual, si el amor no es verdadero, la pareja se rompe, pero si el sentimiento es auténtico, el ardor inicial da paso a una relación más serena, aunque estable y duradera. Sara disentía. Estaba segura de que la fogosidad que existía entre ella y su novio, no se esfumaría. Era una característica individual de cada uno de ellos que, al sumarse, hacía saltar chispas.

—Te has quedado dormida, guapa —susurró él, sonriendo.

—No sorprende... vaya nohecita —murmuró ella. Se produjo un intenso intercambio de miradas silenciosas.

—Ya falta poco para llegar a Marrakech, cariño.

La redactora advirtió un repentino cosquilleo en el estómago, en absoluto libidinoso. La incertidumbre de no saber qué iba a suceder era insoportable.

El destartalado autobús que les transportó a Essaouira parecía a punto de desmontarse, de un momento a otro. Sara observaba cuanto la rodeaba con la curiosidad y sed de conocimiento de una chiquilla.

—¿Estarán tus hermanas?

—¡Claro! Mis hermanas, cuñados y sobrinos. ¡Será muy divertido! Ya lo verás —expresó, emocionado por sentirse tan cerca del hogar.

—¿Y si no le gusto a tu madre? —inquirió ella. Él no contestó—. ¿Eh? ¿Qué pasará si no soy de su agrado? —insistió.

—No lo sé, Sara, no tengo todas las respuestas. Seamos positivos, ¿de acuerdo?

Se quedó pensativa y cayó en la cuenta de que Saïd no le había explicado nada acerca del protocolo a seguir, si es que lo había. ¿Cómo se saludaba a las mujeres? ¿Y a los hombres? ¿Era adecuado su atuendo?

—¿Qué hago cuando les vea? ¿Les doy dos besos en las mejillas, como en España?

—Sí, tranquila. Suelen dar más, pero dos está bien.

—¿A tus cuñados también?

—¡No! ¡Ni se te ocurra! A los hombres debes darles la mano. Estaría mal visto que les besaras.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¡No me has explicado nada!

—Vaya, tienes razón. Es la primera vez que vienes a Marruecos, ¿no?

—¡Sí, es la primera vez! ¡Tú ya lo sabes! Por eso estoy de los nervios.

—No te preocupes, sobre la marcha resolveré tus dudas. ¿De acuerdo, Sara? Tú relájate y disfruta. ¡Estoy aquí contigo! Y lo voy a estar siempre.

La bella Essaouira les recibió con una calma alegre. Estaba más viva en verano, resurgía de su largo letargo invernal y se vestía de fiesta para los numerosos foráneos que acudían a visitarla. Sara y Saïd descendieron del cochambroso vehículo tan ilusionados como impacientes. Ella contempló extasiada un mundo desconocido, pintoresco y encantador. Le parecía un lugar precioso, como salido de una postal. Blanco y azul, casas y mar. De fondo, el impresionante Atlántico, con su bravura y belleza incomparables. Sabía que, a partir de ese momento, no podrían caminar cogidos de la mano. A él le conocía mucha gente y era preferible guardar las formas. Ella, por una parte, sentía coartada su libertad. Por otra, estaba dispuesta a disfrutar de esa oportunidad única de vivir y aprovechar la experiencia que el destino le deparaba, a pesar de los múltiples inconvenientes. Dudó, una vez más, sobre la ropa que llevaba puesta. Vestía una bonita falda blanca, amplia y larga hasta casi los tobillos, estilo ibicenco, una camiseta rosa de tirantes y encima una camisa fina, de mangas de tres cuartos, con los dos o tres botones de abajo abrochados. Ni demasiado descubierta, ni marcando la figura. Se quedó

más tranquila tras la aprobación de su novio.

Estaban a punto de llegar al hogar de la familia Bakali cuando una frase de su madre martilleó la mente del joven: «*Te lo advierto, Saïd, si te presentas alguna vez en esta casa con una cristiana, dejarás de ser mi hijo. No lo olvides nunca*». Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Carraspeó, sufrió un incómodo ataque de tos y sintió que un seco nudo se instalaba en su garganta. Sara le observó en silencio, por el rabillo del ojo, con los nervios a flor de piel. Si su novio reaccionaba así, nada bueno se avecinaba.

Al oír el timbre, Ibtisam dejó caer lo que tenía en las manos y corrió escaleras abajo, arremangándose la falda, con la misma energía que a sus veinte años. Sabía que era él, esta vez sí le esperaba. ¡Su niño querido! Abrió la puerta y le abrazó, irrumpiendo en llanto. Aprisionó su cuerpo con fuerza, él le correspondió con intensidad y se produjo un instante mágico. Las hermanas esperaban su turno, impacientes. Los sobrinos chillaban, correteaban, pedían regalos, se reían entusiasmados. Rezagada, la redactora recordó un reportaje sobre el mundo musulmán que vio en la tele hacía tiempo, en el que explicaban que, en algunos países o regiones, tenían por norma que la mujer caminara siempre unos veinte pasos por detrás del hombre. Qué fuerte, pensó en aquella ocasión, qué machismo, por favor. Ahora que se sentía atrapada en un sistema ajeno y desconocido, analizó la situación en silencio, cual testigo mudo. La tensión agarrotaba cada uno de sus músculos, como si soportara sobre sus espaldas un peso de veinte toneladas. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué él no le presentaba a su familia de una vez? ¿Por qué le daba la espalda como si tratara de ocultarla? Un inquietante escalofrío recorrió su espina dorsal.

Al fin, recuperada del impacto inicial, Ibtisam reparó en la presencia de la joven y dio un respingo. La miró de arriba abajo sin disimulo, con una mezcla de asco y desconcierto. Su semblante se transformó aún más al descubrir la maleta que descansaba junto a la de su hijo, que era inconfundible. La matriarca enmudeció. El enrojecimiento progresivo de su rostro reflejaba una inmensa ira, a duras penas contenida. Una severa mirada se clavó en los turbados ojos de Saïd, mientras le presentaba a la chica.

—Mamá, esta es Sara, una amiga de España. Es la primera vez que viene a Marruecos y pasará unos días con nosotros —pronunció, en dialecto marroquí—. Ven, acércate —añadió en español, dirigiéndose a la periodista—. Te presento a Ibtisam, mi madre.

Ella obedeció, indecisa. No entendía, pero intuía lo que pasaba. Las demás

féminas contemplaron la escena con estupor. Lo que se expresaba en sus contenidos rostros era un claro «¡la que se va a liar!». Cuando besó las mejillas de la mujer, la percibió como un inquebrantable bloque de hielo. Las hermanas de su novio la saludaron con simpatía y respeto. Amables, cariñosas, entre curiosas y sorprendidas. La dureza de la mirada de Ibtisam, sin embargo, era infranqueable. En ese mismo instante y pese a la dificultad del idioma, Sara captó con exactitud dos verdades incuestionables: una, que su amado príncipe había tenido la cobardía de presentarse con ella ante su familia sin haberles explicado nada; y dos, que la madre del susodicho jamás la aceptaría como nuera.

Los ciento cincuenta y tantos kilómetros de distancia que separaban Alhucemas de Nador, se le quedaron escasos. No solo por lo habituado que estaba a conducir durante horas y horas, cruzando España de arriba abajo, de nordeste a sur, bordeando la costa mediterránea en su totalidad hasta dejarse engullir, en puerto andaluz, por el enorme navío que lo vomitaría más tarde, en puerto marroquí; no solo porque el manejo del vehículo no tenía secretos para él, total, ¿qué eran ciento cincuenta kilómetros en comparación a lo que estaba acostumbrado? Ese día, Nadir deseó que la carretera no alcanzara jamás su fin. Que su destino inmediato se alejara, tontamente, dándole algo más de tiempo para meditar. Se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Pero sobre todo se preguntaba si lo hacía porque de verdad quería, o porque no le quedaba otra alternativa.

Las temblorosas piernas bañadas en sudor, que apenas reconocía como suyas, deseaban salir corriendo, pero no podían. Demasiado tarde. Le acompañaban dos de sus hermanas y, por supuesto, la orgullosa matriarca, henchida de gozo, en el asiento del copiloto.

Las tres mujeres no habían parado de darle a la lengua durante todo el camino, contagiándose unas a otras de un entusiasmo irrefrenable, sin detenerse a analizar el desconcertante silencio que embargaba a Nadir. Ahí estaba él, aturdido, cuando debería mostrarse seguro de sí mismo, como el pretendiente que era, a la caza y captura del sí de la bella pretendida, o, mejor dicho, del consentimiento del padre. Y se decía que sí, que era lo adecuado, que siempre lo tuvo claro, incluso en el país de los infieles, como llaman a España. Iba a cumplir con un destino ya trazado. Debía comportarse con entereza, como un hombre, transmitir la confianza del que sabe lo que hace, con un convencimiento total y absoluto. Como un buen musulmán. Sabía que el rumbo de su vida iba a cambiar, pero era así como estaba establecido. No podía echarse atrás. Debía cumplir con lo que se esperaba de él.

Le asombraba lo efímero del paso del tiempo. Lo insignificante que resultaba un minuto, una hora, un día. Le sucedía en cada viaje que hacía a Alhucemas. No paraba ni un segundo. Quería exprimir, hasta la última gota, cada instante transcurrido en su tierra natal. Se citaba con amigos a los que

hacía años que no veía, mantenía largas charlas con sus hermanos en el café y estaba pendiente de su madre.

Nafissa, por su parte, no cabía en sí de gozo. Experimentaba una auténtica debilidad por ese hijo al que admiraba con delirio y que tanto le recordaba a su difunto marido. Cuando Nadir estaba en casa, sentía que nada le faltaba. Los ojos le relucían con un brillo tan especial que le hacía rejuvenecer. Aunque elaboraba los guisos de siempre, le quedaban más sabrosos. Remataba las tareas de la casa en un santiamén. Y cualquier momento del día le parecía adecuado para sentarse junto a su retoño, a tomar un té verde con hierbabuena. Hasta sus mejillas se revelaban más sonrosadas de lo habitual. Se reía como una niña, y proclamaba a los cuatro vientos que su hijo estaba en casa, que había ido a visitarla. El trato del biólogo hacia la mujer que le dio el ser era de profundo respeto, cariño, ternura y veneración.

La figura de la madre, en Marruecos, es fundamental. Es el eje de la familia, la base sin la cual la estructura se desmonta, desquebrajándose en mil pedazos. Es impensable contradecir o desobedecer a la progenitora. Lo que ella decide tiene mucho peso, por muy adultos que sean los hijos. Es difícil, por no decir imposible, que uno se rebele contra los sólidos pilares forjados en la infancia con tan concienzudo esmero, en el seno del hogar. El padre trabaja, aporta el sustento. La madre cría, educa y guía a los cachorros, eso sí, siempre bajo la atenta mirada vigilante de un padre distante, pero no ausente.

A menudo, Nadir observaba a su madre mientras trajinaba por la casa y no salía de su asombro. Lo que veía era una mujer fuerte, valiente. La viva imagen de la energía, y se preguntaba de dónde sacaba todo ese coraje en su día a día. La idolatraba. Sabía, además, que era una organizadora nata. Por eso no le sorprendió en absoluto cuando, unos días atrás, le comunicó que esa misma tarde conocería a su futura esposa. Nadir se quedó sin palabras. Era consciente de que tenía previsto presentarle a Najwa, tal y como habían acordado por teléfono antes de emprender el viaje. Aun así, no logró reprimir la inquietud. Ni contener la incertidumbre.

—Bueno, mamá, todavía está por determinar si se convertirá o no en mi mujer, no te anticipes a los acontecimientos. Tenemos que conocernos, primero. ¿Y si no es de mi agrado? ¿Y si no le intereso?

—No digas tonterías. ¡Te encantará! ¿Y cómo no vas a gustarle tú a ella? Imposible. ¡Todas las solteras de alrededor la envidiarán! A no ser que sea tonta.

La sólida firmeza de su lógica le abrumaba. Nunca dejaba de sorprenderle.

Nada frenaría a su madre, desde luego.

Aquel día, aun sintiendo en su fuero interno que todo ese plan le resultaba ajeno, Nadir se convirtió en el protagonista del enésimo capítulo de un culebrón que se había perdido y del que ignoraba por completo el argumento.

Nafissa cuidó con mimo hasta el último detalle mientras su hijo contemplaba el proceso sin mediar palabra. Preparó los más exquisitos dulces, aquellos que solo se ofrecen a los invitados en celebraciones especiales. Adquirió la hierbabuena más fresca y el azahar más aromático para el té, y se afanó en disponerlo todo sobre una mesa más propia de fiesta que de una merienda.

Resultaba evidente que quería impresionar a la muchacha, que se diera cuenta de la suegra tan eficiente y hacendosa que tendría si los jóvenes se gustaban y las familias alcanzaban tan anhelado entendimiento. Najwa se presentó custodiada por su tía. Ella hubiera deseado la presencia de su madre. Sin embargo, cuando se lo comunicó por teléfono, esta alegó que no estaba dispuesta a perder el tiempo en desplazarse solo para ver cómo rechazaba a otro pretendiente. Tal era la fama de la moza. Si la cosa salía según lo previsto, entonces sí, se haría un encuentro más oficial en la vivienda familiar, en Nador, una pedida de mano como Dios manda. La reacción de su madre entristeció a la joven que, por otra parte, comprendió y respetó sin rechistar.

Cuando Nadir escuchó el timbre de la puerta, que su madre se apresuró a abrir, sintió que el corazón le daba un vuelco. Estaba nervioso, le temblaba el pulso y empezó a hojear un viejo periódico que rondaba por ahí, en un intento de calmar su desasosiego. Por fuera, nada delataba su inquietud. Por dentro, la intriga transformada en impaciencia, le carcomía. La muchacha hizo acto de presencia en la sala con sencillez. Y por unos breves instantes el silencio inundó la estancia e instó a los asistentes a contener el aliento.

—Esta es mi sobrina, Najwa —anunció Hanan, con orgullo no disimulado.

—Este mi hijo, Nadir —exclamó Nafissa, con dignidad. Y ambas se hicieron a un lado para observarles.

El biólogo clavó sus pupilas verdes como esmeraldas en los ojos negros de la chica, mientras estrechaba su mano a modo de saludo. Ella se sonrojó y a él le pareció una reacción encantadora. Se le antojó como una aparición divina, de una belleza sublime, irreal. Su madre no había exagerado ni una pizca. Esta vez no. Al contrario, más bien se había quedado corta, al describirla. No era solo su cara, tan fina como la porcelana, ni su forma de

vestir, en tonos blancos y rosáceos, tan discreta, tan adecuada. Su mirada transmitía inteligencia, sin pedantería. Modestia, sin sumisión. Timidez, sin mojigatería. Las cualidades precisas que él consideraba importantes en la mujer con la que esperaba compartir su vida. La atracción fue mutua y ese detalle no pasó desapercibido a ninguna de las celestinas.

La tarde transcurrió en un soplo y el rostro de Nafissa, exultante, no podía ocultar de modo alguno su regocijo. Ni quería. Aquella noche, Nadir apenas pudo conciliar el sueño. Había almacenado la imagen de Najwa en sus retinas con tanta intensidad que cada vez que intentaba cerrar los párpados, aparecía de nuevo. Admiró como nunca a su progenitora, esa increíble señora que lo sabía todo y nunca se equivocaba. Una sabia, una santa. La viva voz de la experiencia.

Esa misma voz que interrumpió sus cavilaciones.

—Creo que ya estamos cerca de la casa, hijo —profirió Nafissa, al contemplar la interminable hilera de palmeras y farolas que adornaban la avenida de Mohammed V, en el centro de la ciudad.

Efectivamente, así era. Nadir lo sabía, aunque seguía ensimismado en un mutismo nada propio de él, mientras buscaba aparcamiento. Madre e hijas estaban demasiado emocionadas para darse cuenta. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de extraño que un hombre vagase en silencio por sus pensamientos, fingiendo escuchar, cuando las mujeres parloteaban y parloteaban, sin desmayo?

La morada de los Bakali era una hermosa casa de cuatro plantas. Mientras ascendía, peldaño a peldaño, Sara observaba boquiabierta cuanto la rodeaba. Saïd transportaba las dos maletas, pero ella soportaba la turbación y la incertidumbre como una inmensa carga. Un considerable número de personas subían con ellos la escalera. Eran las hermanas, cuñados, sobrinos y madre de su novio. Unos siete niños de edades comprendidas entre los tres y los diez años, la perseguían. Algunos se atrevían, incluso, a tironear de su falda, parloteando sin cesar en un idioma que no comprendía.

El salón en el que acostumbraban a reunirse ocupaba la parte superior del caserón. Un intenso aroma a té verde con hierbabuena se expandía por la estancia. Los pequeños correteaban de aquí para allá, excitados por la novedad, provocando un gran alboroto. Los adultos se sentaron alrededor de una mesa amplia y baja. El sofá, que en realidad no era un sofá, aunque Sara no sabría cómo definirlo, se extendía a lo largo de dos paredes completas de extremo a extremo, uniéndose en la esquina, y estaba repleto de cojines de colores tan llamativos como los de las alfombras que cubrían el suelo en su totalidad. Grandes ventanales sin persianas permitían que la luz del sol inundase el espacio.

La periodista, siempre al lado del biólogo, se esforzaba en poner buena cara y sonreír, pero su sonrisa se transformaba en una mueca extraña. Un calor agobiante, húmedo y pegajoso, se apoderó de ella. Le ardían las mejillas y las orejas, rojas como tomates. Se sentía tan sofocada que podría desmayarse de un momento a otro. Un ininteligible murmullo de voces se alzaba por encima de cualquier otra percepción. Saïd parecía feliz, por una parte; desconcertado, por otra. Cada vez que su mirada se cruzaba con la de su madre, un escalofrío recorría su espalda. Además de Sara, ella era la única que no hablaba. Estaba sentada entre sus hijas menores, Samira y Guizlane, que procuraban mantener un muro de contención a su alrededor, seguras del peligro inminente de que algo estallase. Las mayores atendían con suma amabilidad y cortesía a los recién llegados, en especial a la extranjera. Una la agasajaba con un humeante vaso de té, otra con un empalagoso dulce que no había forma de comerse sin pringarse las manos de miel. «¿Dónde estarán

las servilletas?» Se preguntaba la redactora. Observó que todos los chiquillos presentes tenían un rasgo físico común: los ojos negros, almendrados y rasgados, de mirada profunda. Los ojos de Saïd.

Guizlane, la hermana pequeña de su novio, la escudriñaba con insistencia. ¿Por qué la miraba así? Se preguntó, incómoda. Se sentía como un extraño espécimen a punto de ser diseccionado para su posterior examen. Entonces reparó con detenimiento en la expresión de la benjamina y comprobó que reflejaba cordialidad. De todos los desconocidos presentes, era la única cuyo rostro emitía simpatía sincera, no diplomacia cortés. Samira y Guizlane eran las hijas solteras de Ibtisam, las que aún vestían al modo occidental, por así decirlo. Las demás, Zohra, Karima y Aisha, todas casadas, hacían uso de la hiyab^[2], como marcaba la tradición. De repente, Guizlane se levantó y se colocó junto a Sara, en cuclillas.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, en un correcto castellano.

—¡Hablas español!—exclamó la periodista, sin ocultar la sensación de alivio que eso le produjo.

—Sí, lo estoy estudiando. ¿No te lo ha contado mi hermano?

—Saïd no explica demasiadas cosas —musitó ella, cabizbaja.

—Lo sé, lo sé, conozco a mi hermano. Él es así, no hay remedio. O lo tomas o lo dejas. No puedes hacerle cambiar.

—Parece que a tu madre no le caigo muy bien —reseñó la española, mirando de soslayo a la matrona.

—No, no es eso —La justificó la otra—. Lo que pasa es que Saïd no nos ha informado de tu visita y está sorprendida —alegó, con una sinceridad que a Sara se le antojó hiriente. «*Estupendo*», pensó, «*eso lo aclara todo*». Una profunda decepción se cernió sobre ella—. Pero se le pasará.

—¿Puedo darme una ducha? Necesito refrescarme —suplicó la

redactora.

—¡Claro, estás en tu casa! Acompáñame—Guizlane se puso en pie, invitando a Sara a hacer lo propio. Ibtisam, que no se había perdido detalle, se incorporó a su vez, con expresión furiosa.

—Pero ¿qué os pasa a todos? —vociferó, en dialecto marroquí—. ¿Por qué os comportáis como si nada ocurriera? —La primogénita, avergonzada, se fue hacia su madre y la sujetó por el brazo, con tanta suavidad como firmeza—. ¡Suéltame! —chilló la matriarca, zafándose de su gesto con brusquedad—. ¿Qué te pasa, hija? ¿Acaso tú también me has perdido el respeto, como tu hermano? —Zohra miró a su marido, y este comprendió que ahí sobraban.

Un inhóspito silencio se apoderó de la sala de súbito, paralizando a los presentes. Hasta los niños interrumpieron sus juegos y se quedaron quietos y callados, expectantes. Algo nefasto se respiraba en el aire.

En la casa solo vivían Ibtisam, Samira y Guizlane, aunque siempre había algún que otro huésped. Todos los demás, excepto Sara y Saïd, se apresuraron a recoger sus bártulos y largarse, antes de que la cosa fuera a más.

—Ha venido con una cristiana, ¡qué vergüenza! ¡Mi hijo con una cristiana! Es lo peor que podía pasarme. Mi único varón. ¡Voy a ser el hazmerreír de todo el barrio!

—Madre, yo... —balbuceó el biólogo con voz temblorosa, sudando.

—¡Cállate! ¡Ya me has hecho bastante daño! ¿Es que no me tienes ningún respeto?

Sara se encontraba ante un Saïd vulnerable, desconocido... y observaba la escena impotente. No comprendía ni una sola palabra, pero podía percibir con claridad el irracional odio de esa mujer hacia ella.

—Solo es una amiga, madre. Solo una amiga —añadió él, agradeciendo que su novia no pudiera entenderlo.

—Más vale que sea cierto lo que dices porque pienso comprobarlo con mis propios ojos, convirtiéndome en vuestra sombra día y noche, si hace falta.

Con el rostro enrojecido por la ira, Ibtisam se dirigió hacia la puerta para abandonar la estancia; pero antes, se detuvo unos instantes frente a la española, le clavó su gélida mirada y la chica, aterrorizada, apretó la mano de Guizlane, que estaba a su lado. Sara experimentó una especie de pánico

recorriendo su cuerpo de arriba abajo, y se preguntó cómo iba a poder dormir bajo el mismo techo de semejante psicópata. Cerró los párpados con el infantil deseo de que, al reabrirlos, ella hubiese desaparecido. Quería huir. ¡Deseaba escapar! Salir corriendo a toda pastilla y no parar hasta llegar a España, a Barcelona... su casa, su hogar.

Soukaina era joven y conservaba gran parte del esplendor de su belleza. Nadir comprendió de inmediato de quién había heredado Najwa tan delicada hermosura y le conmovió el fiel parecido entre la mujer y la muchacha. El padre, Abdeslam, era un hombre alto, delgado, de mediana edad. Profundos surcos marcaban su tez morena, haciéndole parecer más anciano de lo que era. Su mirada amable y la sonrisa honesta provocaron de inmediato un efecto relajante en el tenso rostro del joven que, aliviado, sonrió a su vez, mientras estrechaba, con firmeza, la mano del hombre.

—Bienvenido seas. Esta es mi familia —declaró mirándole a los ojos, sin titubeos.

—Es un honor para mí. Ha sido muy amable al recibirnos.

La humilde familiaridad con la que los Alaoui recibieron a los Amrani sedujo a Nafissa enseguida. Como vivían lejos, se quedarían a comer, y ambos clanes pasarían el día juntos, para ir conociéndose. Tal y como era la costumbre, la familia del novio aportó algunos presentes: un par de hermosos pollos, que Soukaina y las tres hijas se apresuraron a llevar a la cocina para iniciar los preparativos; dulces variados; y azúcar, un magnífico bloque de azúcar compacto, protegido en su característico envoltorio azul, que hizo que los dos hijos pequeños, de doce y trece años, se relamieran. La madre y las hermanas de Nadir ofrecieron su ayuda, pero las anfitrionas se negaron a aceptarla. Instaron a las invitadas a acomodarse en el salón ante una humeante tetera, mientras el apuesto pretendiente entablaba una amigable charla con su posible futuro suegro.

—Veo que no te acompañan ni tu padre ni ninguno de tus hermanos varones, como es la costumbre.—Observó el hombre, con gravedad.

—Le pido disculpas, señor. Mi padre falleció hace unos años y mis hermanos, que viven en Europa, han intentado venir, pero al final no ha sido posible.

—O sea que eres un valiente al que no le importa enfrentarse solo al peligro —añadió el patriarca, soltando una carcajada que hizo que Nadir se revolviere en su asiento, incómodo—. ¡Es una broma, muchacho! —añadió, dándole unas fuertes palmadas en la espalda—. Relájate, que no muerdo.

Toma un poco de té, anda.

—Gracias —respondió Nadir, sujetando el vaso que le ofrecía. Antes de beber tragó saliva.

—Me han hablado muy bien de ti, pero prefiero que me lo cuentes tú — comentó Abdeslam. Parecía un hombre pacífico. «*Así será Saïd, dentro de unos años*» pensó, de repente. La idea le tranquilizó. Si había alguien en el mundo capaz de transmitirle serenidad, ese era Saïd.

—Soy biólogo. He estado varios años dedicándome a la investigación en el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad Autónoma de Barcelona. Luego lo dejé.

—¿Lo dejaste? ¿No serás uno de esos irresponsables que empiezan veinte cosas y no terminan ninguna? —interrogó el hombre, sujetando con parsimonia un vaso de té que bebía a pequeños sorbos, sin dejar de observar al otro. El chico temió haber metido la pata, y se dispuso a aclarar el comentario.

—No, en absoluto. La biología es mi vida, me apasiona investigar, pero en España está muy mal pagado. Tuve la oportunidad de acceder a una plaza como profesor y me lancé a por ella. De hecho, siempre he tenido claro que mi estancia en Barcelona era temporal y mi actual trabajo de profesor no solo me permite ahorrar lo que antes no podía, sino que además me aporta experiencia en la enseñanza, que es a lo que espero dedicarme al regresar a Marruecos.

—Ahorrador y ambicioso. Hum... eso está bien, hijo. Y dime, en medio de tu interés por la biología, ¿te quedará hueco para formar una familia?

—Desde luego, señor. Por eso estoy aquí. La familia es lo fundamental, la base, el pilar. Creo que elegir a la mujer adecuada es esencial. Tan importante como es mi madre para mí ha de serlo mi esposa para mis hijos —expresó Nadir, con notoria clarividencia.

El hogar de los Alaoui no era muy grande, ni espacioso. Se trataba de un piso discreto, nada que ver con el caserón de la familia Amrani. Disponía de una cocina pequeña; un cuarto de baño; el salón en el que estaban charlando los hombres, entre vaso y vaso de té; y tres dormitorios, uno de matrimonio, otro que compartían las tres chicas —Najwa era la mayor, seguida de Nour y Zineb— y por último el de los chicos, Ismael y Alí.

En la cocina, Soukaina adoctrinaba a la hija casamentera, mientras las otras dos se burlaban.

—Servirás tú la mesa. Con elegancia, hija. Debes tener la habilidad de

intercambiar con él miradas discretas, sin resultar desvergonzada, no vaya a pensar que eres una descarada, ¿entiendes lo que te digo? —expuso Soukaina, tan severa como inquisitiva. Najwa asintió, ruborizada. Nour y Zineb se echaron a reír.

—Vas a hacer que me ponga nerviosa, madre.—La muchacha añadió las especias al pollo, disponiéndose a tapar la olla a presión.

—Acabará echándolo todo a perder, ya lo verás —masculló Nour, maliciosa.

—Pues mejor, porque es guapísimo. Si ella no lo quiere me lo quedo yo —espetó Zineb. Najwa, con los ojos llenos de lágrimas y expresión suplicante, escudriñó el rostro de su madre, en busca de auxilio, y ella comprendió.

—¡Zineb, Nour, dejad de comportaos como niñas impertinentes! ¡Id a atender a los invitados! ¡Y no me hagáis quedar en ridículo, os lo suplico! Hoy es un día muy especial para vuestra hermana mayor, ¿queda claro?

—Sí —respondieron con desgana, dirigiéndose al salón. Najwa y Soukaina se miraron en silencio y las facciones de la chica se destensaron. Se sentaron la una frente a la otra, y la mujer presionó suavemente las manos de su hija, que dejó escapar un suspiro.

—Nadir me gusta de verdad, mamá. Esta vez quiero que todo salga bien.

—Todo va a salir bien. Confía en Dios, Najwa. No les hagas caso a tus hermanas. Están celosas, es el mejor pretendiente que has tenido. ¡Y ahora me alegro de que rechazaras a los anteriores! Nadir es un hombre hecho y derecho, como Dios manda. Hoy es tu día, hija. ¡Alegra esa cara, tienes que estar radiante !Yo recuerdo con gran emoción cuando tu padre le pidió la mano a tu abuelo. Fue el día más feliz de mi vida.

—Gracias por tus palabras, madre.

Se fundieron en un abrazo y, justo en ese momento, la futura suegra apareció en escena.

—¿Algún problema? —interrumpió. Madre e hija se separaron de inmediato, y Soukaina se apresuró a justificarse.

—Manteníamos una pequeña charla, eso es todo.

Nafissa, animada por la confianza que le inspiraban, se acercó a la muchacha y le acarició el mentón, con extremada dulzura.

—Es normal que estés algo nerviosa, pero por mi hijo no debes preocuparte. Es un chico estupendo, te lo garantizo. Y salta a la vista que tú eres un ángel, querida.

La jornada transcurrió sin sobresaltos y, a medida que pasaban las horas,

Nadir se mostraba más seguro de sí mismo. Observaba a Najwa, con disimulo, cada vez que la ocasión se lo permitía. La chica siguió los consejos de su madre al pie de la letra, confiaba en ella ciegamente, tenían un estrecho vínculo. De las tres hijas era la que más se parecía a Soukaina, en la sonrisa, en la expresión, en la delicada elegancia de los gestos. Cuando se inclinaba ante Nadir para servirle el té, le seducía con sutileza, sin que los demás lo percibieran. Y él, azorado, le daba las gracias, temiendo que todos los presentes pudieran oír los fuertes latidos de su corazón. Sin duda, la joven poseía algo especial a sus ojos, algo que solo él detectaba.

La simple toma de conciencia de este pequeño dato, le provocó un sentimiento de deseo y posesión que jamás antes había experimentado, con ninguna otra mujer. Najwa sería suya. Suya para siempre. Suya y de ningún otro. Sería la mujer que le acompañaría en el largo sendero, trazando juntos el camino, dibujando un futuro compartido. A ella le temblaban las piernas. Abdeslam se sentía satisfecho, aunque no lo expresara en voz alta. Nadir había superado la prueba con buena nota. El chico sabía lo que quería y eso le gustaba. Podía ofrecerle a su hija una existencia estable y plena. Además, resultaba evidente que se sentían atraídos, el uno por el otro. «*Mucho mejor*», pensó, «*más gozarán de su intimidad, y no tardarán en llenarme la casa de nietos, si Dios quiere*». Miró a su mujer y ella asintió, con una sonrisa complaciente.

De regreso a Alhucemas, Nadir siguió tan callado como de camino a Nador, aunque por motivos distintos. Tenía la sensación de que su vida había cambiado para siempre. Su madre y hermanas cotorreaban sin cesar... ¡planificando la boda! Aún no habían concretado la fecha, porque Nadir no podía dejar a sus alumnos tirados sin más, de buenas a primeras. Debía regresar a Barcelona y emprender un nuevo curso mientras, con la ayuda de algún amigo, solicitaba plaza en la Universidad de Meknes para el año siguiente. Estaba convencido de que no le resultaría difícil. En las siguientes vacaciones, de Navidad o Semana Santa, regresaría a Marruecos para legalizar su situación con Najwa, firmando los documentos que la convertirían, de manera oficial, en su esposa. Y en verano, se celebraría la boda. Pero de eso él ni se preocupaba, porque sin duda Nafissa la organizaría a lo grande, ocupándose de todo, hasta el mínimo detalle.

Tras dejar a su familia en casa, decidió caminar un rato y se fue a la playa. Llegó justo a tiempo de contemplar una hermosa puesta de sol, como tantas otras había disfrutado en ese lugar. Suspiró. «*Bien sabe Dios que has gozado*

de cuantas mujeres has deseado, Nadir», se dijo, con orgullo. «Aunque parece que has encontrado a la definitiva». Su mirada se perdió en el horizonte y, a medida que el sol se escondía, el recuerdo de una escena que vivió ahí mismo, cuando tenía doce o trece años, asaltó su mente.

Era verano, jugaba solo, en la orilla, recogiendo conchas y caracolas, bajo un increíble cielo enrojecido. Entonces vio que se acercaba lo que se le antojó como una divinidad emergente de las profundidades del mar. Rubia, probablemente nórdica. Un diminuto pedazo de tela a modo de braguita de bikini era su único atuendo. Hasta ese preciso instante, Nadir nunca había observado a una mujer con ojos de hombre. Aún no era más que un niño. Paralizado, admiró aquella Venus desnuda descubriendo por primera vez los encantos femeninos, al tiempo que despertaba su virilidad. El efecto de la luz de un sol a punto de desvanecerse en el océano no hizo más que añadir belleza a la magia de aquel momento. Inmóvil, boquiabierto mientras ella, con sus grandes pechos desnudos, exhibía a su paso la voluptuosidad de ese cuerpo bronceado, sintió el roce de sus dedos perdiéndose entre sus cabellos de adolescente embobado. La diosa le regaló una sonrisa descarada sin imaginar la revolución hormonal que acababa de provocar en el chaval. Esa noche, y todas las siguientes durante un periodo indefinido de tiempo, se masturbó pensando en ella, construyendo un puente, entre el niño y el hombre. Un niño cuya inocencia murió en esa playa. Y un hombre que nació en ella.

«No hay más que un Dios, que es Allah, y Mahoma es el mensajero de Dios. Ven a rezar, ven a alcanzar la Gloria. Allah es grande, Allah es grande. No hay más que un Dios, que es Allah». Sara no lograba acostumbrarse a la llamada a la oración que, indefectible, la despertaba cada madrugada, antes incluso del canto del gallo. La voz del muecín, invitando a los fieles al primer rezo de la mañana, penetraba en su cerebro lentamente, sin piedad, arrancándola de cuajo de los brazos de Morfeo para arrastrarla a un insomnio que la acosaba, pertinaz, hasta la hora de levantarse. A eso de las nueve, minuto arriba, minuto abajo, solían desayunar la mayoría de los habitantes de la casa. Ella les imitaba, en un desesperado intento de adaptarse a las circunstancias, de ser aceptada, y por aquello de *«donde fueres, haz lo que vieres»*.

Marruecos le provocaba sensaciones contradictorias. Por una parte, estar en el país de origen de su pareja le permitía profundizar en sus raíces, sentirse más cerca de él, descubriendo toda una faceta suya que hasta ahora ignoraba. Observar cómo se movía entre los suyos, sus verdaderas costumbres, sus hábitos auténticos y originales. Essaouira le resultaba preciosa, blanca, bella, acogedora, exótica. Deseaba vagar a todas horas por las calles de la Medina, aprender a regatear en el zoco, vislumbrar una maravillosa puesta de sol o un magnífico amanecer, caminando descalza por la suavísima arena de sus vastas playas casi desiertas. Se sentía afortunada de poder disfrutar de todo eso. Sin embargo, algo enturbiaba su felicidad hasta límites insospechados: Ibtisam, su suegra. No es necesario entender un idioma para percibir la hostilidad y el descontento. El lenguaje no verbal es universal. El gesto de desagrado y la expresión de menosprecio se captan en cualquier lengua.

Su novio y ella dormían en habitaciones separadas. La primera noche fue muy triste. Ni el propio Saïd tenía una ligera idea de lo que le esperaba. Nunca imaginó tal reacción en la matriarca. Jamás había visto a su madre tan enfadada. La señora chilló, lloró y pataleó de pura rabieta. Ella enmudeció y su novio palideció tanto que adquirió aspecto cadavérico. Aun así y pese a que de acuerdo con su educación y cultura no podía contradecir a la madre, ni mucho menos faltarle al respeto, soportó el chaparrón inamovible, con la

firme convicción de no estar haciendo nada malo y el profundo propósito de acabar logrando que Ibtisam cediera. A Sara los interrogantes se le acumulaban sin orden ni concierto. ¿Por qué Saïd no había informado de los acontecimientos a su familia? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacía ella ahí? ¿Por qué soportaba esa situación en lugar de salir corriendo? Y después, una vez calmadas las aguas, ese perenne sabor agridulce, el no poder hablar abiertamente, el no poder estar con él a solas ni un minuto para aclarar las cosas. La ausencia total de intimidad, el desconocimiento absoluto del idioma.

Los días transcurrían en un continuo fluctuar, una de cal, otra de arena. La comida, por ejemplo, era deliciosa. Algunas mañanas la redactora lograba penetrar en una especie de burbuja protectora invisible, mientras disfrutaba de los alimentos que había sobre la mesa. Todos la ignoraban y ella ignoraba a todos. No sucedía exactamente así... pero lo percibía de esa manera. A veces ni Saïd se molestaba en traducirle las conversaciones. Ni se acordaba, abstraído en su charla. Y ella, permanecía horas y más horas oyendo palabras y más palabras de las que desconocía por completo el significado, quieta y callada, como un objeto inanimado al que nadie prestaba atención.

Golosa como era, Sara no dejó que eso le impidiera gozar de los nuevos sabores que la rodeaban a diario. Los desayunos eran tan suculentos como hogareños. El pan, redondo, grande y plano, sin apenas miga, humeaba al sacarlo del horno y resultaba tan gustoso como el *rghaïf*, o el enorme surtido de dulces artesanos. La mayoría de exquisiteces, las elaboraban las mujeres de la familia con sus propias manos; otras, las compraban a primera hora de la mañana. Se consumía todo fresco, del día. La leche, de vaca recién ordeñada, la repartía el lechero a diario, casa por casa, no desayunaban hasta que llegaba, aunque solía hacerlo muy temprano. Las comidas y cenas también eran el sueño de cualquier gourmet, no le quedaba más remedio que reconocer, muy a su pesar, que Ibtisam cocinaba de maravilla. La carne era tan tierna que se deshacía en la boca, el pescado tan fresco que casi saltaba del plato, y nunca había probado unas verduras tan sabrosas. Allí jamás consumían productos industriales como patatas fritas de bolsa, o congelados. No al menos en el hogar de los Bakali. Ni siquiera refrescos, yogures o zumos envasados. Se bebía agua fresca y té caliente, o café. De postre, fruta. Y los dulces, siempre caseros.

En la medida de lo posible, la joven procuraba adaptarse a sus costumbres, como comer todos del mismo plato y con las manos. A modo de tenedor

utilizaban el pan, que mojaban en las succulentas salsas. Las hermanas, al corriente de las costumbres occidentales, al principio le ofrecían plato individual y cubiertos, pero Sara los rechazaba amablemente, agradeciendo el detalle. Se esforzaba en demostrar que podía ser como ellos. Otra cuestión eran los hábitos higiénicos. Por ejemplo, durante las comidas disponían de una o dos servilletas de tela para compartir. Eso a ella no le gustaba. En cuanto advirtió el detalle, le sugirió con discreción a su novio que la acompañara a comprar algunas cosas de uso común en occidente, como servilletas de celulosa... y papel higiénico; además de agua embotellada. Por si esto no fuese suficiente, debido a su timidez y a que Saïd en Marruecos se despreocupaba por completo de las tareas domésticas, Sara lavó a mano todas las prendas que ensuciaron tanto ella como él, los primeros días, creyendo que esa era la costumbre. Había una lavadora, pero nadie la usaba. Se sintió ridícula cuando, después de tres o cuatro jornadas realizando tan engorroso trabajo, impropio de su época, vio a Samira haciendo funcionar ese electrodoméstico sin descanso, hasta finalizar las coladas acumuladas.

Cada atardecer, Saïd y Sara salían a pasear acompañados por una o varias de sus hermanas. Nunca solos. Como novios a la antigua usanza. La periodista se desesperaba ante la imposibilidad de pasar un instante a solas con su pareja. No ya para besarle, o cogerle de la mano, como en circunstancias normales, sino con la esperanza de obtener respuestas a sus múltiples preguntas, y recuperar la paz. Ibtisam controlaba cada movimiento de entrada o salida, y se aseguraba de que los tortolitos no bajasen solos ni al escalón de la calle. Intimidación cero. Al parecer, la dignidad de los Bakali estaba en juego. Si salían solos, el rumor de que eran novios correría como la pólvora. Por el contrario, si los acompañaban Samira o Guizlane, aún solteras, siempre cabía la posibilidad de que Sara fuese amiga de una de ellas.

Samira era tan tímida como Sara. Sonreía siempre que sus miradas se cruzaban. A su manera, le hacía sentir a la española que estaba de su parte, aunque la comunicación entre ellas resultase difícil, por no decir imposible. En el caso de Guizlane, era muy distinto. Estaba estudiando español y se desenvolvía ya con bastante soltura. Le caía bien la novia de su hermano, consideraba que su madre estaba chapada a la antigua, y le parecía genial introducir en la familia a alguien de otra cultura, para ampliar horizontes. Era la única con la que la redactora se sentía cómoda al cien por cien. Aun así, tanto Samira como Guizlane disimulaban su simpatía cuando la madre estaba delante.

Anocheceía en Essaouira. Saïd se había escapado al Café, como acostumbraban a hacer los hombres del lugar, dejando a sus esposas con los niños y con otras mujeres de la familia, hermanas, madres, tías, cuñadas... Sara, resignada, permanecía en un rincón del salón con la esperanza de hacerse invisible. Guizlane la observaba en silencio, mientras seguía a medias uno de los numerosos seriales que emitía el televisor, permanentemente encendido. Temía ser descubierta por la matriarca, que vigilaba sin tregua, pero a la vez, no soportaba la tristeza reflejada en el rostro de la extranjera. Después de meditarlo durante unos minutos se levantó de un salto, le dijo algo a su madre al oído y se dirigió hacia la periodista.

—¿Salimos a dar un paseo? —sugirió, en español. Sara recibió la invitación con grata sorpresa. Por el rabillo del ojo, estudió la reacción de Ibtisam, pero aceptó de inmediato.

—Me parece una gran idea. Ya que mi novio pasa de mí...—añadió con cierto retintín. La madre torció el gesto, en una amarga mueca, y protestó en voz alta. Guizlane manoteó en el aire, con expresión de indiferencia, e ignoró sus quejas. Ambas jóvenes salieron contentas, y apenas cruzaron el quicio de la puerta se sintieron liberadas. La pequeña de los Bakalise colgó del brazo de su cuñada, entusiasmada.

—Sé que lo estás pasando mal—le susurró, con tiento—, pero quisiera pedirte que no odieras a mi madre. Saïd es su único hijo varón y tenía para él planes muy distintos.

—Gracias por ser tan amable conmigo, Guizlane—respondió la otra, conmovida—. No puedo más. No entiendo nada... y lo estoy pasando fatal. Tengo unas ganas de llorar tremendas.—Se vino abajo. Un amargo nudo atenazaba su garganta. Llevaba días conteniéndose. Los ojos se le humedecieron y su voz se quebró—. Ni siquiera él se comporta como suele hacerlo en España. Le noto distante, me siento apartada, me deja al margen de su mundo.

—Lo hace para quedar bien. Te ama, Sara, créeme. Lo veo en sus ojos, en su mirada. Conozco a mi hermano y sé que está enamorado. Pero también quiere a su madre y no se lo está poniendo nada fácil. Él también lo está pasando mal, en serio.

Caminaron despacio, recorriendo el paseo marítimo. Era una noche preciosa, en absoluto calurosa. Una suave brisa acarició sus cuerpos. Media luna, blanca y brillante, iluminó sus rostros. El tiempo transcurría despacio en Essaouira, a un ritmo muy distinto al que la redactora estaba acostumbrada.

La prisa mata. La sensación era tan agradable que si fuesen otras las circunstancias hubiera estado encantada. No imaginaba un lugar más apacible, más presto a la búsqueda de la ansiada paz interior.

—A mí me caes muy bien. Lo digo por si te sirve de consuelo —alegó la marroquí, robándole una sonrisa a su cuñada. Ese simple comentario la hizo sentirse arropada y comprendida. Un agradable sentimiento emergió en Sara, con ánimo de quedarse.

—Tú a mí también. ¿Crees que tu madre llegará a aceptarme?

—Tengo mis dudas, se ha cerrado en banda. Pero es que Saïd tampoco ha actuado de forma correcta. En primer lugar, no nos anunció que venía acompañado. En segundo lugar, le ha hecho creer a mamá que solo eres una amiga. Y ella, que no es tonta, le ha puesto un ultimátum.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la española, extrañada—. ¿De verdad le ha dicho que no soy más que una amiga? ¡Genial! ¡Si estamos viviendo juntos!—añadió, con lágrimas en los ojos.

—Le ha mentado, Sara, y eso no está bien. Entiendo que mi madre da miedo a veces, pero verdad solo hay una y resulta evidente que sois pareja.

La cara de la periodista era un poema. No daba crédito a sus oídos.

—¿A qué te refieres con lo del ultimátum?

—¡Le ha dado a elegir! «*O ella o yo*» le ha dicho. O sea que él debe tomar una decisión.

Se hizo el silencio. Un silencio tenso. Sara estaba tan indignada y furiosa que hubiera cogido la maleta de inmediato y se hubiese largado, sin más explicaciones. Pero miró a Guizlane y adivinó la súplica en los ojos de la muchacha. Se notaba demasiado lo arrepentida que estaba de haber hablado más de la cuenta.

Sentada tras la mesa de su despacho, Alicia hojeaba un tríptico con información acerca de un seminario de Podología. Consultó el calendario y calibró la posibilidad de asistir. Tenía algunas visitas concertadas para esas fechas, pero podía aplazarlas. Le gustaba estar al corriente de los últimos avances y descubrimientos, opinaba que un buen profesional debía vivir en continuo reciclaje. Cruzó las piernas, una sobre la otra, y se arrellanó contra el respaldo de la silla, quitándose las gafas, que usaba solo para leer. Apartó un mechón rojizo de su cabello y se frotó los ojos, cansada. Suspiró, y su mente se fue más allá, mucho más allá del estrecho de Gibraltar. No sabía nada de su amigo marroquí desde la última noche que pasaron juntos, hacía casi dos meses. Siendo profesor y llevando tanto tiempo sin ir a Marruecos era de esperar que su visita se alargara. Y no se lo reprochaba, qué culpa tenía él de que le añorase tanto.

Erala hora de irse a casa, pero no tenía ganas. ¿Quién la esperaba? Nadie. Ningún plan alternativo al trabajo. Su vida necesitaba un giro, sin duda. Suspiró una vez más. Las marcadas ojeras de su rostro hablaban por sí solas, y una sensación angustiosa se apoderó de ella. Era como si se hubiera detenido el tiempo, y a la vez, como si se escurriera entre los dedos de sus manos. Se incorporó con lentitud de anciana, se quitó la bata y la abandonó, distraída, encima del escritorio.

Un timbrazo inesperado la devolvió al planeta Tierra. El corazón le dio un vuelco. Corrió apresurada, tropezó, se recompuso en un segundo... y abrió la puerta. ¡Ahí estaba! ¡Era él! Nadir sonrió, dejando al descubierto su deslumbrante hilera de dientes blancos y perfectos. Estaba guapísimo, mucho más moreno de lo que ella recordaba, y tenía un brillo especial en los ojos. Un turbador nudo se instaló en la boca del estómago de Alicia, haciéndola sentir incómoda, y a la vez eufórica.

—Necesito un suave masaje en los pies, señorita—murmuró el joven, penetrando en el local y cerrando la puerta a su espalda. En esa ocasión no tuvo ni que pedir permiso, su dueña no opuso la más mínima resistencia. La desnudó con la mirada y la sujetó por la cintura sin titubeos. Ella se abalanzó sobre su cuello.

—¡Nadir! —Su fervor pilló por sorpresa al rifeño—. ¡Has vuelto!—Y se fundieron en un abrazo que al joven se le antojó eterno. Pero se dejó querer, sin rechistar. Cuando se separaron, descubrió las profundas ojeras en el rostro de la chica, e intuyó su tristeza y soledad. Algo parecido a la culpa se activó en su cerebro.

—Pareces cansada.

—Estoy bien, trabajo demasiado, eso es todo. ¿Y tú qué? ¡Cuéntame! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está tu familia?

—¡Uf! Tengo que explicarte un montón de cosas.

—Pues vamos a casa y me lo sueltas todo.

Creía haber olvidado el sabor dulzón de los besos de Nadir. La boca de Alicia, ávida de placer, atrapaba una y otra vez los jugosos labios, húmedos y carnosos, del marroquí, y él le correspondía, henchido de deseo. La idea de cenar quedó de inmediato relegada a un segundo plano, mientras se despojaban de sus vestiduras, a toda prisa. Y después de los labios el resto de la piel. Un brillo especial relucía en las pupilas de Alicia, que se entregó como nunca, buscando en el rostro del biólogo algún indicio de que sentía lo mismo que ella. Él, por su parte, estaba demasiado excitado para pensar. Recorrió la anatomía de la chica centímetro a centímetro, con las yemas de sus dedos, con la lengua... magreando con devoción los turgentes pechos, que se erizaron entre sus manos, ofreciendo sus pezones erectos. Cuando el miembro enhiesto penetró en la acolchada cavidad, un grito desgarrador salió de la garganta de Alicia. Eso excitó aún más a Nadir, que la cabalgó con furia y no tardó en correrse. Repitieron los asaltos una y otra vez...y después de cada embestida se reían como locos, con esa risa incontenible y tonta que acompaña al juego del amor. Giraban sobre sí mismos, forcejeaban, luchaban... unas veces ganaba él; otras ella.

Varias horas más tarde, exánimes y en reposo al fin, recordaron que sus estómagos seguían vacíos.

—Habrás echado de menos mis pizzas precocinadas—dijo Alicia, con la cabeza apoyada en el hombro de Nadir.

—¡No te imaginas cuánto! —contestó el biólogo, con ironía.

—¡Maldito embustero! —Le increpó ella, mientras se colocaba a horcajadas sobre él, golpeándole con un cojín.

—Ahora mismo tengo tanta hambre que sería capaz de comer jalupo.^[3]

—No te vayas, vuelvo enseguida.—La joven depositó un leve beso en los

labios de su amante y abandonó el catre, feliz y desnuda. Su expresión había cambiado. La inesperada sucesión de orgasmos experimentados había mejorado su humor de un modo considerable.

Nadir se cuestionaba cuál era el momento adecuado para decirle a una mujer que iba a abandonarla por otra. La idea de mantener esa relación durante un tiempo más era tentadora, al fin y al cabo, nada le eximiría de quedar como un canalla. Ella iba y venía, de la cocina a la cama y de la cama a la cocina, interrumpiendo sus pensamientos con su verborrea. Le preguntaba; le pedía que le explicara anécdotas de su estancia en Alhucemas; quería saber cómo era la gente, la cultura, las costumbres; interrogaba con sana y alegre curiosidad. Él le contó, y no escatimó en detalles. Bastante culpable se sentía ya por ocultar ese leve pormenor llamado Najwa. Mientras conversaban, Nadir mantuvo un continuo debate consigo mismo: ¿Qué debía hacer? ¿Hablar... o callar y esperar?

Alicia estaba eufórica, y eso la hacía charlar más de la cuenta. Las pizzas y las cervezas aumentaron la sensación de bienestar. Tal vez por eso sintió que había llegado la hora de sincerarse con su amigo.

—En tu ausencia, le he dado mil vueltas a la cabeza, Nadir. Y he sacado algunas conclusiones—argumentó. Lo decía seria y él se puso en alerta—. Ha sucedido algo imprevisto.—El biólogo escuchaba en silencio. Imaginó lo que se avecinaba, y no le gustó. Ella lo caló de inmediato; y en un segundo cambió la frase «*me he enamorado de ti*» que estaba a punto de pronunciar, por otra—. Me he dado cuenta de que me gustas mucho.

—Tú a mí también, preciosa —respondió él aliviado, recuperando la compostura—. Me has asustado. Por un momento creí que me ibas a pedir en matrimonio o algo así —agregó, echándose a reír. Alicia sintió un pellizco en las entrañas, y reprimió sus verdaderos sentimientos con una risa exagerada.

—¿Casarme, yo?! ¿Contigo? ¿Te has vuelto loco o qué?—Le empujó sobre las sábanas, colocándose encima, de nuevo—. Pero me gustas mucho, mucho... y echas unos polvos increíbles —murmuró, besándolo con rabia.

Se miraron con intensidad. Con la inevitable complicidad creada por el paso del tiempo, reiniciando un juego interminable que, en el fondo, ninguno de los dos deseaba finalizar.

A la almohada no le cabían ya más lágrimas, ni gemido ahogado, ni lamento contenido. Sara retiraba la cara de tanto en tanto para tomar aire, y al instante siguiente la volvía a hundir en el mullido tejido, empapado.

Antes de emprender el viaje a Marruecos ya sopesó la posibilidad de que su estancia allí no resultase un camino de rosas, aunque no imaginó hasta qué punto. Deseaba irse, pero a la vez quería quedarse. Como un reto al que no le quedaba más remedio que encararse. Quería a Saïd, de eso no había duda. Pero... ¿Y él? ¿La amaba tanto como para renegar de su familia? ¿Sería capaz de dejarlo todo por ella? ¿Y ella? ¿Estaría dispuesta a permitir que el hombre de su vida renunciase a todo por amor?

Era consciente de que se trataba de una cultura diferente. Si no cumplía con la tradición de casarse con una musulmana, la madre se sentiría profundamente ofendida, por mucho que el Corán no prohibiese de forma explícita hacerlo con una mujer de otra religión. Otro gallo cantaría si se convirtiera al islam, aunque eso, de momento, no entraba en sus planes. Ya se oía la voz del muecín llamando a la oración y ahí estaba ella, sin saber qué hacer con esa congoja que le oprimía el alma, el corazón y los cinco sentidos, por no decir seis. No albergaba dudas de sus propios sentimientos, pero sí de los de Saïd. Le atormentaba su silencio. No poder estar a solas con él ni una décima segundo, para aclarar las cosas, le creaba una tremenda inseguridad. Si al menos pudiera mirarle a los ojos sin que otras personas estuvieran presentes leería en su mirada, como hacía siempre. Aunque compartían la misma casa, bajo el mismo techo, percibía que él estaba, muy lejos, a años luz de distancia. Y se sentía sola.

La puerta de la habitación se abrió despacio, sin ruido. Aun así, se sobresaltó. Su instinto la obligó de inmediato a cubrirse con la sábana, intentando protegerse de no sabía qué.

—Soy yo, no te asustes —susurró una voz, al tiempo que una silueta penetró en la oscura estancia—. No enciendas la luz, he venido a hurtadillas y espero no ser descubierto —murmuró Saïd. Se sentó en el borde de la cama, junto a ella, que adivinó sus facciones en la penumbra. Se alegraba tanto de

verle... pero permaneció callada—. Presentía que no estabas bien y no podía dormir. Has llorado, ¿verdad? —preguntó, paseando las yemas de sus dedos por las mejillas húmedas de la chica—. Hazme un hueco, anda—agregó acostándose, abrazándola, percibiendo el fuerte palpitar de su corazón. Ella se acurrucó contra él, escondiendo el rostro en su pecho, aspirando su inconfundible olor, sin mediar palabra. Solo así se calmó. Como una niña asustada que encuentra refugio en unos brazos familiares y reconfortantes. El marroquí siguió hablando con delicadeza, con ternura, acariciando el ensortijado cabello. Ella se adormeció, como si escuchara una melodiosa canción de cuna—. Hoy vamos a ir a pescar.

—¿A pescar? —inquirió la periodista, incrédula—. Tú, yo... ¿y quién más? —añadió, con evidente desánimo en la voz.

—Tú y yo. Nadie más.

—¿Lo dices en serio?

—Nos levantaremos temprano, antes que nadie. Saldremos sin desayunar ni nada, lo tengo todo previsto. Pasaremos el día juntos, tú y yo solos. Te voy a llevar a la playa más bonita que has visto en tu vida. Una playa que siempre está desierta.

A Sara se le transformó la expresión. «*Este es mi Saïd*», pensó, y le abrazó con fuerza. Se besaron con desesperación, se buscaron en la oscuridad. Las caricias, guardadas bajo llave en los últimos días, escaparon de su prisión con prisas, recuperando el tiempo perdido. No sin cierta dosis de reparo, acabaron haciendo el amor en silencio. Con infinita ternura y muy en silencio.

Salieron al amanecer y caminaron durante horas. Sara se sentía como una chiquilla con zapatos nuevos. Llevaba su bañador, su toalla, el bronceador y un sombrerito bastante ridículo que la protegería, sin embargo, del poderoso sol africano. Sabía que a Saïd le encantaba pescar, pero nunca le había visto en acción. Le resultaba muy gracioso verle así, con su gorra y su caña. En una vieja mochila había metido los arreos necesarios para atrapar a los pobres peces desprevenidos, y ella se preguntaba si sería verdad que era un buen pescador, de lo que presumía, o sería una típica exageración masculina, como tantas otras.

Acamparon en un lugar tranquilo y desierto, tal y como él le había prometido. La suavidad de la arena la sobrecogió. Sintió que caminaba sobre una extensa alfombra húmeda, cálida y blanda al tacto. Las horas transcurrieron con tranquilidad. Ella tumbada al sol, imaginando la envidia que le tendrían a su vuelta al trabajo, cuando la vieran tan morena. Él de pie,

caña en mano, esperando, esperando... a que picaran. Nadie a su derecha, nadie a su izquierda. Muy de tarde en tarde pasaba un hombre solitario, o una familia. Los niños y el padre en bañador, las niñas y la madre cubiertas. Ellas se bañaban vestidas. Marruecos era un país de contrastes. Podías ver en la misma playa una mujer en bikini, otra en bañador y otra con una falda hasta los tobillos, blusón de mangas largas y pañuelo en la cabeza. Las más tradicionales tapadas por completo, las menos, parcialmente. Todo estaba permitido.

—Te he echado de menos, *habibi*—susurró ella, aprovechando un momento en que él se sentó a descansar.

—Pero si siempre estoy contigo.

—No es verdad. Me siento muy sola en Essaouira. Guizlane es la única que me presta atención.

—Cariño, lo siento. Hago lo que puedo, pero no soy perfecto. Mi madre está muy enfadada y eso es nuevo para mí, ¿sabes? Nunca la había visto así. Siempre ha sido muy cariñosa conmigo—comentó él, con un hilo de melancolía en la voz y una sombra de tristeza en los ojos.

—Ella me odia con todas sus fuerzas.

—¡No te odia! Está enfadada, pero se le pasará.

—¿Me sigues queriendo? —musitó ella, en tono infantil.

—¿Crees que estaría pasando por todo esto si no fuera así? ¡Te quiero con locura, Sara! Eres el centro de mi universo —sentenció. Ella estaba echada y él se inclinó sobre su cuerpo para depositar un tierno beso en sus labios. Después se levantó para seguir vigilando. La periodista se incorporó también y le siguió, observando cada movimiento con curiosidad.

—Me siento incómoda en tu casa. Sé que no soy bienvenida.

—Te pido un poco de paciencia, princesa. Necesito que comprendas lo importante que es para mí que mi madre apruebe nuestra relación —afirmó Saïd, tirando de la caña. Falsa alarma.

—Nunca me aceptará, ¿es que no te das cuenta?

—Yo lograré que lo haga, Sara, confía en mí —expresó él cogiendo la cara de la chica entre sus manos y mirándola a los ojos. Ella sabía, en su fuero interno, que eso no iba a ocurrir, pero no añadió nada más. No quería disgustarle. Resultaba evidente que, para él, su madre era sagrada.

De tanto en tanto, la periodista penetraba en el agua e invitaba a Saïd a hacer lo propio. Jugaban, se reían y chapoteaban como críos... Ella se burlaba de sus dudosas dotes de pescador. Pero él no se rindió.

—Sí, sí, tú ríete, ya verás lo bien que vamos a cenar —aseguró el biólogo.

Se revolcaron en la arena, se besaron, no sin antes mirar a un lado y a otro corroborando la ausencia de testigos. Y después de no sé cuántas maravillosas horas tembló la caña. ¡Al fin! Y Saïd corrió a sujetarla.

—¡Una dorada! ¡Una dorada! —gritó, eufórico—. ¿Lo ves? ¿Qué te dije? ¡Ja! ¡Y tú no me creías, mujer de poca fe!

La redactora, boquiabierta, contempló la hazaña de su novio y en su interior sintió un extraño regocijo de admiración. Era un hermoso ejemplar. No dejó de aletear, mientras lo introducía en un cubo. Preparó de nuevo la caña, la volvió a lanzar al mar y al cabo de pocos minutos ¡otra dorada! ¡Y otra más! ¡Hasta un total de seis! Él no podía parar de reír, hablando atropelladamente. Ella saltaba, contagiada por su entusiasmo. Se tapó la boca ahogando un chillido de satisfacción y por fin se abrazaron con intensidad, con un precioso mar de fondo y un magnífico sol que empezaba a descender, otorgándole al cielo un precioso tono rojizo.

De regreso a casa, caminando por la orilla, disfrutaron de una puesta de sol increíble. Sara no recordaba haber contemplado algo tan maravilloso jamás. Consternada, no podía apartar los ojos de tanta belleza. Andaban descalzos y en silencio, hipnotizados, testigos afortunados de tan imponente grandeza. Cabizbajos, a medida que la distancia entre ellos y la vivienda familiar se acortaba. Satisfechos, eso sí, de la estupenda escapada.

Alicia se tomó una semana libre para visitar a su familia. Sus padres eran mayores y la reclamaban cada vez más. Resultaba evidente que, en un futuro, no muy lejano, tendría que volver a su pueblo y quedarse a vivir con ellos. Aunque, por el momento, no quería ni planteárselo. No es fácil aceptar el envejecimiento de tus seres más queridos. Introdujo su diminuta maleta en el portaequipaje y decidió que comería en un restaurante, antes de emprender el camino. Pensó en Nadir y... ¿por qué no? Sacó su móvil del bolso, buscó su nombre en la agenda y pulsó el botón de llamada. La voz de una computadora le indicó que estaba desconectado o fuera de cobertura. «*Bueno, es normal*», pensó, «*falta poco para el inicio del nuevo curso, seguro que está en la facultad*». Decidió pasar a la acción. ¿Acaso no se presentaba él sin previo aviso en su consulta siempre que se le antojaba? Por una vez intercambiarían los papeles.

Apoyado contra el quicio de la entrada al aula, Nadir conversaba con Ana. Los alumnos más rezagados recogían sus bártulos y dejaban el examen sobre la mesa del profesor. La rubia se insinuaba sin disimulo, con un descarado coqueteo. Se reía, se humedecía los labios, parpadeaba... y todo ello sabiendo que era improbable que Nadir hubiese reparado alguna vez en el penetrante azul de sus pupilas, dado que a duras penas levantaba la vista de su escote.

—¿Estás libre esta tarde? —preguntó, en un tono sensual.

—Libre como un pájaro, encanto —respondió él, y pocas féminas hubieran podido resistirse a tanta zalamería.

—¿Comemos juntos... y lo que surja? —susurró Ana, con esa voz almibarada tan peculiar.

—¡Uf! Me pones en un aprieto. Tengo una montaña de exámenes sin corregir apilados en mi escritorio—expuso, al tiempo que ella le miraba con ojillos suplicantes—. ¡Qué demonios! ¿Quién puede oponerse a una preciosidad como tú?

—¿Eso es un sí? —inquirió, triunfal—. ¡No te muevas de aquí! ¡Voy a por mi bolso!

El biólogo comprobó que habían salido todos. Recogió los exámenes, echó un vistazo por encima a alguna de las respuestas y negó con la cabeza. Los colocó ordenadamente, los guardó en su cartera y, al levantar la vista, se topó cara a cara con su amiga la podóloga.

—A... Alicia, ¿qué haces tú aquí? —Su reacción fue más propia de un chiquillo al que acababan de pillar en una travesura que de un adulto.

—Vaya, no parece que te alegres mucho de verme —alegó ella, decepcionada.

—No, no es eso, es que no te esperaba.

—Hoy he decidido sorprenderte yo. ¿Qué? ¿Me invitas a comer? —preguntó, sujetándole por la cintura, acercando los labios a su rostro para besarle. Nadir respondió con frialdad, luchando por librarse de su abrazo.

—Aquí no, Alicia. Soy profesor. Tengo que guardar las formas. Compréndelo —suplicó. Ella se apartó, contrariada.

—Vale. Perdona. ¿Pero me invitas o no me invitas? —insistió. El biólogo, dubitativo, permaneció en silencio unos segundos.

—Venga, te invito—respondió al fin, apresurado, mirando a la derecha, mirando a la izquierda, guiando con decisión a Alicia en dirección contraria a la tomada por Ana.

—Me voy a Huesca y me apetecía verte, antes de irme. Espero que no te importe que me haya presentado así.

—Pero ¿qué dices? Me encanta que hayas venido, preciosa. ¿Vamos en mi coche?

—Mejor cada uno en el suyo, me iré directamente, después de comer.

—¿Tan rápido? —dijo, aliviado—. Lástima.

—Sí, me espera un largo camino y no quiero llegar muy tarde a mi pueblo. Mis padres son mayores, se acuestan temprano. ¿Quedamos en aquel restaurante de comida mediterránea al que fuimos la última vez?

—Buena idea. Nos vemos allí, tesoro.

Alicia dejó el bolso en el asiento del copiloto de su Seat Ibiza, recolocó el retrovisor y vislumbró una desconcertante imagen a través del espejo. Una rubia escultural, alta y delgada, se acercó corriendo al coche de Nadir e hizo ademán de entrar para sentarse a su lado, pero él no le abrió la puerta. «¿Qué está pasando aquí?» Se preguntó la podóloga, frunciendo el entrecejo. Observó cómo la otra se dirigía a la ventanilla de Nadir, con visible expresión de enojo, y le decía algo que no logró interpretar. Estupefacta, giró la llave

del encendido sin dejar de escudriñar a la misteriosa desconocida que, cruzada de brazos y con cara de niña a punto de echarse a llorar, contempló, impotente, que su encantador amigo le daba plantón.

—¿Quién era esa? —consultó Alicia, dando cuenta de un buen bocado de su entrecot.

—¿A quién te refieres? —preguntó a su vez el marroquí, sorbiendo su copa de vino tinto y aparentando indiferencia.

—Nadir, lo he visto todo por el espejo retrovisor.

—¡Ah, esa! Una compañera del departamento. Habíamos quedado para corregir juntos los exámenes, pero le he dicho que me ha surgido un imprevisto ineludible.

—Parecía muy enfadada.

—Las mujeres nunca estáis satisfechas. Siempre os quejáis de algo. Nada es suficiente. Necesitáis más y más. ¿No estarás celosa? Porque yo nunca te he prometido nada —afirmó con seguridad, mirándola a los ojos—. Olvídalo, ¿quieres? Disfrutemos del aquí y ahora. ¿Brindamos? —invitó, alzando su copa.

—Sí, tienes razón. Nunca nos hemos prometido nada —agregó ella, alzando la suya, con un leve temblor en la voz.

—¿Y dónde has dicho que te vas? ¿A Zaragoza?

—No, a Huesca—respondió, disgustada—. Pasaré unos días con mis padres, que ya son ancianos.

—Eso está muy bien, eres una buena hija.

A la hora de la cena, Sara y Saïd se presentaron en el salón duchados, acicalados y con caras de felicidad, detalle que en absoluto se le pasó desapercibido a la matriarca. Nadie les preguntó dónde habían estado ni haciendo qué y la periodista, aliviada, pensó que tal vez Ibtisam hubiera bajado la guardia y estuviese dispuesta a ceder. El biólogo, por su parte, miró a su madre a los ojos, no en actitud desafiante, sino en una especie de súplica. Deseaba el consentimiento materno para esa relación más que nada en el mundo. Anhelaba su bendición. Añoraba a su padre, tan comprensivo, tan inteligente y pragmático. Si viviera, las cosas serían diferentes, estaba seguro de ello.

La mesa estaba puesta y les habían esperado, educadamente. Samira trajinaba en la cocina y la señora de la casa estaba ya sentada. Faltaba Guizlane, que apuraba siempre hasta el último instante, incluso tenían que llamarla a voces la mayoría de las veces. Se quedaba horas y horas en su habitación, estudiando o chateando con sus amigas. Samira colaboraba más en las tareas del hogar.

Sara tomó asiento junto a su suegra, animada por el aspecto relajado de Ibtisam. Saïd se colocó al lado de su novia, y al momento apareció Samira con una cesta llena de humeante pan, recién salido del horno.

—¿Y Guizlane? ¿No cena? —inquirió él, cogiendo un panecillo y cortando un buen pedazo, con las manos.

—Sí, hijo. Está en su cuarto, pero subirá en seguida. Es que tenemos un nuevo huésped en casa, ¿sabes? Tu hermana le está ayudando a deshacer el equipaje —explicó Ibtisam. Entonces, para sorpresa de la redactora, dejó de hablar en dialecto marroquí y empezó a hacerlo en español. Su novio ya le había advertido que la mujer chapurreaba algo de su idioma, aunque ella dedujo que serían cuatro vocablos ininteligibles. Nada más lejos de la realidad. Había pasado su infancia en Tánger, rodeada de españoles, y se expresaba en un castellano casi perfecto—. Es tu prima Fatiha, la que vive en las afueras de Barcelona, ¿la recuerdas? —comentó, dirigiéndose a su hijo. Y después miró a Sara. Ella, sorprendida y emocionada, clavó sus pupilas en Saïd y él, que interpretó algo así como «*¡tu madre está hablando en mi lengua y es amable conmigo!*», le devolvió una mirada de «¿lo ves? ¡Te lo

dije!»

La pequeña de los Bakali y la desconocida no tardaron en hacer su aparición. La periodista calculó que no debía de tener más de diecinueve años. Agraciada, de expresión dulce, de piel clara y labios finos. Su vestimenta delataba que había adoptado la hiyab, a pesar de haber nacido y crecido en España. Falda larga y amplia, camisa de mangas largas abotonada de arriba abajo, y el cabello perfectamente cubierto por un pañuelo. Los pies, las manos y la cara eran las únicas partes de su cuerpo que quedaban a la vista. Parecía simpática. Sonreía sin cesar. La madre de Saïd se levantó presurosa, en medio de un bullicioso griterío. Sara y su novio la siguieron. Ibtisam abrazó a la muchacha con cariño y los demás también la saludaron. Tras el cordial intercambio de formalidades se dirigieron todos a la mesa, dispuestos a dar cuenta de la ensalada y las doradas al horno que Samira había preparado. La prima de Saïd observó con curiosidad a la española y esta se percató.

—¿Dónde vives, Fatiha? —interrogó la redactora.

—En Vic, ¿y tú?

—En Barcelona.

Se quedaron calladas. Como si hubieran comprendido de repente que, en realidad, a ninguna de las dos le interesaba en absoluto la vida de la otra. Sara percibió una pequeña alarma que no logró identificar.

—¿Y qué, tía, vendrás mañana? —quiso saber la recién llegada, girando el rumbo de la conversación.

—No me apetece demasiado, pero si es tu deseo, iré —afirmó Ibtisam, que le tenía gran afecto a su sobrina.

—¿Y vosotros? —dijo, mirando a Saïd.

—¿Cuál es el plan?

—Ir todos juntos, pequeños y grandes, a pasar el día en la playa.

—¡Creo que es una idea estupenda! —contestó él, girándose hacia su novia. Ella asintió, esbozando una amplia sonrisa. Era la primera vez que se sentía a gusto en esa casa. Todo parecía indicar que la presencia de Fatiha había obrado un milagro.

A la mañana siguiente, cuando Sara salió de la habitación, desperezándose, se halló ante un ajetreo tremendo. Ya habían llegado Zohra, Karima y Aisha, con toda la prole de infantes, que correteaban de aquí para allá.

—Sabahor jer ^[4]—saludó en árabe a cada una de sus cuñadas, a

medida que se las iba encontrando. Ellas le respondieron respetuosas y continuaron concentradas en sus quehaceres.

No veía a Saïd, ni a Samira, ni a Guizlane. Tenía algunas dudas sobre qué atuendo era el adecuado para la ocasión. Entonces vislumbró la silueta inconfundible de la prima de su novio.

—Buenos días, Fatiha.

—Buenos días, Sara. ¿Qué? ¿Preparada para la aventura? ¡Será muy divertido! Lo pasaremos muy bien, ya verás. Seguro que nunca has ido a la playa con un grupo de gente tan numeroso.

—¡La verdad es que no! Esto... ¿qué me pongo? ¿Bikini o bañador?

—¡Lo que quieras! Marruecos es un país libre. ¿Tú qué prefieres?

—El bikini de dos piezas, está claro, para broncearme mejor.

—¡Pues adelante, no seas tímida!—La animó Fatiha, con una sonrisa encantadora. No mostraba ni una pizca de ese recato tan característico de las lugareñas.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Puedes confiar en mí, mujer.

La periodista corrió a su habitación a cambiarse. Estaba contenta. ¡Ya iba siendo hora de disfrutar de sus vacaciones!

Tres matrimonios, siete niños, una pareja, una abuela y tres jóvenes solteras y sin compromiso, se dirigieron en bandada a una de las playas más familiares de Essaouira, distribuidos en tres vehículos, conducidos por los cuñados del biólogo. Sara, Saïdy Fatiha viajaban en uno de los coches con varios chiquillos, y fueron los primeros en llegar. Ambos hombres cogieron sus bártulos de pesca y se encaminaron hacia la orilla del mar. El resto de familiares aún no había hecho acto de presencia, pero no tardarían.

—Ahora vuelvo, tengo que ir al lavabo —expresó la prima. Saïd y su cuñado ya habían preparado el lugar, clavando un par de sombrillas, dejándolo todo dispuesto para que la matriarca pudiera sentarse en una cómoda hamaca.

Sara contempló el panorama. Era un lugar bastante concurrido. Cada tantos metros, un numeroso grupo de personas se instalaba con sus bártulos, nada que ver con la playa del día anterior. Estaba contenta, adaptada, al fin, a las circunstancias. Al parecer, era costumbre que los hombres fueran por un lado y las mujeres por otro. Ellos hacían sus cosas, ellas las suyas. «*Bueno, qué más da*», pensó. «*Solo son unos días. En España ya volveremos a nuestros hábitos de siempre*». Desde donde se encontraba ella hasta la orilla

había metros y metros de distancia. Vislumbró a su novio, allá a lo lejos, charlando con Hassan, el marido de Zohra, y se sonrió. Le gustaba verle feliz. Un estupendo sol brillaba en el cielo y un infinito mar azul se perdía en el horizonte. La arena era fina y el espacio muy amplio. Empezó a desvestirse con parsimonia. Extendió la toalla, se sentó sobre ella y se dispuso a untar su cuerpo con crema bronceadora. Lucía un precioso bikini de leopardo, dos diminutas piezas de tela que cubrían a penas sus genitales y su generoso busto. Terminó de embadurnarse y se tumbó.

A escasos metros de distancia, contemplando la escena, Fatiha sonrió maliciosa. Su tía estaba a punto de llegar. En cuanto la vio apearse del vehículo, corrió hacia ella.

—¡Tía, tía! ¡Menos mal que has llegado! ¡No sabía qué hacer! Esa mujerzuela, esa... amiga de Saïd, no tiene vergüenza. ¡Mírala!

Al verla, Ibtisam frenó sus pasos en seco, llevándose las manos al pecho. Todas sus hijas se detuvieron, boquiabiertas. A escasos metros de distancia, ajena al revuelo que se había formado a su alrededor, la española disfrutaba como nunca, sintiendo en su piel la caricia del sol africano. Varias decenas de hombres tenían sus lujuriosos ojos clavados en ella. Las mujeres, por el contrario, la miraban con desprecio y rechazo. Algunas personas farfullaban improperios en dialecto marroquí, al pasar junto a ella. Sara llevaba gafas de sol y tenía los párpados cerrados. Además, se había colocado los auriculares para escuchar música, con su MP3.

Guizlane se disponía a avisarla justo en el instante en que Saïd se giró y descubrió, horrorizado, que su novia era el centro de atención de la playa entera. Soltó la caña con una furia impropia de él, y salió corriendo.

—¡Sara! ¡Sara por Dios!—exclamó, zarandeando su brazo—. ¿Pero qué haces? ¡Vístete! ¡Todo el mundo te está mirando!

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —La periodista se quitó los auriculares y las gafas, y no entendía nada. Había cientos de miradas concentradas en ella. Miró a su alrededor y no vio a ninguna chica más en bikini. Como mucho en bañador, las más atrevidas, y con un pareo cubriéndolas de cintura para abajo. Se sintió ridícula. Se incorporó y se vistió lo más rápido que pudo, muerta de vergüenza—. ¡Fatiha me dijo que podía ponérmelo!

—¡Eres la novia de un musulmán! ¡No puedes ir medio desnuda! —espetó él, visiblemente ofendido. Ella nunca le había visto tan enfadado.

—¡¿Ahora sí soy tu novia y no una simple amiga?! —soltó Sara, por fin—. ¡Pues que sepas que aún no ha nacido el hombre que me diga a mí lo que

tengo que hacer o cómo puedo vestir! —La ira, reprimida durante tantos días de silencio, se abrió paso sin remedio—. Así es que... ¡Déjame en paz! —Fuera de sí, descubrió que la madre, la prima, las hermanas, los cuñados y los sobrinos de Saïd estaban contemplando la escena. Ella fundió con la mirada a Fatiha. La otra, lejos de amedrentarse, meneó la cabeza y cruzó los brazos, murmurando «¡Qué vergüenza, qué vergüenza!». La redactora salió corriendo, desesperada, aunque no sabía hacia dónde ir. Deseó que se la tragara la tierra. Corrió y corrió sin parar hasta llegar a unas rocas algo apartadas, y más solitarias. La rabia se apoderó de ella, subiéndole desde las entrañas, logrando que su semblante enrojeciera de cólera, al tiempo que irrumpía en un estrepitoso llanto.

—¡Sara! ¡Sara! —gritó Saïd, que había ido tras ella—. ¡Sara, por favor, espera! Siento haber reaccionado así, ha sido culpa mía. Debería haberte avisado. Ayer era distinto, estábamos en un lugar apartado, fuera del alcance de miradas inoportunas. Compréndelo.

Ella, con el rostro bañado en lágrimas, apenas podía articular palabra.

—¡Claro que es culpa tuya! ¡Todo es culpa tuya! —chilló—. ¡No hablaste con tu familia! ¡No les avisaste de que tu novia venía contigo! ¡Tu NOVIA y no una amiga! ¡Me mentiste!

—Perdóname, yo...—balbuceó él, sin saber qué decir.

—No puedo más, Saïd, no puedo más... ¡Esto no funciona!

Siguió llorando sin parar, durante un buen rato. Él intentó abrazarla, pero no se dejó, y se quedó a su lado callado, sin saber qué hacer.

A la hora de la cena, cuando todos estaban a punto de sentarse a la mesa, Sara se acercó a Fatiha con determinación. La jovencita se enfrentó a su mirada con descaro y desafío.

—¿Por qué me has hecho eso? —preguntó, sujetándola por el brazo. Samira y Guizlane contuvieron el aliento, no entendían qué pasaba. Saïd contempló la escena, desconcertado.

—¡Ay! ¡Me haces daño! ¿De qué estás hablando? ¡Yo no he hecho nada!

La cara de Ibtisam se transformó, y con un gratuito alarde de prepotencia se giró hacia la redactora.

—¡Deja en paz a mi sobrina! Es una mujer como Dios manda, ¡no como tú!—sentenció, llena de furia, echando chispas—. Además, es joven, ¡y musulmana! Con ella debería casarse mi hijo. ¡No contigo! ¡A saber con

cuántos hombres habrás estado!

Sus palabras se le clavaron como miles de pequeños y afilados cuchillos impregnados en un veneno mortal. Miró a su novio, que permanecía mudo, petrificado. Observó a cada uno de los presentes. Nadie habló. Todos callaban, cabizbajos. Dirigió una intensa y directa mirada a los ojos de Saïd que, avergonzado e incapaz de mediar, contemplaba el suelo. El silencio del hombre al que amaba le rompió el corazón más que ninguna otra cosa. Se sintió indefensa, herida de muerte. Decepcionada en lo más profundo. La matriarca, henchida de satisfacción y orgullo, se encaminó hacia la mesa, vencedora, altiva. Respiró hondo, disfrutando de su descomunal e indiscutible triunfo.

Amaneció un amargo nuevo día para Sara. La maleta, desolada, permanecía expectante junto a la puerta de la habitación, lista para el éxodo. No había invertido ni el cuidado ni el mimo que empleó con su ropa la última vez que la llenó. Se aseguró de tener a mano el pasaporte y el dinero. Ignoraba cuándo salía el primer autobús hacia Marrakech y desconocía a qué hora despegaba el próximo avión con destino a Barcelona. Lo único que sabía con certeza es que no se quedaría en ese lugar ni un minuto más. Atravesó el umbral temerosa, con sigilo. Comprobó que, en efecto, todos dormían. Y abandonó la casa, sin testigos. Solo se giró un segundo con la muy leve esperanza de ver a Saïd corriendo tras ella, suplicándole, tratando de retenerla a su lado. Sin embargo, no ocurrió nada. La pacífica Essaouira la despidió sin aspaviento. Con la misma calma e indiferencia que la recibió. Una abominable zozobra oprimía su pecho al tiempo que, paradójicamente, la invadió una extraordinaria sensación de libertad.

Soledad y tristeza fue lo único que la invadió a su retorno al hogar. La cerradura se le resistía, y sus manos torpes y temblorosas dejaron caer las llaves en un par de ocasiones. Cuando, tras varios fallidos intentos, Sara logró el acceso a la guarida, se le antojó más lóbrega que nunca. Como si le faltara una mano urgente de pintura o algo así. Arrastrando pies y maleta caminó hacia el cuarto extenuada, languideciendo... y se desparramó de bruces sobre la cama. Las contradicciones se agolpaban en su mente, atormentándola. Echaba de menos a Saïd y no podía quitárselo de la cabeza ni por un momento. Y, sin embargo, no deseaba volver a verle jamás. La ruptura era definitiva, aunque él aún no lo sabía. Se abandonó a un llanto descontrolado, histérico. Le dio rienda suelta sin más, ahora que podía, recuperada al fin la ansiada intimidad. Se veía a sí misma como la más estúpida de las estúpidas. ¡Pensaba que había encontrado al hombre de su vida! ¡Se creía privilegiada por haberse cruzado en el camino de alguien tan extraordinario y especial! El timbre del móvil, acompañado por una vibración insistente, interrumpió sus lloriqueos. Se apresuró a comprobar quién era, porque si era Saïd no pensaba contestar, desde luego. Pero no era él. El nombre de Alicia parpadeó en la pequeña pantalla luminosa, y una especie de alborozo pueril se apoderó de su atribulada mente. Era la única persona con la que le apetecía hablar.

—¡Hola guapetona! ¡Qué sorpresa! —alcanzó a pronunciar, y su desesperado intento de aparentar normalidad se desgarró en un sollozo, que se esforzó en disimular.

—¡Qué tal mi niña! ¿Cómo te va por esas tierras moras? ¿Han intentado cambiarte por cuarenta camellos? —bromeó.

—Qué va... si estoy en Barcelona.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Pero qué ha pasado?

—Acabo de soltar la maleta hace un minuto. Me he escapado, literalmente. No podía más—explicó, y su tristeza resultaba tan desoladora como elocuente. Las lágrimas bañaron de nuevo su rostro, y cesó en el empeño de ocultar lo evidente.

—¿Y Saïd? ¿No está contigo? —interrogó Alicia, pensando rápido,

tratando de resolver el enigma.

—No, es que... es que...—balbuceó Sara. El deseo de llorar era superior a sus fuerzas, y su embotado cerebro no encontraba las palabras que buscaba.

—Tranquila, estoy contigo. Cálmate. Sea lo que sea seguro que tiene arreglo—la consoló su amiga.

El llanto era ya imparable. No podía contestar. Varios minutos más tarde consiguió calmarse, y eso le permitió hilvanar unas cuantas frases coherentes.

—No, no tiene arreglo, —farfulló, con la voz quebrada—. Hemos roto. ¡Saïd le tiene miedo a su madre! ¿Te lo puedes creer? ¡Esa mujer es una bruja! ¡Y me odia!

—¿Te has venido desde allá abajo tú sola sin que él haga nada para impedirlo?

—Sí. Así es.

—¿Y no ha corrido detrás de ti para permanecer tu lado y demostrar que está de tu parte? —exclamó Alicia, que a duras penas podía contener la rabia. Sus niveles de adrenalina debían de estar por las nubes—. ¿Pero qué demonios le pasa a ese hombre! ¿Es que no tiene sangre en las venas! —añadió, llena de ira, alejando el móvil de su oreja, mientras daba vueltas de un lado a otro de la habitación. Unos suaves golpes en la puerta le recordaron que no estaba sola.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz pausada.

—Sí, mamá, no te preocupes, cosas del oficio, ya sabes...

—¡Trabajas demasiado, hija, tienes que descansar! Bueno, no tardes, que la cena está lista.

—¿Alicia? ¿Estás ahí? —inquirió Sara.

—Sí, cariño, aquí me tienes. Es que me he quedado helada. No esperaba algo así de Saïd, con esa carita que tiene de no haber roto nunca un plato. Es muy fuerte.

—Tenemos tanto de que hablar... ¿Dónde estás?

—En mi pueblo. ¿Por qué no te vienes? ¿Qué vas a hacer ahí sola? ¿Darle vueltas al tarro hasta enloquecer?

—No sé... acabo de llegar, ni siquiera he deshecho la maleta.

—¡Mejor! ¡No la deshagas! Descansa esta noche y mañana coge el primer tren hasta Huesca. Te iré a buscar a la estación, como siempre. ¡Venga, Sara!

—¿Estás segura? No quiero molestar, tus padres ya son mayores.

—¿Molestar, tú? ¡Anda ya, no seas tonta! Mis padres te adoran. A veces creo que te quieren más que a mí.

—La verdad es que te echo mucho de menos.

—Yo a ti también, niña. Entonces qué, ¿te animas?

—Hum... Vale. Creo que me irá bien un cambio de aires.

—¿Sí? ¡Perfecto! Envíame un mensaje desde el tren cuando estés cerca y pasaré a recogerte, ¿ok?

—Gracias, Alicia, eres un sol. No sé qué haría sin ti.

—Hasta mañana, cielo, que descanses.

—Hasta mañana.

Al colgar, Sara descubrió que tenía tres llamadas perdidas de Saïd. El corazón luchó contra la razón... y finalmente venció el orgullo. No le devolvería las llamadas. Estaba demasiado dolida. Necesitaba pensar. Tomarse un respiro, lejos de él. Pero en el fondo sintió un profundo alivio. Que hubiera intentado localizarla implicaba, como mínimo, que pensaba en ella.

A la mañana siguiente, entrando ya en el mediodía, Sara y la sufrida maleta se apearon del tren, en Huesca. Aunque hacía sol, el calor era algo más suave que en Barcelona, y desde luego mucho más que en Essaouira. Atravesó el andén, cabizbaja. Conocía el camino, no era la primera vez que lo recorría. Apoyada en el viejo Land Rover de su padre ataviada cual vaquera, excepto por la carencia de sombrero, la amiga observó su andar cansino y trágico. Ella aún no la había visto. Analizó sus movimientos con ternura, y la percibió abatida. Eso sí, lucía un bronceado envidiable que contrastaría, sin duda, con su tez blanquecina. De repente, como si retornara al mundo de los vivos tras una larga ausencia, Sara alzó la cabeza y la podóloga levantó los brazos, saludándola con entusiasmo. Corrieron la una hacia la otra y se abrazaron con fuerza. Las lágrimas resbalaron, traicioneras y silenciosas, por las cuatro mejillas. Tenían tanto de que hablar... y la tranquilizadora sensación de disponer de todo el tiempo del mundo.

Como cada tarde, Saïd salió a estirar las piernas y a tomar el aire, a solas. Necesitaba meditar, hallar una respuesta. Amaba a Sara y no estaba dispuesto a perderla. No obstante, debía honrar y respetar a su madre hasta el fin de sus días. Como único varón de los Bakali se sentía responsable, poseía la obligación de cuidar a las mujeres del clan, cumpliendo con el papel de cabeza de familia que le correspondía. Se preguntaba cómo estaría. Sus repetidos intentos de localizarla habían sido en vano. No contestaba al teléfono. Y no le extrañaba. Se había comportado como un cobarde aquel día. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Contradecir a su progenitora delante de todos? Hay asuntos que deben solventarse en privado. Claro que... habían transcurrido varios días desde que su novia se fuera y aún no había reunido el valor suficiente para mantener una seria charla con mamá. Se enfrentaba a un dilema difícil de resolver. No estaba dispuesto a traicionar a una, ni a decepcionar a la otra. Difícil encrucijada.

A su retorno al domicilio familiar percibió de inmediato el cálido aroma a té con hierbabuena, recién hecho. Detalle que, unido a la entonación cortés de la voz de su madre, le indicó que había visita.

—¿Dónde te metes, hijo? Te estábamos esperando —expresó Ibtisam apenas puso él un pie en el salón—. Tus tíos de Vic han venido a verte y a conversar contigo —explicó, mientras recibía el apretón de manos de Mohammed y Latifa, los padres de Fatiha, un tanto desconcertado. La actitud de la matriarca no le tranquilizaba. El progresivo rubor en las mejillas de su tía, tampoco. El joven tomó asiento. La señora Bakali sirvió el té.

—Me ha explicado tu madre que te estás abriendo camino en España con gran facilidad —comentó su tío Mohammed—. Te dedicas a la investigación, ¿no es cierto? —inquirió, mirándole a los ojos, y bebió un sorbo de té—. Además, colaboras en la redacción de un periódico como intérprete. Inteligente y trabajador, un auténtico Bakali. Tu padre se sentiría muy orgulloso.

—Hago lo que puedo, tío. Ya sabe usted que en España no es fácil. Los precios son altos y los sueldos bajos —argumentó, aunque sus pupilas delataban un gran interrogante—. A veces me arrepiento de no haberme ido a

Francia, por ejemplo —añadió.

—A mí me ha ido bien en Vic. Nunca me ha faltado trabajo en la construcción. ¡Si yo hubiera podido estudiar otro gallo cantarí! Valora la suerte que tienes, hijo.—Le propinó unas palmaditas en el muslo y bebió otro sorbo—. En fin, todo lo que haces está muy bien, pero ya tienes... ¿treinta y tres años?

—Treinta y cinco —corroboró Saïd, incómodo. Observó a su madre por el rabillo del ojo y esta disimuló.

—Tu prima Fatiha ha terminado el bachillerato y no quiere seguir estudiando. Le hemos dado la oportunidad de hacerlo. A mí me gustaría que fuera a la universidad, como sus hermanos mayores, y bien sabe Dios que he procurado convencerla por todos los medios. Pero a ella lo que le gusta es quedarse en casa ayudando a su madre en las tareas del hogar. Cocina de maravilla y prepara unos dulces... ¡para chuparse los dedos! Una mujer como Dios manda. Además es hermosa, ¿no crees? —expuso Mohammed, analizando la expresión del chico que, desesperado, buscaba mentalmente una salida airosa y elegante a esta encerrona que, sin duda, era obra de la anfitriona.

—Sí, es muy guapa. No le faltarán pretendientes, puede estar tranquilo —afirmó, desafiante.

—Verás, tu tía y yo nos llevaríamos una inmensa alegría si hubiera alguna posibilidad de que tú y tu prima...

—No siga por ese camino por favor —le interrumpió, clavando sus pupilas en la artífice de semejante artimaña. Ibtisam dio un respingo, bajó la mirada y le pidió a su hermana que la acompañase a la cocina, momento que Mohammed aprovechó para hablar sin tapujos, en un tono menos formal y más confidencial.

—Ya sé que andas metido en un lío de faldas, hijo, no hay de qué avergonzarse, yo también he sido joven. Las españolas ya se sabe... ¡son muy ardientes! ¡Te vuelven loco! Divertirse durante un tiempo está bien, sin embargo, llega un momento en que uno tiene que sentar la cabeza. ¡Ya no eres un niño! Eres un hombre hecho y derecho.

—Con todos mis respetos, tío, está usted equivocado —se defendió Saïd en un tono firme y contundente—. No tengo ningún lío de faldas. Sara es mi novia, la quiero. Y voy a casarme con ella.

Ibtisam, que lo había oído todo, apareció en el salón sofocada y con una mano en el pecho.

—¿Qué has dicho? ¡Pero cómo te atreves! —escupió, fuera de sí—. ¡Cómo puedes faltarme al respeto así, delante de mi hermana y de mi cuñado! ¡Si tu padre levantara la cabeza! ¡Ay Dios mío! ¡Qué disgusto! ¡Criar un hijo para esto! —espetó, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y el rostro desencajado, desparramándose en el sofá.

Latifa, aturdida, desbordada por la situación, se sentó a su lado y trató de consolarla.

—Cálmate, Ibtisam, te subiré la tensión. Tienes que tranquilizarte, son cosas de jóvenes, ya se le pasará —la consoló, sujetándola por el brazo, dándole palmaditas en la mejilla.

—Mi hijo querido, el que llevé en mis entrañas, deshonrándome de esta manera... ¡Mi único varón!—se lamentó, a punto de estallar en llanto. El biólogo se incorporó nervioso, dubitativo.

—Tío Mohammed, tía Latifa. Siempre es un honor para mí su presencia en mi casa —declaró volviendo a apretar sus manos y a besar sus mejillas—. Fatiha es una muchacha excelente y le deseo lo mejor, pero no voy a casarme con ella. Madre, tú y yo tenemos una conversación pendiente. Y ahora, si me disculpan—concluyó—, necesito salir a tomar el aire.

—¿Otra vez? —soltó Ibtisam—. ¿Y la cena?

—¡No tengo hambre, mamá!—afirmó, y salió dando un portazo.

Aunque regresó tarde, su madre le esperaba despierta, echada en el sofá del salón. Saïd sintió que el corazón le daba un vuelco. No soportaba que estuviera enfadada, le dolía en lo más profundo. Era una situación nueva para él, desconocida. Se acercó sigiloso y se sentó a su lado. La besó en la cabeza, le cogió la mano... Por unas décimas de segundo, a ella se le relajaron las facciones, y ambos tuvieron la sensación de que todo volvía a ser como antes. Hasta que el joven decidió romper el hechizo.

—Siento haberte gritado, mamá—murmuró, con una mirada de arrepentimiento.

—No hace falta que te disculpes. Eres mi hijo, pero también el hombre de la casa.—La mujer esbozó una leve sonrisa.

—Sara es estupenda y tiene un gran corazón. Si te abrieras a conocerla te gustaría, lo sé.

—Esa no es la cuestión, Saïd, sino que no es musulmana. No puedes casarte con una cristiana.

—¿Por qué no? He leído el Corán decenas de veces y conozco bien los

dictados del Profeta Mahoma. Nada impide que un hombre musulmán contraiga matrimonio con una no musulmana.

—Con la firme finalidad de que ella se convierta al islam, para ganar una adepta más. ¿La vas a convertir? ¿Vas a imponerle nuestras leyes? —inquirió Ibtisam, apretando su mano con fuerza—. Te conozco demasiado bien para saber que no lo harás.

—Si ella desea abrazar el islam libremente puede hacerlo cuando quiera. El islam no se impone, madre, tú lo sabes.

—¿Y los hijos? ¿Cómo los educaréis? ¿Como musulmanes, como cristianos o como bestias salvajes, sin valores ni creencias?

—¿Y si no tenemos hijos? Casarse no obliga a procrear. No es imprescindible. Es una decisión delicada, mamá, no debe tomarse a la ligera.

—¿Acaso mi único descendiente varón no piensa darme nietos? ¡Lo que me quedaba por oír! —exclamó, elevando el tono—. Además, es demasiado mayor para ti. ¡Te conviene una mujer joven y virgen!

—Sara tiene mi edad. ¿De verdad pretendes que me case con una niña? —alegó el biólogo, perdiendo la paciencia.

—¡Fatiha no es una niña! A sus años, yo ya era madre. ¡Es perfecta para ti!

—Los tiempos cambian, mamá, por favor...

—¡No te cases con esa cristiana, por Dios, hijo! Es lo único que te pido.

—¿Prefieres que vivamos en pecado?

—¡Sí! ¡Porque sé que tarde o temprano recuperarás el juicio y la dejarás!

Saïd se incorporó, no podía más. Era un hombre tranquilo, pero todo tiene un límite.

—No voy a dejar a Sara, madre, no es algo pasajero, es la mujer de mi vida. Para mí no hay otra. La amo. ¿Entiendes lo que es el amor?

—Cometes un grave error. El matrimonio debe tener su base en algo sólido y duradero. ¡El amor se acaba!

—¿Es que tú no amabas a mi padre?

Se hizo un silencio. Madre e hijo intercambiaron miradas desafiantes. No hubo respuesta. Tras varios segundos de tensión, Ibtisam se levantó y le señaló con su dedo acusador.

—Nunca la aceptaré, ¿me oyes? ¡Nunca! ¡No tienes mi bendición ni la tendrás jamás! Si te casas con ella dejarás de ser mi hijo.

—Sé que no lo dices de verdad. El tiempo te hará cambiar de opinión.

—¡Nada me hará cambiar de opinión! Si te casas con esa cristiana vieja no pisarás más esta casa. No mientras yo viva, ¿lo entiendes? ¡Nunca más!

Said abrió la boca para seguir hablando y la volvió a cerrar. Ya no le quedaban argumentos. Se sentía agotado, sin fuerzas, sin ganas de seguir discutiendo. Cabizbajo, dio media vuelta y se fue.

Una brecha profunda horadaba su alma. Y su corazón... ya estaba en España.

La impaciencia por llegar al nido que compartían, le devoraba por dentro. Deseaba volver a ver su cara, sus ojos... besar sus labios, estrecharla contra su cuerpo, percibiendo los latidos de su corazón, aspirar el característico perfume de su cabello, jugueteando con sus dedos entre los rebeldes rizos, siempre enredados. Compartir con ella ese mundo que juntos habían edificado a su medida, entre las paredes del dormitorio.

—Sara, cariño, ya estoy en casa —anunció, depositando la maleta en el vestíbulo y echando un vistazo a su alrededor. Todo yacía inerte—. ¿Sara? ¿Dónde te metes?

La luz desconectada. La nevera desierta. El armario ropero semivacío, tal y como lo dejaron antes de partir hacia Marrakech. El marroquí no salía de su asombro. Resultaba evidente que ahí no había nadie. Extrajo su móvil y por enésima vez se dispuso a efectuar otro infructuoso intento de llamada. No sirvió de nada. No respondía. ¿Y si le había pasado algo en el trayecto de Marruecos a España? Un pellizco de angustia se instaló en la boca de su estómago. No debió dejarla marchar sola. Se comportó como un niño, como un estúpido. Entonces, como si le hubiese adivinado el pensamiento, se topó con una nota sobre la cama, a modo de respuesta a sus interrogantes:

«Estoy bien. No me han secuestrado y el avión no se ha caído al mar. Hemos roto. No me busques. No me llames. No quiero verte más. Cuando vuelva a casa no deseo encontrar nada tuyo. Fue bonito mientras duró. Espero que seas feliz y te cases con la musulmana que a tu madre le plazca. Adiós Saïd».

Incrédulo, el joven arrugó el papel y lo tiró al suelo. No podía ser verdad. No estaba hablando ella, sino su ira. *«Se le pasará, seguro».* Se dijo. *«¿Dónde se habrá metido? ¿Habrá ido a Granada a ver a su familia...?»* Aturdido y exangüe, a duras penas logró discernir que lo que de verdad necesitaba era una buena ducha y dormir. *«Mañana será otro día, si Dios quiere».*

Nueve horas más tarde el biólogo veía las cosas mucho más claras. Bien, si Sara precisaba de un periodo de soledad para meditar lo entendía. Pero si

pensaba que él la iba a perder así sin más, no le conocía lo suficiente. La quería. Y no tenía ninguna duda acerca del amor que ella le profesaba, por lo tanto, con paciencia, y algo de tiempo, todo se arreglaría. Salió a desayunar, compró un diario y llamó a Nadir. Su amigo le respondió con la alegría y el entusiasmo del que siempre hacía gala, algo que le reconfortó profundamente, en un momento en el que sentía que las personas a las que más quería le daban la espalda.

—¡Hombre Saïd! ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde estás?

—En Barcelona, llegué ayer mismo. ¿Y tú qué tal? ¿Estás en Barberà?

—Sí. ¡Se acabó lo bueno, amigo! Imagino que tienes que contarme un montón de cosas. ¿Y Sara? ¿Está contigo? ¿Tu madre la ha aceptado?

—Pues verás, no sé ni por dónde empezar...—titubeó—. ¿Podrías acogerme en tu piso durante un tiempo?

—¡Claro! Mi casa es tu casa, ya lo sabes. ¿Qué ha pasado? ¿No habrás roto con Sara?

—Mmm... Algo así. Aunque prefiero calificarlo de crisis transitoria.

—Vente y me lo cuentas.

—Gracias, tú sí que eres un buen amigo.

Echaba de menos Barberà del Vallés. La ciudad le deprimía. Le aturdía ese ruido constante, esa ininterrumpida sensación de apremio que infectaba a toda su población. A cualquier hora la gente transitaba de aquí para allá, como un ejército de autómatas. Miles de rostros absortos en algún punto lejano indefinido hacia el que parecían dirigirse todos, sin excepción. Nadie se detenía a pensar, a preguntarse hacia dónde iba y por qué. ¿A qué venía tanta prisa? No lo comprendía. Procuraba no dejarse engullir por semejante sinsentido. La vida de pueblo era otra cosa. En Barberà conocía a mucha gente y el ambiente era más familiar.

Nadir le acogió en su hogar como a un hermano. Se abrazaron con sincero afecto, propinándose palmadas en la espalda, intercambiando esas típicas expresiones de los colegas que se conocen de antaño. Se rieron, emocionados. Saïd acarreó los bultos a su antiguo cuarto y su amigo corrió a la cocina en busca de algo de picar y unos refrescos.

—Cuéntame qué ha ocurrido—solicitó el rifeño, mientras sus ojos verdes escrutaban las negras pupilas de su interlocutor.

—Ha sido un desastre. Mi madre no la acepta. No hay manera. Ni siquiera me escucha. Le ha hecho la vida imposible. Sara es muy sensible y no lo resistió. Una mañana, cuando me desperté, ya no estaba. Desapareció sin

más, sin dar ninguna explicación. Y en Barcelona tampoco hay rastro de ella. La he llamado cientos de veces y no coge el móvil.

—Alicia se ha ido unos días fuera. Puede que esté con ella—exclamó como si acabara de resolver un misterioso enigma.

—¿Ah sí? ¿Adónde? —preguntó Saïd, esperanzado.

—Al pueblo de sus padres, en Huesca. Pero dale un margen de tiempo, ya sabes cómo son las mujeres cuando se enfadan. Además, creo que tu madre tiene razón. Deberías dejarte de tonterías y casarte con una buena musulmana, como voy a hacer yo. ¡Te estás buscando complicaciones absurdas! Ni Sara ni Alicia pertenecen a nuestro mundo. Lo sabes.

—Antes de conocerla pensaba igual que tú. Ahora todo es diferente. Es mi mujer, la única. No quiero estar con ninguna que no sea ella. No lo entiendes porque no estás enamorado, Nadir.

—Ahora sí... ¡De mi futura esposa! Es la muchacha más bonita que vi jamás. La más dulce. La más encantadora. Espera... tengo una foto —comentó, sacando su billetera y mostrando el retrato, orgulloso—. ¡Mira! ¿No es la cosa más linda que has contemplado en tu vida?

Saïd contuvo el aliento. Tomó en sus manos la imagen con extremada delicadeza, como quien sostiene un frágil objeto.

—Sí... Es realmente bella. Muy, muy guapa. Sin embargo, no la has escogido tú. Tu madre lo ha hecho por ti.

—Y lo ha hecho bien. ¿Qué más da? Si la elegida no me gustase, la hubiese rechazado y punto.

—¿Cómo se llama?

—Najwa. Incluso su nombre es hermoso. Me ha tocado el corazón, te lo aseguro.

—Me alegro mucho por ti, pero... ¿se lo has contado a Alicia?

—Eso a su debido tiempo.

—Nadir, no estás jugando limpio—sentenció Saïd, con una mirada acusadora—. Tienes que decírselo.

—Alicia no es como Sara, nunca hemos ido en serio y no le he prometido nada. Cuando llegue el momento lo entenderá, estoy seguro—se justificó el rifeño.

—El corazón de la mujer no es como el del hombre. Es frágil y vulnerable. Puede hacerse añicos con una facilidad que ni te imaginas. Prométeme que hablarás con ella lo antes posible.

—Está bien. Te lo prometo, señor Honrado —afirmó Nadir con una

sonrisa que convencería a cualquiera. Saïd le propinó unos toques en el hombro, satisfecho, y estrechó fuertemente su mano.

—¡Y enhorabuena por tu próximo enlace! Estoy convencido de que vais a ser muy felices.

—Vendrás a mi boda, supongo—sentenció con firmeza el rifeño.

—¡Hombre por supuesto! No me la perdería por nada del mundo.

—Oye, ¿y por qué no le envías un bonito email a Sara en el que le expreses tus más profundos sentimientos? Tú que eres tan poeta y tan filósofo... Esté donde esté habrá un ordenador.

—¡Tienes razón! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ella lleva su portátil a todas partes.

—¿Cenamos o qué? —Nadir se incorporó de un salto y se tocó la tripa, que rugía a modo de protesta.

—Venga, a ver qué tienes en el frigorífico, que te conozco —respondió Saïd, echándole un brazo por encima de los hombros mientras se encaminaban hacia la cocina—. A saber, qué porquerías habrás comido en mi ausencia.

Sara abrió los brazos de par en par y giró sobre sí misma, cautivada por el bello paisaje pirenaico que la rodeaba. A lo lejos, resplandecientes cimas nevadas se alzaban majestuosas, retando al sol.

—Me cuesta creer que abandonarás esta maravilla por tu propia voluntad. Estos parajes son el sueño de cualquier escritor. ¡Se respira paz!

—Hasta ahora nunca me había parado a valorar lo que dejé atrás —Alicia se apoyó en el tronco de un árbol centenario, suspirando—. Las decisiones que se toman durante la adolescencia no siempre son las más acertadas. Mis padres me lo consentían todo, ya sabes. Hija única, concebida cuando habían perdido ya toda esperanza. Imagínate lo que supuso para ellos mi nacimiento. Me mimaron demasiado, esa es la verdad. Así es que cuando expresé mi deseo de partir lo aceptaron con naturalidad, sin oponer la más mínima resistencia. ¡Era una cría! Supongo que si creces en un ambiente urbano echas de menos la naturaleza; pero si te crías en plena montaña sueñas con salir del pueblo y largarte a la gran ciudad. Eso es lo que me pasó a mí—añadió, trazando un dibujo abstracto con un trozo de rama, sobre la tierra húmeda—. Después, la propia vida te lleva, mientras haces girar la rueda como un hámster, sin detenerte a reflexionar, por temor a descubrir que no era eso lo que querías.

—¿En serio te sientes así? Pero si a ti te gusta tu oficio. Te apasiona, ¿no es cierto? —inquirió Sara, sentada en una roca.

—Sí, no puedo negarlo. Es mi vocación desde que no era más que una mocosa. Aun así, creo que en algún período de mi existencia solté el timón y perdí el rumbo. ¿Qué otra cosa he hecho además de realizarme en el ámbito profesional? —Se incorporó, con cierta expresión de hastío—. ¡Mírame! Me he convertido en una adicta al trabajo.

—¡Anda, ya, no exageres! —sentenció la otra—. Te has centrado en tu carrera, ¿y qué? Eres muy joven. Tienes todo el tiempo del mundo por delante para dedicarte a otras cosas. Por cierto, ¿hablaste con Nadir?

—No he encontrado el momento.

—Tienes que decírselo. Si alargas mucho la espera acabarás sufriendo.

—Sí, lo sé, tienes razón. Pero temo que salga corriendo en cuanto le hable

de sentimientos. Me gusta demasiado, y no quiero perderlo.

—Tú eres fuerte. Saldrás adelante, pase lo que pase. ¡Ojalá yo fuese como tú! ¿Qué, nos movemos? —sugirió, sacudiéndose la parte trasera del tejano, callada de repente. Un halo de tristeza ensombreció su rostro.

—Vamos.—Alicia sujetó a Sara por el brazo, en actitud protectora. Sabía que lo estaba pasando mal, que se debatía en el terrible conflicto de olvidar a Saïd para siempre o... perdonarle. Él, por su parte, había intentado contactar con ella de mil maneras, infinitas veces. Primero eran llamadas. Después llegaron los emails. Interminables cartas llenas de sentimientos que la redactora leía con avidez, haciendo verdaderos esfuerzos para vencer la tentación de responder.

Caminaron en silencio. Cada una sumida en sus propios pensamientos. Se encontraban en plena naturaleza. El paisaje invitaba a la meditación. Un excursionista solitario se les acercó decidido, con ademán de preguntar algo.

—¡Alicia! ¡Cuánto tiempo! ¡Dichosos los ojos!

—Ho... Hola. Perdona, es que...

—Ya veo que no sabes quién soy. Lo entiendo, estoy algo cambiado —alegó el desconocido, quitándose las gafas de sol. Ella se tapó la boca con las manos, sorprendida.

—¡Alfredo! ¡No te había reconocido, con las gafas! Porque tus ojos son... inconfundibles. ¡Estás estupendo! —exclamó, abrazándole. Su amigase quedó rezagada, con una sonrisa en los labios.

—¡Tú tampoco estás nada mal! El paso de los años no ha hecho más que favorecerte. ¿Y tu acompañante?

—¡Ay sí, perdona! Os presento. Esta es Sara. Es como una hermana para mí —aclaró—. Él es Alfredo—añadió, mirándola—, un viejo amigo muy especial. De niños, éramos uña y carne. Es un experto montañista, ¡para ir de excursión no hay mejor guía!

—Encantada de conocerte —dijo Sara, besando las mejillas del joven.

—Estudiaste podología, ¿no? —preguntó el chico—. ¿Y qué tal? ¿Cómo te va? ¿Te has casado? ¿Tienes hijos?

—¡Qué va! Soy podóloga y nada más. Me va bastante bien, eso sí. Monté un centro en Barcelona y tengo mucha clientela, no me puedo quejar. Aunque sigo solterita y sin compromiso —soltó, con un guiño zalamero. Sara la miró por el rabillo del ojo, incrédula—. ¿Y tú?

—Pues estudié enfermería y trabajo con la podóloga del pueblo, precisamente. También sigo soltero, aunque en mi caso es comprensible, pero

en el tuyo no lo entiendo. ¡Los hombres de tu alrededor deben de estar ciegos!

—No seas adulator... ¿Trabajas con doña Matilde? ¿Sí? ¡No te creo! Pero si debe de ser viejísima. ¿Aún no se ha jubilado?

—Bueno, es lo que intenta. Quiere traspasar el negocio, aunque no a cualquiera. ¡Y ahí estamos!

—¿Ah sí? Puede que me interese. Ya pasaré a hablar con ella.

—¿En serio dejarías la gran ciudad para regresar a este pueblucho?

—Mis padres ya son mayores y cada vez tienen más achaques. Me necesitan.

—Claro, claro, lo comprendo. Pues nada, pásate cuando quieras. O llámame —invitó el excursionista, extrayendo una tarjeta de su bolsillo. Alicia, a su vez, le entregó otra—. ¡Bueno, guapísimas! La compañía es muy grata, pero debo continuar. Espero que nos veamos por el pueblo, ya sabéis dónde encontrarme. ¡Me alegro muchísimo de verte!

—Yo también, Alfredo. ¡Nos vemos! —se despidieron con el habitual intercambio de besos. Le observaron, mientras se alejaba.

—¡Estabas coqueteando descaradamente! —acusó Sara.

—¿Yo? ¡Qué va! Es un antiguo buen amigo, eso es todo. Hacía lustros que no tenía noticias de él y me ha hecho mucha ilusión encontrármelo después de tanto tiempo.

—¡Te he visto con mis propios ojos, niña! —insistió la periodista, con los brazos en jarra—. ¡Reconócelo!

—Es que, si lo hubieras visto hace quince años... ¡no parece el mismo! Pesaba veinte kilos más y llevaba una de esas horribles gafas de culo de botella, ¿sabes las que te digo? ¡Ahora está guapísimo!

—¿No estabas tan enamorada de Nadir hace apenas cinco minutos...?

—¡Ay, chica! No seas aguafiestas, que la vida son dos días y a nadie le amarga un dulce.

—¡No tienes remedio!

Continuaron su camino, cogidas por la cintura. El casual encuentro había elevado los ánimos, en especial el de Alicia. Cada dos por tres suspiraba murmurando «*mi querido Alfredo... si no lo veo no lo creo*».

Se respiraba un aire puro incomparable y el sol iluminaba hasta el último recoveco del sendero. Ya se les hacía la boca agua imaginando qué exquisito guiso casero habría preparado doña Benita, que se empeñaba en seguir cocinando con sus propias manos pese a la inestimable labor de Juana, la

señora que la ayudaba con las tareas domésticas.

Mi querida princesa,

La vida sin ti es insulsa. Te echo mucho de menos. Dame una segunda oportunidad, te lo suplico. Entiendo que estés enfadada, me comporté como un cobarde. Te pido disculpas una y mil veces por no haber estado a la altura que tú te mereces. Lo siento. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido y no deseo perderte de esta forma tan absurda. Ya no concibo mi mundo sin ti.

Ahora estoy en el piso de Nadir, en Barberà, esperando que amaine la tormenta, estos cuatro nubarrones grises que pasarán de largo sin dejar rastro, lo sé. Después de la tempestad viene la calma. Nuestro destino es estar unidos. Juntos superaremos cualquier obstáculo, a pesar de lo que diga mi familia. Si no me dices dónde estás no pasa nada; si no quieres contestarme lo comprenderé. Aun así, te esperaré el viernes a las seis en el Zúrich. En el interior del local, en la parte de arriba. Si lo que ha habido entre nosotros significa algo para ti, acude a la cita, por favor. Necesito verte, hablar contigo, aclarar las cosas. Y decirte a la cara lo que siento: Te quiero, Sara. TE QUIERO. Y para mí no hay otra. Eres la única.

Recibe mil y un besos de tu *habibi*,
SAÏD

—¡Qué hago, Dios mío, qué hago!—repitió Sara, ocultando su cara entre las manos.

—Ve a su encuentro—concluyó Alicia levantándole la cabeza, obligándola a descubrirse el rostro—. Es lo que deseas. Lo veo en tus ojillos suplicantes—continuó, abrazándola con ternura maternal—. Te llevaré, no te preocupes.

—Eres la voz de mi conciencia.

—Lo sé, mi niña, lo sé.

Le pesaban los párpados. Sus pupilas se empañaban, una y otra vez, en enfocar la pantalla buscando un punto fijo en el que detenerse, como el escote de la presentadora, por ejemplo. Era inútil. La noticia de la última catástrofe acontecida en no sabía qué punto del planeta se mezclaba en su subconsciente con la entrañable mirada de Najwa, el parte meteorológico de los próximos tres días y el rostro ojeroso de Alicia. Logró entreabrirlos un segundo y... zas, se le cerraron de nuevo. Ocupaba el sofá de extremo a extremo. Un periódico extendido, abandonado sobre su pecho, subía y bajaba pausadamente al ritmo de su respiración. «*Eso es todo por hoy, señores, buenas tardes*», comentó la atractiva señorita a la par que la melosa Ana murmuraba: «*ven a mí, semental...*» y una voz dulce, aunque mucho más masculina, añadió, zarandeándole con suavidad: «*¿el Bonotren que te presté?*» En ese instante su brazo resbaló hacia abajo y se golpeó la mano con el suelo.

—¡Qué! ¿Qué ha pasado! —Nadir se medio incorporó en el sofá, sobresaltado y con los ojos muy abiertos.

—Tranquilo, tranquilo, no ocurre nada—susurró su compañero de piso, arrancándolo del paraíso onírico.

—Por Dios, Saïd, acababa de cerrar los ojos.

—Lo siento, no era mi intención asustarte. Es que necesito mi Bonotren.

—Lo dejé ahí encima, en la estantería —señaló, haciendo un colosal esfuerzo—. ¡Eh! ¿Dónde vas tan guapo a estas horas?—añadió, mirando a su amigo, y se tumbó de nuevo.

—Tengo una posible cita en Barcelona.

—¿Has quedado con Sara?

—Eso creo. No sé si se presentará.

—Lo hará, tranquilo. ¡Está loca por ti! Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Gracias, Nadir, y perdona por haberte despertado. Ya me voy, disfruta de tu siesta.

—Ok, no te preocupes... ¡Hasta luego!

Le encantaba el Zúrich. Lo que más le gustaba era sentarse en una mesa de la terraza y observar a la gente a su paso. Cuando deseaba mayor intimidad,

sin embargo, prefería la planta superior del local. También se veía un pedacito de calle, aunque desde arriba, perspectiva que le otorgaba un mayor anonimato. La paciencia, una de sus mayores virtudes, le había abandonado. Ansiaba verla. ¡Ahí estaba! Vislumbró su silueta en la distancia y reconoció al vuelo su andar, la manera discreta de intercalar sus pasos entre la muchedumbre sin llamar la atención. El habitual tono sonrosado de sus mejillas se intensificó al penetrar en el local. Alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Sara se mordió el labio inferior y sintió flaquear sus piernas, mientras subía las escaleras. Saïd pudo percibir su tristeza, que se le clavó en el alma, como una estaca. Era obvio que se sentía frágil, como una gaviota herida. Se incorporó para recibirla con su mejor sonrisa, pero no le correspondió. Decepcionado, ocupó su silla de nuevo.

—Hola —musitó ella, sentándose. No hubo beso. Ni siquiera un leve acercamiento físico. Por fuera, era pura frialdad; por dentro, la sangre bullía atribulada, bombeando el corazón con desespero frenético.

—Gracias por venir, Sara. Te he echado tanto de menos...—expresó, intentando acariciar sus manos, sin éxito—. ¿Cómo estás? —inquirió, con ojos de carnero degollado.

—¿Cómo crees tú que estoy?

—Yo te veo guapísima, como de costumbre —respondió él, tratando de parecer lo más dulce posible, dibujando apenas una tenue sonrisa destinada a desvanecerse sin remedio, víctima de una muerte súbita. Las pupilas de la joven habían perdido hasta el último atisbo de su brillo chispeante. Le incomodaba su frialdad, la dureza de su voz. Se encontraba ante una Sara desconocida—. Perdóname. Lamento lo que sucedió en Marruecos. Te pido disculpas por no haberte defendido, por permitir que mi madre te tratara de esa manera tan... inadecuada.

—¿Inadecuada? ¡Iba a por mí! No me daba ni un respiro. ¡Y tú lo permitías!

—¿Qué podía hacer? Es mi madre.

—¿Y las artimañas de tu prima? ¡Me humilló! ¿Y tú le dijiste algo? ¡No! Te quedaste callado como un muerto.

—La situación me desbordó, soy un hombre tranquilo, ya lo sabes. No entiendo esas rivalidades que se crean entre vosotras. ¡Son líos de mujeres!

—¿Líos de mujeres? —Sara estaba cada vez más enfadada. La situación, más que aclararse, se complicaba.

—¡Lo siento! Soy humano, cometí un error —Saïd se afanaba en

justificarse de mil maneras—. Permíteme rectificar. Te quiero.

—¡Ja! ¡Seguro! —respondió ella, con ironía.

—Es la verdad. Te amo, Sara. Y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—¿Aunque tu mamaíta no me acepte? ¿Acaso vas a llevarle la contraria? —añadió con amargura, a punto de echarse a llorar—. ¡No te creo!

—Entiéndelo, es mi madre, debo honrarla y respetarla hasta el día de su muerte. Pero eso no me impide amarte como te amo. ¿Y tú? ¿Es que ya no me quieres? ¿Vas a rendirte a la primera dificultad?

Sara se mantuvo en silencio durante unos segundos que a Saïd se le antojaron eternos. Tenía los ojos fijos en ella, imperturbables. La redactora esquivó la mirada, con desasosiego.

—Claro que te quiero, ¡por desgracia! Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que el amor no basta. Somos muy distintos. Eres demasiado reservado conmigo. Yo soy un libro abierto. ¡No tengo secretos! De mí lo sabes todo. ¿Y qué es lo que sé yo de ti? Nada. No eres más que un interrogante, un enigma, una idealización...

—Soy muy reservado, es cierto, por eso quise que vieras mi mundo con tus propios ojos, para que juzgaras por ti misma.

—Y luego están las diferencias culturales. Se me plantean numerosas dudas. Tengo miedo. ¿Y si tenemos hijos? ¿Cómo los educaremos? Tú querrás que sean musulmanes, ¿no es cierto?

Saïd se quedó callado, dudando, intentando hallar el argumento más satisfactorio y menos conflictivo, antes de continuar.

—Puede que decidamos no tenerlos—farfulló al final, confirmando los peores temores de Sara. Una profunda angustia se apoderó de ella. No lo veía claro. Lo quería, y deseaba besarle más que ninguna otra cosa pero no podía ser. No funcionaría. Estaba cada vez más convencida de que se trataba de un amor imposible.

—¿Y si yo deseo tenerlos?

—Si quieres tener un hijo conmigo debe ser musulmán. Para mí no hay otra opción. Prefiero no ser padre antes que no educar a mi hijo de acuerdo con las leyes del islam.

—¿Entonces qué margen de libertad para decidir me queda a mí? O sea que, o no tenemos hijos, o los tenemos y los educamos como musulmanes. Solo me das dos alternativas. ¿Y si no estoy de acuerdo con ninguna?

—Cuando llegue el momento de tomar esa, y muchas otras decisiones, nos sentaremos a debatir el tema. Todas las parejas tienen desacuerdos, aunque

compartan las mismas creencias. Cualquier conflicto se puede resolver con amor y comprensión. Unas veces cederé yo, otras tú.

—Hay temas irreconciliables, Saïd. En algunos asuntos no estamos de acuerdo, pero es que en otros tenemos puntos de vista opuestos. Eso, por un lado. Y por otro, ya no confío en ti. Cada vez que me acuerdo de los días que pasé en aquella casa, con tu madre haciéndome el vacío, en el mejor de los casos, o sometiéndome a maltrato psicológico en el peor...—expuso, y cerró los ojos, negando con la cabeza en un gesto amargo, con la barbilla apoyada en sus manos entrelazadas—. Me sentí muy sola, ¿lo entiendes? Muy sola. Y no hay nada peor que sentirte sola cuando estás acompañada.—Él volvió a intentar cogerle las manos, pero ella se retiró con brusquedad, incorporándose.

—Sara, por favor, no te vayas. Sé que estás dolida, por eso estoy aquí, para aclarar las cosas y escucharte, como hago siempre. Desahógate... ¡insúltame si quieres! Pero no te vayas.

—Estoy confusa. Necesito pensar.

Cogió su bolso y se marchó de forma precipitada. Saïd dejó sobre la mesa el importe exacto del café que se había tomado y salió tras ella. La siguió, intentando no llamar demasiado la atención de la gente. Sara caminaba deprisa, pero él tenía las piernas más largas. La alcanzó enseguida. La cogió del brazo con toda la suavidad que la situación le permitió y la obligó a girarse. Se miraron a los ojos por primera vez después de muchos días. Lo que el biólogo vio en los de la periodista era amor, sin duda, mezclado con una profunda tristeza. La rodeó con sus brazos y, por un breve intervalo, ella cesó en su lucha. Él bajó la cabeza despacio, acercando los labios a su boca. Sara se quedó paralizada, incapaz de mover un solo músculo. El mundo entero se desvaneció a su alrededor. Se abandonaron a un largo beso, fundidos en un abrazo interminable, ajenos a todo. Cuando se despegaron, la chica tenía los ojos húmedos y cientos de pequeñas gotas empezaron a brotar, imparables, en un torrente sin fin.

—Lo siento, Sara. Perdóname. ¡Te quiero! No sé qué hacer para que me creas.

Ella negaba con la cabeza, insistente. Un espinoso nudo atravesó su garganta, impidiéndole hablar. Negaba... y negaba. Se deshizo de su abrazo y se alejó corriendo. Como un náufrago, ahogándose en su propio océano de lágrimas.

De vuelta a Barcelona, siempre iba más cargada que a la ida. Sus padres la proveían de quesos, embutidos y otros productos de la tierra, para bastante tiempo. Menos mal que esta vez habían repartido la mercancía entre Sara y ella, porque si no se le acabaría echando a perder. Ya había dejado a la periodista en su casa y se disponía a cargar el resto del bagaje a la suya. No estaba cansada, habían hecho varias paradas por el camino. Un pequeño recorrido turístico con la infructuosa intención de distraer y animar a su amiga. No lo había conseguido. A Alicia le costaba creer que la ruptura entre Sara y Saïd fuese definitiva, pero la veía tan hundida, que... en fin. ¡Hombres! Pronunció en voz alta y, cómo no, pensó en el rifeño.

Mientras se dejaba acariciar por la tibia sensación del agua de la ducha, se planteó, una vez más, qué iba a hacer con Nadir. Empezaba a estar cansada de la situación. Le gustaba. Le gustaba mucho. Cuando él rozaba su piel sentía algo muy intenso, algo que no creía que fuese solo atracción sexual. Sin embargo, no parecía que le correspondiera. Aquello de la rubia fue surrealista. Encima, él pensaba que no se había percatado de qué iba el tema, qué ingenuos podían llegar a ser los hombres, pensó, secador en mano, bajando la cabeza. Tenía que hablar con él y plantearle que había llegado el momento de tomar una decisión: o todo o nada.

Sentado en su escritorio, Nadir corregía el último examen al fin. Habían sido varios días de trabajo agotador y en breve daría comienzo el nuevo curso. Estiró los brazos y bostezó, retrepándose contra el respaldo de la silla. Viernes... y ningún plan a la vista. La pequeña pantalla de su móvil se iluminó de pronto y el aparato empezó desplazarse por la mesa. Llamada internacional.

—Aló?

Al otro lado del hilo telefónico, una vocecilla dulce como la miel hablaba en amazigh.

—Hola Nadir, ¿cómo estás?

—¡Najwa, bonita! ¿Por qué no has esperado a que te llame yo? No quiero que malgastes el dinero.

—Porque tardas. Y a veces temo que te hayas olvidado ya de mí —susurró su prometida. El rifeño sentía verdadera debilidad por su futura mujer. Cuando la escuchaba, hasta el aire parecía más puro, más limpio.

—Mi pequeña... Pero ¿cómo voy a olvidarme de ti? Estás en mi corazón y en mi mente, día y noche. ¿Qué tal los preparativos? ¿Cómo está mi madre? ¿Y la tuya? ¿Cómo está tu familia?

—¡Me haces demasiadas preguntas seguidas! Todos están bien. Tu madre es muy buena conmigo. Me ha llevado a varias joyerías y me ha dado la opción de elegir lo que me guste, para la dote. ¡A mí me da mucha vergüenza, Nadir! Además, todavía falta para la boda.

—Hazle caso, tiene experiencia, ha organizado varias bodas. Tanto tu madre como la mía pueden enseñarte muchas cosas. Quiero que el tiempo pase deprisa para que estemos juntos.

—Vas a hacer que me ruborice.

—¿Has ido sola al locutorio?

—¡Claro que no! Estoy con mi madre, te manda saludos.

—Ten cuidado, ahora eres una mujer comprometida, ¿eh?

—Ya sabes que no tienes de qué preocuparte. Bueno, te dejo. Espero que la próxima vez me llames tú, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, mi pequeña, cuídate mucho. Te quiero.

—Yo a ti también —respondió ella en un susurro casi imperceptible, tapándose la boca para que su madre no la oyera.

Nadir dibujó la imagen de Najwa en su pensamiento y suspiró, cerrando los ojos. «*Mi mujer*», pensó en voz alta. «*Mi bella, dulce y encantadora mujer.*»

Apenas soltó el móvil, este se volvió a iluminar. Era un mensaje... de Alicia. El hecho de haber estado hablando con Najwa segundos antes hizo que se sintiera incómodo. Observó el aparato sin tocarlo. Se levantó y encendió un cigarrillo. Pensó en lo que le había dicho Saïd. Sí, debería hablar con ella. Aunque, por otra parte, la boda estaba lejana aún, caviló, entre calada y calada. Alicia era puro sexo, sería un tonto si la dejara. ¿Acaso no disfrutaban los dos? Y Najwa... Bueno, Najwa era otra cosa. No tenía por qué enterarse. Él era un hombre, y los hombres no dan explicaciones. Disponía de unos derechos... ¡y unas necesidades! Aplastó la colilla en el cenicero y leyó el mensaje: «*Ya estoy en Barcelona. Te invito a cenar*».

«*Acepto la invitación*», le respondió de inmediato.

«Genial. Hoy pongo el coche yo, ¿te recojo a las nueve?»
«Perfecto.»

Un silbido de admiración se escapó de sus labios nada más subir al vehículo. Alicia, segura de sí misma, le guiñó un ojo y ladeó la sonrisa, mientras arrancaba el motor. Lucía un maravilloso vestido corto, color granate, ceñido, de mangas a la sisa. La mayor parte de sus bien contorneadas piernas quedaba al descubierto. Conducía con unas cómodas bailarinas, pero en el maletero le esperaban sus taconazos imposibles. Su cabello desprendía un brillo poco habitual. Se notaba el especial esmero que había dedicado a su acicalamiento.

—Estás espectacular. No lo entiendo, cada día que pasa eres más hermosa —comentó, sorprendido, escudriñándola de arriba abajo y de abajo arriba. Se inclinó ligeramente para besarla. Ella no pudo disimular el regocijo que tales palabras le proporcionaron.

—Me encanta que me hagas la pelota. Tú tampoco estás nada mal —añadió, satisfecha.

—¿Qué tal en Huesca? ¿Cómo están tus padres?

—Dentro de lo que cabe, bien. Aunque me estoy planteando irme a vivir con ellos en un futuro no muy lejano. Soy hija única.

—Es lo que haría cualquier buena hija. ¿Dónde vamos, si se puede saber?

—A un restaurante libanés que me han recomendado. Te encantará. La comida es excelente y al final actúa una bailarina de danza del vientre muy buena.

—No creo que sea mejor que tú —expuso él, como extasiado, sin apartar los ojos de sus piernas.

Una especie de turbación callada se apoderó de ambos hasta que llegaron a su destino. La velada transcurrió en medio de una complicidad tan deliciosa, que incluso el propio Nadir se sintió confuso. La comida, el vino, las velas, la bailarina... todo giraba y giraba en su cabeza. No podía negar que la relación que se había creado entre Alicia y él había ido a más, después de cada encuentro. Frente a él tenía a una mujer estupenda, inteligente y complaciente donde las hubiera. Y sin embargo no era la suya, la oficial, la que esperaba a cientos de kilómetros de distancia, virgen e intacta.

—¿Pasarás la noche conmigo? —susurró ella, de repente, mirándole de una forma especial.

—Hoy sí. Pasaré la noche contigo, preciosa. ¿Cómo podría negarme?

—¿Y mañana?

—Mañana será otro día.

De camino a casa condujo él, porque ella se había pasado con el vino y no podía parar de reír. En cuanto salieron del coche se besaron. Alicia se sentía eufórica, feliz. Y había olvidado por completo lo que le rondaba por la mente, antes de la cita. No lograba introducir la llave en la cerradura y él, meneando la cabeza, se la quitó, y abrió la puerta.

—¡Tú sí que la metes bien! —exclamó ella, entre carcajadas. Nadir le tapó la boca. Era muy tarde y temía que algún vecino se quejara—. ¡Uy que me mato!— dijo, trastabillando.

—¡Sssssschissss! Calla... Vas a despertar a todo el vecindario —respondió el biólogo, sujetándola por las axilas, para que no se cayera.

—Espera... Será mejor que me quite estos malditos zapatos. El que inventó el tacón era un misógino, seguro. ¡Ya está! —sentenció, descalzándose—. Ven aquí, guapetón —añadió, abalanzándose sobre él. Se fundieron en un apasionado beso. Alicia le desabrochó la camisa y la tiró al suelo mientras él le bajaba la cremallera del vestido y lo dejaba caer, todo ello sin despegar los labios. Ella le quitó el pantalón; él le arrancó la ropa interior. Tambaleándose, se dirigieron a la habitación y se precipitaron sobre la cama—. Creo que voy a vomitar.

—La chica se incorporó y salió corriendo en dirección al cuarto de baño.

—¡Has bebido demasiado! —acusó Nadir, con cara de fastidio. Al cabo de unos minutos, reapareció una Alicia lívida.

—Lo siento, no estoy en condiciones. Necesito dormir un poco —suplicó, echándose a su lado.

—No pasa nada —respondió él, con un suspiro de resignación—. No pasa nada. Descansa.

La espuma parecía a punto de desbordarse. Nadir tenía la espalda apoyada sobre una de las paredes de la bañera y, entre sus piernas, estaba sentada Alicia, con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en él. La reconfortante tibieza del agua había logrado disipar el efecto del vino. Habían transcurrido varias horas desde la cena.

—¿Te encuentras mejor? —murmuró el marroquí.

—Sí, mucho mejor. Perdóname, no acostumbro a perder el control de esta manera.

—Nadie es perfecto. No tienes por qué disculparte.

—¡Pero he chafado la noche!

—¡Qué va! Ha sido muy divertido. Nunca lo habíamos pasado tan bien. Además, tenemos todo el fin de semana por delante... si quieres.

—¿En serio? ¿Te quedas?

—Soy todo tuyo.

—Eres... eres un encanto, Nadir. Me siento tan a gusto contigo —dijo ella, girando la cabeza hacia él—. Creo... Creo que te...

—Sssssschissss, no digas nada —concluyó el rifeño, besándola rápidamente, para que se callara. Ella le correspondió, gustosa.

Las palabras se diluyeron en besos. Los besos se disolvieron en agua. Y el agua, sometida a altas temperaturas, se transforma en vapor.

Intentaba concentrarse en escribir. A ratos lo conseguía y avanzaba en su libro. Tenía, además, varios artículos empezados que no atinaba a rematar. Las ideas no le faltaban, y su último viaje le había proporcionado un inestimable material que, como periodista, no podía despreciar. Cuando, después de varias horas de esfuerzo, lograba abstraerse de su pequeña tortura personal y canalizar su rabia, transformándola en energía positiva, todo iba bien. Sin embargo, cada vez que se levantaba para prepararse una infusión o estirar los músculos Saïd volvía a ocupar su mente. Procuraba tener presente lo que ocurrió en Marruecos, en la casa de aquella vieja bruja; pero a la mínima que se descuidaba, sus traicioneros pensamientos le devolvían deliciosas imágenes de un pasado no tan lejano: la primera vez que vio la maravillosa y franca sonrisa de Saïd, esa que, en combinación con la profundidad de su mirada, provocó un fuerte vuelco en su corazón. Aquella noche romántica que les pilló la lluvia. Los besos furtivos que se les escapaban sin querer en plena calle. Las sesiones de ducha compartida después de una increíble y maratónica jornada de sexo. Las lágrimas recorrían sus mejillas cada dos por tres. En silencio a veces, acompañadas de incontrolables gimoteos, otras.

No le apetecía salir a la calle. Solo lo hacía cuando no le quedaba más remedio, para ir a la redacción. Lo curioso era que Ramírez había sido muy comprensivo, ablandado tal vez por el deplorable aspecto de la redactora. «*Si continúa así va a caer en una depresión, señorita Ruiz*», le comentó un día que la hizo acudir a su despacho, usando un inhabitual tono paternal y protector, «*debe ser fuerte y seguir adelante*». Ella, vulnerable como se sentía, se desplomó en la silla, se echó a llorar delante de su jefe y le abrió su alma, contándole entre hipidos todo lo que había sucedido en Marruecos, y no solo eso, también le habló del libro que estaba escribiendo sobre las diferencias culturales y las parejas mixtas. Las palabras salían de su boca a borbotones, como un torrente incontenible, y se quedó ahí unas dos horas, en una improvisada y surrealista sesión terapéutica, del todo fuera de lugar.

Ramírez la escuchó con paciencia, sin intervenir, acercándole la caja de pañuelos de papel, consciente de que solo necesitaba desahogarse, y deseó que fuera su propia hija, con la que no se hablaba desde hacía años. Por su

parte, a Sara también le hubiese gustado que fuese su verdadero padre. ¿No era para eso para lo que servía una familia? ¿Para apoyarse unos a otros en los momentos difíciles? Le contó que necesitaba un giro en su vida, tal vez un cambio de sección, por ejemplo, o permiso para trabajar desde casa, sin tener que ir a la redacción, algo que, con las nuevas tecnologías, se estaba implantando cada vez más. Le dijo que si se lo concedía se iría una temporada a vivir a Huesca, ya que Alicia le había ofrecido esa posibilidad cientos de veces. Podía alojarse en la pequeña cabaña situada en la parte trasera de la casa familiar y, de paso, echar un vistazo a los octogenarios progenitores de su amiga. Sara no imaginaba un lugar mejor para escribir, en plena naturaleza, en medio de un silencio imposible de concebir en la gran urbe que es Barcelona. Allí sí que podría concentrarse en terminar su libro.

—Me parece una gran idea. Tómese su tiempo para acabar ese libro y recupérese, mujer. No hace falta que venga a la redacción, envíeme los artículos por email —intervino Ramírez en cuanto la chica hizo un paréntesis, para recuperar el aliento.

—¿En serio? —De repente, la redactora empezó a ver a su jefe con otros ojos.

—Usted ya sabe que siempre hablo en serio, señorita Ruiz. Y mándeme un extracto de ese proyecto que tiene entre manos, si quiere, ya sabe que tengo contactos en el mundo editorial.

—Claro, cómo no, lo haré encantada.

—Ahora recoja sus cosas, váyase a casa, tómese una tila y descanse. Mañana verá las cosas con más claridad.

El hombre se levantó y se fue hacia Sara, ya más calmada. Ella se incorporó también y estrechó con ímpetu la mano que él le ofrecía.

—Muchísimas gracias, señor Ramírez. Saïd tenía razón.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Siempre le defendía cuando...

—Está bien, está bien. No hace falta que me cuente los detalles, me hago una idea—concluyó, esbozando una amplia sonrisa. Tendría unos sesenta años, su porte era elegante, siempre trajeado. Lucía un bigote gris, pasado de moda, y sus sienes mostraban ya abundantes canas. Abrió la puerta de la oficina y le cedió el paso a la chica con añeja caballerosidad.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. Suerte.

A menudo, se paseaba por el diminuto piso meditando, buscando respuestas. Tratando de resolver los numerosos interrogantes que se cernían sobre ella. Y las preguntas que más se repetía, cómo no, eran: «¿Por qué?» y «¿Por qué a mí?» En esas ocasiones se decía que ojalá no hubiera conocido nunca a Saïd, y luego se arrepentía, porque la felicidad que había vivido a su lado permanecería en su memoria para siempre, de eso no le cabía la menor duda.

Se sentó en el sofá y conectó el televisor, más por inercia que por el verdadero deseo de encenderlo. Y mientras se preguntaba: «Dios mío, qué voy a hacer...» sonó el timbre de la puerta. «¿Quién podrá ser? ¡Con la pinta que llevo! Lo comprobaré, y si no me interesa no abro. Estoy harta de las promociones de esto y de lo otro.» Fisgó a través de la mirilla y retrocedió, dando un respingo. Abrió la boca y se la tapó con una mano, ahogando una exclamación de sorpresa. ¡Era Saïd! Sara se miró de arriba abajo. Estaba en pijama y pantuflas. Tenía la nariz roja como un tomate y los ojos hinchados de tanto llorar. No se había duchado y su cabello, sin desenredar, había adquirido un aspecto estropajoso que no tardaría en convertirse en rastas.

—Abre, Sara, sé que estás ahí —suplicó él, a través de la puerta.

—¡Estoy horrible! ¡Me da vergüenza que me veas así!

—Exageras. Tú nunca estás horrible. Venga, princesa, solo he venido a recoger algunas cosas, no te molestaré, te lo prometo.

Abrió escondiéndose, por si pasaba algún vecino. Saïd accedió al interior de la vivienda y ella corrió a sentarse en el sofá con las piernas en cuclillas, abrazándose a sí misma, en actitud protectora.

—¿A qué has venido? —inquirió la joven, malhumorada.

—A recoger algunas cosas que necesito.

—Algunas no, TODAS. Haz el favor de llevártelo todo ya de una vez— escupió con amargura. Él se sentó a su lado en silencio, armado de paciencia, y la observó detenidamente.

—¿Qué estás mirando? ¡Ya te he dicho que estoy horrible!

—No es verdad. Tus mofletes y tu nariz están más colorados que de costumbre, pero eso no te otorga un aspecto horrible, sino muy gracioso. Estás tan guapa como siempre. Y así, al natural, me gustas incluso más— comentó, tratando de acariciarle el cabello—. Me han dicho en la redacción que ya no trabajaremos juntos, ¿es cierto?

—Eso parece. Son las órdenes de arriba, qué se le va a hacer.

—Sara, sé que has sido tú la que lo ha solicitado. Si no trabajas conmigo,

lo dejaré. Quiero centrarme en la investigación, aunque gane menos dinero.

—Haz lo que quieras, no tienes que explicarme nada.

—¿Por qué eres tan dura conmigo? —preguntó el joven, intentando cogerle la mano. Ella se resistió un poco, pero luego se dejó acariciar.

—Aún estoy enfadada contigo, Saïd, no puedo evitarlo. Es así, no hay nada que hacer. Quién sabe si algún día podremos llegar a ser amigos. Pero ahora no estoy preparada para eso. Necesito tiempo, debes respetar mi ritmo —afirmó ella, recuperando su mano.

—Está bien, lo entiendo. Pero yo también tengo mi orgullo, ¿sabes? —Él se reincorporó y se dirigió al dormitorio—. Y por cierto, deberías darte una ducha.

—¿Huelo mal? —interrogó Sara, olfateando su propia camiseta.

—¡Claro que no! Tú nunca hueles mal y ya sabes que a mí me encanta tu olor natural, pero te sentirás mejor contigo misma después de un baño. Lo sé porque te conozco—sentenció, mientras buscaba entre cajones y perchas.

Había ido con la maleta vacía para llenarla, aunque en el fondo tenía la esperanza de que Sara se ablandara al verle. En vista de que no había sido así, introdujo en ella la totalidad de sus pertenencias. La periodista se levantó, se fue al lavabo y cerró de un portazo. Al cabo de un cuarto de hora reapareció en el salón vestida, perfumada, y con el cabello limpio y desenredado. Observó que Saïd estaba de pie, a punto de abrirla puerta, con el equipaje preparado. Se quedaron los dos mirándose, separados por varios metros de distancia. Él no fue hacia Sara y ella no fue hacia Saïd.

—Me voy. Espero que te mejores. Si quieres algo de mí ya sabes dónde estoy. Cuídate.

—De acuerdo. Ya nos veremos.

Apenas el marroquí cruzó el umbral, la española se apoyó en la puerta, ya cerrada, que les separaba. Sujetó el pomo como con intención de abrirla, pero no reaccionó. Él se quedó parado en el rellano unos segundos y volvió la vista atrás, expectante. La puerta no se abrió. Y él no dio la vuelta. Sara contempló por la mirilla cómo se alejaba, cabizbajo. Se moría de ganas de pedirle que no se fuera, sin embargo, no lograba articular palabra. El corazón, acelerado, se le quería salir del pecho. Vislumbró cómo la silueta del hombre al que amaba desaparecía en la distancia y se desmoronó. Corrió hacia el sofá y se echó de bruces, entregada de nuevo al llanto, suspirando. «*Se acabó, Sara, se acabó, tienes que aceptarlo. No hay vuelta de página. Saïd forma ya parte del pasado*».

Con el transcurrir del tiempo amainó el temporal, y después de la tempestad llegó la calma. Sara vivía a caballo entre Barcelona y Huesca, y estaba a punto de terminar su libro cuando Ramírez la volvió a citar en su despacho.

—Tengo buenas noticias para usted, señorita Ruiz —le dijo, en cuanto se sentó frente a él.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Leí el fragmento de manuscrito que me envió. Me gustó mucho, creo que está haciendo un trabajo magnífico.

—Gracias —respondió ella, con timidez.

—Y me tomé la libertad de mandárselo a Francesc Villalonga. Espero que no le sepa mal.

—¿A Francesc Villalonga, el editor? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—¡El mismo que viste y calza! Le ha encantado, y quiere ofrecerle un contrato, si a usted le parece bien, claro.

—¿Lo dice en serio!

—Usted sabe que yo no bromeo. Enhorabuena, Sara Ruiz Ortega. No solo es una excelente periodista, también es una gran escritora. El señor Villalonga la espera mañana a las doce en la editorial. ¡No falte!

—Ahí estaré como un clavo. ¡Dios mío, no me lo puedo creer! Un contrato con una editorial... —Ambos se pusieron en pie. Ella se le quedó mirando, tenía ganas de darle un abrazo, pero no se atrevía—. Pensaba que usted no creía en mí.

—Pues por lo visto era usted la que no creía en sí misma.

—Un millón de gracias, señor Ramírez.

—¡Déselas a Francesc!

Salió de la redacción sintiéndose una mujer nueva. Tenía un contrato con una editorial para un libro que ni siquiera había terminado. ¡Eso superaba todas sus expectativas! No había tenido suerte en el amor, pero al menos su vida profesional estaba en el mejor momento.

Ah, el amor... Eso era otra cosa. ¿Cómo renunciar a la felicidad vivida? ¿Cómo borrar esas imágenes? Los ojos de Saïd la seguían a todas partes, no podía apartarlos de su pensamiento. El recuerdo de esa mirada penetrante

erizaba su piel. Las heridas cicatrizaron, pero nunca dejó de pensar en él. Siempre que consultaba su correo electrónico, encontraba una nueva carta, y todos los días, sin excepción, esperaba con ansiedad ese instante sublime. Se deleitaba con las maravillosas palabras del hombre al que tanto había amado. Aun así, el orgullo no cedía fácilmente.

Por su parte, Saïd se entregó en cuerpo y alma a la investigación y aceptó cubrir la plaza de profesor que Nadir dejaría vacante. Tampoco había olvidado a Sara, su imagen le acompañaba siempre, hiciera lo que hiciese. Pensaba en ella las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana...

Nadir viajó a Nador para oficializar su situación con Najwa y regresó a Barberá, dejándola en Marruecos. En el aspecto legal, ya era su mujer, pero el matrimonio no se consumaría hasta después de celebrarse la boda. Faltaba poco para la ceremonia. Mientras él finalizaba el curso universitario iniciado y organizaba el retorno definitivo a su país, su mujer y su suegra, por un lado, y su madre y hermanas, por otro, cuidaban hasta el último detalle a la espera del gran día. O mejor dicho, de los tres grandes días.

Ajena a sus planes, Alicia continuaba su relación con el rifeño. Quería traspasar el centro de podología, trasladarse al pueblo, quedarse con la consulta de doña Matilde y vivir con sus padres. Pero algo la obligaba a poner freno, una fuerza poderosa la alejaba, cada vez más, de sus objetivos. Y ese algo era que no quería distanciarse de Nadir. Es más, deseaba formalizar su relación con él, pero no encontraba el modo de proponérselo.

Con sumo cuidado, dispuso sobre la mesa los cubiertos, las copas, unas velas y un ramo de flores. Para Alicia era una ocasión especial. Estaba completamente decidida a decírselo esa misma noche. No podía esperar más. El olor a pollo asado con patatas, procedente de la cocina, abría el apetito. Nadir debía de estar a punto de llegar. Corrió a la ducha y se arregló lo más rápido posible, para que no la pillara con lo puesto, como siempre. Eligió un vestido rosa, muy femenino, simple y bonito, como a ella le gustaba.

Él se presentó con su habitual sonrisa cálida, una botella de vino tinto y un par de rosas rojas. Ambos habían escogido esa velada como día señalado para confesar un secreto. Cada uno de ellos ignoraba que el otro tenía algo bien distinto que decirle. Alicia presentaba un aspecto radiante, se sentía feliz. Nadir, en cambio, parecía más serio que de costumbre, aunque ella, sumergida en sus maquinaciones, no se dio cuenta. La cena transcurrió entre risas y una fluida conversación.

—Este pollo está buenísimo, te has superado a ti misma — comentó él, chupándose los dedos.

—¡Pues ya verás el postre!

—¿También hay postre?

—Tarta de manzana casera.

—¿De verdad? ¿Hecha por ti? ¿Qué te ha pasado hoy?

—A partir de ahora se acabaron las pizzas congeladas. Voy a mimarte tanto que no querrás pasar ni un solo día sin mí.

—Alicia... —titubeó él. Y se calló, dando buena cuenta del contenido de su plato.

Se comportaron con la naturalidad de cualquier pareja. Tras la cena se perdieron en el dormitorio. Jugaron, se besaron, se acariciaron, se dijeron cosas subidas de tono... Cada uno sabía lo que le gustaba al otro, y se entregaron al placer con devoción, como siempre hacían. Después, permanecieron durante horas abrazados en la cama, desnudos, conversando.

—Hace tiempo que quiero decirte una cosa —expuso ella, decidida al fin.

—La verdad es que yo también tengo que contarte algo — pronunció él, con cierta gravedad. En la euforia del momento, Alicia imaginó que Nadir iba a hacerle la misma propuesta que ella.

—¿Ah sí? ¡Empieza tú!

—No, no, no... Las damas primero.

—¿Estás seguro? Muy bien. Pues ahí va. Creo que... — Carraspeó, tragó saliva y se quedó callada unos instantes, dubitativa. Le cogió la mano y la apretó contra su pecho—. Creo que estoy enamorada, Nadir... de ti.

—Perdona, pero me parece que estás confundida —respondió él, procurando no perder la calma.

—Te resistes a la evidencia. Tú también te encuentras muy a gusto conmigo, lo sé, lo noto. ¿Por qué no probamos algo más? Dale una oportunidad a tus sentimientos, como estoy haciendo yo. Ya tenemos cierta edad, el tiempo pasa y no sé... De repente me he dado cuenta de que no quiero estar sola. ¿Por qué no lo intentamos? —expresó, con entusiasmo. Él guardó silencio. Un doloroso silencio. Alicia se sintió contrariada, pero atribuyó la actitud del biólogo al miedo al compromiso, esa enfermedad que padecen tantos hombres. Y siguió con su discurso—. Puedes venirte a vivir conmigo, ¿qué podemos perder? Si sale mal y la convivencia no da resultado

volvemos cada uno a nuestra vida y ya está. ¿Qué te parece?

Nadir se incorporó de un salto, sin mediar palabra. Buscó el paquete de cigarrillos en los bolsillos de su pantalón, que estaba encima de una silla, y encendió uno. Ella empezó a sospechar que algo pasaba, aunque ignoraba qué. Él le propinó una intensa calada al pitillo y le ofreció otro a Alicia, que esta aceptó. Estaba desnudo, junto a la ventana. La cortina, medio cerrada, impedía que desde fuera alguien pudiera ver sus partes pudendas. La visión de esa espalda fuerte y esas nalgas prietas distrajeron durante unos segundos a la joven, que admiraba ese cuerpo que tanto la hacía gozar. Y, sin girarse, él le dio la noticia.

—Estoy comprometido. Voy a casarme. De hecho, ya estoy oficialmente casado. La ceremonia se celebrará en un par de meses, en mi país, al que me traslado a vivir para siempre.

Alicia se quedó petrificada. Como si le hubiesen tirado un jarrón de agua helada por encima. No sabía si reír o llorar. Una parte de ella pensaba que no podía ser verdad; la otra se maldecía a sí misma por haber sido tan estúpida. Tardó varios minutos en reaccionar.

—Eres... ¡eres un auténtico...!

—Lo sé, lo sé, no te cortes. Un auténtico cabrón. No eres la primera que me lo dice. En fin, tarde o temprano te ibas a enterar. ¿Cómo se te ocurre enamorarte? Teníamos una especie de pacto, ¿no? ¡Y lo pasábamos bien! — afirmó, vistiéndose. ¿Qué otra cosa le quedaba? El daño ya estaba hecho.

—Vete de mi casa, por favor.

—Sé que no vas a creerme, pero no era mi intención herirte. Cada vez me cuesta más entender a las mujeres... ¡Pensaba que tú eras diferente! ¿Qué esperabas? ¡Soy musulmán! Y voy a casarme con una musulmana.

—Virgen, imagino —sentenció Alicia, con tanta ironía como amargura.

—Por supuesto. No me casaría con ella si no lo fuera.

—Vete de mi casa ¡¡¡AHORA MISMO!!!.

Un silencio grave se cernió sobre ellos. Hacía apenas unos minutos sus cuerpos gozaban, entrelazados, ajenos al abismo que les separaría instantes después. Nadir la observó, plantado en medio de la habitación. Ella estaba como ida, sentada en el borde de la cama, sola y desnuda.

—Lo siento, Alicia. Eres una mujer estupenda. Busca un hombre que esté a tu altura, que te merezca.—Le recomendó, acercándose, haciendo además de acariciarle el mentón. Ella rechazó el gesto, con un manotazo. Había dureza, en su mirada fría.

—¡Vete de una puta vez!

Un cartel de «*Cerrado por vacaciones*» acompañado de otro de «*Se traspasa local*» aparecía bajo el rótulo de «*Alicia García Montero. Podóloga*». Había tardado unos días en atender las visitas concertadas más urgentes y había tenido que dejar de conceder un buen número de citas para procurarse un merecido descanso.

Conducía más rápido de lo habitual. Y no por la prisa de llegar a ese pueblo perdido en un valle, sino a modo de huida. Necesitaba escapar de todo. De su vida, de Nadir, de la rutina, del sinsabor, de la desidia... de sí misma.

La extremada palidez del rostro y las profundas ojeras, le conferían un aspecto enfermizo que detestaba y del que, sin embargo, no lograba zafarse, a su pesar. Cada dos por tres le asaltaba el recuerdo de su amigo, su *affaire*, el amante perdido. Y lo ahuyentaba sin piedad. No se podía creer lo que le había pasado. Se sentía tonta, ridícula, absurda. Él nunca le prometió nada, ¿qué esperaba? ¿Cómo había podido ser tan ingenua imaginando una posible convivencia? Ella que tanto presumía de mujer abierta y liberal, a la vuelta de todo; que proclamaba a los cuatro vientos que esas ñoñerías del romanticismo y el compromiso eran cosa de la Edad Media. Sacó un cigarrillo de la guantera y lo colocó en sus labios con una mano, al tiempo que con la otra sujetaba el volante y buscaba un encendedor. Tardó varios segundos en encontrarlo, suficientes para recibir un largo bocinazo procedente del camión que se le estaba echando encima. Una hábil maniobra la libró de un choque seguro y la obligó a frenar de golpe. El camionero no dejó de gesticular y lanzar improperios, mientras se alejaba, y ella, temblorosa, decidió aparcar en el arcén para recuperarse del susto. «*Muy bien, Alicia*», se recriminó, «*has estado a punto de matarte ahora mismo, genial, ¿es eso lo que quieres?*» Su palidez había alcanzado un grado de ultratumba, y optó por darse un respiro.

Abandonó el vehículo para estirar las piernas. Se encontraba rodeada por un bello paisaje, verde y montañoso. Estaba nublado, pero la temperatura era de lo más agradable. Ella, sin embargo, apenas veía más allá de su propio ombligo. Solo sentía ira, rabia, negatividad... Estaba tan enfadada consigo misma, que a duras penas se soportaba. Por suerte, aún le quedaban por

delante varios kilómetros para recuperar la calma y que sus padres no la vieran en ese estado. Tenían a su hijita demasiado idealizada como para contarles semejante historia. Alterar su apacible existencia era lo último que deseaba. Luego estaba Sara, que bastante tenía con lo suyo, aunque a ella sí que pensaba explicárselo todo, con pelos y señales. «*Nadir, Nadir... ¡Maldita sea! Si al menos no fuese tan rematadamente guapo...*» Sacó otro cigarrillo y lo encendió, como por inercia, sin detenerse a pensar. «*Estoy comprometido*», soltó en voz alta, en un tono burlón. «*Voy a casarme*». «*¡Será imbécil! Y me lo dice así, como quien comenta que está a punto de empezar a llover*». Aspiró la nicotina y, muy alterada, se sacó el cigarrillo de la boca, lo contempló con desprecio, lo aplastó contra una roca y lo lanzó por los aires con todas sus fuerzas. Llena de furia se fue hacia el coche, buscó en la guantera el paquete y el encendedor y los lanzó también, lo más lejos que pudo. Acto seguido se sentó en una piedra, al borde de un riachuelo, y se echó a llorar. Lloró y lloró, en soledad, dejando que miles de imágenes pasaran por su mente como si de un largometraje se tratara. Y así era, en efecto. Era la película de su vida. Perdió la noción del tiempo. Alicia era una mujer que siempre se hacía la fuerte, y en esa ocasión, por primera vez en demasiados años, se dio permiso para ser frágil, para sentirse vulnerable y desconsolada.

Ya más calmada, se acercó a la orilla, se agachó y se echó agua en la cara. Cuando levantó la mirada, por fin, prestó atención al hermoso paraje, rebosante de vida. La vegetación era abundante y le pareció vislumbrar un ave rapaz cruzando el cielo.

—¡No necesito ni el tabaco ni a los hombres! —gritó a los cuatro vientos. Respiró hondo, se relajó. En el fondo, sabía lo afortunada que era al poderse permitir el lujo de abandonar la gris ciudad y retirarse unos días a meditar, en plena naturaleza, arropada por los suyos, que la esperaban impacientes.

Con los pulmones llenos de oxígeno limpio subió al coche, puso un CD de Amaral y reanudó la conducción con serenidad, contemplando el paisaje. Con los ojos puestos en la carretera, por supuesto, aunque también en el futuro. Tarareó las canciones, trató de dejar la mente en blanco y se dispuso a hallar la parte positiva de lo sucedido, tenía que haberla, siempre la había. De repente cayó en la cuenta de que, si al final se quedaba con el centro de podología de doña Matilde, tal y como tenía planeado, Alfredo sería su enfermero. ¡Su enfermero! Se le escapó una sonrisilla maliciosa. Hasta ese momento, no lo había pensado.

Los doscientos setenta y pico de kilómetros que separaban Barcelona de Huesca proporcionaban suficiente tiempo y espacio para reflexionar. Mientras recorría las calles de una vieja villa, advirtió con gozo que todo seguía igual que antaño. Se sintió atrapada en la escena de una película de corte medieval y le gustó. Ya no faltaba mucho para llegar a su destino. Su pequeño pueblo era el núcleo habitado de mayor altitud de los veinticinco que comprendían el valle en el que se ubicaba, esa peculiaridad le proporcionaba un clima suave y templado en cualquier época del año. Condujo despacio, rememorando experiencias increíbles vividas en el pasado, cuando tenía diecisiete, veinte, veinte pocos años. Excursiones a lugares de ensueño que se jactaba de conocer como la palma de su mano. Tal vez lo que le acababa de pasar con Nadir sirviera para darle un giro a su vida. Las cosas sucedían siempre por alguna razón. Quizá su destino era regresar a su aldea y esa historia no había hecho más que precipitar el curso natural de los acontecimientos. Además... ¡tampoco estaba tan enamorada!

Se detuvo unos metros antes de llegar a la preciosa casa rústica en la que nació. Salió del coche y aspiró con deleite ese aire tan familiar. Benita y Alberto, sus padres, se balanceaban tranquilos en sendas mecedoras, bajo el porche. Les observó desde lejos, con ternura. Un áspero nudo se instaló en su garganta, pero ya no derramó ni una sola lágrima.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Estoy aquí! —gritó, y un gemido entrecortado le quebró la voz—. No voy a llorar, no voy a llorar —dijo, como para sí misma. Y no lloró. Los ancianos, aspaventados, alzaron la vista y se incorporaron lo más rápido que su torpeza les permitió.

—¡Hija, al fin has llegado! ¿Por qué has tardado tanto! —le regañó la madre, abrazándola. Y al padre le temblaba el mentón.

Estaba oscureciendo. Se oía el despertar del búho y se intuía la presencia de la luna, medio cubierta por una nube de tonos liláceos. Un penetrante olor a sopa casera de pollo y a cordero asado, anegaba el aire, un olor inconfundible y entrañable...

...El aroma del hogar.

Sumergida en un océano de pensamientos, Sara caminaba sin rumbo fijo y sin prisa. De vez en cuando, algo llamaba su atención, un rostro, una flor bonita o los zapatos de alguien. El resto del tiempo deambulaba distraída, acompañada de esa ininterrumpida conversación interna que mantenía consigo misma. Un acto inconsciente de repetición la impulsaba a trazar siempre el sendero que tantas veces recorrió con Saïd. Pero lo hacía sin darse cuenta, como si sus pies tuvieran vida propia y se movieran a su libre albedrío.

Bajó por Las Ramblas sin apuro. Atrapada entre el gentío, dejándose arrastrar por una gran masa humana. Cada escasos metros tenía lugar un nuevo espectáculo. Era como si, una y otra vez, se abriera y se cerrara el telón ofreciendo algo diferente. La calle abarrotada, el ambiente alborotado y pintoresco. Llegó hasta el puerto, cruzó el puente del Maremágnum y se sentó en un banco frente al mar. Cerró los ojos y respiró hondo, cruzándose de brazos. Escuchó el graznido de las gaviotas y permaneció así un buen rato, hasta perder la noción del tiempo, hasta que la brisa marina lo envolvió todo con su inconfundible olor. Y reanudó su paseo. Subió por Vía Laietana y al atravesar la plaza de La Catedral se detuvo a contemplar a un grupo que bailaba sardanas. Para luego continuar hasta el Portal del Ángel. En otras ocasiones se perdía por las callejuelas del Casco Antiguo y cada paso que daba le recordaba algo que él dijo, que él hizo. Como aquel día que al pasar por delante de la iglesia de Santa María del Mar ella quiso entrar un momento y él, como buen musulmán, la esperó afuera. Qué distinto hubiera sido todo si Saïd no albergara creencias tan diferentes a las suyas. Aunque, por otra parte, si él no fuese musulmán tal vez no sería como era y jamás se hubiera enamorado de él. Qué más daba, si todo eso había quedado atrás. Sin embargo, le echaba tanto, tantísimo de menos...

Finalizó su excursión en la misma librería de siempre. Hojeando aquí, husmeando allá. Quizá comprara algún libro. O tal vez no. Divagaba, analizaba, observaba...De repente, vislumbró una silueta de perfil, inconfundible. El corazón le dio un vuelco y le empezó a latir tan fuerte y tan rápido, que temió que todos lo oyeran. Era él. ¡Era Saïd! Ajeno por completo

a la revolución interna que acababa de provocar en la chica. Tenía en las manos un magnífico ejemplar de Amín Maalouf, uno de sus autores preferidos, y revisaba absorto las primeras páginas. Mientras se acercaba, Sara sintió que le fallaban las piernas y que un calor intenso invadía sus mejillas.

—Ho... hola —susurró con un hilillo de voz, colocándose delante de él. Saïd tardó varios segundos en reaccionar. Al levantar la cabeza, con la parsimonia que le caracterizaba, un brillo repentino iluminó sus ojos y una sonrisa perfecta se dibujó en su rostro pasmado.

—¡Sara! ¡Qué alegría! ¿Cómo estás? —titubeó, también ruborizado, inclinándose para besar sus mejillas.

—Bien, bien. Estaba paseando y... ya sabes, no pude evitar entrar a echar un vistazo a los libros.

—Estoy deseando ver el tuyo en una de estas estanterías.

—¡Yo también! Y así será, en un futuro no muy lejano.

—Si Dios quiere.

—Eso, si Dios quiere.

—Qué guapa estás—afirmó él. Se quedaron callados unos segundos que se hicieron largos como minutos—. ¿Puedo invitarte a un café? ¿Tienes tiempo?

—Claro que sí. Siempre hay tiempo para un café.

Era la primera vez, después del viaje a Marruecos, que Sara experimentaba que ya no estaba enfadada con Saïd. Intercambiaron las mismas miradas cómplices de antaño, aunque, eso sí, con cierta dosis de timidez cautelosa. A él le temblaban los labios, cuando se reía. A ella las manos, cuando gesticulaba. Ambos trataron de disimular, como podían, sus verdaderos sentimientos y se esforzaron en comportarse como dos amigos más, que charlaban despreocupados, saboreando un humeante café con leche.

—Estoy pasando una temporada en Huesca, en el pueblo de Alicia, en una pequeña cabaña que tiene detrás de su casa —informó la periodista.

—¿Y qué tal? ¿Te gusta vivir ahí? —se interesó él.

—Mucho. Imagino que a un alto porcentaje de personas le resultaría aburrido, pero a mí me encanta. Es una aldea diminuta enclavada en plena naturaleza. Por la noche el silencio es absoluto. Y por el día apenas se oye algún pájaro. Me permite concentrarme en la escritura al cien por cien. Con la ventaja de poder respirar aire puro cuando me da por estirar las piernas. Y, de vez en cuando, me dejo caer por Barcelona algún fin de semana.

—Por fortuna para mí —afirmó el marroquí, sin apartar sus ojos negros de

las pupilas castañas de la española. Ella, turbada, intentó en vano escapar de esa mirada—. Me voy a Marruecos, dentro de unos días.

—¿A ver a tu madre? —inquirió ella, esforzándose en aparentar naturalidad. Disimulando el desasosiego interior que le producía mencionarla.

—No, esta vez no. Voy a Alhucemas, a la boda de Nadir. Sabes que se casa, ¿no?

—¿Qué si lo sé? Alicia está destrozada por culpa de ese impresentable. ¿Y tú? ¿Desde cuándo sabías lo de la boda?

—Desde el verano pasado. Hablé con Nadir. Le pedí que fuese honesto con Alicia. Pero no me hizo caso. No ha jugado limpio, lo sé.

Se volvieron a quedar en silencio. Miles de argumentos se agolpaban y se atropellaban en sus pensamientos, pero no se atrevían a exteriorizarlos, por miedo a entrar en antiguas controversias.

—Tengo que irme.

—Está bien. Voy a pagar y te acompaño.

Al salir de la cafetería, era de noche. Se quedaron frente a frente, mirándose. Se despedían con palabras, pero sus cuerpos no se movían. Saïd deseaba pedirle que no se fuera, comentarle lo mucho que la echaba de menos y que consideraba un error que siguieran separados, aunque no lo expresó en voz alta.

—Qué tarde se ha hecho.

—Me alegro de haberte visto, Sara.

—Yo también. ¿Sabes una cosa? —Tuvo un amago de duda, pero no pudo contener el deseo de decírselo—. He firmado un contrato con una editorial.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! —El marroquí hizo verdaderos esfuerzos para resistirse al anhelo de abrazar a la chica—. ¡Es una gran noticia! Sabía que lo conseguirías.

—Gracias. Siempre me has apoyado. Siempre has creído en mí.

—Y lo seguiré haciendo, princesa.

—Bueno, ya nos veremos.

—Adiós, Sara.

—Adiós, Saïd.

Se alejaron en direcciones opuestas.

—¡Espera! —suplicó él, de repente. A ella se le aceleró el pulso y se dio la vuelta, nerviosa.

—¡Dime!

—¿Puedo llamarte algún día para otro café?

—Claro. Siempre hay tiempo para un café.

Reanudaron la marcha. Ninguno de los dos se giró de nuevo. Ella experimentó un impertinente pellizco en la tripa. Él se sintió como un cachorro hambriento al que arrancaran por la fuerza de la teta de su madre. Y cada palabra no pronunciada, cada sentimiento no expresado se desvaneció sin más en el bullicio de la noche barcelonesa.

46

Saïd observó a Nadir y le costó reconocer a ese mujeriego insaciable al que consideraba un hermano, más que un amigo. Ahí estaba, orgulloso junto a su bellísima esposa, enfundado en un impoluto traje tan blanco y resplandeciente como el vestido de la novia. Irreconocible. Transformado en un hombre nuevo. La ceremonia, que había durado tres días, estaba a punto de tocar a su fin. El rifeño miró a su colega y este le guiñó un ojo. Por un instante efímero, existieron solo ellos. La complicidad propia de esos años compartidos en su piso de Barberà del Vallés y en la facultad, pasó fugaz por la mente de ambos, que sabían que esa etapa de sus vidas había quedado atrás para siempre. Saïd lanzó un suspiro de nostalgia al tiempo que Nadir centró de nuevo la atención en su mujer, admirándola con tanto asombro como respeto.

Soukaina no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Clavó sus pupilas suplicantes en Nafissa e irrumpió en llanto.

—Cuida bien de mi pequeña, te lo suplico –rogó, con un hilillo de voz quebrada.

—Como si fuera mi propia hija, te lo prometo –respondió su consuegra, reteniendo esas manos entre las suyas, con fuerza.

Najwa también hacía verdaderos esfuerzos para no llorar. Se sentía feliz, por una parte, y estaba segura de que Nadir sería un buen marido, porque era paciente y dulce. Se portaba muy bien con ella, la trataba con inagotable ternura y una delicadeza infinita. Ya estaba aprendiendo a leer en sus ojos verde esmeralda y, cada vez que le sonreía, ella se tranquilizaba, segura de que su destino era estar con él. Pero no podía apartar la vista de su madre, la iba a echar muchísimo de menos. A partir de ese momento viviría en casa de su suegra, y aunque Nafissa era buena y comprensiva, jamás podría

reemplazar a Soukaina.

A la muchacha le costaba creer que ya hubiera pasado todo. Había sido una boda propia de un cuento de hadas en el que ella era la princesa protagonista. Menuda semana de preparativos... Aún se sentía como flotando en una nube. Nafissa le hizo entrega de su ajuar, compuesto por valiosas joyas de oro y magníficas telas adornadas con bordados y pedrería, para la elaboración de futuros caftanes. Es lo que llaman la dote, suele estipularse previamente de acuerdo con las posibilidades del novio y a las exigencias de la novia, y si ella no está conforme con lo que se le ofrece, tiene derecho a negarse al enlace. Los futuros cónyuges lo pactan entre ellos, y después se presentan ante el juez, que corroborará si se ha cumplido o no. Para la mujer, la dote es como un sello de garantía, un seguro. Ella pasa de depender del padre a depender del marido y la dote es su respaldo por si algo sale mal y el matrimonio fracasa. Pero en el caso de Najwa y Nadir no había sido necesario tanto trámite, dada la generosidad de la suegra y la falta de avaricia de la nuera y su familia.

Uno de los rituales preferidos de cualquier novia marroquí es la obligada visita al hammam, previa a la celebración. Y en eso Najwa no fue una excepción. La llevaron a uno de los más lujosos de la zona. Primero se desnudó en una sala, y acto seguido pasó a otra en la que la temperatura ambiente era tan elevada como en una sauna. Ya con los poros bien abiertos por el vapor, una mujer la acompañó a otra habitación, y ahí, mientras permanecía sentada en un banco de piedra, las empleadas le iban echando cubos de agua caliente por encima. Tímida como era, Najwa no se quejó en ningún momento, a pesar de que el agua estaba ardiendo. A continuación, la untaron de arriba abajo con una mezcla de henna, eucalipto y jabón tradicional, para limpiar a fondo su piel y otorgarle un tono de aspecto bronceado. La dejaron un buen rato embadurnada con ese unguento. Después la enjuagaron bien y la llevaron a otra sala en la que le exfoliaron la piel a conciencia y la volvieron a aclarar. Cuando ella pensaba que habían terminado, aún la hicieron tumbarse boca abajo una vez más para impregnar su piel con aceite de almendras y esencias de azahar, masajeándola con manos expertas y doblándole varias veces las rodillas hasta hacer casi tocar sus nalgas con los pies, como ejercicios preparatorios para la noche de bodas. En la última sala en la que penetró le ofrecieron dulces, dátiles y zumo de uvas, que degustó con placer, enfundada ya en su albornoz. Se sentía ligera como una pluma, relajada, y con la piel tan suave y sedosa como la de un

bebé. Preparada para los tres días de fiesta.

A lo largo de la primera jornada de la ceremonia nupcial, iniciada el viernes, Nadir y sus hermanos obsequiaron a la familia de la novia con pollos, corderos, ternera... y otros víveres apreciados en cualquier celebración; y Nafissa terminó de completar el ajuar de Najwa. A partir de ese momento, ambas familias siguieron con sus respectivos festejos por separado. Para ella, ese primer día finalizaba con la fiesta de la henna, que viene a ser una despedida de soltera muy especial y muy alejada de las que se celebran en España. Lo recordaba con una sonrisa en los labios, había sido uno de los episodios más hermosos vividos en los últimos días. Y desde luego inolvidable.

Najwa sentía el cálido contacto de la mano que sostenía la suya, en contraste con la frescura de la henna, que iba cubriendo su piel. Zineb levantaba de vez en cuando la cabeza para escudriñar el rostro de su hermana, buscando su aprobación. Atrás quedaron los días de travesuras, corriendo la una detrás de la otra, escondiéndose de Nour, para luego aparecer de repente y propinarle un buen susto. Acababan siempre riendo a carcajadas las tres. Atrás quedaron las veladas de confidencias, en la intimidad de su dormitorio compartido. Atrás quedaron las riñas, los celos, las discusiones tontas... Primero una mano, luego la otra, y más tarde los pies. Nour y las demás chicas contemplaban la escena, extasiadas. Cuando Zineb dio por finalizada su artística labor, parecía que Najwa llevara puestos unos elegantes guantes adornados con elaborados dibujos de flores marrones y doradas, que hacían resaltar la blanca kandora que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos. Estaba muy bella en esa noche especial de chicas. Radiante, feliz, arropada por su madre, hermanas y amigas, entre anécdotas y risas, despidiéndose para siempre de la niña que fue.

El segundo día, sábado, se celebró el gran banquete del novio, por un lado, y el de la novia, por otro. Se preparó abundante comida, como es la costumbre. Tajín de ternera, cordero con ciruelas y almendras, pollo al limón... Además de frutos secos, dátiles, dulces de una gran variedad y el imprescindible té a la hierbabuena. Todos los familiares y un buen puñado de amigos, vecinos y conocidos de Nadir estaban en casa de Nafissa, en Alhucemas. Y en la morada de la novia, en Nador, sucedía lo propio. Esa misma noche, en el hogar de la futura desposada, se volvió a celebrar algo parecido a la anterior, pero en esta ocasión Nafissa y sus hijas se unieron por primera vez a la fiesta de Najwa, aportando ellas la henna, una henna muy

especial en cuyo recipiente flotaban varios huevos cocidos, símbolos de fertilidad. A lo largo de esa velada, la novia lució un vistoso caftán de color azul, primero. Después, otro de un llamativo color morado. Y, por último, uno del mismo tono verde esmeralda de los ojos de Nadir. La belleza de la joven deslumbró a la totalidad de las damas presentes, sin excepción. Y dejó sin aliento a Nafissa, que se sentía orgullosa de su nuera.

Llegó el tercer y último día, domingo.

Como broche de oro final, Nadir y los suyos se presentaron en la fiesta de la novia. Fue emocionante cuando él y su esposa se ofrecieron, el uno al otro, dátiles y leche, en señal de bienvenida y como símbolo de unión. Un instante mágico en el que los gritos y *yuyús* se mezclaron con la música ininterrumpida y el baile incesante.

Ya era hora de que el novio se llevase a la novia a casa. Su ajuar estaba preparado y empaquetado para ser trasladado al nuevo hogar y se despidió de la madre, que lloraba desconsolada. Los invitados los acompañaron y estuvieron presentes cuando ella, nada más llegar a la que iba a ser su casa a partir de ese día, metió uno de sus pies en miel, para que la vida en pareja fuese lo más dulce posible. Después, los familiares de la novia se fueron, pero se quedaron los invitados del novio. Según la tradición, debían permanecer ahí hasta que los recién casados se fueran al dormitorio a consumar el matrimonio. No se irían hasta que el marido diera la confirmación de que todo había ido según lo previsto y mostrara orgulloso el pañuelo blanco manchado de sangre, símbolo de la virginidad de la joven. Cuando eso sucediera estallarían de nuevo los *yuyús* y se podrían ir tranquilos, con la satisfacción de saber que el enlace había sido un éxito.

—No te haré pasar por esa vergüenza —prometió Nadir a Najwa, días antes de la boda—. Echaré a los invitados antes de irnos a la habitación. Te doy mi palabra.

Cumplió su promesa, pese a las protestas de los asistentes. Nafissa fue la más comprensiva. No pasaba nada por saltarse alguna que otra tradición. Eso sí, la joven esposa tendría que quedarse una semana sin salir de casa y sin hacer otra cosa que no fuese estar disponible para su marido cada vez que este la solicitase. Ya se ocuparía ella de que su nuera no cogiera en esos días ni una sola vez la escoba o la fregona. Se tenía la creencia de que después de la pérdida de la virginidad, la mujer era más frágil y vulnerable que nunca y debía tener cuidado. Pasados siete días podría abandonar la alcoba, y sus padres y hermanos irían a visitarla. Una semana más tarde serían los recién

casados los que acudirían al antiguo hogar de la esposa.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Nadir, en la intimidad del dormitorio conyugal. Estaban echados sobre la cama, vestidos aún.

—Sí —murmuró Najwa.

—Tranquila, iré con cuidado. Dicen que solo duele la primera vez.

Ella le miró como si fuese un dios y se entregó al beso apasionado que él depositó en sus labios, dispuesta a complacerle esa y todas las noches durante el resto de su vida.

Perla que brilla,
la encontré tirada entre las rocas.
Aún conserva su belleza luminosa
sin que nadie se dé cuenta.
Ha luchado
contra las grandes olas del océano
y ha superado obstáculos
de la profundidad del mar
hasta llegar a la costa sana y salva.
Todo esto puede que haya dejado
una huella en ella,
pero su alma, su forma,
tiene algo especial.
Cuando la he acariciado por primera vez,
cuando la he besado... Brillaba.
Hasta que decidí esconderla,
guardarla como un tesoro y llevármela.

—Qué bonito... ¿qué es? —Alicia apoyó una mano en el hombro de su amiga y se sentó a su lado, sin retirar los ojos de la pantalla.

—Un poema que ha escrito Saïd, para mí. Es aficionado a la poesía.

—Solo un hombre enamorado podría tener un detalle así de hermoso. Eres consciente de ello, ¿no?

—Sí, lo soy. Me envía cosas preciosas. Sabe muy bien cómo tocar el fondo de mi corazón, lo reconozco.

—Sara... ¡Ese hombre es una joyita! ¿Dónde vas a encontrar otro como él? ¿Es que no piensas perdonarle nunca?

—Es un cielo, la verdad —afirmó la periodista, exhalando un profundo suspiro, envuelta en un melancólico halo de tristeza inoportuna.

—Es que no lo entiendo. Tú le amas y está claro que él está loco por ti. ¿Por qué no le das una segunda oportunidad?

—Porque pertenecemos a dos mundos diferentes y tengo miedo, Alicia. Ya sufrí bastante con Carlos, ¿no crees?

—¡Pero ahora también estás sufriendo! Estás en una especie de continuo ni contigo ni sin ti incomprensible. Y no pongas como excusa que pertenecéis a culturas distintas porque eso no te impidió enamorarte de él. Mira.—Alicia se acercó al ordenador y empezó a buscar información sobre parejas mixtas—. Fíjate:

«...en la comunidad de Madrid hay cincuenta mil parejas formadas por español/a y extranjero/a...»

«...entre los años 2000 y 2007 las bodas internacionales se triplicaron... El IPF considera que, si continúa esta tendencia, en el 2010 uno de cada cinco matrimonios en España tendrá uno de los cónyuges extranjero...»

«...según las estadísticas las españolas prefieren casarse con marroquíes, en primer lugar, y en segundo lugar con argentinos...»

—Todo eso ya lo sé, es de lo que trata mi libro.

—Un libro que... ¡atención, señoras y señores! Ocupará las estanterías de todas las librerías de España próximamente...—exclamó Alicia, como haciendo un paréntesis. Sara meneó la cabeza, dejando escapar una sonrisa—. ¿Lo ves? ¡Lo dicen las estadísticas! ¡No eres ningún bicho raro! Bueno, un poco sí, pero no tanto —añadió, intentando que su amiga le siguiera el juego, para hacerle reír.

—Tenemos importantes desacuerdos. A mí me gustaría tener hijos, pero no quiero que su padre les imponga por la fuerza determinadas leyes y creencias, ¿entiendes?

—Oye, ¿y si los adoptarais? ¿Ocurriría lo mismo?

—En ese caso no. Al no ser hijos biológicos, podría educarlos a mi manera.

—Es una opción tan válida como cualquier otra, ¿no?

—Puede que tengas razón, no lo sé, tengo mil dudas, pero le echo tanto de menos, Alicia... Aunque, por otra parte, él ya sabe dónde estoy. Si tanto me quiere que lo demuestre. Ya pasé bastante tiempo babeando tras él como un cachorrillo.

—¿Tú qué quieres? ¿Qué venga a buscarte en plan escena final de *Oficial y caballero*?

—Pues mira, ahora que lo dices... sí. ¡Exactamente eso es lo que quiero!

—Se echaron de espaldas sobre la cama, riéndose. Después se quedaron pensativas, contemplando el techo—. Por cierto, ¿y tú cómo llevas lo de Nadir?

—¡Bah! Eso es agua pasada.

—Lo sé, lo sé. ¿Pero cómo estás? ¿Piensas en él?

—A veces. Echaba unos polvos increíbles, esa es la verdad.

—Entonces, ¿estabas enamorada o no?

—Encaprichada, más bien. Ahora tengo otro objetivo en mente: Alfredo.

—¿En serio! —Sara se llevó las manos a la cabeza—. ¡No me lo puedo creer! ¡Eres tremenda!

—¡Él sí que está tremendo! El otro día, cuando fui a negociar con doña Matilde lo del traspaso, me abrió él la puerta y no veas... Llevaba la bata blanca, medio abierta, dejando entrever la camiseta ceñida, marcando pectorales y unos tejanos tan apretados que... ¡Madre mía! ¡No veo el momento de empezar a trabajar con él!

Volvieron a echarse a reír, esta vez a carcajadas. Estaba claro que Alicia se había curado del desamor en un tiempo récord.

Benita se afanaba en barrer el soportal cada dos por tres. A pesar de su avanzada edad aún conservaba vigor suficiente para arreglárselas de sobra con las tareas de la casa, ella solita. Tenía una empleada de hogar, pero no le gustaba. Es más, cuando alguien intentaba echarle una mano, se sentía herida en lo más hondo de su orgullo. Alberto también fue siempre un hombre hacendoso, sin embargo, desde que superó la barrera de los ochenta, había empezado a tomarse la vida con más calma y serenidad. Acostumbraba a permanecer sentado horas y horas, absorto en el espléndido paisaje, ajeno al traqueteo de su vieja mecedora, mientras fumaba en su destartalada pipa. La pipa era el único antiguo vicio que conservaba y que le acompañaría, sin duda, hasta el último viaje sin retorno. Varios empleados en los que había depositado su absoluta confianza se ocupaban de las tierras y del ganado, bajo estricta supervisión, eso sí, del longevo dueño.

—Deja ya de tirarme polvo en los pies, mujer, a ver si te estás quietecita un rato, que no paras —refunfuñó el abuelo.

—Y tú no te quejes tanto, hombre, que termino en un santiamén.

—Ya lo hará la chica, es su trabajo.

—La chica, la chica... Las mujeres de hoy en día no saben limpiar.

—¿Eso de allí no es un taxi? Viene derecho hacia aquí.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué va a estar haciendo un taxi por estos montes? —gruñó Benita, incrédula—. ¡Anda, pues es verdad! ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Venid! —gritó atolondrada, encaminando sus pasos hacia la cabaña. Alicia se asomó a la ventana para averiguar qué sucedía.

—¿Qué pasa, mamá?

—Ha parado un taxi a unos metros de aquí, hija, ¿no te parece raro?

La podóloga tiró con brusquedad del brazo de su amiga.

—¡Sara déjalo todo! ¡Corre! ¡Vamos!

—¡Ay! ¡Pero qué pasa! ¿Te has vuelto loca?

Entraron en casa por la puerta de atrás y desde la ventana Alicia vislumbró el panorama. Abrió unos ojos como platos y soltó un grito de entusiasmo, tapándose la boca con ambas manos. Sara no entendía nada y la observó con estupor. Cuando, al cabo de unos segundos, dirigió la vista hacia el exterior, imitó el gesto de su amiga, temblorosa. Un joven de porte distinguido, vestido de arriba abajo de forma impecable, se acababa de apearse del vehículo. Sostenía un increíble ramo de rosas rojas y caminaba con desafiante aplomo. Un elegante traje oscuro, camisa blanca y corbata azul cielo, conformaban su atuendo. La versión afro de un Richard Gere de rizadoísimo cabello negro y piel canela, en definitiva.

—Parece que tu deseo se ha hecho realidad, querida.

—¡Dios mío! No me lo puedo creer... —balbuceó Sara.

—¡Venga, vamos fuera! —Alicia tironeó del brazo de la otra, obligándola a salir.

Alberto y Benita cruzaron sus miradas y asintieron, comprendiendo. La podóloga arrastró a su amiga hasta colocarla justo delante del apuesto caballero. Él se inclinó, apoyó una rodilla en el suelo, besó el dorso de la mano de la joven, le hizo entrega de las flores y se reincorporó. Ella permaneció muda en todo momento, petrificada, sin poder apartar los ojos de él ni un segundo.

—Te quiero, Sara. Eres la mujer de mi vida. Eres la única con la que deseo estar hasta el fin de mis días. Y no pienso moverme de aquí hasta que te vengas conmigo.

Un áspero nudo atenazaba la garganta de la periodista. Sus pupilas, anegadas en lágrimas, recuperaron de improviso el brillo perdido. Imposible hablar. No había palabras suficientes en el universo capaces de expresar lo que sentía. Alicia le sujetó el ramo y se quedó a una distancia prudencial, observando la escena. Sara alzó los brazos, se enganchó al cuello de su

enamorado con ímpetu de quinceañera y se entrelazaron en un interminable abrazo, cálido y visceral. Por el rabillo del ojo, Saïd intercambió con la otra un guiño cómplice. Benita no podía dejar de menear la cabeza, satisfecha y emocionada. Contagiado por la magia del momento, Alberto fue a buscar el equipaje, y entre su hija y él lo llevaron al taxi, mientras Benita se escondía en la casa, para conceder algo de intimidad a la feliz pareja.

Sara y Saïd se despegaron un instante, mirándose a los ojos. Él sujetó la cara de la joven con ambas manos, acortando la distancia entre sus bocas. Ella percibió el calor en sus labios entreabiertos, y el mundo entero se desvaneció a su alrededor cuando se entregaron a un húmedo, ardiente y apasionado beso. Miles de millones de diminutas chispas estallaron al unísono, formando una corriente eléctrica que recorrió de un modo vertiginoso sendas columnas vertebrales despertando, cómo no, el deseo aletargado y contenido.

—Estás guapísimo, imponente —logró al fin articular la chica, retirándose apenas unos centímetros—. Y no pienso alejarme de ti nunca más, ¿me oyes?

—Ni yo lo permitiré, mi princesa. Ni yo lo permitiré —respondió él, estrechándola de nuevo entre sus brazos. Y se quedaron así, abrazados, por un tiempo indefinido, infinito, eterno.

En ese instante preciso Sara abrió los ojos y la idílica imagen se esfumó de su subconsciente. ¡Parecía tan real! Pero solo había sido un sueño. Una lágrima resbaló por su mejilla derecha. Las escenas oníricas protagonizadas minutos antes reaparecieron una por una en su mente, proyectándose como una película. Las revivió. Se recreó en ellas, disfrutándolas. Estaba echada sobre su costado izquierdo, de cara a la pared, en la cama individual que había adoptado como suya, en la habitación de su amiga, que dormía en el otro catre. Entonces se le escapó una risotada. ¡Saïd jamás haría algo así, qué absurdos son los sueños! El somier de la cama contigua crujió. «*Vaya, creo que la he despertado*», pensó, girándose despacio. Sin embargo, no era Alicia la que estaba allí. Incrédula y boquiabierta, Sara comprobó que era Saïd, el que estaba acostado frente a ella, mirándola, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cuándo has venido? ¿Desde cuándo estás ahí? —exclamó la chica, sentándose en el borde de la cama.

—Preguntas, preguntas, y más preguntas. Esta es mi Sara —dijo él, incorporándose a su vez, para acomodarse a su lado.

—No te vas a creer lo que he soñado —añadió ella muerta de risa, aunque

con el rostro bañado en lágrimas.

Él la abrazó con tanta ternura como firmeza, y ella dio rienda suelta a sus alocadas ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Más tarde, a solas, en la intimidad de su hogar, en la penumbra de su dormitorio, se desvistieron el uno al otro de pie, frente a frente. Ella desabotonó la camisa de Saïd, percibiendo la calidez de su aliento. Él hizo lo propio con la de Sara, y le quitó el sujetador. Ella deslizó sus manos por ese pecho liso, ausente de vello, descendiendo con lentitud hasta el botón del pantalón, que también desabrochó. Nunca dejaba de sorprenderle que los rizos de su pubis fuesen idénticos a los de su cabeza. Saïd jadeó, amasando los abundantes senos de Sara, esos con los que había soñado todas y cada una de sus largas noches solitarias, esos que tanto había echado de menos. Se despojaron una por una de las piezas de ropa que cubrían sus cuerpos y de las cadenas que aprisionaban sus almas; tiraron las prendas al suelo; apartaron a un lado cada expresión cultural, cada creencia religiosa. Y, una vez desnudos, reducidos a su esencia más pura, se amaron como lo que eran: un hombre y una mujer enamorados.

El fulgor de una resplandeciente luna llena iluminó el dormitorio. Sara había dejado la cortina abierta a sabiendas, adoraba la luz natural, la del día y la de la noche. Como de costumbre, permanecía echada en el lecho de costado, atrapada entre las interminables piernas de su novio, que la abrazaba desde atrás, y sus infinitos brazos. Desnudos ambos, muy pegados. Una sonrisa perenne, de enamorada boba, estampada en su rostro. De tanto en tanto, recibía un beso en el cuello o en la sien. Ella se derretía, mimosa, entregada de lleno al gozo incomparable de sentirse amada.

«...Durante todo este tiempo Shahrazad había tenido tres varones con el rey. Cuando hubo terminado esta historia (la de 'Maruf el Zapatero', última de las Mil y Una Noches) se puso en pie, besó el suelo ante el monarca y le dijo:

—Rey del Tiempo, el único de esta época y de esta era. Soy tu esclava y desde hace mil y una noches te he ido explicando los relatos de los que nos han precedido y las exhortaciones morales de los antiguos. ¿Puedo expresar un deseo ante tu Majestad?

—Pide para que te pueda dar, Shahrazad —respondió el monarca.

Ella entonces llamó a las nodrizas y los eunucos y les ordenó:

—Traed a mis hijos.

Volvieron rápidamente con ellos. Eran tres varones: uno andaba, otro gateaba y el tercero aún era un niño de pecho. Cuando se los trajeron, Shahrazad los tomó y los puso ante el rey. Besó el suelo y le dijo:

—Rey del Tiempo, éstos son tus hijos. Te pido que me libres de la muerte por deferencia a estos niños. Si me matas, ellos se quedarán huérfanos y ninguna mujer se ocupará adecuadamente de su educación.

Entonces el rey se echó a llorar, abrazó a sus hijos contra su pecho y dijo:

—Shahrazad, ¡por Dios!, ya te había perdonado antes de que vinieran estos niños, porque había visto que eres casta, pura, noble y temerosa de Dios (...)»

—O sea que Shahrazad tuvo tres hijos del rey mientras le contaba esas historias —expuso Sara, incrédula.

—Así fue. Piensa que mil y una noches dan para mucho —respondió Saïd.

—No perdían el tiempo, ¿eh?

—Nosotros tampoco—añadió él soltando el libro, haciéndola girar sobre sí misma y cubriéndola con su cuerpo.

Sus labios se encontraron. Sus pieles se adhirieron, confundiéndose en una sola. Las manos jugaron, buscaron, toquetearon. Sus sexos se irguieron ansiosos, acoplándose con la naturalidad de un acto repetido hasta la saciedad, aunque no por ello menos deseado. Las sensaciones y jadeos se compenetraron con la complicidad de los amantes añejos.

Tras el juego amoroso les sorprendió una placentera sensación de somnolencia a la que se abandonaron durante algunos minutos.

—Qué bella estás después de hacer el amor —murmuró Saïd en cuanto ella abrió los párpados, acariciando uno de sus sonrosados pómulos—. Te brilla la mirada. Tu piel se vuelve tan suave como la de un bebé. Pareces más joven y relajada.—Ella se estiró perezosa, sin poder dejar de sonreír ante tanto halago y mimo—. Anda, ven aquí, mi niña. Tengo una cosita para ti.

—Otra vez no, *habibi*... ¡Déjame descansar un poco! Empiezo a comprender el porqué de la poligamia.

Él se echó a reír.

—No me refiero a eso, guapa. Sino a... otra cosa.

—¿Quieres decir un regalo? —La chica se sentó en la cama y dio unas infantiles palmaditas, repletas de entusiasmo.

—Tú cierra los ojos y abre la mano—le sugirió. Ella obedeció, mientras él buscaba debajo de la almohada—. Ya puedes mirar.

Saïd depositó una pequeña caja, envuelta en papel dorado. Sara abrió ojos y boca con desmesura, sin disimular su asombro ante la inconfundible forma del objeto. Sus dedos temblorosos la desenvolvieron con sumo sigilo y levantaron la tapa. Un precioso anillo de oro con un diminuto brillante relucía en su interior. Enmudeció. Y se le humedecieron las pupilas.

—¿Quieres casarte conmigo?—preguntó él.

—Es lo que más deseo —respondió ella, abrazándole. Las lágrimas resbalaban ya sin tregua por sus mejillas.

El marroquí tomó la sortija con delicadeza y la colocó en el correspondiente dedo de la española.

—Hace tiempo que eres mi mujer. Ya va siendo hora de que lo sepa el

mundo entero, y que lo nuestro sea oficial ante tu familia y la mía.

—Eso suena a reto colosal...

—...ya proyecto en común, y a futuro compartido.

—¿Y si no sale bien?

—Habrá que intentarlo, ¿no crees?

—¿No te da miedo?

—Me da pánico, princesa. Sin embargo, te amo. Nos amamos. ¿Qué más se puede pedir?

Echado de nuevo sobre ella, Saïd depositó un tierno beso en los húmedos labios de la chica y le clavó sin piedad sus pupilas, esos dardos afilados que atravesaron su corazón para siempre y sin remedio.

—¿Sabes lo que vi la primera vez que tu mirada y la mía se cruzaron? —susurró ella, aferrada a su abrazo.

—Sorpréndeme.

—El océano en tus ojos.

—¿El océano? Pero si los tengo negros.

—Era de noche y estaba oscuro.

—¿Y no sentiste temor?

—En un primer momento, sí. Fue como si un puñal atravesara mis entrañas, provocándome una punzada insoportable. Y, apenas un instante después, ya deseaba bucear en las profundidades de ese mar. Así lo hice. Esas aguas disolvieron mis dudas e inquietudes, inundándome de paz, una inmensa paz... Una paz infinita.

Continuaron conversando durante horas, días, años...

...y fueron felices y comieron perdices.

Epílogo

¿Cómo? ¿Qué si sucedió de verdad? Bueno, toda historia contiene una parte verídica y otra inventada. Pero sí, está basada en hechos reales, como se suele decir, al menos en lo que respecta a Sara y Saïd.

¿Qué si fueron realmente felices? Sí que lo fueron. Se amaron con locura, con uno de esos amores puros que tanto escasean hoy en día.

Se rumorea que se reían con más frecuencia de lo normal, salpicando las paredes de júbilo. Se abrazaban a menudo. Se besaban tanto, que la luna se moría de celos y a las estrellas les corroía la envidia. Hacían tantas veces el amor, que los gemidos de placer y los suspiros de plenitud penetraron en grietas y recovecos, aferrándose al espíritu de su hogar durante décadas y décadas. Cuando la madera envejeció no enfermó de carcinoma, sino de lujuria; y el hormigón no enfermó de aluminosis, sino de lascivia.

Claro que discutían, como todas las parejas. No siempre estaban de acuerdo, aunque resolvían sus conflictos. Para Sara lo peor eran esos viajes a Marruecos que Saïd emprendía cada cierto tiempo, para ver a su madre. Cada vez que eso ocurría, ella sufría una pataleta de varios días de duración que no impedía que él se fuera. Durante algunas semanas, Ibtisam recuperaba a su retoño querido; mientras su nuera se quedaba sola, y de muy mal humor. Cuando Saïd decidía que ya era hora de regresar con su mujer, era su madre la que maldecía el día en una cristiana se había cruzado en el camino de su hijo, robándole el corazón. La felicidad de Ibtisam representaba la tristeza de Sara; y la dicha de Sara, la congoja de Ibtisam. Cada vez que él regresaba de uno de sus viajes ella olvidaba todo reproche y le perdonaba. Sí, le perdonaba una y otra vez... Una y otra vez.

¿Qué si tuvieron hijos? ¡Ah, los hijos! Ese fue el verdadero talón de Aquiles de su relación. Ella deseaba tenerlos, él no. Alegaba que no se sentía preparado para ser padre. Sara sabía, en el fondo, que lo que en realidad pasaba era que él no veía con buenos ojos dejar en manos de una mujer no musulmana la educación de sus hijos. No se lo decía para no herirla. No lograban ponerse de acuerdo. Aun así, pasaron los años y cada día estaban más unidos y se amaban con más intensidad. La pasión, admiración y respeto que sentían el uno por el otro no solo no se atenuó, sino que se acentuó con el

tiempo. Hasta que un día él comprendió que necesitaba sembrar su propia semilla en tierra fértil, y no deseaba hacerlo en otra que no fuese Sara. Ya no le importaba tanto que no fuese musulmana. Era su mujer, esa con la que había compartido tanta felicidad, la mejor, la única, la que siempre le complacía en todo. Engendraron una niña cuando casi tenían edad para ser abuelos. Así fue como nació Mariam, la criatura más hermosa, inteligente y vivaracha del planeta. Al menos para sus padres. Parecía una princesita de piel blanca y sedosa. Aunque, pensándolo bien, las princesas de los cuentos de hadas no tienen cabellos oscuros y ensortijados, ni ojos negros y almendrados. ¿O sí...?

...Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Mil y una noches contigo

Mirarte a los ojos
es perderse en la profundidad
del océano,
en medio de la noche,
y aun así, sentirse a salvo.
Sumergirse en un volcán
y no abrasarse.
Lanzarse a un abismo sin fin
y no estrellarse,
porque tú eres el paracaídas.
Tener la absoluta certeza de que,
aunque tus pupilas de azabache
atravesen mi corazón,
no moriré.
Y si muero, será de amor.
Caminan descalzos mis pies
sobre el desierto
de tu anatomía entera,
dejando mil huellas
en tu piel de arena.
Busco anhelante un oasis,
lo hallo en tus labios de miel.
Absorbo uno a uno
tus húmedos besos,
y cuanto más bebo
más sedienta estoy de ellos.
Acostada en mi lecho,
percibo el calor de tu cuerpo
adherido a mi espalda,
caliente, intenso,
como un soplo de viento
procedente del Sáhara.
Tu voz, dulzura infinita,

me susurra al oído
palabras en árabe que no entiendo,
aunque capto su sentido,
su armonía, su ternura,
su capacidad
para inundarme de paz,
su poder para transportarme
a un lejano lugar
del que tú me hablas
y al que deseo ir contigo.
Blanco y azul,
casas y mar,
casi puedo oler la sal.
Pasaré contigo mil y una noches,
dijiste,
bajo una hermosa luna llena
y la cómplice sonrisa
de un millón de estrellas.
¡Pero yo quiero más!
Mi bello príncipe de ojos egipcios,
mi *habibi*,
déjame ser tu Shahrazad.
Quédate conmigo para siempre
en una eterna sucesión de
cuentos de mil y una noches
con sus mil y un días correspondientes.

Mar Montilla

NOTA DE LA AUTORA

Dicen que una buena madre quiere a todos sus hijos por igual, pero creo que no es cierto. Siempre hay un vástago preferido o que precisa de mayor atención que el resto por alguna característica especial. Eso me sucede a mí con *Los ojos de Saïd*. Cuando la simiente de esta trama germinó en mi cabeza, la idea de “escribir algún día una novela” ya llevaba años rondándome, pero la expresaba con vaguedad, como algo lejano, y muy difícil de alcanzar. Hasta que tuvo lugar en mi vida un acontecimiento, inesperado y feliz, que le dio un giro de ciento ochenta grados. El embrión de *Los ojos de Saïd* se gestó entonces, sin más, sin planificación alguna. Alegre y salvaje. Sin límites previamente establecidos. La escribía a ratos. La cogía; la soltaba. La abandonaba durante dilatados períodos de tiempo; luego la retomaba. Sea como fuere la criatura se desarrolló y se desprendió de mi vientre, tal vez de forma prematura. ¡Era tan intenso su deseo de vivir! Sin embargo, no estaba preparada para alzar el vuelo. Necesitaba crecer. Maduré despacio, sin prisa, adquiriendo múltiples nuevos matices —mientras su madre concebía otros hijos—, hasta convertirse, con el paso del tiempo, en lo que es ahora.

Si bien esta historia es ficción, en ella he volcado emociones vividas en primera persona, sentimientos muy viscerales que aún están ahí, a flor de piel, y que cobran hoy más significado que nunca. Por eso es mi favorita. Además, creo en el destino. Estoy convencida de que las cosas ocurren cuando tienen que ocurrir, en su justo momento, ni antes, ni después. Incluso aunque nos parezca incomprensible, injusto, al margen de toda lógica.

Solo me queda añadir un par de cositas: El autor del poema *Perla que brilla* es Zuhair B. Lo escribió para mí, cuando apenas hacía un par de meses que nos conocíamos. La autora de los otros dos poemas que aparecen en esta novela —*Ramadán y Mil y una noches contigo*— soy yo. Y los escribí para él, más o menos por la misma época.

AGRADECIMIENTOS

Quiero y debo dar las gracias:

A **Yolanda Abad**, bailarina y profesora de danzas orientales, por transmitirme su amor por la danza del vientre, y por su fuente inagotable de historias inspiradoras.

A **Elisabeth G. Iborra**, periodista y escritora,

A **Elisabeth G. Iborra**, periodista y escritora, por permitirme “tomar prestada” su columna —publicada hace algún tiempo en el diario barcelonés *20 minutos*— para incluirla en un capítulo de esta novela.

A **Rosa Díaz Manero**, periodista, cuyo exhaustivo relato acerca del funcionamiento interno de una redacción, me resultó de gran utilidad a la hora de meter a Sara, la protagonista, en la piel de una profesional de las Ciencias de la Información.

A **Najat El Hachmi**, escritora, por no escatimar en detalles a la hora de contarme cómo se celebra una boda en El Rif.

A **Verónica Martínez** y todo el equipo que forma **Ediciones Coral (Group Edition World)**, por la iniciativa, las ganas y el entusiasmo que le ponen a su labor. Y por darle a *Los ojos de Saïd* esta oportunidad.

A **María Jesús Romero (MJ Romero Agencia Literaria)**, mi agente y amiga, por su inestimable respaldo, por creer en mí como escritora y como persona. Y por estar ahí, incluso en los momentos más difíciles.

A **S.B., M.J.J., I.J.G.** y todas las personas que, de una forma o de otra, me han apoyado en este proyecto, haciéndolo posible.

A **Christian Soler**, por existir.

A **Ana Montilla**, por ser y estar.

A **Plácido** y **Ana**, por el regalo de la vida.

A **tí**, por leerme.

Mar Montilla



Mar Montilla (Barcelona, 1967) es licenciada en Psicología por la UB. Escribe desde los doce años y, aunque sigue ejerciendo como psicóloga, su faceta de escritora ha ido ganando terreno con el paso del tiempo, hasta revelarse como su auténtica vocación.

Sus tímidas incursiones en diferentes géneros (ensayo, novela erótica, romántica y contemporánea) la han llevado a descubrir que no le gustan las etiquetas.

Es autora de *Pasión en Marrakech* (Tombooktu Erótica, 2013); y de *Me separé, aunque le amaba demasiado* (Amazón Psicología, 2015). *Los ojos de Saïd* (novela romántica, Ediciones Coral, 2017) es su tercera obra publicada.

Ya está en camino la cuarta.

También colabora escribiendo artículos para la revista *CÉ CHIC. Para mentes abiertas*.

Puedes seguirla en:

Facebook: <https://www.facebook.com/mar.montilla.39>

<https://www.facebook.com/Escritora.Mar.Montilla/>

Su blog: <http://uncuadernoolaescalera.blogspot.com.es/>

Twitter: @mar_montilla

Instagram: mar_montilla67

[1] *Habibi* (del árabe): «Cariño».

[2] *Hiyab*: «Código de vestimenta femenina islámica que establece que debe cubrirse la mayor parte del cuerpo, y el cabello en su totalidad».

[3] *Jalufu* (del dialecto marroquí): «Cerdo».

[4] Sabahor jer (del árabe): «Buenos días».